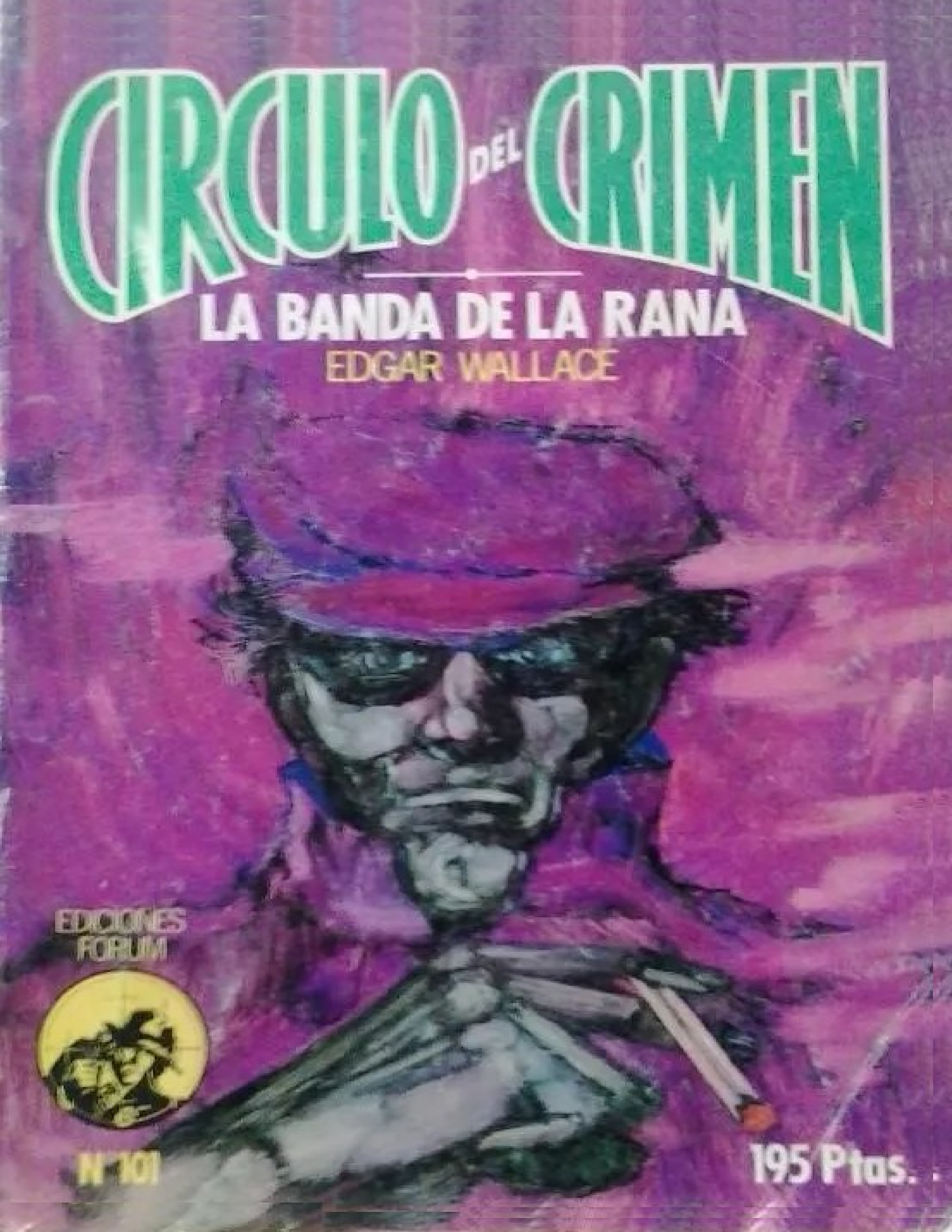


CIRCULO DEL CRIMEN
LA BANDA DE LA RANA
EDGAR WALLACE
EDICIONES FORUM
Nº 101
195 Ptas.

La ciudad de Londres está siendo atemorizada por una banda de delincuentes que dejan la marca de una rana en el lugar del crimen. Las investigaciones no revelan pruebas ni pistas claras que permitan ir estrechando el círculo de posibles culpables y los testigos se mantienen en silencio por miedo a morir. Ricardo Gordon inicia su propia investigación y llega al club nocturno Lolita donde, al parecer, hay pistas y personajes muy interesantes…



Edgar Wallace

La banda de la «Rana»

Biblioteca Oro » Biblioteca Oro Amarillo - 1

Selecciones Biblioteca Oro - 69

ePub r1.1

Titivillus 08.05.2021

Título original: *The Fellowship of the Frog*
Edgar Wallace, 1925
Traducción: H. C. Granch
Ilustraciones: Joan Pau Bocquet Bertrán
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
r1.1 (Mr.Magoo, 08.05.21) Cambio de portada

ePub base r2.1




LA BANDA DE LA "RANA"

POR

EDGAR WALLACE

Traducción de

H. C. GRANCH



BIBLIOTECA ORO



PRÓLOGO

«LOS RANAS»

Aquellos que se solazan, estudiando la psicología de las masas, hallaron motivo de interés en que, hasta que el próspero, pero en otros respectos insignificante, Jaime G. Bliss se convirtió en objeto de sus atenciones, los hechos y el desarrollo de los Ranas pasaron

casi inadvertidos. Algunos periódicos de provincias hacían comentarios algo subidos acerca del carácter ilegal de la asociación; un periódico dominical publicó un artículo festivo encabezado:

> «El sindicato de los Vagabundos adopta una Rana como símbolo de la Orden mística», y daba el extracto humorístico puramente imaginario de su reglamento y sus ritos. El público comentaba en tono casual:
>
> «Oiga: ¿Ha leído esa historia del Sindicato de Vagabundos, eso de que cada miembro es un delegado ambulante?».

Apareció un artículo de fondo más serio sobre el desarrollo del sindicato, en el cual se citaba a los Ranas y aunque, de tanto en tanto, circulaban relatos de misteriosas fechorías atribuidas a los Ranas, la mayoría de ciudadanos consideraba a la sociedad, orden, o lo que fuera, como una entidad de fines benéficos y de constitución necesariamente excéntrica, y creyendo esto, veíanla, a su vez, con benévola tolerancia.

Así como la masa se entera con ligero interés de la existencia de una epidemia lejana que arrebata a unos cuantos y una mañana se despierta encontrándose con que la enfermedad llama a sus puertas, de igual modo se emocionó el mundo, alarmado ante la epidemia de terror que de repente surgía de las tinieblas.

Jaime G. Bliss era un ferretero muy conocido en la Bolsa, donde aumentaba los beneficios constantes de la Compañía de Ferretería Bliss mediante especulaciones legales que le proporcionaban ocasionales e inesperadas ganancias. Era fanfarrón y en la discusión, agresivo; pero disfrutaba de la ventaja que la mediocridad, aunada a cierta generosidad expansiva, proporciona al hombre: la carencia total de enemigos. Y dado que tal generosidad obedecía a sanos principios del negocio, ni siquiera podía decirse de él, como de otros que su peor enemigo era él mismo. Poseía, y aún posee, la mayoría de las acciones de la Compañía General de Ferretería

Bliss; hecho que debe tenerse en cuenta por ser costumbre del señor Bliss mejorar de vez en cuando el precio de sus acciones mediante operaciones juiciosas.

El extraño suceso que atrajo las miradas del mundo sobre los Ranas, coincidió con la ligera alza de valores industriales que elevó el precio de las acciones Bliss de 12.50 a 23.75.

Poseía el ferretero en Long Beach, Hampshire, una finca denominada «La Choza» que, pese al nombre, era la que el rey Salomón hubiera construido para la reina de Saba si el monarca hubiese conocido el arte moderno de fontanería, la calefacción central, el alumbrado eléctrico y las exigencias del chófer de nuestros días. En cuanto a esto se refiere, daba el señor Bliss ciento y raya a Salomón en sabiduría.

Habíase retirado a su quinta tras un día de mucho trabajo y paseaba por el jardín gozando de la frescura de la noche. Era, y es, casado; pero su esposa y sus dos hijas hallábanse en París pasando la primavera —sabio acuerdo, pues que es ésta la única estación en que París puede presumir de ciudad hermosa.

Había estado examinando las perreras y se le vio cruzar el pequeño parque de su finca, en dirección a un cobertizo lindante con su propiedad. Al oír un grito, el encargado de los perros y un criado corrieron hacia el bosque y encontraron a Bliss tendido en el suelo, sin conocimiento, con la cara y los hombros cubiertos de sangre. Presentaba un golpe terrible de arma pesada que le había producido una ligera fractura del hueso parietal y varias heridas de mal cariz en la cabeza.

Durante tres semanas, luchó el desgraciado entre la vida y la muerte, sin conocimiento la mayor parte del tiempo e incapaz, durante los momentos lúcidos, de arrojar alguna luz sobre el atentado ni hacer declaración que pudiera justificarlo. De vez en cuando, sin embargo, murmuraba: «Rana… rana…, brazo izquierdo… rana…».

Fue ésta la primera de muchas fechorías similares al parecer extravagantes, sin fin ni objeto, sin intento de robo, y, con una sola

excepción, fueron sus víctimas siempre personas de posición.

Muy pronto fueron los Ranas tema de todas las conversaciones. La plaga estaba muy extendida y los hombres que antaño leyeron frívolamente los relatos de pequeñas fechorías o atentados, empezaron a echar los cerrojos a sus propias puertas y a llevar armas mortíferas cuando salían de noche.

Y obraban con prudencia pues había surgido una fuerza, nacida del terror y madurada en la oscuridad, con gran asombro de su propio creador, que tenía en sus manos y empleaba un poder tiránico igualable al de un gobierno.

En el trono, del que partían múltiples ramificaciones, sentábase el Rana, borracho de autoridad, cruel y terrible ser siniestro que vivía dos vidas y disfrutaba plenamente de ambas, mientras fomentaba el terror que Saúl Morris inspiraba en Londres una noche de niebla, cuando la policía armada pululaba por las calles mugrientas buscando al hombre que había robado tres millones de libras de la caja de caudales del vapor «Mantanía», entre el puerto de Southampton y el de Cherburgo.

CAPÍTULO PRIMERO

EN «VILLA MAYTREE»

Secose el radiador con el estallido de un neumático. Y ello fue la segunda coincidencia al hallarse próximo a la «Villa Maytree», sita en la carretera de Horsham. Era la casita más grande de lo que suelen ser la mayoría; la fachada de maderos y el techo de bálago. Ricardo Gordon se detuvo junto a la verja para admirarla. Databa la construcción de la época de la reina Isabel, mas el interés y la admiración que experimentaba, no obedecían a sentimientos de anticuario ni a los de horticultor, aunque le encantaban las flores, y el amplio jardín era un mosaico que la fragancia de las rosas embriagaba los sentidos; ni la sensación de comodidad y limpieza que el sendero de ladrillos rojos relucientes, y las impecables cortinas colgadas tras cristales esmerilados, producían.

Era la muchacha que se hallaba sentada en un sillón de mimbres forrado de rojo, a la sombra de una morera, que se alzaba en el centro de un pequeño prado lo que llamaba su atención. Tenía las bien torneadas piernas extendidas, un libro en la mano y una enorme caja de chocolate al lado. Eran sus cabellos de color de oro viejo, de un oro viejo lleno de animación y de brillo; y su cutis se le antojó de una impecabilidad admirable. Volviose de pronto para mirar y le fue dado al hombre admirar un par de ojos interrogantes y graves, más oscuros que grises, más grises que azules…

Al verle, se levantó precipitada.

—Siento mucho molestarla —dijo Ricardo con el sombrero en la mano, disculpándose sonriente— pero necesitaba agua mi pobrecita cafetera. Le ha entrado una sed prodigiosa.

Frunció el ceño la joven y luego se echó a reír.

—Cafetera… ¿habla usted de su «auto»? Si viene a la parte de atrás de la casa le enseñaré dónde está el pozo.

La siguió preguntándose quién podría ser aquella joven. El tono ligero de protección y condescendencia lo comprendía muy bien. Era el tono de la adolescencia madura dirigiéndose a un muchacho de la misma edad. Tenía Ricardo treinta años y aparentaba tener diez y ocho, con su cara tersa y muchachil; y no era la primera vez que le saludaran en ese tono de «chiquilín», lo que, en su interior, le hacía gracia.

—Ahí tiene el cubo y allí está el pozo —le señaló—. Le mandaría una criada para ayudarle, pero no la tengo ni la he tenido jamás y no creo que llegue a tenerla nunca.

—Entonces quién hubiese sido la afortunada, ha perdido una buena colocación —observó Ricardo—, pues este jardín es delicioso.

La joven guardó silencio. Tal vez estaba arrepentida de la confianza con que le había tratado. Contempló la operación de llenar los cubos, con aire de reserva, y cuando Gordon se dirigió con ellos al coche, que estaba en la carretera, le siguió.

—Creí que era una… una… ¿cómo dijo… cafetera?

—Para mí lo es —afirmó Ricardo mientras llenaba el radiador del enorme Rolls—, y nunca será otra cosa. Hay quien opina que debería llamarse Diana, pero estos nombres altisonantes nunca me sedujeron. Cafetera es… y siempre lo será.

Dio la joven una vuelta en torno al coche, examinándolo con mucha curiosidad.

—¿No le da miedo conducir un coche tan potente? —preguntó—. Yo me moriría del susto. Es un coche tremendo, e inmejorable.

Ricardo se detuvo con el cubo en la mano.

—¡Miedo! —dijo, alardeando—. Ésa es una palabra que he expurgado del vocabulario brillante de mi juventud.

Durante un momento pareció ella intrigada; luego comenzó a reír suave y deliciosamente.

—¿Vino usted por el camino de Welford? —preguntó.

Ricardo asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Habrá usted visto a mi padre?

—No vi a nadie en la carretera, excepto un caballero de mediana edad, de aspecto agrio, que quebrantaba el descanso dominical llevando una caja grande, color castaño, a la espalda.

—¿Dónde se lo encontró? —preguntó con interés.

—A unas dos millas de aquí… tal vez menos —respondió. Más asaltándole una duda, añadió—. ¿No sería su padre?

—Pues sí —le contestó sin enojarse—. Papá es un fotógrafo naturalista. Toma fotografías animadas de pájaros y cosas… Desde luego, es un aficionado.

—Desde luego —asintió Ricardo.

Volvió a llevar los cubos adonde estaban y se detuvo un momento. Buscaba una excusa y la encontró en las bellezas del jardín. Hasta cuándo podría haber explotado este tema es materia de conjetura. Interrumpió un joven, que apareció en la puerta principal.

Alto, atlético, guapo… Ricardo le calculó veinte años.

—¡Hola, Elisa! ¿Ha vuelto papá? —preguntó—. Y de pronto vio al visitante.

—Es mi hermano —indicó la joven.

Comprendía Ricardo que este método poco convencional de conocerse era debido, en gran parte si no en todo, a su aspecto juvenil. El ser tratado como si fuera un muchacho sin importancia tiene sus ventajas. Y así resultó.

—Le estaba diciendo que a los muchachos no se les debe permitir conducir coches tan grandes —explicó ella—. ¿Recuerdas aquel terrible accidente del cruce de Shoreham?

—Esto es parte de un complot —dijo Raimundo Bennett riéndose —, para que no me compre una motocicleta. Mi padre cree que mataré a alguien y Elisa dice que me estrellaré.

Tal vez un algo en la fugaz sonrisa de Ricardo Gordon advirtió a la muchacha que se había precipitado al calcular su edad, pues, de pronto, casi de una manera brusca, se despidió de él con un movimiento enfático de la cabeza y se alejó muy seria. Estaba Ricardo cerca de la verja cuando llegó oportuno, el hombre que viera en la carretera. Alto, desgarbado, gris y de rostro enjuto, contempló al visitante con desconfianza en sus ojos.

—Buenos días —saludó lacónico—. ¿Una avería en el coche?

—No, gracias. Se me acabó el agua y la señorita…

—Bennett —dijo el hombre. Le dio agua, ¿no? Muy bien, buenos días.

Se apartó a un lado para dejar pasar a Gordon, pero éste abrió la verja y esperó a que el propietario de «Villa Maytree» entrase.

—Me llamo Gordon —dijo. Vio con el rabillo del ojo que Elisa había vuelto y estaba con su hermano lo bastante cerca para oírle—. Les estoy muy agradecido por su bondad.

El viejo saludó con un movimiento de cabeza y entró en la casa con su pesada carga, y Ricardo, desesperado, se dirigió a la joven.

—Se equivoca si cree que es un auto difícil de conducir… ¿No quiere probarlo? ¿O quizá su hermano? …

Vaciló la muchacha, pero no el joven Bennett.

—Me gustaría —dijo con avidez—. No he conducido nunca un coche semejante.

Que era capaz de conducirlo, si la ocasión se presentaba, lo demostró. Observaron cómo doblaba la esquina; ella, con el ceño un poco fruncido; Ricardo Gordon, indiferente a todo, excepto al hecho de que había gozado unos minutos de íntima conversación con la joven. Se estaba portando de una manera absurda. Se dijo a sí mismo. Él, un funcionario público, un abogado experto, se estaba conduciendo como un joven de diecinueve años, irresponsable y locamente enamorado. Las palabras de la muchacha hicieron esta locura.

—Ha hecho mal en confiar el coche a Raimundo —dijo—. No conviene dejarle un coche tan hermoso, pues luego pide uno mejor…

Tal vez no me comprenda usted. Raimundo es muy ambicioso y sueña con ser millonario. Una cosa como ésa, le vuelve loco.

En aquel momento, salió el viejo con una negra pipa entre los dientes y al ver a los dos junto a la verja se le nubló el rostro.

—Le ha dejado su coche, ¿no es cierto? —dijo con tono áspero —. Ojalá no lo hubiese hecho… Es usted muy amable, señor Gordon; pero en el caso de Raimundo es bondad mal empleada.

—Lo siento mucho —dijo, penitente, Ricardo—. ¡Ahí viene!

Se acercó el coche y se paró ante la puerta.

—¡Es una joya!

Raimundo Bennett saltó del coche y se quedó mirándolo con admiración y sentimiento.

—No lo es —dijo ásperamente el viejo. Y luego, como si lo sintiese, añadió—: Algún día tal vez llegues a poseer media docena, Raimundo… ¿Va usted a Londres, señor Gordon?

Ricardo asintió.

—¿Nos acompaña en nuestra comida, aunque muy frugal? —preguntó el viejo Bennett, con sorpresa y alegría de Ricardo—. Y podrá decir a este hijo mío tonto que el tener un coche grande también da dolores de cabeza.

La primera impresión de Ricardo fue el asombro de la muchacha. Por lo visto, la invitación constituía un honor extraordinario que le hacían y quedó confirmado cuando Juan Bennett los dejó solos.

—Es usted el primer muchacho a quien haya jamás invitado a comer —dijo ella—. ¿No es verdad, Raimundo?

Raimundo sonrió.

—A papá no le gusta la vida de sociedad —dijo—. Le pedí una vez que trajese a Filo Johnson a pasar fines de semana y se negó rotundamente. Y el viejo filósofo es una buena persona y, además, secretario particular del amo. ¿Habrá usted oído hablar por casualidad de la compañía Maitland?

Ricardo asintió. El palacio de mármol del Strand Embankment, donde operaba el fabulosamente rico señor Maitland, era uno de los edificios más soberbios de Londres.

—Trabajo en su oficina… estoy empleado en la sección de Bolsa —explicó el joven—; y Filo podría hacer mucho por mí, si papá le invitara a pasar un domingo aquí. Y tal como es, estoy sentenciado a no ser más que un dependiente todo el resto de mi vida.

La mano blanca de la muchacha le tocó los labios.

—Serás rico un día, querido Raimundo; es tonto echar la culpa a papá.

El joven refunfuñó y luego rió un poco amargamente.

—Papá ha probado todos los sistemas para hacerse rico que el cerebro y la ingeniosidad del hombre…

—¿Y por qué?

La voz era dura y temblaba de rabia. Ninguno de ellos había observado la reaparición de Juan Bennett.

—¿Estás haciendo un trabajo que no te gusta?… ¡Santo cielo! ¿Y yo qué? Veinte años he estado tratando de escapar… He probado todos los planes más tontos… es verdad. Pero ha sido por ti…

Y de pronto callose al ver el embarazo de Gordon.

—Le invité a almorzar y estoy sacando a relucir todos los trapos sucios de la familia —dijo con rudo buen humor.

Cogió del brazo a Ricardo y se lo llevó al sendero del jardín, entre las hileras prietas de rosales.

—No sé por qué le invité a que se quedara, joven —le dijo—. Un impulso… tal vez una conciencia culpable. No les hago a estos chicos toda la compañía que necesitan en casa. Es lamentable que sea usted testigo del primer incidente de familia que hemos tenido durante años.

La voz y los modales eran los propios de un hombre educado. ¿Qué profesión tendría y por qué era tan desagradable, que buscaba forma de escaparse de ella?

La muchacha estuvo muy callada durante la comida. Se sentó a la izquierda de Ricardo y rara vez habló. Al mirarla con disimulo, de vez en cuando, la encontraba preocupada y turbada y lo atribuía a su presencia.

Por lo visto, no había criados en la casita. Elisa misma servía y había cambiado los platos cuando el viejo preguntó:

—No creo que sea usted tan joven como parece, señor Gordon. ¿Cuál es su profesión?

—Soy bastante viejo —sonrió Ricardo—. Treinta y un años.

—¿Treinta y uno? —repitió Elisa con la boca abierta y poniéndose muy colorada—. ¡Y le he estado hablando como si fuera un muchacho!

—Crea que soy un muchacho en el fondo —dijo Ricardo con gravedad—. En cuanto a mi profesión… persigo a los ladrones, a los criminales y a los delincuentes en general… Me llamo Ricardo Gordon…

El cuchillo se le cayó de la mano a Juan Bennett, que se puso pálido.

—Gordon… ¿Ricardo Gordon? —preguntó con voz sorda.

Durante un segundo, se contemplaron mutuamente.

—Sí, soy el teniente fiscal —dijo Gordon suavemente—. Tengo la impresión que nos conocemos de antes.

Los ojos pálidos de Juan Bennett no vacilaron; su cara era una máscara.

—No profesionalmente, me parece —contestó con tono de reto.

Ricardo tornó a reírse de lo absurdo de la pregunta.

—Profesionalmente, no —dijo con burlona seriedad.

De regreso a Londres aquella noche, trató de recordar, pero no logró precisar dónde había conocido a Juan Bennett de Horsham.

CAPÍTULO II

UNA CONVERSACIÓN ACERCA DE RANAS

La compañía Maitland, que comenzó por una oficina pequeña, había adquirido proporciones de Palacio en un tiempo relativamente corto. Maitland, era hombre de edad avanzada, de aspecto patriarcal, sobrio en el hablar. Había llegado a Londres sin conocer a nadie y sin que Londres se hubiese enterado de su existencia.

Ricardo Gordon vio al especulador, por vez primera, cuando esperaba en el vestíbulo de paredes de mármol. Era hombre de mediana estatura, con una barba que le llegaba a la cintura; los ojos casi ocultos bajo cejas blancas, muy espesas; grueso y de andar pesado. Entraba, lentamente por la oficina exterior, donde una veintena de dependientes trabajaban frente a lámparas con pantallas verdes y, sin mirar a derecha ni a izquierda, se metía en el ascensor y se perdía de vista.

—Ése es el viejo… ¿Le conocía? —preguntó Raimundo Bennett, que había salido poco antes para recibir al visitante—. Es un viejo venerable, pero muy agarrado. No hay manera de sacarle dinero. Paga a Filo un salario que ningún secretario aceptaría, y si Filo no fuese tan bonachón, se habría marchado hace años.

Ricardo Gordon se sentía un poco nervioso. Su presencia en la casa Maitland obedecía a un capricho; la excusa de la visita era tan floja como pudiera concebir una cabeza disparatada.

Si hubiese dicho la verdad al joven que se sentía adulado, a quien visitaba en horas de oficina, habríale dicho: «Me he enamorado como un idiota de su hermana. No me interesa mucho usted, pero le considero como un camino que me llevará a otro encuentro; por lo tanto, el encontrarme en la vecindad me ha dado un pretexto para visitarle, y por este amor loco que siento por su hermana, estoy dispuesto a conocer hasta a Filo, que seguramente me aburrirá».

En vez de eso, dijo: —contestó guiñando un ojo—. Todo el mundo es amigo de Filo. —Es usted amigo de Filo… ¿por qué le llama así?

—Porque es un viejo filósofo; se llama Felipe; es la clase de hombre con quien es fácil trabar amistad.

La puerta del ascensor abriose en aquel momento y un hombre calvo salió. Por el joven, Ricardo Gordon supo que aquel hombre calvo y de mediana edad, era el tema de su conversación. Su rostro redondo y gordo sonrió al reconocer a Raimundo y, después de entregar un paquete de documentos a uno de los dependientes, vino hacia donde estaban parados.

—El señor Gordon —dijo Raimundo—. Mi amigo Johnson.

Filo estrechó calurosamente la mano extendida. «Caluroso» era una palabra de significado especial en relación con el señor Johnson. De su persona parecía radiar una influencia cálida y vibrante. El mismo Ricardo Gordon, que no solía responder con facilidad a esos estados de emoción, cayó en el acto bajo la influencia de su jovialidad.

—Usted es el señor Gordon de la Fiscalía, según me ha dicho Raimundo —indicó Johnson—. ¡Me gustaría que algún día procesase al viejo Maitland! Es, sin duda, el caballero más procesable que he conocido en muchos años.

El chiste hizo reír al señor Johnson, a quien parecía gustarle burlarse de sí mismo.

—Tengo que volver al despacho; está de mal humor esta mañana. Cualquiera diría que los Ranas le persiguen.

Felipe Johnson saludó cordialmente y volvió corriendo al ascensor. ¿Era imaginación de parte de Ricardo? Hubiese jurado que el rostro de Raimundo Bennett se puso más encendido y que en los ojos se le notaba algo de ansiedad.

—Es usted muy amable por cumplir su promesa de venir a verme… Tendré mucho gusto en almorzar con usted, Gordon. Y estoy seguro que mi hermana también. Ella viene a menudo a Londres.

Se despidieron de un modo precipitado y algo confuso. Ricardo Gordon salió a la calle, intrigado. De una cosa estaba seguro: que la turbación del joven obedecía a la broma referente a los Ranas.

Cuando volvió a su oficina, algo enojado consigo mismo por haber obrado como un campesino con sus torpes declaraciones a la bella del pueblo, se encontró con un jefe de policía que parecía estar en un apuro y, al verle, Ricardo contrajo las pupilas.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué noticias hay de Genter?

El jefe de policía hizo el gesto del hombre que se traga una pócima desagradable.

—Se me escaparon —contestó—. El Rana llegó en un auto… No esperaba yo eso. Genter subió al coche y, antes de que me diera cuenta, habían desaparecido. No es que me preocupe. Genter lleva un revólver y es hombre de pelo en pecho.

Ricardo Gordon le miró fijamente y dijo:

—Creo que debería haber previsto el auto; si el mensaje de Genter tiene visos de verosimilitud, y está sobre la pista del Rana, usted debió haber pensado que usarían un auto. Siéntese; Wellingdale.

El hombre de cabello gris obedeció.

—No estoy disculpándome —gimió—. Los Ranas me tienen nervioso. En una ocasión los trataba como una broma.

—Sería más prudente tratarlos como una broma ahora —sugirió Ricardo, mordiendo la punta del cigarro—. Tal vez no sean más que

una sociedad secreta tonta. Hasta los vagabundos tienen derecho a tener logias contraseñas y signos.

Wellingdale movió la cabeza negativamente.

—No es posible negar los sucesos de estos últimos siete años —dijo—. No es el hecho de que la mitad de los criminales de carretera que detenemos tienen el tatuaje de la rana en la muñeca. Esto pudiera ser simplemente imitación… y, después de todo, casi todos los delincuentes de baja mentalidad llevan tatuajes. Pero en estos siete años hemos sufrido una serie de crímenes desagradables. En primer lugar, el ataque al encargado de negocios de la Embajada de Norteamérica, al que pegaron en la cabeza con una porra y dejaron sin conocimiento en Hyde Park. Luego, el caso del presidente de la Compañía Mercantil del Norte, al que unos individuos aporrearon cuando bajaba de su coche en Park Lane. Después, el incendio que destruyó los Almacenes de Cauchú Mersey, donde el valor de cuatro millones de libras de cauchú en bruto desapareció en humo. Evidentemente, fue obra de una docena de incendiarios, pues los almacenes consistían en seis grandes depósitos, y ardieron al mismo tiempo por dos sitios distintos. Los Ranas estaban complicados en esto. Cogimos a dos hombres; ambos eran «Ranas» y llevaban el tatuaje de la tribu… ambos ex presidiarios; y uno de ellos confesó que tenía instrucciones para provocar el incendio, pero al día siguiente negó sus palabras. Jamás vi a un hombre tan asustado. Y no le censuro. Si la mitad de lo que se cuenta del Rana es verdad, la confesión iba a costarle caro… Ya lo ve, señor Gordon. Puedo citarle una docena de casos. Genter les ha seguido la pista durante dos años. Ha hecho el vagabundo por el campo y por provincias, durmiendo en las carreteras, conviviendo con toda clase de pordioseros, subiendo a los trenes sin pagar y robando con ellos; y cuando me escribió dictándome que había entrado en contacto con la organización y esperaba iniciarse, creí que estábamos a punto de cogerlos. He hecho que vigilen a Genter desde que llegó. Lo de esta mañana me ha puesto enfermo.

Ricardo Gordon abrió un cajón del pupitre, sacó un archivador de cuero y volvió las páginas. Eran páginas de fotografías de muñecas de hombres. Las estudió detenidamente, como si las examinase por vez primera, aunque, en verdad, había revisado aquellos ficheros casi todos los días durante años. Cerró luego el archivador pensativamente y lo guardó en el cajón. Se quedó unos minutos sentado tabaleando al borde del pupitre, ceñudo el rostro juvenil.

—La rana está siempre en la muñeca, siempre algo ladeada y debajo siempre aparece tatuada una pequeña burbuja —dijo—. ¿No le parece extraordinario?

El Jefe de policía, que no era un hombre muy suspicaz, no vio nada extraordinario en ese hecho.

CAPÍTULO III

EL RANA

Oscurecía cuando los dos vagabundos, tras dar un rodeo al pueblo de Morby, salieron de nuevo a la carretera. La circunvalación de Morby había sido una labor difícil y penosa, pues la lluvia, que cayó todo el día, había transformado los campos labrados en mares oscuros y gelatinosos, que convertían el andar en una prueba de paciencia.

Alto era el uno, sin afeitar, mal vestido; llevaba el abrigo marrón descolorido abotonado hasta el cuello y el sombrero viejo y abollado echado hacia atrás. Su compañero parecía bajo en comparación, aunque era bien proporcionado, de anchas espaldas y de estatura mayor de lo corriente.

Caminaban silenciosos por la carretera llena de barro. Dos veces se detuvo el hombre más bajo para escudriñar la oscuridad creciente a retaguardia, cual si buscara a un perseguidor. Y una vez cogió el brazo del hombre alto y le llevó a esconderse tras unos arbustos, al borde de la carretera. Sucedió esto al pasar un auto a toda velocidad, salpicando barro por todas partes.

Al cabo de un rato, doblaron la carretera y cruzaron un campo, llegando al borde de un terreno yermo, atravesado por un viejo camino de carreta.

—Estamos a punto de llegar —refunfuñó el más bajo. Y el otro gruñó. Pero, a pesar de aparentar indiferencia, sus ojos penetrantes

examinaron todos los detalles de la escena. Un edificio solitario en el horizonte… parecía una granja. «El condado de Essex»— pensó, por el número del coche que acababa de pasar. Tierra sin cultivar, que probablemente conducía a una cantera abandonada. Un letrero viejo fijado a un poste que se tambaleaba cerca de la verja, por donde pasaba el camino de carreta. Era demasiado oscuro para leer las letras semiborradas pero vio la palabra «cal». ¿Piedra de cal? Sería fácil averiguar en qué localidad se hallaba.

El único peligro consistía en si los Ranas estaban presentes en número considerable. Se palpó, tomó la pistola que llevaba en la cintura y se la metió en el bolsillo del abrigo.

Si los Ranas eran muchos, la pelea podría ser dura. No recibiría ayuda. Tampoco la esperaba. Carlos le había recogido en las afueras de la ciudad en su coche ignominioso y le había llevado, en plena lluvia, tras virajes y más virajes, de forma tal, que, de haber estado al lado del conductor, podía haberse confundido. Pero no lo estaba. Iba sentado en la oscuridad de la pequeña camioneta y no veía nada. Ni Wellingdale ni los hombres encargados de su vigilancia habían contado con que pudiera presentarse un coche. Un vagabundo con auto es un fenómeno. El mismo Genter se quedó asombrado cuando el coche se paró a su lado y la voz de Carlos le gritó: «¡Suba en seguida!».

Cruzaron la cresta de una loma. Abajo, Genter vio un trozo de campo lleno de troles oxidados, rieles torcidos e innumerables hoyos llenos de agua y barro. Más allá, al borde de la carretera, había una cabaña y hacia ésta se dirigió.

—No está nervioso, ¿verdad? —preguntó con desdén.

—No mucho —repuso el otro fríamente—. Supongo que los demás están en aquel cobertizo.

Carlos soltó una risita.

—No, son número —dijo—: únicamente el Rana en persona. Sube por el frente de la cantera; hay una serie de escalones que parten desde debajo de la cabaña. Una gran idea, ¿eh? La cabaña está al mismo borde y los escalones ni siquiera pueden verse,

aunque se asome uno. Lo probé una vez. No lo cogerán nunca, ni que trajeran millones de policías.

—¿Y si rodearan la cantera? —observó Genter.

Pero el otro se mofó.

—¿No sabría que estaba rodeado antes de entrar?

El Rana lo sabía todo.

Miró la mano del otro.

—No te hará ningún daño —dijo— y aunque te lo hiciera vale la pena. Ahora nunca te faltará un amigo, Enrique. Si te ves en un compromiso, tendrás siempre el mejor abogado para defenderte. Y tú eres la clase de individuo que buscamos; hay mucho inservible. Pobres infelices que quieren ingresar para recoger algunas migajas. Pero a ti te darán trabajo importante y si haces alguna faena especial para él, ganarás centenares de libras. Si tienes hambre o estás enfermo, los Ranas te ayudarán.

Estaban a una docena de metros de la cabaña que era un edificio sólido, de madera recia, con una puerta y ventanas con postigos.

Haciendo una seña a Genter para que esperase donde estaba, el llamado Carlos avanzó y llamó a la puerta. Genter oyó una voz; luego vio al hombre acercarse a la ventana y abrirse el postigo unos centímetros. Sostuvieron una larga conversación en voz baja y luego Carlos regresó.

—Dice que tiene un trabajo para ti. Te dará mil libras. ¡Qué suerte tienes! ¿Conoces Rochmore?

Genter hizo un signo afirmativo. Conocía aquel barrio aristocrático.

—Allí vive un hombre que hay que acariciar. Regresa del club todas las noches en el tren de las once y cinco. De la estación va a su casa a pie. Es un camino oscuro y es fácil darle un porrazo. Un buen porrazo y asunto concluido. Nada de matar, como tú comprenderás.

—¿Por qué quiere que lo haga yo? —preguntó con curiosidad el vagabundo alto.

La explicación fue lógica.

—Todos los nuevos tienen que hacer algo para demostrar su valor y su sinceridad. ¿Qué dices?

Genter no titubeó.

—Lo haré —dijo.

Carlos volvió a la ventana y, poco después, su compañero le llamó.

—Estate ahí y mete el brazo izquierdo por la ventana —ordenó.

Genter se echó atrás el puño del abrigo empapado y metió el brazo desnudo por la abertura. Le cogieron la mano fuertemente y, en seguida, notó que algo suave y mojado hacía presión sobre su muñeca. Pensó que era un sello de caucho y se preparó a resistir el dolor que vendría.

Vino el dolor; como si le pinchasen mil agujas, y se estremeció. Al soltarle la mano, la retiró y se puso a mirar, intrigado, el dibujo borroso de tinta y sangre que había dejado el tatuador.

—No lo borres ni lo limpies —le dijo una voz ahogada desde la oscuridad de la cabaña—. Puedes entrar ahora.

Cerraron el postigo. Oyose el ruido de la llave en la cerradura y la puerta se abrió. Entró Genter en la densa oscuridad de la cabaña y oyó que el invisible individuo la cerraba con llave.

—Tienes el número K 971 —le dijo la voz sorda—. Cuando lo veas en las columnas de «anuncios clasificados» del «Times», preséntate aquí, estés donde estés. Toma esto…

Genter alargó la mano y cogió un sobre que le pusieron en la palma extendida Como si el Rana misterioso pudiese ver aún en aquella oscuridad.

—Ahí tienes dinero para un viaje y un plano del distrito. Si te gastas el dinero del viaje o si no vienes cuando se te llame, morirás. ¿Has comprendido?

—Sí.

—Ahí tienes también dinero para tus gastos. Ahora escucha. En Rochmore, en Park Avenue, 18, vive Hallwell Jones, el banquero…

Debió notar el movimiento de sorpresa que hizo el recluta.

—¿Le conoces?

—Sí, trabajé para él hace años —dijo Genter.

Con disimulo sacó la pistola del bolsillo y puso el dedo sobre el gatillo.

—Desde ahora hasta el viernes tienes que buscarlo para romperle la cabeza. No es necesario matarle. Pero si lo matas, no importa. Aunque supongo que tiene la cabeza demasiado dura…

Genter precisó el sitio donde estaba el hombre que le hablaba y, habiéndose ya acostumbrado a la oscuridad, adivinó, más bien que vio, el bulto. De repente, alargó la mano y cogió el brazo del Rana.

—Tengo una pistola y haré fuego —díjole entre dientes—. A ti te busco, Rana. Soy el inspector de policía Genter y si resistes, te mataré.

Durante un segundo reinó un silencio mortal. De pronto, le cogieron la muñeca de la mano que empuñaba la pistola, como un par de tenazas. Lanzó un golpe con la izquierda, mas el hombre se agachó y el golpe se perdió en el aire; y entonces, de un fuerte tirón, le arrebataron la pistola y cerró en un cuerpo a cuerpo contra su prisionero.


BOC
QUET

Su cara tocó la del Rana. ¿Llevaba careta?…

Los fríos anteojos de mica le rozaron el rostro. Eso explicaba la voz sofocada.

Fuerte como era, no pudo zafarse de los brazos que le rodeaban; y lucharon, ya avanzando, ya retrocediendo, en la oscuridad.

De repente, el Rana levantó el pie y Genter esquivó el puntapié. Oyose el ruido de rotura de vidrios y llegó al detective un olor débil pero picante. Probó de respirar, pero observó que se ahogaba y los brazos le cayeron inertes al costado.

Le sujetó el Rana un momento y luego dejó caer el cuerpo inerte al suelo. A la mañana siguiente, una patrulla de policía de Londres halló el cuerpo del inspector Genter tendido en el jardín de una casa vacía y pidió una ambulancia.

Pero un hombre atacado por los gases concentrados de ácido hidrociánico muere muy rápidamente y Genter había muerto diez segundos después que el Rana rompiese el delgado tubo de cristal que guardaba en la cabaña para una contingencia como aquélla.

CAPÍTULO IV

ELK

No había detective alguno en el mundo que se pareciese menos a un inspector de policía, e inteligente por añadidura, que Elk. Era alto y delgado; los hombros, ligeramente encorvados, acentuaban su aspecto desmirriado. La ropa no le sentaba bien, antes parecía que le colgaba del cuerpo. Su rostro, oscuro y cadavérico, tenía siempre una expresión profundamente lúgubre y pocos habíanle visto sonreír. Sus superiores decían que de él emanaba una influencia deprimente, pues tenía un concepto de la vida lleno de prejuicios y estaba amargado por no haber ascendido en su carrera. Una educación deficiente le cerraba el paso. Diez veces habíase presentado a exámenes, y otras tantas había sido reprobado invariablemente de la misma asignatura: de historia.

Ricardo, que le conocía mejor que sus jefes inmediatos, adivinó que estos fracasos no preocupaban al señor Elk tanto como la gente creía. En efecto, con frecuencia descubría un cierto orgullo en su incapacidad de recordar fechas históricas, y, en una ocasión, en un momento de asombrosa confianza, Elk le había confesado que el ascenso sería motivo de embarazo para un hombre como él, de escasa instrucción Pues el inglés vulgar era una de las debilidades de Elk.

—No hay paz para los malos, señor Gordon —suspiró, al tiempo que se sentaba—. Creía que me darían unas vacaciones después de

mi viaje a América.

—Quiero saber todo lo que se refiere a Lola Bassano, qué amigos tiene, por qué, de repente, es tan amiga de Raimundo Bennett, un dependiente de la compañía Maitland. Y, especialmente, por qué le recogió en un auto en la esquina de la plaza San Jaime y le llevó a Horsham, anoche. Les vi por casualidad cuando salía de mi club y los seguí. Estuvieron sentados dentro del auto cerca de dos horas, a cien metros de la casita de Bennett, hablando. Lo sé porque yo aguantaba la lluvia detrás del coche, escuchando. Si la hubiera estado haciendo el amor, lo hubiera comprendido… en parte. Pero hablaban de dinero. Oí mencionar ciertas cantidades. A las cuatro bajó él del auto y se metió en su casa y Lola se marchó.

Elk movió tristemente la cabeza, resoplando.

—De todos modos, Lola no sabría hablar más que de dinero —dijo—. Es como la reina… ¿cómo se llamaba?… que murió el año 1077 o quizá el año 1573. Se casó con el rey Enrique, o con Carlos, porque se le antojó una cajita de rapé de oro que él tenía. No estoy muy seguro de si era de oro o de plata. No importa como fuera. De todos modos, lo consiguió y la decapitaron en… en… no recuerdo la fecha.

—Gracias por la comparación —sonrió Ricardo—. Pero Lola Bassano no busca cajitas de rapé de oro o de plata. El joven Bennett no tiene más que la camisa que lleva puesta. Hay algo que me interesa en esa amistad.

Elk fumaba pensativo, observando las espirales de humo que se elevaban al techo.

—Bennett tiene una hermana —dijo ante el asombro del otro— bonita. El viejo Bennett es un hombre sospechoso. No tiene ningún trabajo fijo, desaparece durante varios días y regresa con cara de enfermo.

—¿Los conoces?

Elk hizo un signo afirmativo.

—El viejo Bennett llamó mi atención. La policía local dio parte de sus movimientos que consideraba sospechosos. No tiene que hacer

más que criar gallinas, y, naturalmente, miran como carácter sospechoso a todo el que no cría pollos. Estuve un tiempo vigilando al viejo Bennett sin que lograra sacar nada en claro. Es un individuo que se ha dedicado a actividades múltiples diversas. Una vez escribió una comedia y se representó. Murió a la cuarta noche. Luego jugó a las carreras de caballos, siguiendo un sistema. Arruinose casi. Más tarde empezó la enseñanza por correspondencia: «Cómo escribir en buen inglés», y perdió dinero. Ahora está tomando fotografías.

—¿Cuánto tiempo ha estado probando estos métodos de ganarse la vida?

—Muchos años. Averigüé que tuvo una oficina de copias y escritos a máquina hace diecisiete años. Todos no han sido fracasos. Pero daría mi cabeza por saber qué juego se trae. Una vez al mes, a veces dos, y a veces con más frecuencia, desaparece y no puede encontrársele ni seguírsele la pista. He sondeado a todos los maleantes de la ciudad; todos están tan intrigados como yo. Luis Brady, el deportista que trabajaba con Lola, también está interesado. Odia a muerte a Bennett. Años ha, trató de coaccionarle para que le dijese que se traía entre manos, y Bennett le dio una paliza.

—¿El viejo? —preguntó Ricardo incrédulo.

—El viejo. Es fuerte como un toro. No lo olvide. Veré a Lola. No es una mala chica, hasta cierto punto. Personalmente, las vampiresas no me atraen. Me dicen que Genter ha muerto. ¿También está complicado en esto el Rana?

—Sin duda —dijo Ricardo levantándose—. Y ahí, Elk, está uno de los hombres que le mataron.

—¿Dónde? —preguntó Elk.

—Ya se ha marchado. Yo…

En aquel momento la ventana se hizo añicos y unos trozos de cristal le arañaron la cara: Inmediatamente, Ricardo casi arrastró de un tirón a Elk para que se resguardase.



—Desde el tejado de Onslow Gardens —dijo Ricardo Gordon, sereno—. Me preguntaba desde dónde podrían esos demonios disparar; es la segunda vez que han tratado de pescarme hoy.

Una cápsula vacía en la azotea del número 94, Onslow Gardens, y las huellas de los pies, eran todas las pruebas que el asesino había dejado. La casa número 94 estaba vacía, a excepción del vigilante,

que declaró tener la costumbre de salir todas las mañanas a comprar provisiones para el día. Habían entrado por la puerta de la calle; un tendero vio entrar a un hombre en la casa, llevando bajo el brazo lo que parecía ser una caña de pescar pero que, sin duda, era un rifle en un estuche de cuero.

—Muy sencillo —dijo Ricardo— y desde luego, desde el punto de vista del Rana, eficaz. El que disparó tenía media docena de vías de escape, incluso la escalera de salvamento en caso de fuego.

Elk estaba silencioso y malhumorado. Ricardo Gordon tan silencioso pero alegre, hasta que ambos volvieron a la oficina.

—¡Y he de reconocer que son rápidos! Volvía a casa cuando cometieron el primer atentado. Un esfuerzo ingeniosísimo para atropellarme con un coche ligero… el maldito coche hasta subió a la acera tras de mí.

—¿Qué número?

—XL. 19 741 —dijo Ricardo—, pero falso. No existe tal número en el registro. El chófer desapareció antes que pudiera detenerle.

Elk se rascó la barbilla, contemplando al joven fiscal con expresión dudosa.

—Casi me parece interesante —dijo—. Desde luego, he oído hablar de los Ranas; aunque no les he prestado mucha atención. Hoy día, las sociedades secretas son tan corrientes, que cada vez que un hombre me estrecha la mano, me mira decepcionado si no me tiro de la oreja o me sacudo los pies. Y el trabajo en cuadrillas lo he visto siempre como algo que sólo existe en las novelas emocionantes de mi viejo amigo Shyloch…

—Sherlock… y él no las escribió —murmuró Ricardo.

De nuevo Elk se acarició la mejilla.

—No creo en ello, de todos modos —dijo—. No es natural que los vagabundos hagan algo sistemático. Se parece demasiado al trabajo. Apuesto a que no hay en ello más que una serie de coincidencias fantásticas. Apuesto a que los Ranas no son más que una sociedad tonta, sin plan ni fin. Y apuesto a que Lola está enterada de todo lo de ellos —añadió ilógicamente.

Elk regresó andando a Scotland Yard por el camino más tortuoso. Con el viejo y enrollado paraguas colgado del brazo, tenía el aspecto de un dependiente sin trabajo. Sus gafas con borde de acero, ajustadas, torcidas, favorecían esa ilusión. En invierno y verano usaba un abrigo castaño claro, siempre desabrochado, y el traje castaño amarillento que vestía era el mismo desde tiempo inmemorial, tanto que nadie recordaba, haberle conocido otro. Caía la lluvia, no fuerte, pero persistente. Usaba hongo que brillaba de humedad, mas no abrió el paraguas. Nadie le había visto jamás con ese adminículo abierto.

Caminó hasta la plaza de Trafalgar y allí, se detuvo pensativo, un rato; luego, volvió sobre sus pasos. Frente a la oficina del fiscal había un vendedor ambulante, alto, con una pequeña bandeja llena de cerillas, llaveros, lápices y otras quisicosas. Los artículos que vendía estaban, de momento, tapados con un hule brillante. Elk no le había visto antes y se preguntó por qué el hombre había tomado una parada tan poco favorable, pues el extremo de Onslow Gardens, el sitio más incómodo y ventoso de Whitehall, no era lugar dónde los peatones, que pasaban de prisa, se parasen a comprar, ni siquiera en un día hermoso. El buhonero vestía un impermeable raído que le llegaba a los talones y un sombrero flexible encasquetado hasta los ojos; a pesar de esto, Elk vio la cara del buhonero y se paró.

—¿Se vende?

—No.

Elk se interesó inmediatamente. Aquel hombre era americano y trataba de disfrazar la voz para parecer de Londres, la tarea más imposible que americano alguno emprendiera, pues la entonación del hijo de Londres es inimitable.

—Es usted americano. ¿De qué estado?

—De Georgia —fue la contestación, y esta vez el buhonero no intentó disfrazar la voz—. Vine en un barco de ganado durante la guerra.

Elk alargó la mano.

—Enséñeme su licencia, hermano —dijo.

Sin vacilar, el hombre exhibió la licencia de la policía para vender en las calles. Estaba a nombre de Josué Broad y estaba en orden.

—Usted no es de Georgia —observó Elk—, pero eso no importa. Usted es de Hampshire o de Massachusetts.

—De Connecticut —dijo el hombre fríamente—, pero he vivido en Georgia. ¿Quiere comprar un llavero?

Un ligero destello de sonrisa brilló en los ojos del hombre.

—No. Nunca he tenido una llave. No poseo nada que valga la pena de guardar con llave —dijo Elk manoseando los artículos de la bandeja—. No es éste buen sitio para una parada.

—No —dijo el otro—. Demasiado cerca de Scotland Yard, señor Elk.

Elk lanzó una rápida mirada al hombre.

—¿Me conoce usted?

—Mucha gente le conoce, ¿no? —preguntó el otro inocentemente.

Elk examinó al buhonero desde las suelas de los zapatos hasta el sombrero raído y con un movimiento de cabeza continuó su camino. El buhonero le siguió con la mirada hasta que desapareció y luego, poniendo una tapa a la bandeja, la ató bien y se marchó en la dirección que Elk había tomado.

Al salir de las oficinas Maitland para almorzar, Raimundo Bennett vio a un hombre saturnino y de traje raído, parado al borde de la acera; no le dio más que una mirada pasajera.

No conocía a Elk y no había notado que le seguían al pequeño restaurante donde Felipe Johnson y él tomaban «el modesto almuerzo».

En cualquier circunstancia Raimundo no hubiera observado la sombra, pero hoy, en su estado de espíritu, no pensaba más que en él o en la conducta infame del viejo y bárbaro Maitland.

—¡Ese viejo demonio! —exclamó caminando al lado de Johnson —. ¡Rebajar los salarios un diez por ciento y empezar con el mío! ¡Y esta mañana salen los periódicos diciendo que ha donado cinco mil libras a los hospitales del Norte!

—Es un sujeto caritativo y en cuanto a la rebaja, era eso o despedirte —dijo Johnson jovialmente—. ¿De qué sirve protestar? El negocio ha ido mal y el mercado de valores está tan muerto como Ptolomeo. Si miras el lado optimista de las cosas, Raimundo…

—¡Optimista! —refunfuñó el joven, con la cara roja de furia—. Me pagan el salario de un meritorio y necesito dinero con urgencia, Filo.

Felipe suspiró y por una vez se le nubló la cara bonachona. Después sonrió.

—SI yo pensara como tú, me volvería loco o me haría un ladrón de primera. Sólo gano un cincuenta por ciento más que tú y, sin embargo, el viejo me deja manejar cientos de miles de libras. Es horrible.

No obstante, lo «horrible» del parsimonioso Maitland no le quitaba el apetito.

—El arte de ser feliz —declaró, apartando el plato y encendiendo un cigarrillo— es no ambicionar nada. Entonces se consigue más de lo que se necesita. ¿Cómo está tu hermana?

—Está bien —contestó Raimundo con indiferencia—. Elisa opina lo mismo que usted. Es muy fácil filosofar sobre las preocupaciones ajenas. ¿Quién es ese pájaro ridículo? —añadió al ver sentarse un hombre a una mesa de enfrente.

Felipe se ajustó los lentes, pues era corto de vista.

—Ése es Elk, de Scotland Yard —dijo, y sonrió al recién llegado. Y para enojo de Raimundo, y tal enojo tenía algo de nerviosidad, trajo al hombre pobre y raído a su mesa.

—Mi amigo, el señor Bennett. El inspector Elk, Raimundo.

—Sargento —observó Elk con tono resentido—. El destino ha estado siempre en contra mía, en la cuestión de ascenso. No puedo recordar ninguna fecha.

Lejos de guardar secreto su fracaso, el señor Elk nunca se cansaba de discutir la causa.

—Pero la razón de que sea mejor detective el que sabe cuándo nació Jorge Washington o cuándo murió Napoleón Bonaparte, es para mí un misterio. ¿Almuerza aquí todos los días, señor Bennett?

Raimundo hizo un signo afirmativo.

—Me parece que conozco a su padre. Juan Bennett de Horsham, ¿no es verdad? Ya me parecía.

Desesperado, Raimundo se levantó con una excusa y los dejó solos.

—Un joven muy simpático —dijo Elk.

CAPÍTULO V

EL SEÑOR MAITLAND VA A SU CASA

Acercábase a la casa imponente de la Compañía Maitland, cuando el señor Johnson se detuvo en una interesante exposición de su filosofía y apresuró el paso. En la misma acera, más adelante, vio a Raimundo Bennett, y a su lado, la figura esbelta de una joven. Estaban de espaldas a ellos, pero Elk adivinó que la joven era Elisa Bennett. La había visto dos veces y tenía una memoria maravillosa para las espaldas.

Volviéndose cuando el hombre grueso se acercó a ella, sombrero en mano, le saludó con una sonrisa cordial.

—Un inesperado placer, señorita Bennett.

El rostro sencillo de Johnson se coloreó ligeramente, enamorado, pensó Elk, interesado y estrechó la mano calurosamente y algo más que cordial.

—No pensaba venir a Londres, pero papá ha partido a una de sus excursiones misteriosas —dijo con una ligera risa—. Esta vez al Oeste. Pero, es curioso, estoy completamente segura de que lo he visto en un autobús ahora mismo, aunque su tren salió hace dos horas.

Miró a Elk, que disimuladamente, se mantenía algo apartado, y la vista de su semblante ceñudo pereció despertar algún recuerdo

desagradable, pues la sonrisa desapareció de su rostro.

—Mi amigo, el señor Elk —dijo Johnson, un poco embarazado y Elk hizo una ligera reverencia.

—Me alegro infinito de verla, señorita Bennett —dijo, y notó el disgusto de Raimundo con íntima satisfacción que en otro hombre más jovial hubiera sido de alegría.

Saludó ella levemente y luego dijo algo en voz baja a su hermano. Elk vio que el muchacho fruncía el ceño.

—No tardaré mucho —dijo lo bastante alto para que el detective pudiera oír.

Dio Elisa la mano a Johnson, hizo una reverencia a Elk y se marchó, dejando a los tres hombres que la seguían con la mirada. Dos, pues cuando Elk volvió la cabeza, el muchacho se había metido en el edificio.

—¿Conoce usted a la señorita Bennett?

—Ligeramente —dijo Elk de mala gana—. Conozco a casi todo el mundo, un poco. A gente buena y a gente mala. Cuanto mejores son, tanto menos los conozco. Tipo extraño.

—¿Quién? —preguntó sobresaltado Johnson—. ¿Habla de su padre? Ojalá no fuera tan frió conmigo.

—Sí —dijo Elk secamente—. Adiós.

Se puso a caminar sin rumbo, mientras Johnson subía los escalones del edificio Maitland, pero no se alejó mucho. Cruzó la calle, volviendo sobre sus pasos y se apostó en el umbral.

A las cuatro se detuvo un taxi ante la gran puerta de la Compañía Maitland, y unos minutos después, el viejo Maitland salió, sin mirar a derecha ni izquierda. Elk le contempló con interés más que corriente. Conocía al financiero de vista y le había visitado dos o tres veces en la oficina, en relación con ciertos pequeños robos cometidos por la gente encargada de la limpieza. De esta manera, conoció a Filo Johnson, pues el viejo Maitland delegó la entrevista en su subordinado.

Elk opinaba que el viejo debía tener unos setenta años y se preguntó, por primera vez, dónde y cómo vivía. ¿Tenía parientes?

Era curioso que no supiera nada en absoluto del financiero; menos que de cualquiera de las otras potencias de la City.

El detective no tenía que resolver ningún asunto con el jefe de esta firma floreciente. Su tarea consistía en descubrir la clase de relaciones que existían entre Lola Bassano y aquel dependiente sin dinero. Sabía en su interior que el interés que Ricardo Gordon demostraba por el joven no era del todo desinteresado y sospechaba, con razón, que la bonita hermana de Raimundo Bennett estaba tras todo ello.

El ansia por conocer algo de Maitland, que despertara al pensar que desconocía en absoluto la vida íntima del viejo, era demasiado fuerte para poder resistirla. Cuando el taxi partió, Elk llamó otro.

—Sigue aquel taxi —ordenó, y el chófer hizo un signo afirmativo sin preguntar nada, pues no había chófer en las calles que no conociese a aquel policía melancólico.

El primer taxi marchaba veloz, en dirección al norte de Londres, y se paró en un cruce de calles de mucho tráfico de Finsbury Park. Los grandes financieros, por regla general, no suelen habitar esta parte de la ciudad. Es un barrio obrero, lleno de casas pequeñas ocupadas usualmente por dos o más familias; y cuando el taxi se paró y el viejo descendió ágilmente, la boca de Elk se abrió con un ¡ah!, de sorpresa.

Maitland no pagó al cochero, sino que dobló la esquina rápidamente y se metió en la calle principal, llena de tráfico, con Elk pisándole los talones. Caminó un centenar de metros y luego tomó un tranvía. Elk echó a correr y subió cuando el tranvía se ponía en marcha. El viejo halló un asiento sacó un periódico arrugado del bolsillo y se puso a leer.

El tranvía bajó por la calle de las Siete Hermanas y llegó a Gottenham donde el señor Maitland se apeó. Dobló por una callejuela larguísima y aún más mísera que la que acababa de cruzar; y luego, ante el asombro de Elk, empujó la verja de hierro de una casa pequeña, oscura y sucia, abrió la puerta y entró, cerrándola tras sí.

El detective miró arriba y abajo de la calle. Estaba llena de chiquillos pobres. Volvió a mirar la casa sin dar crédito a sus ojos. Las ventanas estaban sucias: las cortinas visibles, andrajosas, y el pequeño patio o jardín que daba a la calle, presentaba un aspecto de abandono. ¡Y ésta era la casa de Ezra Maitland, un millonario, el hombre que daba cinco mil libras a los hospitales de Londres! Era increíble.

Se decidió y yendo a la puerta, llamó. Durante algún tiempo nadie contestó; luego oyó el ruido de pasos en el corredor y una vieja de cara amarilla abrió la puerta.

—Dispénseme —dijo Elk—. Creo que al caballero que acaba de entrar se le ha caído esto.

Sacó un pañuelo del bolsillo y la vieja lo miró un momento; luego alargó la mano se lo arrebató y le dio un portazo en la cara.

Y ése es el fin de mi buen pañuelo —pensó Elk amargamente.

Había podido echar una mirada al interior. Un corredor de aspecto mugriento, con una cinta de alfombra descolorida y unos escalones sin alfombras. Acto seguido, se fue a hacer algunas preguntas en la localidad.

—Maitland o Mainland, no sé cual —dijo el tendero de la esquina —. El viejo señor sale todas las mañanas a las nueve y vuelve a su casa a esta hora, más o menos. No sé quién es ni lo que hace. Pero puedo decirle una cosa; ¡no come mucho! Hace todas sus compras aquí. Con lo que esos dos viven, ¡un niño tendría para una comida!

Elk regresó al Oeste, un tanto intrigado. El avaro es un personaje común en la literatura y no es extraño encontrarlo en la vida real. Pero el viejo Maitland debía ser un super avaro —pensó Elk— y decidió dedicar un poco más de atención al asunto. De momento, estaba concentrando sus esfuerzos en Lola Bassano, aquella dama interesante.

En una de las calles aristocráticas que parten de Cavendish Square hay un edificio de pisos, ocupados por inquilinos ricos. El alquiler es notablemente elevado, aun para aquel lugar y el mismo Elk que no se sorprendía muy fácilmente, se quedó un poco

asombrado cuando supo que Lola Bassano ocupaba un departamento en aquel edificio tan costoso.

Fue a Caverley House, después de volver a la oficina de Maitland, y encontró el local cerrado. No había pizarra con nombres en la pared, pero el hombre del ascensor, que miraba a Elk con sorpresa, como tenía derecho a hacerlo, le dijo que la señorita Bassano vivía en el tercero.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí? —preguntó Elk.

—Eso no le importa —dijo el hombre del ascensor—, y creo que lo que usted busca, mi amigo, es la entrada de los criados.

—Muchas veces me he preguntado —murmuró Elk— con qué piensa la gente como usted.

—¡Oiga usted! —exclamó indignado el hombre del ascensor.

—Mire —replicó Elk, y al ver la placa, el hombre se volvió más cortés y más comunicativo.

—Lleva aquí dos meses —dijo—. Y, si le digo la verdad, señor Elk, muchas veces me he preguntado cómo ha conseguido un departamento en Caverley House. Me han dicho que tenía una casa de juego en Jeremy Street. No ha venido a registrar la casa, ¿no es verdad? —preguntó con ansia—. Eso daría un mal nombre a Caverley House.

—He venido a hacer una visita amistosa —dijo Elk.

—Ésa es la puerta —indicó el hombre del ascensor, señalando una de las dos puertas de caoba que había en el piso—. Ese otro departamento lo ocupa un millonario americano.

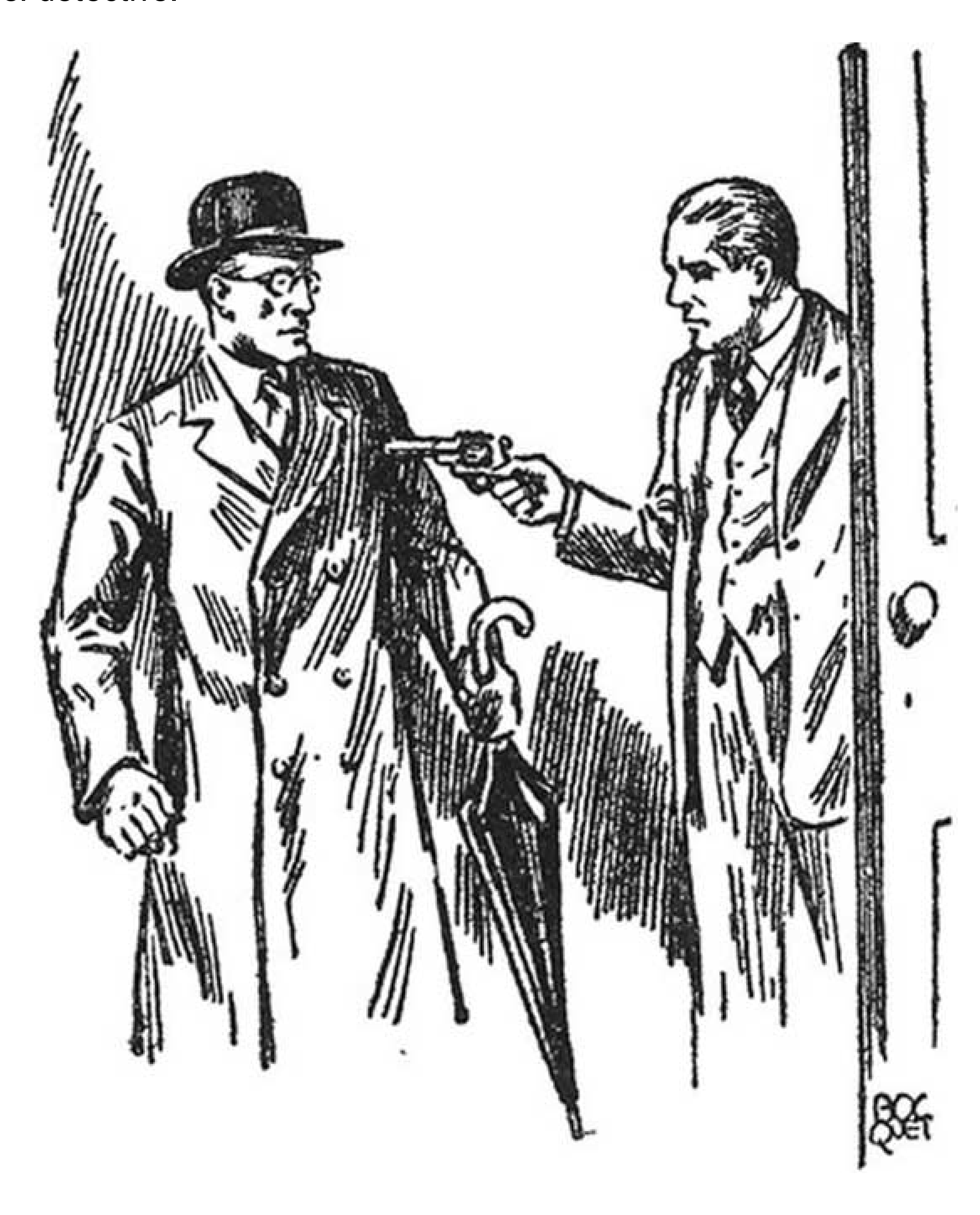
—¿Existe tal cosa? —preguntó Elk.

A punto estaba de decir algo más cuando el hombre del ascensor se dirigió a la puerta y miró uno de los relucientes entrepaños.

—Qué cosa más extraña —dijo—. ¿Qué le parece esto?

Habían estampado en el entrepaño una diminuta rana blanca un fiel duplicado de las que vio por la mañana en las fotografías que Ricardo Gordon le había enseñado. Una rana, en cuclillas, ligeramente inclinada a un lado.

La tocó. La tinta estaba aún húmeda y le manchó el dedo. Y entonces sucedió la cosa más extraña de todas. La puerta se abrió de pronto y un hombre de mediana edad apareció en el umbral. En la mano empuñaba una pistola de cañón largo y apuntaba al corazón del detective.



—¡Manos arriba! —ordenó bruscamente. Luego se paró y miró fijo al detective.

Elk devolvió la mirada, muda de sorpresa; pues el hombre vestido con elegancia que estaba ante él allí ¡era el buhonero de cara de halcón que vio en Whitehall!

El americano fue el primero en reponerse de la sorpresa.

No se movió ni un músculo del rostro, pero Elk volvió a ver aquella risa en los ojos cuando retrocedió y abrió la puerta de par en par.

—Adelante, señor Elk —dijo, y dirigiéndose al asombrado hombre del ascensor añadió—: Está bien, Worth. Le estaba gastando una broma al señor Elk.

Cerró la puerta tras sí, y con un gesto llevó al detective a un salón bonitamente amueblado. Elk entró, dejando el asunto de la rana para ulterior discusión.

—Estamos completamente solos, señor Elk, y no necesita bajar la voz cuando hable de mis indiscreciones. ¿Quiere fumar un cigarro?

Elk alargó la mano verticalmente y escogió un Cabaña grande.

—Si no estoy muy equivocado, le vi esta mañana —empezó a decir.

—No está equivocado —interrumpió el otro fríamente—. Me vio usted en Whitehall. Estaba vendiendo llaveros. Me llamo Josué Broad. No puede denunciarme por comerciar bajo nombre falso.

El detective encendió el cigarro antes de hablar.

—Este departamento debe costarle un buen pico —dijo lentamente—. Y no le censuro el tratar de ganar algún dinero que le ayude. Pero me parece que vender llaveros por las calles es cosa, muy pobre para un hombre de negocios.

Josué Broad asintió.

—No he ganado un millón en ese negocio —dijo—, pero me divierte, señor Elk. Soy un poco filósofo.

Encendió un cigarro y se puso cómodamente en un sillón hondo, con las piernas cruzadas; el retrato de la satisfacción.

—Como americano, me intereso por los problemas sociales y he descubierto que la mejor forma de comprender a los pobres de

cualquier país es convivir con ellos.

El tono era de disculpa, pero de aplomo.

—Creo que me anticipé a que me preguntase si tenía o no el permiso a mi nombre, diciéndole que lo tenía.

Elk se ajustó los lentes y dirigió la mirada al bolsillo del señor Broad, adonde la pistola había vuelto.

—Éste es un país donde hay bastante libertad —dijo— y un hombre puede vender llaveros aunque sea miembro de la casa de los Lores. Pero una cosa que no debe hacer, señor Broad, es meter armas de fuego en las narices de un policía respetable.

Broad soltó una risita.

—Tal vez estaba algo nervioso —dijo—. Pero la verdad es que he estado esperando cerca de una hora que alguien viniera a mi puerta, y cuando oí sus pasos furtivos… —se encogió de hombros—. Fue en realidad una equivocación tonta, que no debe cometer un hombre hecho y derecho —añadió—. Créame que me siento tan avergonzado de ello como usted quisiera que lo estuviese.

Los ojos del señor Elk no abandonaban un momento la cara de Broad.

—No insultaré su inteligencia preguntándole si esperaba a un amigo —dijo Elk—. Pero me gustaría conocer el nombre del otro invitado.

—A mí también —observó el otro—, y a mucha gente.

Sacudió la ceniza de su cigarro mientras miraba pensativo a Elk.

—Esperaba a un hombre que tiene motivos para tener mucho miedo de mí —dijo—. Se llama… bueno, no importa; le he visto una sola vez en mi vida y aun entonces no le vi la cara.

—¿Y le dio usted una paliza? —sugirió Elk.

El otro se echó a reír.

—Ni siquiera le pegué. En verdad, fui muy generoso con él —dijo suavemente—. No estuve con él ni cinco minutos, en un cuarto oscuro, sin más luz que una linterna en una mesa. Y me parece que eso es casi todo lo que puedo decirle, señor inspector.

—Sargento —murmuró Elk—. Es sorprendente el número de personas que creen que soy inspector.

Hubo un silencio embarazoso. A Elk no se le ocurrían otras preguntas y su huésped demostraba poca inclinación a hacer nuevas declaraciones.

—¿Son amigos suyos los vecinos? —preguntó Elk, moviendo la cabeza hacia el pasillo.

—¿Quiénes? ¿Bassano y su amigo? No. ¿Va usted por ellos? —preguntó rápidamente.

—Voy a hacerles una visita amistosa —dijo Elk—. Nada más. Acabo de regresar de su país, señor Broad. Un buen país, pero las distancias son muy largas.

Quedose pensativo mirando la alfombra un buen rato y luego dijo:

—Me gustaría conocer a ese amigo suyo, señor Broad. ¿Es americano?

Broad contestó con un movimiento negativo de cabeza. No hablaron una palabra cuando cruzaban el pasillo hasta llegar a la puerta, y parecía como el Elk fuera a marcharse sin decir adiós, pues salió distraído. Y se volvió solo como si se le hubiera ocurrido la idea de despedirse.

—Me alegraré mucho de volver a verle, señor Broad —dijo—. Tal vez lo vea algún día en Whitehall…

Y sus ojos se dirigieron a la grotesca rana blanca de la puerta. Broad no dijo nada. Puso el dedo encima y se emborronó al tocarlo.

—Recién estampado —dijo arrastrando las silabas—. ¿Y qué opina de eso, señor Elk?

Elk estaba examinando la alfombra ante la puerta. Había una pequeña mancha blanca; se agachó y pasó el dedo por encima de ella.

—Sí, muy reciente. Deben haberlo hecho poco antes de venir yo —dijo. Y allí pareció desvanecerse su interés por el Rana—. Tengo que marcharme ahora —dijo. E hizo un signo de adiós con la cabeza.



En el salón exquisitamente amueblado del departamento número 6, Lola Bassano estaba sentada en un sillón con un cigarrillo en los

labios y un ceño en su cara bonita. De vez en cuando, miraba al hombre que estaba de pie, junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, contemplando la plaza. Era alto y casi grueso, mofletudo, nada simpático. Todo el arte del sastre y los esfuerzos del criado, no lograron disfrazar su origen. Era un ex boxeador. Durante un tiempo, muy corto, Luis Brady había sido campeón del peso «welter» de Europa; un terrible luchador con esa veta de cobardía que marca la indiferencia entre la grandeza y la mediocridad en el «ring». Un hombre más duro descubrió esa debilidad y la gloria de Luis Brady desapareció con rapidez.

Poseía una ventaja sobre sus compañeros, y ello le salvó de una muerte segura. Un filántropo le encontró de niño en el arroyo y le dio una buena educación. Fue a un buen colegio y estuvo en contacto con muchachos que hablaban un buen inglés. Los beneficios de aquel roce nunca los perdió y poseía una voz cultivada tan extrañadamente, que la gente que, por primera vez, oía hablar a este hombre-bruto, escuchaba con la boca abierta.

—¿A qué hora esperas a ese rata tuyo? —preguntó.

Lola alzó los hombros desnudos, se quitó el cigarrillo de la boca para bostezar y se acomodó, aún mejor, en el sillón.

—No lo sé. Sale de la oficina a las cinco.

El hombre se apartó de la ventana y se puso a caminar por el cuarto pausadamente.

—No sé por qué el Rana se preocupa de él —refunfuñó—. Lola, me estoy cansando del viejo Rana.

Lola sonrió y lanzó una bocanada de humo.

—Quizás estás cansado de ganar dinero por nada, Brady —dijo ella—. Hablando personalmente, nunca me entra a mí esa clase; de cansancio. Una cosa hay segura, y es que Rana no se preocuparía del joven Bennett si no hubiera algún motivo.

Sacó Luis un reloj del bolsillo y miró la esfera adornada con piedras preciosas.

—Las cinco. Supongo que ese joven no sabe que estás casada conmigo.

—No seas idiota —dijo Lola cansada—. ¿Crees tú probable que yo alardee de eso?

Sonrió él y reanudó su paseo. Poco después, oyó tocar el timbre y miró a la muchacha, quien se levantó y sacudió los almohadones.

—Abre la puerta —dijo. Y el hombre salió obediente a abrirla.

Raimundo Bennett cruzó el cuarto dando rápidas zancadas y cogió la mano de la muchacha con las dos suyas.

—Se me ha hecho tarde. El viejo Johnson me entretuvo después que se marcharon los empleados. ¡Caramba, hermosa habitación, Lola! No tenía la menor idea de que vivías con este rumbo.

—¿Conoces a Luis Brady?

Raimundo asintió sonriente. Parecía la imagen de la felicidad y la presencia de Luis Brady no le importaba.

Conoció a Lola en un club y sabía que ella y Brady tenían algunas relaciones de negocios. Además, Raimundo se enorgullecía de tener «amplitud de espíritu». Vislumbraba un nuevo estado social, superior a la esclavitud que antiguas leyes de conducta imponían a hombres y mujeres en sus relaciones. Era joven, sano de espíritu, y veía las cosas como quisiera que fueran. La amplitud de espíritu suele ir acompañada de conocimiento limitado.

—Vamos ahora a tu maravilloso plan —dijo, y, a un gesto de ella, se sentó a su lado—. ¿Está enterado Brady?

—Ha sido una idea de Luis —dijo ligeramente—. Siempre está buscando oportunidades… no para él sino para los demás.

—Es una debilidad mía —dijo Luis en tono de disculpa—. Pero, de todos modos no sé si le gustará el plan. Yo lo hubiera aceptado, pero estoy demasiado ocupado. ¿Le ha dicho Lola; algo de ello?

Raimundo hizo un signo afirmativo.

—No puedo creerlo —dijo—. Siempre he pensado que esas cosas eran propias de novelas. Lola me dice que el Gobierno japonés necesita un agente secreto en Londres. Alguien a quien puedan repudiar, si es necesario. ¿Pero qué trabajo he de hacer?

—No lo sé —repuso Luis—. Todo lo que he podido averiguar es que no tiene otra cosa que hacer que vivir. Tal vez quieren estar al

corriente de lo que ocurre en el mundo político. Lo único que no me gusta es que hay que llevar una vida doble. Nadie debe saber que es empleado de la casa Maitland. Puede usar el nombre que quiera y disponer su vida particular como mejor le parezca.

—Eso será fácil —interrumpió el muchacho—. Mi padre dice que debo tener una habitación en la ciudad; cree que el viaje de ida y vuelta a Horsham todos los días es demasiado caro. Ya arreglaré eso con él el domingo. Tendré que pasar algunos finales de semana en la casita de ellos… pero ¿qué debo hacer y a quién tengo que presentarme?

Lola soltó una risita.

—Pobre muchacho —dijo burlona—. La idea de tener un piso hermoso y verme todos los días le tiene preocupado.

CAPÍTULO VI

EL SEÑOR MAITLAND VA DE COMPRAS

La calle Eldor, de Cottenham, era una de las millares de calles feas y grises que componen los barrios centrales de Londres. Imaginaos dos hileras de casas a ambos lados de una calle recta, iluminadas a grandes trechos por faroles amarillos. Cada casa tiene una protuberancia, llamada ventana cimbrada; cada casa está separada de la calle por una balaustrada de hierro, atravesada por una verja.

Hay un pequeño patio en el frente de la casa, donde los arbustos más tenaces batallan desesperadamente por su existencia; una puerta en nicho y en el piso de arriba dos ventanas exactamente iguales.

Elk se encontraba en la calle Eldor a las nueve de aquella noche. Llovía y la calle era, en consecuencia un desierto. La mayoría de las casas estaban oscuras, pues la calle Eldor vive en sus cocinas, que están en la parte de atrás de los inmuebles. Por la ventana de la calle del número 47, salía una rendija de luz por el borde de la persiana echada, y arrastrándose hasta la ventana, pudo oír a largos intervalos, el murmullo de la conversación.

Era difícil creer que estaba parado a la puerta de la casa de Ezra Maitland. Aquella misma mañana, los periódicos hacían resaltar la

última especulación de la Compañía Maitland, una operación de más de un millón. ¡Y el cerebro superior de la firma vivía en aquella suciedad!

Mientras estaba allí parado, se apagó la luz y oyó el ruido de pasos en el pasillo sin alfombrar. Tuvo tiempo de llegar a la oscuridad del otro lado de la calle, antes que la puerta se abriese y dos personas salieron: Maitland y la vieja que había visto. A la luz de un farol notó que Maitland llevaba el abrigo abrochado hasta el cuello. El de la vieja era muy largo y en la mano llevaba una bolsa. ¡Iban de compras! Era noche de sábado y la calle principal, por la que Elk había pasado, estaba llena de compradores de última hora… Cottenham hace sus compras a última hora, cuando los víveres pueden comprarse a precios de ganga.

Elk aguardó a que se alejasen, y luego bajó hasta la esquina de la calle y dobló a la izquierda. Siguió una pared cubierta de anuncios hasta llegar a una estrecha callejuela oscura, sin alumbrado, tres pies de ancha, con vallas de madera alquitranadas, a ambos lados. Contó las verjas a su izquierda con la ayuda de una lámpara de bolsillo y al cabo de un rato, se detuvo ante una de ellas y la empujó suavemente.

La verja estaba cerrada con llave; no tenía echado el cerrojo. El ojo de la cerradura parecía estar en uso. Elk resopló de satisfacción. De una cartera del bolsillo, sacó una pequeña manivela de madera, en la que insertó un gancho de acero escogido con mucho cuidado de entre una docena. Lo introdujo en la cerradura y dio una vuelta. Evidentemente, la cerradura era más complicada de lo que creyera. Probó otro gancho de forma diferente, y luego otro más. A la cuarta tentativa la cerradura giró y abrió la puerta suavemente.

La parte trasera de la casa estaba a oscuras y el patio singularmente libre de las obstrucciones que esperara. Cruzó el patio y llegó a la puerta. Vio con sorpresa que no estaba cerrada y se metió las herramientas en el bolsillo. Se encontró en un pequeño fregadero. Pasó por una puerta que le llevó a un pasillo vacío y llegó al cuarto donde había visto la luz. Estaba pobremente amueblado. El

sillón situado cerca del hogar tenía los muebles rotos; había una cama sin hacer en un rincón y, en el centro del cuarto una mesa cubierta con un paño remendado. Y, encima, dos o tres libros y unas cuantas hojas de papel con varias líneas de escritura torpe de un niño. Elk leyó con curiosidad. «Mira al perro» —decía— «El hombre va al perro y el perro ladra al hombre».

Y frases parecidas. Los libros eran de lectura elemental. Mirando en derredor, vio un fonógrafo barato y en un aparador media docena de discos arañados o rotos.

El niño debía estar en la casa. Abrió el gas y lo encendió, después de echar el cerrojo a la puerta de la calle para evitar una sorpresa. Con la luz más brillante, la pobreza del cuarto le asombró. La alfombra estaba muy gastada y llena de agujeros; no había mueble que no se hubiera reparado. En el aparador sucio había un ábaco infantil, una armazón con alambres de donde cuelgan cuentas para que los niños aprendan a contar. Un papel en la repisa de la chimenea le llamó la atención. Era una copia del contrato de un millón de libras que Maitland había firmado aquella mañana. Su firma, con la característica rubrica, estaba al pie.

Elk colocó el papel en su sitio y empezó a registrar la habitación. En una alacena, junto al hogar, encontró una alcancía de hierro que, según calculó, estaba semi llena de monedas. Había, además, cerca de un centenar de cartas dirigidas a E. Maitland, Calle Eldor, 47, Cottenham. Las examinó y vio que carecían de importancia. Eran circulares de comerciantes o folletos políticos con los que los candidatos inundan sus circunscripciones. Y todas estaban sin abrir. Evidentemente el señor Maitland también sabía de qué trataban y no se había molestado en leerlas. Probablemente, el instinto de atesorar de la vejez le había hecho guardarlas. Nada más había de interés en el cuarto. Estaba seguro que éste era el sitio donde dormía el viejo… ¿dónde estaba el niño? Apagó la luz y subió la escalera. Encontró una puerta cerrada con llave y aquí sus herramientas fallaron, pues la cerradura era especial y había sido puesta recientemente. Se le ocurrió que tal vez estuviese allí el niño.

La segunda habitación, evidentemente de la mujer, estaba, tan mezquinamente como la sala. Regresaba al descansillo cuando al poner el pie sobre el primer escalón se oyó un ligero chirrido. El ruido venía de abajo; era el de una puerta que se cerraba. Elk esperó, escuchando. No se repitió el ruido y bajó suavemente. Al principio creyó que el viejo regresaba y metía la llave en la puerta del cerrojo echado, cuando se acercó a la puerta para escuchar y no oyó ruido alguno; descorriendo el cerrojo, fue a la segunda de las habitaciones de la planta baja y con su lámpara de bolsillo examinó el suelo.

Era hombre muy observador; muy poco se le escapaba. Estaba completamente seguro de que esa puerta la encontró entornada al entrar en la casa. Ahora estaba cerrada y ajustada por dentro con la llave en la cerradura.

¿Era el niño, asustado de su presencia? Elk era lo bastante prudente para investigar demasiado. Salió de la mejor manera que pudo al pasaje del jardín y luego a la calle. Allí esperó, tomando una posición que le permitía ver todo lo largo de la calle Eldor y la abertura del pasaje de la pared. Al poco rato, vio a Maitland que volvía con la bolsa de malla repleta, y el verde de una col, al pasar bajo la luz. Los estuvo observando hasta que la oscuridad los envolvió y oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Cinco minutos después, una figura oscura salió del pasaje detrás de las casas. Era un hombre, y Elk, alerta y vigilante, se lanzó en su persecución.

El hombre se metió en un laberinto de callejuelas con el detective pisándole los talones.

Caminaba de prisa pero no demasiado para Elk que era un excelente andarín. Al resplandor de la calle principal el hombre se volvió; Elk estaba a una docena de pasos detrás. No podía verle la cara ni se la vio hasta que el hombre se detuvo junto a un auto que le aguardaba, abrió le portezuela y saltó dentro. En ese momento llegó Elk y alzó la mano saludando jovial.

Durante un instante, el hombre del auto cerrado quedó sorprendido y luego abrió la portezuela.

—Suba, que llueve mucho, Elk —dijo. Y Elk obedeció.

—¿Ha estado de compras para el domingo? —preguntó inocentemente.

—No como nunca los domingos —dijo.

Era Josué Broad, el millonario americano que vendía llaveros en Whitehall, vivía en las habitaciones más caras de Londres y hallaba tiempo para interesarse grandemente por Ezra Maitland.

Broad se volvió bruscamente cuando Elk se sentó.

—Oiga, Elk. ¿Vio al niño?

Elk movió la cabeza negativamente.

—No —dijo, y oyó la risita de su compañero cuando el coche marchaba hacia el oeste civilizado.

—Sí, vi aquel niño —dijo el señor Broad tirando suavemente del cigarro que había encendido—, y, créame, Elk, he dejado de amar a los niños. Sí, señor. La educación de los niños no significa nada para mí desde hoy.

—¿Dónde estaba ella?

—Es un chico —replicó Broad tranquilo—, y espero me excusará no conteste sus preguntas. Hacía una hora que me hallaba en la casa cuando usted llegó; en la habitación de atrás, que está vacía. Me asustó usted. Le oí entrar y creí que era un rey mago, sobre todo cuando vi la luz. La tenía encendida cuando abrió la puerta del fregadero; y, a propósito, la dejé sin ajustar. Bien, ¿y qué le parce?

—¿Habla de Maitland?

—Excéntrico, ¿eh? ¡No sabe usted cuán excéntrico!

Cuando el coche se paró ante la puerta de Carverley, Elk rompió el largo silencio.

—¿Qué es usted, señor Broad?

—A ver si lo adivina. Le dejaré que pruebe adivinarlo diez veces —contestó Broad jovialmente, al salir del coche.

—¿Del servicio secreto? —insistió Elk rápidamente.

—Equivocado… ¿Quiere decir del servicio americano? No, está equivocado. Soy un detective particular, que tiene por pasatiempo el estudio de las clases criminales… ¿Quiere subir y tomar una copita?

—Subiré, pero no beberé —dijo virtuoso, Elk— si me ofrece ginebra y naranja. Mi visita a los Estados Unidos me ha estropeado la digestión.

Broad estaba introduciendo la llave en la cerradura de su aposento cuando el detective sintió que una extraña y fría sensación le corría por la espina dorsal y puso la mano sobre el brazo del americano.

—No abra esa puerta —dijo con voz ronca.

Broad se volvió mirándole con sorpresa. La cara del detective estaba tensa y contraída.

—¿Por qué no?

—No sé… un presentimiento, eso es todo. Soy escocés de nacimiento… tenemos una palabra, «fey», que significa algo sobrenatural. Y me dice: «no abras esa puerta».

—¿Está usted bromeando? —preguntó Broad.

—Si tengo cara de bromear —dijo Elk— le procesaré por libelista. Hay algo al otro lado de esa puerta que no es cosa buena. ¡Soy capaz de jurarlo! ¡Deme esa llave!

Tomó la llave de la mano reacia de Josué Broad la introdujo en la cerradura y dio la vuelta. Luego, dando un rápido empujón, abrió la puerta de par en par echando a Broad a un lado contra la pared.

Nada sucedió durante un segundo y luego:

—¡Huya! —gritó Elk, y salió corriendo hacia la escalera.

El americano vio la primera gran oleada de niebla amarilla-verdosa que salía por la puerta abierta y siguió a Elk.

El portero estaba cerrando su oficina cuando Elk apareció, sin sombrero y sin aliento.

—¿Puede telefonear a los departamentos? —¡Bien! Telefonee inmediatamente a todos los inquilinos de encima y de debajo del tercero y dígales que por ninguna causa abran las puertas. Dígales que tapen todas las rendijas con papel, los buzones, y que abran todas las ventanas. ¡No discuta, hágalo! ¡El edificio está lleno de gas venenoso!

Él mismo telefoneó al cuartelillo de bomberos y a los pocos segundos sonó la campana de incendios en la calle y hombres con caretas contra el gas empezaron a subir las escaleras.

Por fortuna, todos los inquilinos, a excepción de Broad y su vecina, habían ido al campo a pasar el final de semana.

—Y la señorita Bassano no entra hasta primeras horas de la mañana —dijo el portero.

Era de día cuando el edificio quedó limpio mediante la ayuda de mangas de aire de alta presión y precipitados químicos. A excepción de que los artículos de plata se habían ennegrecido y todas las ventanas y espejos estaban cubiertos de un depósito amarillo, pocos eran los daños. Un olor mohoso se extendía por el cuarto a pesar de estar las ventanas abiertas; más tarde, la brisa de la mañana dispersó el último vestigio de aquel maloliente recuerdo del atentado.

Juntos, los dos hombres registraron las habitaciones para averiguar cómo se había introducido el gas.

—Por aquella chimenea —señaló Elk—. El gas es más pesado que el aire y puede verterse por la chimenea con tanta facilidad como si se echara agua.

Un registro de la azotea confirmó su teoría. Encontraron diez grandes tubos de cristal y una cuerda a la que se había atado un canasto. Además, uno de los cañones de la chimenea estaba rascado y descolorido.

—El individuo entró en el edificio cuando el portero estaba ocupado… en el ascensor, probablemente. Subió a la azotea, con el canasto y la cuerda. Alguien, que esperaba en la calle, puso los tubos en el cesto que con la cuerda izó a la azotea uno a uno. Fácil, pero ingenioso. Tienen que haber estudiado muy bien el terreno de antemano, o no habrían sabido qué chimenea conducía a su habitación.

Volvieron al ascensor y por una vez Josué Broad habló serio.

—Por fortuna mi criado está de vacaciones —dijo—, de no ser así, en este momento, estaría en el cielo.

—Así es —contestó Elk en tono piadoso.

El sol tocaba las azoteas de las casas cuando Elk, por fin, se marchó soñoliento y desconcertado. Al llegar al vestíbulo, oyó el ruido de voces estrepitosas. Un auto enorme estaba parado a la entrada y, sentado al volante, un joven vestido de frac. A su lado, Luis Brady y en la acera, una muchacha con vestido de «soirée».

—Una noche espléndida, ¿eh, Lola? Cuando empiezo, soy terrible, ¿eh?

La voz de Raimundo sonaba espesa e insegura. Había estado bebiendo… faltábale poco para estar borracho.

Al reconocer al detective que salía a la calle, lanzó un grito.

—¡Cómo! ¡Es Elk! ¡Saludos, noble policía! Lola, te presento a Elk, el Sherlock de los hechos, el sabueso…

—¡Cállese! —Le silbó al oído la voz salvaje de Luis Brady; pero Raimundo estaba demasiado exaltado para callarse.

—¿Dónde está el valiosísimo Gordon? ¡Oiga, Elk, vigile a Gordon! Cuide al pobre Gordon… Mi hermana estima mucho a Gordon.

—Hermoso coche, señor Bennett —dijo Elk, contemplando el auto pensativamente—. ¿Un regalo de su padre?

—No —replicó con viveza—, es de un amigo. Buenas noches, Lola.

Pisó el acelerador, y gritó:

—¡Adiós, Elk!

El auto partió mudo y Elk le siguió con la mirada hasta que desapareció de la vista.

—Ese joven corre peligro de romperse la crisma —dijo—. ¿Se ha divertido mucho, Lola?

—Sí, ¿por qué? —contestó mirándole con desconfianza.

—No olvidó el gas cuando salió, ¿verdad? Si yo fuese Sherlock Holmes, tal vez le diría que no por la mancha de su guante.

—¿Qué habla usted de gas? Nunca uso la cocinilla.

—Alguien la usa y casi me gustó a mí y a un amigo mío.

La vio fruncir el ceño: Esperaba que, como mujer que era, fuese buena comedianta pero, sin saber por qué, sentíase inclinado a creer

en su sinceridad.

—Ha habido un ataque con gases en Caverley House —explicó—, y no era gas de cocina. Cuando suba, lo olerá.

—¿Qué clase de gas…?, ¿venenoso?

Elk movió afirmativamente la cabeza.

—Quién lo puso… ¿lo vertió o qué es lo que se hace con el gas?

Elk la miró con aquella expresión de ofendido que con tanta razón irritaba a sus víctimas.

—Si lo supiera, Lola, ¿estaría yo aquí discutiendo el asunto? Tal vez mi viejo amigo Sherlock Holmes sí, pero yo no. No lo sé. Lo volcaron en el piso del señor Broad.

—Éste es el americano que vive enfrente nuestro… mío —dijo—. No le he visto más que una vez. Parece muy simpático.

—Alguien no lo cuenta así —dijo Elk—. Oiga, Lola, ¿qué está haciendo este muchacho… el joven Bennett?

—¿Por qué me lo pregunta? Está ganando mucho dinero y se ha vuelto un poco calavera. A todos les pasa igual.

—A mí no —dijo Elk—; si yo hubiese hecho dinero y el loco, habría escogido mejor iniciador que un boxeador tronado.

La cara bonita se encendió en cólera y le dirigió una mirada tan venenosa como el gas que había combatido toda la noche.

—Y he realizado algunas investigaciones acerca de mis conocidos —prosiguió Elk sin piedad—. Comprendo que lleve usted esa vida, porque el dinero naturalmente le atrae, lo que no alcanzo a comprender es de dónde sale el dinero.

—No será ésa la única cosa que no comprenda —le disparó entre dientes, entrando enfadada, por la puerta entreabierta de Caverley House.

Elk se quedó parado, su rostro sin expresión. Permaneció así cinco minutos y luego se marchó lentamente en dirección a su modesta casa de soltero.

Vivía encima de un cuartelillo, un estanco, y era el único inquilino del edificio. Al cruzar Gray’s Inn Road, miró perezosamente las ventanas de sus habitaciones y notó que estaban cerradas. Advirtió

algo. Una substancia amarilla opalescente empañaba todos los cristales.

Elk revisó la calle silenciosa y a poca distancia vio dónde habían estado reparando la calle. El vigilante dormitaba ante un fuego y no oyó a Elk acercarse ni vio su extraordinaria acción. El detective encontró en un montón de grava tres piedras redondas y las cogió. Desde el medio de la calle, tiró una de las piedras certeramente. Oyose un ruido de cristales al hacerse añicos la ventana Elk esperó y, al poco rato, vio un espectro amarillo de vapor venenoso salir por el cristal roto, gravitando hacia el suelo.

—Esto se está haciendo monótono —dijo Elk,, cansado, y se encaminó a la alarma de incendio más cercana.

CAPÍTULO VII

UNA VISITA AL SEÑOR MAITLAND

Al parecer, Juan Bennett aceptaba la nueva vida de su hijo como cosa muy de esperar en un joven. Íntimamente estaba intranquilo, temeroso. Raimundo era su único hijo; el orgullo de su vida, aunque nunca lo diese a entender. Nadie sabía mejor que Juan Bennett las celadas que esperaban a un joven en una gran ciudad… Y lo que era peor aún para la paz de su espíritu, conocía a Raimundo.

Elisa no discutió el asunto con su padre, pero adivinó cuán preocupado estaba y se trazó un plan de acción.

El domingo anterior, habíase quejado amargamente de la nueva rebaja que su sueldo experimentara. Estaba desesperado y se le había oído hablar violentamente de abandonar su empleo y buscar otro. Y esa posibilidad asustó a Elisa. Los Bennett vivían frugalmente, porque sus ingresos eran muy limitados. En apariencia, su padre disponía de pocos medios de vida, aunque siempre les diera la impresión de que, de uno de éstos, derivaba una renta bastante holgada.

Era la casita propiedad particular de Bennett, y el coste de la vida de una baratura absurda. Todas las mañanas se presentaba una mujer del pueblo para hacer las faenas pesadas y, una vez a la

semana, ayudaba a lavar. Era el único lujo que permitía la escasa asignación del padre para los gastos de la casa. Así, la posibilidad de que Raimundo se quedara sin trabajo la alarmó de tal manera, que se decidió a poner de su parte cuanto fuera posible para evitarlo.

Una mañana, al cruzar Johnson el piso de mármol del despacho de Maitland, vio aparecer una deliciosa figura por la puerta giratoria y casi corrió a su encuentro.

—Mi querida señorita Bennett, ¡qué sorpresa más agradable! Raimundo ha salido, pero si quiere esperar…

—Me alegro que esté fuera —dijo ella—. Deseo ver al señor Maitland. ¿Es posible?

La cara jovial del filósofo se nubló.

—Temo que sea difícil —contestó—. El viejo no recibe, ni siquiera a los hombres más importantes de la City. Odia a las mujeres y a los extraños y aunque he estado con él todos estos años, no estoy muy seguro de que se haya acostumbrado a mí. ¿De qué se trata?

Elisa titubeó.

—Es para hablarle del sueldo de Raimundo —dijo, y como Johnson moviera negativamente la cabeza, prosiguió apremiante—. ¡Es tan importante, señor Johnson! Raimundo tiene gustos extravagantes y si le rebajan el sueldo significa, que… ¡Oh, usted conoce muy bien a Raimundo!

Johnson asintió.

—No sé si podré hacer algo —dijo en tono de duda—. Subiré a ver al señor Maitland, pero me temo que hay un millón de probabilidades contra una de que no la reciba.

Cuando regresó, una sonrisa expresiva adornaba el rostro jovial del señor Johnson.

—Suba antes de que cambie de parecer —dijo, y la condujo al ascensor—. Tendrá usted que llevar todo el peso de la conversación, señorita Bennett. Es un viejo excéntrico.

La llevó a una habitación pequeña y cómodamente amueblada y señaló con la mano una mesa llena de papeles.

—Mi cuevecita —dijo.

De la «cuevecita» se pasaba, por una puerta grande de palo de rosa, al despacho del señor Maitland.

Johnson llamó quedamente y Elisa, latiéndole el corazón más que de costumbre, compareció ante el extraño viejo que en aquel momento dominaba el mercado de divisas.

La habitación era grande y el lujo de la instalación la dejó sin aliento. Las paredes eran de palo de rosa con exquisitas incrustaciones de plata. La luz emanaba de lámparas ocultas en la cornisa y de largas vitrinas de colores. Cada mueble de la habitación valía una fortuna y calculó que la alfombra en que sus pies se hundían, costaba por sí sola tanto como todo el contenido de una casa corriente.

Tras una enorme mesa-escritorio de bronce recamado en oro estaba el gran Maitland sentado, rígido, observándola a través de sus espesas cejas blancas. Unos cuantos pelos de su impecable barba descansaban sobre la mesa, y al alzar la mano para arreglárselos, pudo observar que usaba mitones de lana. Era completamente calvo… le miró fascinada, las enormes orejas que se destacaban de la cabeza patriarcal más repulsiva. Respiraba todo él un algo grosero, obsceno, que la hería. No era lo desaseado del traje ni los años. La vejez trae consigo refinamiento, esa belleza del declinar que los puristas llaman caducidad. Aquel hombre había envejecido groseramente.

Su mirada carecía del aplomo que ella esperaba. Casi le parecía que estaba nervioso, intranquilo. Posábase ya sobre la muchacha, ya sobre el secretario, para trasladarse luego al rico colorido de las ventanas y volver, furtivamente, después a Elisa.

—Es la señorita Bennett, señor. Recordará usted que Bennett es nuestro empleado de Bolsa, un joven muy inteligente en verdad. La señorita Bennett desea que examine usted de nuevo su decisión acerca de aquella rebaja de sueldo.

—Como usted comprenderá, señor Maitland —intervino Elisa—, nuestra situación no es muy buena y la rebaja significará muchísimo para nosotros.

El señor Maitland movió con impaciencia la calva cabeza.

—No me importa si su situación es holgada o no —dijo gritando —. Cuando rebajo los sueldos, los rebajo y asunto concluido, ¿comprende?

Elisa le miró asombrada. La voz era dura y vulgar. El lenguaje y el tono eran propios del arroyo. En esa frase confirmó todas sus primeras impresiones.

—Si no está conforme, que se marche, y si a usted tampoco le gusta —dijo fijando sus ojos apagados en el nervioso Johnson— márchese también. Puedo encontrar gente a patadas… ¡recogerlos en las calles! ¡Millones de ellos! ¡Eso es todo!

Johnson salió de puntillas y cerró la puerta tras ella.

—¡Es un hombre horrible! —exclamó—. ¿Cómo puede usted soportarlo, señor Johnson?

El hombre gordo sonrió suavemente.

—Millones —repitió—, y tiene razón. Con millón y medio de gente sin trabajo por las calles, no puedo dejar un buen empleo…

—Lo siento —dijo ella, poniéndole la mano impulsivamente sobre el brazo—. No sabía que ese hombre fuera así. —Luego agregó más quedamente—: ¡Es un hombre terrible!

—Es un hombre que ha subido por su propio esfuerzo —sonrió Johnson—. Pero no es malo del todo. Encuentro extraño que la recibiera a usted.

—¿No recibe a la gente?

—No, a menos que sea absolutamente necesario. Y eso ocurre sólo un par de veces al año. No creo que haya en este edificio a quien haya jamás hablado, ni siquiera a los apoderados.

La llevó a las oficinas generales. Raimundo no había vuelto.

—La verdad es —confesó Johnson—, que Raimundo no ha venido a la oficina esta mañana. Ayer mandó recado diciendo que no se encontraba muy bien y lo arreglé para que tuviera un día de permiso.

—¿No está enfermo? —preguntó Elisa alarmada.

Pero Johnson la tranquilizó.

—No. Le telefoneé ayer. Tiene teléfono en su nuevo piso.

—¡Creía que tenía una habitación corriente! —dijo, horrorizada—. Un piso… ¿adónde?

—En Knightsbridge —replicó Johnson suavemente—. Sí, parece caro, pero creo que fue una ganga. Un señor que se marchaba al extranjero se lo subarrendó muy barato. Me imagino que les escribió a ustedes desde Bloomsbury, donde pensaba vivir. ¿Quiere que le sea franco, señorita Bennett?

—Si es acerca de Raimundo, se lo agradecería —repuso ella rápidamente.

—Estoy algo preocupado por Raimundo —dijo Johnson—. Desde luego, quiero hacer cuanto pueda por él, pues lo aprecio mucho. Ahora procuro ocultar sus ausencias, demasiado frecuentes, de la oficina —no es necesario que usted se lo diga—, pero resulta difícil y es un compromiso, pues el viejo tiene un instinto sobrenatural para averiguar estas cosas. Está viviendo con un tren de vida superior a sus medios y le he visto vestido como un «dandy», alternando con lo más elegante de Londres…, a lo menos, lo parecía.

La muchacha sintió que se le helaba el corazón, y la vaga intranquilidad que se había apoderado de su espíritu se convirtió al instante en pánico.

—¿No ha ocurrido nada anormal en su oficina? —preguntó con el corazón lleno de angustia.

—No. Me tomé la libertad de examinar sus libros. Están en orden. La cuenta de caja hasta el céntimo. Hablando crudamente, no está robando… a nosotros, por lo menos. Hay otra cosa. Se hace pasar por Raimundo Lester en Knightsbridge. Lo averigüé por casualidad y le pregunté por qué había adoptado otro nombre. Su explicación fue aceptable. No quiere que el señor Bennett se entere de nada. Tiene algún trabajo remunerativo fuera de la oficina; no quiso decirme lo que era.

Elisa se alegró de poderse marchar, se alegró de poder llegar a la soledad que los amplios parques ofrecían. Tenía que pensar y decidir qué medidas tomar, Raimundo no era muchacho que

soportase una actitud draconiana, ya fuese de ella, ya de Juan Bennett. Su padre no debía enterarse… Tendría que dirigirse a Raimundo. Tal vez era verdad que había encontrado un trabajo suplementario remunerativo. Muchos jóvenes trabajaban en sus horas libres en algo que les proporcionaba un sobresueldo, pero Raimundo no era muy trabajador.

Se sentó en una silla del parque para dilucidar este problema y estaba tan embebida en su solución, que no observó que alguien se había detenido ante ella.

—¡Qué milagro! —exclamó una voz riente. Y al levantar ella la vista vio los ojos azules de Ricardo Gordon—. Y ahora, ¿quiere contarme sus cuitas? —preguntó.

—¡Cuitas!… ¿quién… quién dice que tengo cuitas? —replicó.

—Su cara la traiciona —dijo él sonriente—. Perdone mi traje. Vengo de hacer una visita oficial en la Embajada de los Estados Unidos.

Notó ella por primera vez que vestía el traje oficial de etiqueta, la levita bien cortada, el sombrero de copa bien reluciente y la corbata de reglamento. Y observó, ante todo, que estaba muy guapo con ese traje y que hasta parecía más joven.

—No sé por qué, pero se me antoja que su hermano es la causa. —Dijo—. Le vi hace un momento. Ahí está ahora.

Siguió ella la dirección de sus ojos y medio se levantó asombrada. Montados a caballo, por la pista que corría paralela al camino del parque, iban un hombre y una joven. El hombre era Raimundo. Vestía elegantemente y desde las puntas de las botas de montar hasta la copa del sombrero gris, se veía que todo era de valor. La muchacha que iba a su lado era joven, bonita y pequeña.

Pasaron los jinetes sin que Raimundo viera a los espectadores interesados. Se encontraba de buen humor y el sonido de su risa llegó a los oídos de la asombrada muchacha.

—Pero… no comprendo… ¿Conoce a la dama, señor Gordon?

—Muy bien, por su reputación —dijo Ricardo secamente—. Se llama Lola Bassano.

—¿Es… una señora?

Ricardo sonrió.

—Elk dice que no, pero Elk tiene prejuicios. Tiene dinero, educación y viene de buena familia. Si estas tres cosas son o no suficientes para hacer una señora, no lo sé. Elk dice que no, pero, como le he dicho, Elk tiene muchos prejuicios.

Elisa guardaba silencio, la mente en un torbellino.

—Tengo la sospecha de que necesita ayuda… referente a su hermano —dijo Ricardo suavemente—. La está asustando, ¿no es verdad?

Elisa asintió.

—Lo suponía. Me está intrigando a mí. Estoy enterado de todo, de su sueldo y perspectivas y el extraño disfraz de otro nombre. No me preocupa eso, porque a los muchachos les gusta esa clase de misterios. Por desgracia, son misterios caros y quiero saber cómo puede costearse esa posición recién adquirida, cómo puede llevar ese tren de vida.

Mencionó una cantidad y ella se quedó boquiabierta.

—Cuesta eso y más —continuó Ricardo—. Elk, que tiene la pasión del detalle exacto y que sabe lo que cuesta un traje de montar, me ha facilitado estos pormenores.

Le interrumpió ella con tal gesto de desesperación, que le pareció estar obrando como un bruto.

—¿Qué puedo hacer yo?… ¿Qué puedo hacer? —Preguntó desolada—. Todo el mundo quiere ayudarnos… usted, el señor Johnson, y estoy segura que también el señor Elk. Pero no se puede hacer nada con él. Tal vez le parecerá absurdo que me afecte tanto la escapada tonta de Raimundo, pero ¡significa tanto para nosotros, para papá y para mí!

Ricardo guardó silencio. Era asunto demasiado delicado para que un extraño se entrometiera. Pero lo verdaderamente delicado de la situación residía en la joven que cabalgaba al lado del muchacho. Y como si adivinase sus pensamientos, preguntó ella de repente:

—¿Es la señorita Bassano… una joven respetable? Quiero decir: ¿Es joven que Raimundo pueda tratar?

—Es muy encantadora —repuso él tras una pausa, y al notar ella que rehuía contestar claramente, no insistió.

Poco después desvió la conversación a su visita a Ezra Maitland y Ricardo escuchó su relato sin expresar sorpresa.

—Es un diamante en bruto —dijo Gordon—. Elk sabe algo de él, pero se niega a decirlo. A Elk le gusta intrigar y tener en suspenso a sus jefes más aún que descubrir criminales. Tengo noticias de Maitland de otras fuentes.

—¿Por qué usa mitones en la oficina? —preguntó ella de sopetón.

—Mitones… no lo sabía —dijo él, sorprendido—. ¿Por qué no los había de usar?

—No sé —dijo ella moviendo la cabeza—; fue una idea tonta, pero se me ocurrió… se me ha ocurrido desde…

Ricardo esperó que siguiera hablando.

—Cuando alzó la mano para alisarse la barba, casi estoy segura que le vi una señal de tatuaje en la muñeca izquierda, nada más que el borde, por encima del extremo del mitón; la cabeza y los ojos de una rana.

Ricardo Gordon escuchó estupefacto.

—¿Está segura que no fue su imaginación, señorita Bennett? —preguntó—. Me temo que la Rana nos está poniendo nerviosos a todos.

—Puede ser —dijo ella—; pero estaba a pocos pasos de él y un destello de luz reflejó la muñeca un segundo sobre el secafirmas.

—¿Le habló a Johnson de ello?

Ella movió negativamente la cabeza.

—Pensé después que él, aun con todos sus años de servicio, pudiera no haber observado el tatuaje. Ahora recuerdo que Raimundo me dijo que el señor Maitland usaba siempre mitones, en invierno y en verano.

Ricardo estaba intrigado. Era improbable que aquel hombre, el jefe de una gran corporación, financiera, estuviese asociado a una cuadrilla de malhechores. Y, sin embargo…

—¿Cuándo irá su hermano a Horsham? —preguntó.

—El domingo. Ha prometido a papá que vendrá, a almorzar.

—¿Supongo —preguntó el joven astuto—, que no es posible que me invite a completar los cuatro en la mesa?

—Será el quinto —sonrió ella—. El señor Johnson irá también. El pobre señor Johnson tiene miedo de papá y creo que el miedo es mutuo. Papá se asemeja a Maitland en que no le gustan los extraños. De todos modos, le invito —añadió. Y la perspectiva de verle el domingo la animó.

Elk vino a verle aquella noche cuando iba a un teatro y Ricardo le contó la sospecha de la chica. Con asombro suyo, Elk tomó muy fríamente la sorprendente noticia.

—Es posible —dijo—, pero lo más probable es que el tatuaje no sea una rana. El viejo Maitland fue marino de muchacho… a lo menos eso es lo que dice la única biografía que conozco de él. Se trata de una media columna que apareció en un periódico de Londres hace doce años, cuando compró la finca de Lord Meister en el Embankment y comenzó a ampliar sus oficinas. Voy a decirle una cosa, señor Gordon; estoy dispuesto a creer cualquier cosa del viejo Maitland.

—¿Por qué? —preguntó Ricardo asombrado. No sabía nada de los descubrimientos que el detective había hecho.

—Porque sí —dijo Elk—. Los hombres que hacen millones no son vulgares. Si lo fueran, no serían millonarios. Averiguaré lo del tatuaje.

Ricardo no se ocupó de los Ranas aquella semana, debido a una circunstancia extraordinaria. El martes lo mandó buscar el secretario del ministro de Estado y, con sorpresa suya, le recibió personalmente el ministro. El motivo de este señalado honor se lo dijo en el acto.

—Capitán Gordon —le dijo el ministro—. Estoy esperando de Francia la copia del tratado comercial que ha de firmarse entre

nosotros y los gobiernos italiano y francés. Es de vital importancia que este documento esté bien guardado y le digo esto confidencialmente. —Trata de una revisión de los aranceles. No le comprometeré a usted diciéndole en qué consisten las revisiones, pero es esencial que el mensajero real que trae el tratado esté bien escoltado y quiero, además de la usual protección de la policía, que vaya a recibirlo a Dover. No entra esto en sus obligaciones, pero su labor de investigación durante la guerra me sirve de excusa para cargarle con esta responsabilidad. Tres miembros de la policía secreta italiana y francesa lo acompañan hasta Dover y allí, usted y sus subordinados, relevarán la escolta y lo custodiarán hasta que usted personalmente vea que el documento queda depositado en este Ministerio.

Como otros muchos servicios importantes, éste resultó completamente aburrido. Se encontraron con el mensajero en el muelle de Dover, lo escoltaron a un Pullman que le estaba reservado y en cuyo corredor había dos hombres de Scotland Yard de vigilancia. En la estación de Victoria, un auto, conducido por un policía y custodiado por agentes armados, recogió al mensajero y a Ricardo y los llevó a Calden Gardens.

En su biblioteca, el ministro de Estado examinó los sellos detenidamente y, luego, en presencia de Ricardo y del inspector detective que mandaba la escolta, colocó el sobre en la caja de caudales.

—No creo por un momento —dijo el ministro de Estado sonriendo, luego que todos los visitantes, salvo Ricardo, se marcharon—, que nuestros amigos los Ranas estén muy interesados. No obstante, es curioso que pensara en ellos y por eso decidí tomar todas estas precauciones. ¿Hay alguna otra pista acerca del asesinato de Genter?

—Ninguna, señor, que yo sepa. La sección de los crímenes no pertenece a mi departamento. Y en ninguna clase de crimen interviene el fiscal hasta que puede presentarse acusación contra un sospechoso.

—Es una lástima —dijo Lord Farmley—. Me gustaría que el asunto de los Ranas no estuviese enteramente en manos de Scotland Yard. Se aparta tanto de lo común, y es tal la amenaza a la sociedad, que estaría más tranquilo, si algún departamento especial interviniese estas investigaciones.

Ricardo Gordon podría haber dicho que él deseaba vivamente hacerse cargo de esa investigación, pero se abstuvo. Su Excelencia se acarició la barbilla pensativamente. Era un hombre austero, de sesenta años, de rostro delicado y arrugado, producto de esa sutil escuela de diplomacia que es a la par elegante e implacable, que aniquila con una reverencia y nunca es tan peligrosa como cuando se muestra cortés.

—Hablaré al Presidente del Consejo —anunció—. ¿Quiere cenar conmigo, capitán Gordon?

A primeras horas de la tarde siguiente, Ricardo Gordon recibió orden de presentarse en Downing Street, donde se le comunicó que se había creado un departamento especial para ocuparse exclusivamente de aquella amenaza social.

—Tiene usted carta blanca, capitán Gordon… Tal vez me critiquen que le dé a usted ese nombramiento, pero tengo la seguridad de que es usted el hombre a propósito —le dijo el Presidente del Consejo—; y puede usted escoger el ayudante que desee de Scotland Yard.

—Tomaré al sargento Elk —dijo Ricardo prontamente. Y el presidente del Consejo pareció dudar.

—No es un rango muy elevado —objetó vacilante.

—Es un hombre con treinta años de servicios —dijo Ricardo—, y creo que no ha logrado ascender porque no pudo pasar el examen de historia. Póngalo a mis órdenes, y dele el rango temporal de inspector.

—Sea como usted quiera —dijo, riendo, el Presidente.

Al entrar aquella tarde el sargento Elk para entregar el parte, le saludaron con el nuevo título.

Durante un momento se quedó turbado, y luego una vaga sonrisa cruzó su rostro rústico.

—¡Apuesto cualquier cosa a que soy el único inspector de Inglaterra que no sabe dónde está enterrada la reina Isabel! —exclamó, no sin orgullo.

CAPÍTULO VIII

EL OFENSIVO RAIMUNDO

Durante los días siguientes, Ricardo se dijo una docena de veces que era completamente absurdo que un hombre hecho y derecho, de su experiencia, arrancase del calendario, solemne y puntualmente, uno a uno los días que le faltaban para el domingo. Un escolar podría comportarse de tal forma, pero habría de ser un escolar muy inexperto. Y un escolar podría sentarse al pupitre y pasarse soñando el tiempo que debiera dedicar a la correspondencia oficial.

¿Una cara bonita?… Ricardo había admirado muchas.

¿Gracia en el andar, modales refinados?… Renunció a intentar analizar la atracción que ejercía Elisa Bennett. Sólo sabía que esperaba con impaciencia la llegada del domingo.

Cuando Ricardo abrió la verja del jardín, vio la figura regordeta del filósofo Johnson, sentado cómodamente en un sillón de mimbre. El secretario se levantó con una sonrisa cordial y extendió la mano. Ricardo sentía simpatía por aquel hombre. Representaba esa clase paciente que, luchando bajo la abrumadora desventaja de su propia mediocridad, poseía esa superior virtud de la lealtad y la infatigable aplicación al trabajo que tiene entre manos.

—Raimundo me dijo que usted iba a venir, señor Gordon. Está con la señorita Bennett en el huerto y por lo que se ve, está oyendo unas cuantas verdades. ¿Qué le parece?

—¿Ya no va a la oficina? —preguntó Ricardo mientras se quitaba el guardapolvo.

—Temo que así sea —contestó Johnson con cara triste—. Tuve que decirle que se fuera. El viejo se enteró que había estado faltando a la oficina y por algún medio sobrenatural y solapado averiguó que Raimundo llevaba una vida de juergas. Hizo que un perito examinara los libros, pero, a Dios gracias, estaban en orden. Casi me despidió a mí también.

Era ésta una oportunidad que no había que desperdiciar.

—¿Sabe usted dónde vive Maitland… y cómo? ¿Tiene una casa en la ciudad?

Johnson sonrió.

—Ah, sí, ya lo creo que tiene una casa en la ciudad —dijo sarcásticamente—. Descubrí dónde estaba hace un año, y jamás lo he dicho a nadie. Y aun ahora no quiero dar detalles. Pero el viejo Maitland vive en un barrio muy miserable, ¡vive mezquina y horriblemente, como un peón sin trabajo! ¡Y posee millones! Tiene una casa mísera en un suburbio, una casa que yo no la usaría ni para cuadra. Él y su hermana viven allí; ella se cuida de la casa. El trabajo no es pesado. Nunca he visto a Maitland gastarse un céntimo para él.

Estoy seguro de que aún usa el traje que llevaba puesto el primer día que le conocí. ¡Toma un vaso pequeño de leche y un panecillo para almorzar y algunos días trata de que yo se lo pague!

—Dígame, señor Johnson, ¿por qué usa el viejo mitones en la oficina?

Johnson movió negativamente la cabeza.

—No lo sé. Creí que era para ocultar la cicatriz que tiene en el dorso de la mano, pero no es él de la clase de hombres que llevan mitones por eso. Tiene un tatuaje de coronas y anclas y delfines que le cubre ambos brazos…

—¿Y ranas? —interrogó Ricardo suavemente, y la pregunta pareció sorprender a Johnson.

—No, nunca le he visto una rana. Le he visto algunas serpientes en una muñeca. Pero el viejo Maitland no puede ser un Rana, ¿no es verdad? —preguntó. Y Ricardo se sonrió del tono de ansiedad.

—Estaba pensando… —dijo.

El semblante de Johnson, que solía tenerlo jovial, se tornó ceñudo.

—Sin embargo, me imagino que es lo bastante miserable para poder ser un Rana o cualquier otra cosa —dijo. Y en aquel momento aparecieron Raimundo y su hermana.

Raimundo venía con el ceño fruncido, al ver a Ricardo, lo frunció más. La muchacha tenía la cara encendida y estaba a punto de llorar.

—¡Hola, Gordon! —empezó el muchacho, sin más preliminares—. Me figuro que es usted quien ha estado llevándole cuentos a mi hermana. Usted puso a Elk para que me espiara; lo sé porque sorprendí a Elk en el acto de…

—Raimundo, no debes hablar así al señor Gordon —interrumpió la muchacha con vehemencia—. Nunca me ha dicho nada malo de ti. Todo lo que sé lo he visto. Pareces olvidar que el señor Gordon es un huésped de papá.

—Todo el mundo se preocupa demasiado por mí —refunfuñó Raimundo—. ¡Hasta el viejo Johnson! —añadió, con una sonrisa tímida y necia al hombre calvo; pero éste no la devolvió.

—Alguien ha de preocuparse por usted, muchacho —le dijo.

Reinó un silencio embarazoso, roto por la oportuna llegada de Juan Bennett que, con el aparato fotográfico a la espalda, saludó a los visitantes.

—Ah, señor Johnson, tengo que pedirle mil perdones por no haberle visitado antes, pero me alegro mucho de verle aquí por fin. ¿Qué tal va Raimundo en la oficina?

Johnson dirigió una mirada patética a Ricardo.

—Bien, señor Bennett —contestó con brusquedad.

¿Así no se le iba a decir a Juan Bennett que su hijo había emprendido una nueva vida? El hecho de que él consentía esta

decepción puso a Ricardo Gordon un poco nervioso. Por lo visto, desesperó al señor Johnson, pues cuando terminó el almuerzo, en el que reinó cierta tensión, y se encontraron de nuevo solos en el jardín, aquel hombre digno se desahogó de la pena que le embargaba.

—Siento como si estuviera engañando vilmente al viejo Bennett —dijo—. Raimundo debería habérselo dicho.

Ricardo asintió. No estaba de humor para discutir en aquel momento la conducta de Raimundo. El enojo y el tono de seguridad y fanfarronería del muchacho le irritaban y empeoraba la situación al reconocer la súbita y franca hostilidad que el hermano de Elisa Bennett le mostraba. Era desconcertante y hacía resaltar su posición anómala en relación con los Bennett. Estaba descubriendo lo que muchos jóvenes enamorados tienen que descubrir: que el encanto que rodea a sus amadas no se extiende a los parientes ni a las amistades. Hizo otro descubrimiento. El regordete señor Johnson estaba enamorado de la joven. Estaba él nervioso e incoherente en su presencia y triste y desgraciado cuando ella se marchaba. Más triste y desgraciado aun cuando Ricardo la cogió audazmente del brazo y se la llevó al jardín de rosas detrás de la casa.

—No sé por qué viene aquí ese sujeto —dijo Raimundo, furioso, cuando los dos desaparecieron—. No es un hombre de nuestra clase y me detesta.

—No me parece que te detesta, Raimundo —contestó Johnson, despertando del doloroso sueño en que parecía haber caído—. Es un hombre sumamente simpático…

—¡Tonterías! —exclamó Raimundo con desdén—. ¡Es un «snob»! De todos modos es un policía y odio a los policías. Si usted cree que no nos mira con desprecio a usted y a mí se equivoca. ¡Valgo tanto como él y apuesto a que haré más dinero que él cuando yo quiera!

—El dinero no es todo —dijo Johnson de una manera trivial—. ¿Qué trabajo está usted haciendo Raimundo? —Necesitaba hacer un gran esfuerzo para enfocar su mente en los asuntos de su amigo.

—No puedo decírselo. Es trabajo muy confidencial —contestó Raimundo con tono de misterio—. No pude decírselo ni siquiera a

Elisa, aunque ha estado horas y horas preguntándomelo. Hay ciertos trabajos de los que un hombre no puede hablar sin traicionar secretos que no son suyos. Éste es uno de ellos.

El señor Johnson no habló. Pensaba en Elisa y se preguntaba cuánto tiempo tardaría en traerla su guapo compañero.

Guapo y joven. El señor Johnson no era guapo y frisaba en los cincuenta. Y era calvo. Y lo que era peor, en su presencia se le ataba la lengua. Estaba asombrado de sí mismo.

En la reclusión del jardín de rosas, otro miembro de la familia comunicaba sus temores a un auditorio más comprensivo.

—Me parece que papá lo adivina —dijo ella—. Ha estado fuera casi toda la noche. Estaba despierta cuando llegó y tenía un aspecto terrible. Me dijo que había estado caminando casi media noche y por el barro de las botas lo creo.

Ricardo discrepó.

—Conozco muy poco a su papá y me parece que no es de la clase de hombres que se calla tratándose de su hijo —dijo—. Más bien me imagino que se pondría furioso. ¿Por qué razón me trata con hostilidad su hermano?

Elisa movió la cabeza.

—No lo sé. Raimundo ha cambiado de la noche a la mañana. Esta mañana, al besarme, le olía el aliento a «whisky»… Y antes no bebía nunca… Esa nueva vida será su ruina… ¿Por qué ha de vivir con un nombre falso si… si el trabajo que está haciendo es honrado?

Había dejado de llamarle «señor Gordon». El no llamarle por ningún nombre le resultaba muy agradable a Ricardo Gordon. El día era caluroso y el cielo estaba sereno, sin una nube. Elisa había dispuesto servir el té en el jardín y encontró dos ayudantes muy voluntariosos en Ricardo y en Johnson, galvanizados, radiantes de actividad para aprovechar la oportunidad de ayudar. La actitud del muchacho seguía mostrando tal antagonismo, que Ricardo desistió de vencerlo tras inútiles intentos. Ni siquiera la presencia del padre, que se había mantenido a distancia toda la tarde, mejoró la situación.

—Lo peor que tiene el ser policía, es que siempre se está de servicio —dijo durante la comida—. Debe de estar guardando en la memoria todos los incidentes de la conversación por si le conviene utilizarlos.

Ricardo puso mantequilla a una delgada rebanada de pan antes de contestar.

—Cierto es que tengo buena memoria. —Dijo.

—Me ayuda a olvidar. También me sirve para guardar silencio en circunstancias difíciles y penosas.

De repente, Raimundo dio media vuelta en la silla.

—¡Ya les dije que estaba de servicio! —gritó con aire triunfante —. ¡Mirad! ¡Ahí está el jefe del cuerpo de espías! ¡El fiel Elk!

Ricardo miró lleno de asombro. Había dejado a Elk a punto de partir hacia el Norte, siguiendo una nueva pista del Rana. Y allí estaba, con las manos en la verja, la barbilla sobre el pecho, mirando al grupo tristemente por encima de sus lentes.

—¿Se puede pasar, señor Bennett?

Juan Bennett, alerta y vigilante, le hizo un signo afirmativo.

—Ha dado la casualidad que pasaba por aquí y se me ha ocurrido visitarles. Buenas tardes, señorita, Buenas tardes, señor Johnson.

—Dale tu silla al sargento Elk —refunfuñó Juan Bennett, y su hijo se levantó con mal ceño.

—Inspector —dijo Elk—. No, gracias, prefiero estar de pie. Sí, soy inspector. Yo mismo no me doy cuenta a veces; especialmente cuando los subordinados me saludan… olvido devolverles el saludo. Ahora bien, creo que en América la patrulla saluda a los sargentos. Así debe ser. —Sus ojos tristes se fijaron en todos, uno tras otro.

—Me imagino que su ascenso ha asustado a muchos delincuentes, ¿no, Elk? —dijo Raimundo en tono de mofa.

—¡Ah, sí! Creo que sí. Especialmente a los aficionados —dijo Elk —. Los criminales que son hombres de paja. Los criminales de fantasía que se las dan de vivos, que creen saberlo todo y seguirán creyéndolo, hasta que un día alguien les diga: «Coja su sombrero, el

comisario quiere verle». Aparte de esto —confesó Elk con modestia —, la noticia no ha causado sensación y en Londres siguen abundando los timos de las misas. Y prosiguió tras un momento de reflexión —hay casi tantos boxeadores tronados que viven del chantaje y del robo como hermosas damas jóvenes que tienen casas de juego y salas de baile.

La cara de Raimundo se encendió de cólera y, si las miradas matasen, los amigos de Elk lo hubieran tenido que enterrar.

Entonces se dirigió a Ricardo Gordon.

—Deseo pedirle un día de permiso, capitán… Me ha ocurrido una desgracia de familia.

Ricardo, que ni siquiera sabía que su amigo tenía familia, se sobresaltó.

—Lo siento mucho, Elk —le dijo condoliéndose.

Elk suspiró.

—Una desgracia —dijo— y me parece que debo comunicárselo, si me lo permite, señorita Bennett.

Ricardo se levantó y siguió al detective hasta la verja y allí éste le habló en voz baja.

—¡Esta madrugada, a la una, robaron la casa de Lord Farmley y los Ranas se llevaron la copia del tratado!

La chica, que los observaba con disimulo, no vio en Ricardo nada que indicase haber recibido noticias de importancia. Ricardo regresó lentamente a la mesa.

—Lo siento mucho, pero tengo que marcharme —dijo—. La desgracia de Elk es lo bastante importante para obligarnos a regresar a Londres.

Vio la pena en los ojos de Elisa y se quedó satisfecho. La despedida fue breve, pues era urgente que regresase inmediatamente.

En el trayecto, Elk le comunicó todo cuanto sabía. Lord Farmley había pasado el final de la semana en su casa. Había estado estudiando dos nuevas cláusulas que se insertaron a petición del embajador americano que, como de costumbre, intervenía en calidad

de observador, pero que, también, como es costumbre, logró la enmienda de una cláusula referente a los trasbordos que, de no haber sido modificada, hubiera perjudicado a su país. Todo esto lo supo Ricardo después. En aquel momento ignoraba que la embajada conociese la existencia del tratado.

Lord Farmley volvió a colocar el documento en la caja de caudales que era una «Cham» de las más modernas, y estaba empotrada en la pared de su estudio, cerró con llave las puertas de acero, montó el timbre de alarma y se acostó.

No tuvo necesidad de ir a la caja hasta después del almuerzo. Según todas las apariencias, nadie había tocado las puertas de acero. Después del almuerzo, con intenciones de volver a trabajar sobre el tratado, metió la llave en la cerradura y al girarla descubrió que los goznes no ofrecían resistencia. Tiró del pomo y se quedó con él en la mano. La caja había sido abierta en sentido distinto a como fue cerrada y el tratado, junto con las notas y las enmiendas, había desaparecido.

—¿Cómo entraron en la casa? —interrogó Ricardo mientras el auto iba como un cohete por la carretera.

—Por la ventana de la despensa. Las despensas de los mayordomos las inventó un arquitecto ladrón —dijo Elk—. Una operación extraordinaria, la operación más estupenda que he visto en veinte años, y no hay más que dos hombres en el mundo que pudieran realizarla. No hay huellas digitales, ni trazas delatoras; todo se ha hecho limpia y bellamente. Da gusto verlo.

—Espero que Lord Farmley esté tan satisfecho como usted de la mano maestra —dijo Ricardo ásperamente.

Elk refunfuñó:

—No reía, a lo menos, cuando lo dejé.

Su Excelencia no reía cuando Elk regresó.

—¡Esto es terrible, Gordon, terrible! El Consejo de Ministros se reúne esta noche para deliberar sobre este asunto. El Presidente del Consejo ha regresado inmediatamente a Londres. Desde el punto de vista político, esto significa mi ruina.

—¿Cree usted que los Ranas han hecho esto?

La respuesta de Lord Farmley fue abrir la puerta de la caja. En el entrepaño interior, había un duplicado exacto de la rana que Elk vio en la puerta del piso del señor Broad.

Era imposible para un hombre que no fuera un experto, descubrir cómo habían abierto la caja. Fue Elk quien demostró el trabajo hábil que extrajo el pomo, permitiendo a los ladrones romper la cerradura por medio de un explosivo muy potente que nadie de la casa había oído.

—Utilizaron un silenciador —observó Elk—. Es tan fácil evitar que los gases escapen demasiado rápidamente de una cerradura como de un cañón de escopeta. No hay más que dos hombres capaces de hacer esto.

—¿Quiénes son?

—El joven Harry Lyme es uno…, hace años que murió. Y Saúl Morris es el otro…, y Saúl también ha muerto.

—Como el robo no ha sido, evidentemente, ejecutado por dos muertos, le aconsejo que piense en un tercero —dijo Su Excelencia razonablemente enojado.

—Debe haber un tercero: el más hábil de todos ellos —dijo hablando consigo mismo en voz alta—. Los conozco a todos… Wal Cormon, Jorge el Rata, Billy Harp, Ike Vellepo, Pheeny Moore… y apuesto la cabeza a que no es ninguno de ellos. Esto es obra de un maestro, Excelencia. Es la obra de un gran artista como rara vez se encuentra hoy día. Y creo saber quién es.

Lord Farmley, que había escuchado esta divagación con toda paciencia, salió de la biblioteca poco después, dejándolos solos.

—Capitán —dijo Elk cerrando la puerta—, ¿sabe usted por casualidad dónde estuvo el viejo Bennett anoche?

El tono de Elk era indiferente, pero Ricardo Gordon vislumbró la importancia de la pregunta, y por un momento, comprendiendo todo lo que había en ella, todo lo que significaba para la chica que adoraba más de lo que se había imaginado, se estremeció y dijo:

—Estuvo fuera de la casa la mayor parte de la noche. La señorita Bennett me dijo que se marchó el viernes y no regresó hasta esta mañana al amanecer. ¿Por qué?

Elk sacó un papel de bolsillo, lo desdobló lentamente y se ajustó los lentes.

—Mandé a un hombre que tomara nota de las ausencias de Bennett —dijo lentamente—. Fue cosa fácil, porque la mujer que va todas las mañanas a limpiar su casa posee una memoria maravillosa. Ha estado ausente quince veces este año, y cada vez que ha desaparecido, ¡se ha cometido un robo importante en alguna parte!

Ricardo se estremeció.

—¿Qué está usted insinuando? —preguntó.

—Estoy insinuando —replicó Elk deliberadamente— que si Bennett no puede explicar lo que hizo durante la noche del sábado, voy a detenerlo. Nunca he visto a Saúl Morris ni tampoco al joven Wal Cormon; éstos eran de mis primeros tiempos, o sea, antes que yo interviniese en casos importantes. Pero si mi idea no es errónea, Saúl Morris no está tan muerto como debiera. Voy a visitar al hermano Bennett ¡y me parece que voy a resucitar muertos!

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE QUE MURIÓ AHOGADO

Juan Bennett trabajaba en su jardín a primeras horas de la mañana cuando Elk llegó y fue derecho al asunto.

—En la madrugada del domingo, se cometió un robo en la residencia de Lord Farmley. Entre el sábado por la noche y el domingo por la mañana, probablemente de media noche a tres de la mañana, volaron la caja de caudales y robaron documentos importantes. Le ruego a usted explique cuanto hizo de la noche del sábado al domingo por la mañana.

Bennett miró al detective fijamente en los ojos.

—Estuve en la carretera de Londres. Vine andando. A las dos estaba hablando con un policía en Dorking. A medianoche estuve en Kingbridge y también hablé con un policía. Esos dos hombres me conocen, porque suelo ir con frecuencia a Dorking y a Kingbridge. El policía de Dorking es un fotógrafo aficionado como yo.

Elk reflexionó.

—Tengo un coche aquí; ¿qué le parece si vamos a ver a esos policías? —sugirió. Y con sorpresa suya, Bennett asintió en el acto.

En Dorking encontraron al policía que terminaba su servicio.

—Sí, señor inspector; recuerdo que el señor Bennett habló conmigo. Discutíamos de fotografía de animales.

—¿Está seguro de la hora?

—Completamente. El sargento de patrulla pasa de inspección a las dos y vino mientras estábamos hablando.

El sargento de patrulla, despertado de su sueño de la mañana, confirmó la declaración. Las pesquisas en Kingbridge dieron los mismos resultados.

Elk ordenó al chofer que regresara a Horsham.

—No voy a pedirle disculpas, Bennett —dijo—. Sabe usted bastante de mi trabajo para comprender mi situación.

—No me quejo —respondió Bennett ásperamente—. El deber es el deber. Pero tengo derecho a saber por qué sospecha de mí.

Elk golpeó la ventanilla del auto y éste se detuvo.

—Caminaremos un poco por la carretera; puedo hablar mejor —dijo.

Bajaron y anduvieron un corto trecho sin decir una palabra.

—Bennett, es usted sospechoso por dos razones. Es usted un hombre de misterio en el sentido de que nadie sabe cómo se gana usted la vida. Y usted no tiene ninguna renta. No tiene una ocupación y en ocasiones, con más o menos regularidad, desaparece de su casa y nadie sabe dónde va. Si fuera usted un hombre más joven sospecharía que vive una doble vida en el sentido corriente. Mas no es usted de esa clase; ésa es la circunstancia sospechosa número uno. Cada vez que usted desaparece ocurre un importante robo en algún sitio. Y tengo la idea de que es cosa del Rana. Le explicaré mi creencia. Estos Ranas son, en su mayor parte, basura. No hay bastante inteligencia en todo ese equipo para llenar una nuez; hablo de la masa de ellos. Hay hombres, hábiles en los de arriba —lo admito—. Pero no los individuos corrientes que viven del crimen. Esos muchachos no tienen tiempo para semejantes tonterías. Planean una faena y les sale bien o van a parar a la cárcel. Si logran escapar, se dividen el botín y se gastan el dinero con las muchachas por los cafés y «cabarets» hasta que se les acaba el último céntimo. Entonces salen a buscar más. Pero los Ranas están dispuestos a

pagar bien a hombres hábiles que están fuera de la organización, por trabajos extraordinarios.

—¿Y sospecha que yo sea uno de los «hombres hábiles»? —preguntó Bennett.

—Eso mismo. Esta operación del Rana en la casa de Lord Farmley fue realizada por un experto… parece como si fuera Saúl Morris.

Sus ojos agudos se clavaron en el rostro de Bennett pero ni el más leve parpadeo delató sus pensamientos.

—Recuerdo a Saúl Morris —dijo Bennett lentamente—. Jamás le he visto, pero he oído hablar de él. ¿Se… parecía a mí?

Elk arrugó los labios, la barbilla se le acercó más al pecho y la mirada se le volvió más intensa.

—Si usted sabe algo de Saúl Morris —dijo lentamente—, debe saber que nunca cayó en manos de la policía y que nadie, excepto su propia cuadrilla, le vio jamás.

Hubo otro silencio.

—No estaba enterado —contestó Bennett.

Cuando volvían al coche, Bennett habló de nuevo.

—No le guardo rencor. Mis desapariciones son sospechosas, pero hay un motivo. En cuanto a los robos, no sé nada. De todos modos, lo mismo diría aunque supiera algo. Le ruego no hable de este asunto a mi hijo, porque… no necesita usted que le diga por qué.

Elisa estaba de pie junto a la verja cuando el coche se detuvo y, al ver a Elk, la sonrisa huyó de su rostro. Elk sabía por instinto que el pensamiento de su hermano y la posibilidad de que estuviese en peligro, eran las causas de su alarma.

—El señor Elk ha venido a hacerme algunas preguntas referentes al atentado contra el señor Gordon —dijo su padre brevemente.

—Sea lo que él fuera —pensó Elk—, era un embustero muy flojo y poco convincente Tenía la seguridad de que la muchacha no estaba, convencida. Cuando quedaron solos, ella preguntó:

—¿Ha ocurrido algo, señor Elk?

—Nada, señorita. Vine a refrescar la memoria, que nunca la tuve buena, especialmente en materia de fechas. La única fecha que de veras recuerdo es el desembarco de Guillermo el Conquistador, allá por el 1140. ¿Se ha marchado su hermano a Londres?

—Se fue anoche —dijo, y agregó casi con aire de desafío—: Goza de muy buena posición ahora, señor Elk.

—Así me cuentan —dijo Elk—. Ojalá no estuviese trabajando con la cuadrilla que está con él. No lo pierdo de vista, señorita Bennett —añadió con tono más dulce—. Quizá podré darle un consejo un día de éstos. Si ahora le dijese: «¡lárgate!», no me escucharía; se encuentra, desde luego, en el estado de ánimo de conquistador, de hombre de éxito. Y, en cierto modo, tiene razón. Si a los veintiún años no lo sabe uno todo, nunca sabrá nada. ¿Qué palabra es esa que empieza con «c»?… «Cénit», eso es. Él está en el cénit de su seguridad de conquistarlo todo. De ahora en adelante, comenzará a descargar su cargamento de sueños y empezará a coger lastre. Pero odiará el ruido de las grúas, cuando trabajan.

—Habla como un marino —dijo ella, sonriendo a pesar de su pena.

—Lo fui una vez —contestó Elk—, como el viejo Maitland, aunque nunca navegué con él. Me parece que dejó de navegar antes que yo naciera. ¿Lo encuentra simpático?

—¡El señor Maitland! ¡No! —exclamó estremeciéndose—. Creo que es un hombre horrible.

Elk no objetó.

Aquella mañana confesó su error a Ricardo Gordon.

—No sé por qué se me ocurrió sospechar de Bennett —dijo—. ¡Me estoy volviendo un niño! Veo que los periódicos de la noche traen la noticia del robo.

—Pero no saben qué se robó —dijo Ricardo en voz baja—. Eso hay que guardarlo secreto.

Estaban en el despacho interior que Ricardo ocupaba provisionalmente. Dos operarios trabajaban en su oficina principal cambiando un cristal hecho añicos por la bala que le dispararon la

mañana que Elk se encargó del proceso. Y era sintomático el efecto que los Ranas habían producido en Jefatura: casi maquinalmente examinaron el brazo izquierdo de los operarios. Al ver el cristal roto, Elk pensó en una cuestión que antes había tenido intenciones de investigar: la identidad del vagabundo Carlos. A pesar de las precauciones que Gordon había tomado, y aunque al hombre se le vigilaba, Carlos había desaparecido y los esfuerzos combinados de Jefatura y de la policía de provincias no habían logrado dar con él. Era cosa que tenía irritado a Gordon, como Elk tenía muy buenas razones de saber.

Pues Carlos era el famoso «Número Siete», el hombre más importante de la organización después del mismo Rana.

—Me gustaría ver a ese Carlos —dijo pensativo—. No se sacará gran cosa de que otro agente continúe el trabajo de Genter. Ese sistema no resulta dos veces. ¿Qué sabrá Lola de todo esto?

—¿De los Ranas? No creo que confíen en ninguna mujer —afirmó Ricardo—. Puede que trabaje para ellos, pero, como usted mismo dijo, lo más probable es que tomen extraños para realizar operaciones especiales y les paguen espléndidamente.

Elk no siguió la discusión adelante y pasó el resto del día haciendo inútiles pesquisas. Volvió a su despacho de la Jefatura aquella noche, y estuvo sentado mucho tiempo acurrucado en el sillón, con las manos en los bolsillos del pantalón contemplando el secante. Luego tocó un timbre y su escribiente, Balder, entró.

—Vaya al archivo y tráigame todo lo que se sepa concerniente a todos los ladrones de cajas de caudales de Inglaterra. No se preocupe de los franceses y los alemanes, pero hay un sueco o dos muy hábiles con la lámpara, y, desde luego, no olvide a los americanos.

Balder llegó después de un largo espacio de tiempo con una pila considerable de papeles, fotografías e impresiones digitales.

—Puede marcharse, Balder. El empleado de noche los devolverá —dijo, y se sentó cómodamente a pasar una agradable noche de lectura.

Casi terminaba el montón de documentos, cuando se encontró con el retrato de un joven con bigote caído y pelo rizado. Era uno de esos positivos que los funcionarios de policía poco románticos suelen tomar y mostraba claramente todos los defectos de la piel. Al pie de la, fotografía se leía, impreso con mucho cuidado:

Enrique Juan Lyme R. V.[1]

Elk leyó el breve y terrible historial. Nacido en Alemania en 1873, aquel hombre había sido convicto y confeso seis veces antes de cumplir los veinte años. Las condenas menores no se señalaban con letras en la clave. Al pie del espacio donde se detallaba su crimen se leía:

> «Peligroso; usa armas de fuego».

Con otra escritura y en la tinta roja que se emplea para cerrar una carrera criminal, se leía:

> «Murió en el mar: Barco “Channel Queen” Blanck Roock, 1 febrero 1898».

Elk recordó el naufragio del vapor correo de Quemsey en las Blanck Roocks.

Volvió la página para leer los detalles de los crímenes del muerto y los comentarios de los que, de vez en cuando, se habían puesto en contacto oficial con él. En estos trozos de descripción residía la verdadera biografía. «Trabaja solo» era un comentario, y otro:

> «No hay pista de mujeres; jamás se le ha visto con mujeres».

Una tercera escritura resultó difícil de descifrar, pero cuando Elk comprendió la tortuosa escritura, medio se levantó de la silla sumamente agitado. Decía:

> «Agréguese a las señas del cuerpo en general D C-P. 14 una rana tatuada en la muñeca izquierda. Nuevo. J. J. M.»

Y a continuación la fecha de la última condena. Volvió el espacio impreso (D C-P. 14) y halló que era un impreso titulado «Descripción del condenado».

El número era la clasificación. No se mencionaban las ranas tatuadas; descuido de alguien. Palabra por palabra leyó lo descripción:

> «Enrique Juan Lyme, alias, El joven Enrique. Tomás Martín, El Tranquilo, El Chico Enrique, etcétera, etcétera; había cinco líneas de apodos. Ladrón de pisos (peligroso; usa armas de fuego). Estatura, 1 metro 80. Pecho, 38. Cutis fresco; ojos, grises; dientes en buen estado; boca normal; hoyuelo en la barbilla. Nariz, recta. Cabello castaño, ondulado, grasoso, largo. Cara redonda. Bigote caído, usa patillas. Pies y manos normales. Al dedo pequeño del pie izquierdo se le amputó la primera articulación por accidente. Prisión, Portland. Habla bien, escritura bonita. Pasatiempos favoritos: ninguno. Fuma cigarrillos. Simula ser en ocasiones funcionario público, cobrador de arbitrios, inspector de sanidad, empleado del gas. Habla francés e italiano con soltura. No bebe; juega a las cartas, pero no es jugador. Lugar favorito de escondite: Roma y Milán. No ha sido condenado en el extranjero. No tiene parientes. Organizador excelente. Inmediatamente después de un robo, búsquesele en un buen hotel de provincias o camino de Hull en barcos escandinavos u holandeses. Se sabe que ha estado en Quemsey…».

A continuación, las medidas antropométricas y las señales del cuerpo; esto era antes de introducirse el sistema de impresiones

digitales. Pero no se mencionaba en ninguna parte la rana en la muñeca izquierda. Elk mojó la pluma y escribió el dato que faltaba. Abajo añadió:

«Es posible que este hombre viva todavía».

Y firmó con sus iniciales.

CAPÍTULO X

EN LA TERRAZA DE HARLEY

Estaba escribiendo cuando sonó el teléfono y con su calma usual terminó el registro y lo secó antes de coger el aparato.

—El capitán Gordon desea que tome usted el primer taxi que encuentre y vaya a su casa. El asunto es muy urgente —dijo una voz—. Hablo desde la terraza de Harley.

—Muy bien.

Elk cogió el sombrero y el paraguas, se detuvo lo suficiente para reintegrar los documentos al archivo y salió al patio oscuro.

Hay dos entradas a Scotland Yard; una que da a Whitehall y la mejor ruta para él puesto que Whitehall está lleno de taxis, la otra, al Thames Embankment que, además de ser la ruta más larga, le llevaría a una calle donde, a esa hora de la noche, habría pocos o ningún taxi. Iba Elk tan absorto en sus pensamientos, que se encontró en el Embankment antes de darse cuenta de adónde iba.

Se dirigió a las Casas del Parlamento, entró en la calle Bridge, encontró un viejo carruaje y dio la dirección. El cochero era viejo y probablemente estaba algo borracho, pues en vez de pararse en el número 273, pasó lo menos doce casas y paró sólo cuando el pasajero le gritó:

—¿Qué le pasa, Noé? ¡Éste no es el monte Ararat! —le gritó Elk cuando bajaba—. Está borracho.

—¡Ojalá lo estuviera! —murmuró el cochero, alargando la mano para cobrar.

Elk hubiera discutido el caso de buena gana si no hubiera sido por la urgencia de la llamada. Mientras esperaba que el cochero se desabrochase sus muchas prendas de abrigo buscando cambio, miró hacia atrás calle abajo. Había un auto parado cerca de la puerta de la casa de Ricardo Gordon, con las luces semi apagadas. Esto en si no era extraordinario. Lo era los dos hombres que esperaban en la acera. Estaban de espaldas a la balaustrada de hierro, uno —según le pareció— a cada lado de la puerta. El suave trepidar del motor llegó a los oídos. Retrocedió un paso y pudo ver bien la acera de enfrente. Y vio dos hombres, enfrente mismo del 273.

Elk miró en derredor. El coche se había parado frente a la casa de un médico y el detective no tardó mucho en decidirse.

—Espérame; en seguida salgo.

—No tarde mucho —suplicó el viejo cochero—, van a cerrar las tabernas dentro de un cuarto de hora.

—Espera, Baco —dijo Elk.

Baco rezongó, pero esperó.

Por fortuna, el médico estaba en casa y Elk se dio a conocer como detective. A los pocos segundos comunicaba con la comisaría de Mary Lane.

—Elk, de Jefatura, al aparato —dijo rápidamente y dio su número de clave—. Mande todos los hombres que pueda, rodee Harley Terrace por el Norte y Sur del número 273. Detenga todos los autos, todo el tráfico, desde el momento que le dé mi señal… dos destellos largos y dos cortos. ¿Cuándo estarán sus hombres en el sitio?

—Dentro de cinco minutos, señor Elk. Los relevos de noche están presentes y tengo un par de camionetas aquí… acabamos de arrestar a los conductores por borrachos.

Colgó el receptor y salió al vestíbulo.

—¿Pasa algo? —preguntó alarmado el doctor cuando Elk desenfundó su pistola automática y la preparó.

—Espero que sí —dijo Elk sinceramente—. Si he hecho salir a toda una compañía porque unos cuantos sujetos inofensivos están apoyados en la balaustrada de Harley Terrace, me voy a meter en un lío.

Esperó cinco minutos, luego abrió la puerta y salió a la calle. Los hombres estaban aún en el mismo sitio y vio que dos camionetas entraban en la calle desde ambos extremos, se ponían de través en medio de la calle y se paraban.

La lámpara de bolsillo de Elk lanzó dos destellos a la izquierda y dos a derecha y entonces saltó a la acera.

Entonces vio que sus sospechas estaban justificadas.

Los hombres de la acera de enfrente cruzaron la calle corriendo y saltaron al estribo del auto de las luces semi apagadas ya en marcha.

Simultáneamente, los dos que vigilaban la entrada del 273 saltaron al auto. Pero los fugitivos huían tarde. El auto viró para evitar el topetazo con la camioneta que bloqueaba el paso, pero cuando viraba, la camioneta retrocedió. Se produjo el choque, se oyó un estruendo y el ruido de cristales que se hacían añicos, y cuando Elk llegó, los cinco individuos del coche estaban en manos de los policías que se encontraban en el extremo de la calle.

Los prisioneros no ofrecieron resistencia. Uno, el chófer, que trató de arrojar un revólver disimuladamente, fue visto en el acto y lo esposaron, pero el resto no dio trabajo.

En la comisaría, Elk pudo ver a sus prisioneros. Cuatro eran magníficos ejemplares del género vagabundo, y llevaban sus trajes nuevos torpemente. El quinto dio un nombre ruso y era evidentemente el chófer, un hombrecillo de ojos penetrantes, que miraba nervioso de uno a otro policía.

Dos de los detenidos llevaban pistolas cargadas; en el auto encontraron cuatro porras.

—Quitaos las americanas y arremangaos esas camisas —ordenó el inspector.

—No se moleste, Elk —dijo el menudo chófer—, todos los muchachos somos buenos Ranas.

—No hay Ranas buenos —dijo Elk—. No hay más que Ranas malos y Ranas peores y el Rana peor de todos. Pero no vamos a discutir. Haga llevar esos hombres a las celdas, sargento, y téngalos separados e incomunicados. Me llevo a Litnow a Jefatura.

El chófer miró intranquilo de Elk al sargento de la comisaría.

—¿Por qué? —preguntó—. Está prohibido usar el tercer grado en Inglaterra.

—La ley se ha cambiado —dijo Elk con tono amenazador, y reajustó las esposas en las muñecas del hombre.

La ley no se había cambiado, pero esto no lo sabía el ruso. Durante el trayecto a Jefatura reflexionó y cuando entró en el cuarto sencillo de Elk, estaba dispuesto a hablar…

Ricardo esperaba al detective cuando éste volvió a Harley Terrace, y oyó la historia.

—Ni por un momento me figuré que era una emboscada hasta que vi a los pollos que me esperaban —dijo Elk—. Desde luego, usted no me telefoneó; me cogieron dormitando. ¡Muy bien! ¡Ésos son los Ranas! Esperaron que saliese de Jefatura por la entrada de Whitehall y me tenían preparado un taxi, pero en caso que no me cogieran por allí, mandaron un grupo a esperarme en Harley Terrace. ¡Un plan perfecto!

—¿Quién les dio las órdenes?

Elk se encogió de hombros.

—Don nadie. Litnow recibió instrucciones por correo. Firma la carta el «Siete» y le dio la cita y eso es todo. Dice que nunca ha visto a un Rana desde que se inició. No recuerda donde prestó juramento. El auto pertenece a los Ranas y le pagan un sueldo semanal por cuidarlo. Regularmente, lo utiliza el Club Heron. Conduce un camión del club. Me ha dicho que hay veinte autos más, ocultos en distintos garajes de Londres, cada uno con un chófer que va una vez por semana a limpiarlo.

—El Club Heron… ¡ése es el club de baile en que Lola y Luis están interesados! —exclamó Ricardo pensativamente, y Elk reflexionó.

—No había pensado en eso. Desde luego, no quiero decir que la dirección de Heron sepa nada de la operación de esta noche de Litnow. Visitaré ese club.

Se ahorró esa molestia, pues a la mañana siguiente, al llegar a la oficina, encontró a un hombre que le esperaba.

—Soy el señor Hang, director del club Heron —dijo—. Tengo entendido que uno de mis empleados ha sido detenido.

Hang era un sueco alto, guapo, que hablaba el inglés sin rastro de acento extranjero.

—¿Cómo se ha enterado, señor Hang? —preguntó Elk con desconfianza—. El hombre está incomunicado desde anoche.

El señor Hang sonrió.

—No es posible detener a unos hombres y llevarlos a la comisaría sin que alguien se entere —dijo—. Uno de mis camareros vio cuando llevaban esposado a Litnow a Mary Lane. Y como Litnow no se ha presentado al trabajo esta mañana, era fácil deducir lo que había ocurrido. ¿De qué se trata, señor Elk?

Elk movió negativamente la cabeza.

—No puedo darle ninguna información sobre este asunto —dijo.

—¿Puedo verle?

—No puede verle. Ha dormido bien y manda recuerdos a sus amigos.

El señor Hang parecía afligido.

—¿Sería posible averiguar dónde puso la llave de la carbonera? —preguntó—. Necesito saberlo y este hombre la tiene usualmente.

El detective titubeó.

—Puedo averiguarlo —dijo y, dejando al señor Hang bajo los ojos vigilantes de su secretario cruzó el patio y se dirigió a las celdas donde el ruso estaba encerrado.

Litnow se levantó de su cama cuando se abrió la puerta de la celda.

—Ha venido un amigo tuyo —dijo Elk—. Quiere saber dónde pusiste la llave de la carbonera.

Un leve chispazo de luz y comprensión apareció en los ojos del hombrecillo, pero Elk lo vio.

—Dígale que me parece que se la dejé al hombre de Wandsworth —respondió.

—¡Hum! —comentó Elk, y volvió a donde le esperaba Hang.

—Dice que la dejó en la calle Fentonville —contestó Elk pérfidamente, pero el señor Hang pareció quedar satisfecho.

Volviendo a las celdas. Elk vio al carcelero.

—¿Le ha preguntado ese hombre adónde le iban a trasladar?

—Sí, señor —dijo el funcionario—. Le dije que a la cárcel de Wandsworth. Usualmente les decimos a los presos a dónde se les va a trasladar, en caso que deseen comunicarlo a sus parientes.

Elk lo había adivinado. La pregunta acerca de la llave estaba convenida de antemano. Por una llamada telefónica a Mary Lane, donde estaba detenido el resto de la cuadrilla, se supo que una mujer, al parecer esposa de uno de los presos, había ido por la mañana y, al negársele una entrevista, pidió que le dijeran dónde estaba la llave de la carboneras se le había contestado que la tenía el hombre de Brixton.

—Se trasladará a esos hombres a la cárcel de Wormwood Scrubbs y no hay que decirles adónde se les lleva —ordenó Elk.

Aquella tarde, un coche celular salió de Cannon Row y pasó crujiendo por Whitehall. En el empalme de St. Martin’s Lane y Shaftesbury Avenue, un camión conducido descuidadamente chocó con el coche arrancándole la rueda izquierda. Al instante, surgió como por encanto una multitud de aspecto extraordinario. Parecía como si todos los vagabundos del mundo hubiesen estado acechando para lanzarse sobre el coche celular. Arrancaron la puerta y sacaron a tirones al carcelero de servicio. Antes que pudieran maltratarlo, saltaron del coche veinte policías y de las calles laterales surgió una veintena de guardias, porra en mano.


BOC
QUET

El motín duró menos de tres minutos. Algunos de los hombres de aspecto fantástico lograron escapar, pero la mayoría, esposados de dos en dos, echaron a andar, muy mansamente, entre la escolta.

Ricardo Gordon, que también tenía algo de organizador, presenció la batalla desde lo alto de un autobús que, cargado de policías, había seguido al coche celular. Terminado el alboroto, se unió a Elk.

—¿Ha arrestado a alguien de importancia? —preguntó.

—Es demasiado pronto para saberlo —contestó Elk—. Me parecen vulgares renacuajos. Litnow debe estar en la cárcel de Wandsworth. Le mandé en un auto cerrado de la policía antes de salir el coche celular.

Una vez llegados a Scotland Yard, reunió a los Ranas en dos filas. A distancia, una multitud curiosa, que llenaba ambas entradas, presenciaba la escena. Uno a uno, les examinó las muñecas y todos tenían el tatuaje de la rana.

Terminó por fin la inspección y se trasladó a los presos a un patio interior bajo una guardia armada.

—Un detenido desea hablarle, señor.

Había desaparecido de la última fila cuando el oficial se lo comunicó, y Elk cambió una mirada con su jefe.

—Véale —dijo Ricardo—. No podemos desaprovechar ninguna información.

Un policía les trajo al Rana: un hombre alto con una barba de una semana, pobremente vestido y mugriento. Tenía el sombrero echado sobre los ojos y las muñecas asomaban bajo las mangas de una chaqueta hecha para un hombre más pequeño.

—¿Qué pasa, Rana? —preguntó Elk mirándole de hito en hito—. ¿Qué vas a cantar?

—Cantar es una bonita palabra —contestó el hombre, y al oír la voz, Elk se sorprendió—. Usted no se hace la ilusión de que el auto de la policía llegará a Wandsworth, ¿no es verdad?

—¿Quién eres? —preguntó Elk achicando las pupilas.

—Quieren cazar a Litnow —contestó el Rana—. Quieren saldarle las cuentas, y si el pobre diablo cree que el amor fraternal mueve al viejo Rana a molestarse por él, se va a llevar una gran sorpresa.

—¡Usted es Broad!

El americano se humedeció un dedo con saliva y se borró la rana de la muñeca.

—Me explicaré después, señor Elk, pero ahora siga el consejo de un amigo y telefonee a Wandsworth.

El teléfono de Elk sonaba furiosamente cuando éste llegó a su oficina.

La estación de Wandsworth llamaba.

—Asaltaron el coche en el camino, hirieron a dos de sus subordinados y mataron a tiros al preso.

—¡Gracias! —contestó Elk amargamente.

CAPÍTULO XI

EL SEÑOR BROAD SE EXPLICA

Detenido por la policía, el señor Broad no parecía encontrarse sorprendido ni desconcertado. Ricardo Gordon y su ayudante llegaron a Wandsworth Common diez minutos después de saber la noticia y encontraron los restos del coche celular rodeados por un enorme gentío, mantenido a distancia por la policía.

El preso muerto había sido trasladado a la cárcel así como uno de los atacantes, que fue capturado por un grupo de celadores que regresaba a la cárcel después de la hora del almuerzo.

Un breve examen de Litnow no les dijo más que lo que sabían. Un balazo le había atravesado el corazón y la muerte debió ser instantánea.

El preso, traído de la celda, era un hombre de unos treinta años y mejor educado que el tipo corriente de los Ranas. No se le halló arma alguna y protestó de su inocencia de toda complicidad en el asalto. Según su historia, era un dependiente sin empleo que estaba paseando casualmente por donde hubo la emboscada. Presenció la batalla, vio al segundo auto en el que los atacantes se fugaron y fue arrestado cuando corría en persecución de los asesinos.

Los que le capturaron relataron otra historia muy diferente. El celador que le arrestó dijo que el preso estuvo a punto de subir al auto cuando le tiró la porra y lo derribó al suelo. El auto estaba en marcha y el resto de la cuadrilla no se había atrevido a detenerse a

recoger a su compañero. Y la prueba más comprometedora era el tatuaje de la rana en la muñeca.

—Rana, eres hombre muerto —dijo Elk con su voz más sepulcral —. ¿Dónde vivías cuando estabas vivo?

El preso confesó que habitaba en el norte de Londres.

—Los del norte de Londres no vienen a Wandsworth a pasear — observó Elk.

Celebró una conferencia con el director de la prisión, y luego preguntó:

—¿Qué te sucede si cantas. Rana?

El Rana enseñó los dientes con una sonrisa malévola.

—No ha nacido quien me haga cantar —replicó.

Elk miró en derredor. El patio era pequeño, un cuadrángulo empedrado, rodeado de paredes altas y descoloridas. Junto a una de éstas, había un pequeño cobertizo con puertas grises corredizas.

—Ven aquí —dijo Elk.

Tomó la llave que el jefe de la prisión le había dado y abrió las puertas. Se hallaban en una habitación limpia y sin un mueble, con paredes blanqueadas. Cruzaban el techo dos fuertes vigas de roble y entre ellas dos barras de acero.

El preso arrugó la frente cuando Elk se dirigió a una larga palanca de acero cerca de una de las paredes.

—¡Mira, Rana! —dijo.

Tiró de la palanca y, al tirar, se abrió el centro del suelo y apareció un agujero profundo y rodeado de ladrillos.

—¿Ves esa trampa… ves esa «T» marcada con tiza? Ahí es donde un hombre pone los pies cuando el verdugo le ata las piernas. ¡La cuerda cuelga de aquella viga, Rana!

El rostro del amenazado se tornó lívido y retrocedió un paso.

—Usted… no puede… colgarme —susurró—. ¡Yo no he hecho nada!

—Has matado a un hombre —dijo Elk—. Eres el único que hemos cogido y tendrás que pagarlo por todos. ¿No ha nacido quien te haga cantar?

El preso se llevó una mano temblorosa a los labios.

—Diré todo lo que sé —repuso con voz ronca.

Elk le condujo a la celda.

Una hora más tarde, Ricardo regresaba a toda, marcha a Jefatura con bastante información. Su primer acto fue mandar buscar a Josué Broad, y el «vagabundo» de rostro de águila se presentó alegre.

—Ahora, señor Broad, escucharé su historia —le dijo Ricardo, y le indicó una silla.

Josué se sentó pausadamente.

—No hay gran cosa que contar —empezó—. Durante una semana he estado relacionándome con los Ranas. Me pareció improbable que la mayoría de ellos se conocieron entre sí y me pegué al primero que me tropecé. Lo encontré en la casa de huéspedes de Deptford. Allí supe que había una llamada urgente para una operación de importancia y me alisté. Los Ranas sabían que el verdadero ataque podría efectuarse en alguna otra parte y de camino a Scotland Yard me enteré que habían mandado un grupo a esperar a Litnow cerca de Wandsworth.

—¿Vio alguno de los cabecillas?

—Todos parecían iguales pero, sin duda, habría dos o tres jefes de pelotón. No se trataba de rescatarlo. La intención era matarlo. Sabían que Litnow había cantado de plano y lo sentenciaron. Lo mataron, ¿no es eso?

—Sí… ¡lo mataron! —dijo Ricardo, y añadió—: ¿Por qué tiene tanto interés por los Ranas?

—Puramente casual —contestó el otro con indolencia—. Soy un hombre rico que dispone de mucho tiempo y estoy muy interesado en la criminología. Hace años oí hablar de los Ranas y lo que oí se apoderó de mi imaginación, tanto, que desde entonces les estoy siguiendo la pista.

No parpadeó ante la mirada penetrante de Ricardo.

—Ahora bien, ¿quiere decirme —preguntó Ricardo suavemente— cómo se hizo rico, en los últimos días de la guerra, llegó usted a este

país en un barco de ganado con unos veinte dólares en el bolsillo? Dijo usted a Elk que había llegado de ese modo y le dijo la verdad. Estoy interesado, como usted, por los Ranas —dijo con una sonrisa — y he estado haciendo algunas investigaciones. Llegó usted a Inglaterra el 1917, alquiló una vieja casucha cerca de Eastleigh, en Hampshire. Vivió allí, reparando aquella casucha y viviendo, por lo que he podido descubrir, de los contados dólares que se trajo del barco. Después, desapareció de repente y se le vio por vez primera en París, la víspera de Navidad de aquel mismo año. Salvó usted a una familia que había quedado enterrada en una casa bombardeada durante un ataque aéreo y la policía le tomó el nombre con el propósito de darle una recompensa. El informe de la policía francesa declara que estaba usted «vestido muy pobremente»; creyeron que era un desertor del ejército americano. Sin embargo, en febrero estaba alojado en el Hotel de París, de Montecarlo, tenía dinero en abundancia y un guardarropa muy completo.

Josué Broad permaneció sentado, impasible, durante el relato, salvo la sombra de una sonrisa que se le dibujaba en la comisura de los labios.

—Pero, capitán, Montecarlo es, sin duda, el sitio donde un hombre puede hacer dinero.

—Más probable es que lo pierda —repuso Ricardo, y continuó—: No insinúo que sea usted un individuo peligroso o que hizo el dinero deshonestamente. Simplemente expongo el hecho de que el súbito cambio de la pobreza a la riqueza fue, por no decir otra cosa, extraordinario.

—Quizá sí —asintió el otro—; y, a juzgar por las apariencias, mi cambio de la riqueza a la pobreza es asimismo tan súbito.

Ricardo miró al vagabundo sucio y derrotado, sentado al otro lado de la mesa, y rió silenciosamente.

—¿Quiere decir que, si le es posible disfrazarse ahora, pudo hacerlo entonces y que, aunque, al parecer, no tenía un céntimo en 1917, podría muy bien haber sido entonces un hombre rico?

—En efecto —dijo el señor Josué Broad.

Gordon volvió a ponerse serio.

—Preferiría que permaneciera siempre más presentable —dijo—. Me desagrada decirle a un americano que pueda tener que deportarle, porque eso suena como si el regresar a los Estados Unidos fuera un castigo. Pero tal vez no me quede otra solución.

Josué Broad se irguió.

—Eso, capitán Gordon es demasiado claro para ser una indicación y demasiado amable para una amenaza. De aquí en adelante, Josué Broad es un miembro respetable de la sociedad. Tal vez tome la casa del Príncipe de Caux y dé fiestas a los vagabundos y sea un moderno Harud al Raschíd. De una manera u otra, tengo que verme con ellos.

Al mencionar el palacio que había costado un rescate de rey el construirlo y la dote de una reina el amueblarlo. Ricardo sonrió.

—No es necesario anuncie su respetabilidad de esa manera —observó.

Pero Broad no sonreía.

—Lo único que le pido es que no avise a la policía que me retire las licencias —rogó.

Ricardo arrugó la frente, perplejo.

—¿Licencias?

—Llevo dos pistolas y se acerca el momento en que dos no serán bastantes —explicó el señor Broad—. Y llegará pronto.

CAPÍTULO XII

EL EMBELLECIMIENTO DEL SEÑOR MAITLAND

Daban un concierto aquella noche en el Queen's Hall y la espaciosa sala estaba llena para oír el concierto de verano de un gran violinista. En medio de una noche de trabajo, Ricardo Gordon recordó que le habían reservado un asiento. Se sentía fatigado, desconcertado y casi desesperado. Acababa de recibir una nota de Lord Farmley, ordenándole que inmediatamente tomase medidas para recuperar el tratado comercial perdido. Era una carta muy humana, pero no política. Ricardo decidió ir al concierto.

Había terminado de vestirse cuando se le ocurrió que era más que probable que los omniscientes Ranas sabrían que le habían reservado una localidad. Mas tenía que arriesgarse, si es que riesgo había. Telefoneó al garaje donde tenía su auto y alquiló uno cerrado. Diez minutos después, era una de las dos mil personas que escuchaban, embelesadas, al maestro. En el intervalo, salió al pasillo a fumar y casi la primera persona que vio fue un detective de Jefatura que disimuló su presencia. Otro detective estaba junto a la escalera que conducía al bar; un terceto fumaba en los escalones del vestíbulo. Pero la sensación de la noche no fue esta prueba de la previsión de Elk. Había sonado el timbre y Ricardo iba a tirar el cigarrillo, cuando un auto magnífico se paró ante el edificio, un lacayo

elegante se bajó para abrir la portezuela y descendiendo pesadamente a la acera… ¡el señor Ezra Maitland!

Ricardo oyó una exclamación de sorpresa tras él y volvió la cabeza, viendo a Elk en el solo y único frac que jamás había poseído.

—¡Santo cielo! —exclamó con voz de asombro.

Y había motivo de asombro. No sólo era el auto del señor Maitland digno de un rey, con sus adornos de plata, la carrocería barnizada y los criados con lujosos uniformes, sino que el viejo llevaba un frac a la última moda. La barba recortada un poco y un chaleco blanco, impecable, cruzado por una gruesa cadena de oro. En la mano, chispeaban muchos anillos a la luz del foco de la calle. Llevaba una camelia en una solapa perfecta y en la cabeza el más lustroso de los sombreros de copa. Apoyábase en un bastón de marfil y ébano, cruzó la acera.

—Calcetines de seda… zapatos de charol. ¡Dios santo! ¡Mire los anillos! —exclamó Elk.

El aparatoso viejo atravesó las puertas y entró en el vestíbulo.

—¡Se ha vuelto derrochador! —exclamó Elk con voz sorda, y le siguió como un hombre en sueños.

Desde su asiento, Ricardo veía muy bien al millonario. Le vio sentado, durante toda la segunda parte del programa, con los ojos cerrados, y tardaba tanto en aplaudir al final de cada número, que Ricardo tuvo la seguridad de que dormía durante el concierto, despertándole cada vez el ruido de los aplausos.

Una vez sorprendió que el viejo disimulaba un bostezo en la mitad misma del segundo número del concierto de violín de Elgar, que tenía al auditorio encantado con su delicada belleza.

Con las manos grandes, ahora enfundadas en guantes blancos, cruzadas sobre el estómago, el señor Maitland cabeceaba.

Cuando, por fin, terminó el concierto, miró en derredor, temeroso, como si quisiera estar absolutamente seguro de que había terminado, se incorporó y salió del local, con el sombrero de copa en la mano de una manera torpe y zafia.

Un director vino apresuradamente a su encuentro.

—Espero que se habrá divertido, señor Maitland —oyó Ricardo que le decía.

—Muy bonito… muy bonito —replicó Maitland con voz ronca—. Aunque ese violinista debería tocar unas canciones… no hay como una gaita con un violín.

El director se quedó mirándole boquiabierto y después corrió a ayudarle a subir al coche.

—¡Derrochador… juerguista! —exclamó Elk, tan desconcertado como el director—. ¡Cielo santo! ¿Quién es ése?

Dirigió la pregunta innecesaria al director que había vuelto.

—Ése es Maitland, el millonario, señor Elk. Es la primera vez que ha venido aquí, pero ahora que vive en Londres…

—¿Dónde?

—Ha tomado la casa del Príncipe de Caux, en Berkeley Square —contestó el director.

—¿Qué ha dicho?

—Ha tomado la casa del Príncipe de Caux —repitió el director—. Y lo que es más, la ha comprado.

—El agente me lo dijo esta tarde.

Elk estaba mudo de asombro y el director prosiguió su sorprendente información.

—No creo que entienda mucho de música, pero ha hecho que se le reserven asientos para todos los grandes conciertos de la próxima temporada. Su secretario vino esta tarde. Parecía estar algo turbado.

«¡Pobre Johnson!» —pensó Ricardo.

—Quería que yo concertara unas lecciones de baile para el viejo…

Elk se llevó la mano a la boca; sentía un deseo de chillar.

—Y, para, decir verdad, arreglé las horas. Es un poco viejo, pero Sócrates o alguien así aprendió griego a los ochenta años y quizá el señor Maitland se arrepiente de los años perdidos de su vida.

Reconozco que es un poco tarde para empezar a frecuentar los «cabarets».

Elk puso una mano en el hombro del director del teatro.

—Sí que me ha engañado, hermano —le reprochó—. ¡Y aquí estaba yo, tragándomelo todo, y usted con esa cara tan seria! Ha tomado el pelo a Elk y soy bastante franco para reconocer que se ha burlado de mí.

—No creo que nuestro amigo quiera burlarse de usted —observó Ricardo suavemente—. ¿Dice en serio, que el viejo Maitland ha empezado a bailar y a ir a los «cabarets»?

—¡Seguramente! —exclamó el otro—. No ha empezado aún a bailar, pero allá ha ido esta noche… al «cabaret» Heron. Oí cuando se lo decía al chófer.

Era increíble, pero daba risa… y lo que hacía más gracia de todo era ver la cara que ponía Elk.

Estaba francamente estupefacto de la noticia.

—Heron es lo que se me ocurre para terminar bien una noche agradable —dijo por fin. Llamó con una seña a uno de su escolta—. ¿Cuántos hombres necesita para rodear el «cabaret» Heron? —preguntó.

—Seis —fue la rápida respuesta—. Diez para un registro y veinte para una bronca.

—¡Llévese treinta! —ordenó Elk con energía.

El «cabaret» Heron era, exteriormente, un edificio sin pretensiones. Pero una vez dentro se olvidaba el aspecto del exterior. Un vestíbulo lujoso, suavemente iluminado y con gruesas alfombras, conducía al salón principal, que era, a la par, restaurante y sala de baile.

Ricardo se quedó en la puerta esperando la llegada del director del «cabaret», admirando la riqueza y sutil impresión de confort que ofrecía el salón. Las mesas colocadas en torno a un cuadrilátero oblongo de piso encerrado; de una galería situada al extremo venía el sonido de una orquesta de negros; y en el piso una docena de parejas bailaban al compás de la melodía.

—Vicio dorado —dijo Elk con desprecio—. Un sitio de pecado y corrupción. ¿Qué costará aquí la comida?… Ahí está Matusalén.

«Matusalén» estaba sentado en la mesa más destacada. La cabeza calva le brillaba a la luz de las lámparas de cristal; y en la sombra que arrojaba, la barba patriarcal desaparecía en lo blanco de la nívea pechera de tal manera, que, por un momento, Ricardo no le reconoció.

Ante él colocaron un vaso de cerveza grande.

—Después, de todo, es humano —dijo Elk.

Hang se acercó en aquel momento, sonriente, afable, dispuesto a servirles.

—¡Qué placer más inesperado, capitán! —exclamó—. ¿Me esperan para pasar? No es necesario, caballero. Todo alto funcionario de la policía es miembro honorario de este club.

Avanzó, sorteando las mesas, y encontraron un sofá libre en uno de los rincones. Había juerguistas que se alarmaron al llegar los nuevos huéspedes; uno, por lo menos, salió con disimulo y no volvió.

—Tenemos muchas personalidades esta noche —dijo Hang frotándose las manos—. Lord Belun con su señora… —mencionó a otros—; y aquel señor de la barba es el gran Maitland… su secretario está por ahí, en alguna parte. Pobre señor, me temo que no está contento. Pero yo mismo le invité… A veces es conveniente que algunos los… ¿cómo lo diré? ¿Los altos servidores de la gente importante?

—¿Johnson? —preguntó Ricardo sorprendido—. ¿Dónde?

No tardó en ver al rollizo filósofo. Acurrucado en un rincón apartado, presentaba un aspecto triste y desgarbado con su traje pasado de moda. Delante de él hallábase un vaso que Ricardo supuso, con acierto, que contenía naranjada.

Resultaba una figura solemne y asustada, sentado como estaba al borde de la silla, con sus manos grandes y rojas sobre la mesa. Ricardo Gordon rió quedamente y dijo a Elk al oído:

—¡Vaya por él!

Elk, que nunca había sido tímido, cruzó por entre las parejas que bailaban y llegó al lado del señor Johnson, que alzó la cabeza sobresaltado y le dio la mano con la misma efusión que si acabaran de salvarle de una isla desierta.

—Ha sido usted muy amable diciéndome que me acercase a su mesa —le dijo a Ricardo como saludo—. Esto es nuevo para mí y me encuentro tan en mi elemento como un pez fuera del agua.

—¿Es ésta su primera visita?

—Y mi última —respondió Johnson con vehemencia—. No es ésta la clase de vida que me seduce. Me interrumpe mis lecturas y es… vaya, es triste.

Sus ojos se hallaban fijos en un grupo pequeño y ruidoso que ocupaba el reservado de enfrente. Gordon le había visto casi en el mismo momento de sentarse. Se componía de Raimundo, que estaba lo más animado que podía estar. Lola Bassano, enfundada en hermoso y atrevido traje, y Luis Brady, el ex boxeador de aspecto pesado.

En seguida, con un suspiro, la mirada de Johnson vagó hacia el viejo y permaneció fija en él, como fascinada.

—¡Qué milagro!, ¿verdad? —dijo en voz baja y llena de asombro —. ¡Cambia de costumbres en un día! Compró la casa de Berkeley Square, convocó a un ejército de sastres, me hizo correr de un lado a otro reservando asientos de teatro, compró joyas…

Movió la cabeza con tristeza.

—No lo entiendo —confesó—, porque en nada ha variado en el despacho. Es tan cerdo como siempre. Quería que me convirtiese yo en secretario perpetuo, pero me planté en seco. He de tener algunos momentos que valgan la pena de vivir. Lo que me asusta es que tal vez me despida si no acepto. Ha estado muy desagradable toda esta semana. ¿Le habrá visto Raimundo?

Raimundo Bennett no había visto a su ex jefe. Estaba demasiado absorto en el goce que la compañía de Lola le inspiraba, demasiado inspirado y estimulado por manantiales que tenían algo más de

natural, para preocuparse de todo lo que no fuese su propia persona y el objeto inmediato de su cariño.

—Estás poniéndote en evidencia, Raimundo. Todo el mundo te mira —le advierto Lola.

Echó una mirada a su alrededor y, por primera vez, comenzó a darse cuenta de quién había en el local. De pronto, sus ojos vieron la brillante calva del señor Maitland, y se le abrió la boca de par en par. No podía dar crédito a sus ojos y, poniéndose en pie, atravesó, tambaleándose, el espacio que le separaba del que era objeto de su curiosidad, abriéndose paso con los codos entre los demás concurrentes, tropezando con sillas y mesas hasta llegar junto a la mesa ocupada por su ex jefe.

—¡Caramba! —exclamó boquiabierto—. ¡Conque sí que es usted!

El viejo alzó la vista del mantel que hacía diez minutos contemplaba con fijeza y sus ojos acerados sostuvieron la mirada sin parpadear.

—¡Bribón de siete suelas! —Respiró más que dijo Raimundo.

—¡Váyase de aquí! —rugió Maitland con rabia.



—Conque que me vaya, ¿en? ¡Voy a hablarte y darte unos cuantos consejos y avisos, Moisés!

Raimundo se sentó bruscamente en una silla y se enfrentó, con solemnidad de borracho, con su víctima, que le dirigía miradas asesinas. Sus palabras de aviso no llegaron a pronunciarse jamás. Alguien le cogió del brazo y le puso en pie de un tirón, y encontró a dos dedos del suyo el rostro sombrío de Luis Brady.

—¿Qué mil diablos? —comenzó a decir. Pero Brady le condujo y le empujó hacia su propia mesa.

—¡Idiota! —murmuró entre dientes—. ¿Por qué quieres anunciarte de esta manera? ¡Valiente empleado del servicio secreto estás hecho!

—No te aguanto a ti nada de eso —repuso Raimundo con brusquedad, desasiéndose de un tirón.

—Siéntate, Raimundo —susurró Lola—. Medio Scotland Yard está en este club vigilándote.

Siguió la dirección de su mirada y vio a Ricardo Gordon, que le contemplaba con gravedad, y al ver y convencerse de que era vigilado le enloqueció. Poniéndose en pie de un brinco cruzó la sala hacia donde se hallaba éste sentado.

—¿Me buscaba a mí? —preguntó en alta voz—. ¿Me buscan por algo?

Ricardo movió negativamente la cabeza.

—¡Maldito espía policíaco! —gritó el muchacho, pálido de ira irrazonable—. ¡Conque traes tus sabuesos en mi busca! ¿Qué haces con esta pandilla, Johnson? ¿Te has vuelto policía, también?

—¡Mi querido Raimundo! —repitió el otro burlón.

—¡Tienes envidia, gusano indecente, tienes envidia porque he logrado emanciparme de las garras de ese vampiro! En cuanto a usted —agitó un dedo amenazador en el rostro de Ricardo—, déjeme en paz, ¿comprende? Demasiado trabajo tiene usted que hacer sin irle con cuentos a mi hermana.

—Creo que será mejor que vuelva usted con sus amigos —repuso serenamente Gordon—. O, mejor aún, váyase a casa a

dormir.

Todo esto había ocurrido entre baile y baile; pero ahora comenzó a tocar de nuevo la orquesta. Si esto no logró que el interés de la nutrida sala decayera, por lo menos la voz de Raimundo quedó ahogada en el redoble del tambor.

Ricardo miró a su alrededor buscando al vigilante Hang. Sabía que el director o uno de los funcionarios del club pondría fin inmediato a la escena. No fue Hang, sino el jefe de los camareros quien se acercó y alejó al muchacho.

Tan atento estaba todo el mundo a la escena que se desarrolló a continuación, al espectáculo del joven rostro encendido que forcejeaba contra la presión ejercida por el camarero en jefe y sus compañeros, que nadie vio al hombre que, durante unos momentos, permaneció en el vano de la puerta contemplando la escena antes de entrar en la sala después de echar a un lado a los camareros.

Raimundo, al volver la cabeza, casi recobró la serenidad al ver a su padre.

El hombre de rostro rugoso y cabello gris, con su traje de estambre bastante usado, ofrecía un contraste notable entre la multitud de elegantes allí reunida. Permaneció en pie, con las manos a la espalda, su rostro pálido y firme, contemplando a su hijo, y la mirada del muchacho cayó ante la suya.

—Te necesito, Raimundo —dijo tan sólo.

El «parquet» se había despejado; la música ya no tocaba, como si el director de la orquesta hubiese sido advertido mediante una señal de que algo ocurría en el salón.

—Regresa conmigo a Horsham, muchacho.

—No iré —dijo Raimundo con testarudez.

—¿No estaba con usted, señor Gordon?

Ricardo movió negativamente la cabeza y, ante esta pregunta, la furia de Raimundo Bennett se desató de nuevo.

—¡Con él! —exclamó desdeñoso—. ¿Crees que yo estaría con un policía rastrero?

—Ve con tu padre, Raimundo.

Fue Johnson quien dio este consejo, y su mano descansó durante un segundo sobre el hombro del muchacho.

Éste se la sacudió de encima.

—Me quedaré aquí —dijo, y su voz era alta y retadora—. No soy un niño a quien no se puede dejar andar solo. No tienes derecho a venir aquí y ponerme en evidencia.

Dirigió una mirada rencorosa a su padre.

—Me has pisoteado todos estos años, me has negado dinero que debí tener y… ¿quién eres tú para fingir escandalizarte porque estoy en un club decente vistiendo un traje como es debido? Soy honrado ¿podrías decir tú otro tanto? Si no fuese honrado, ¿podrías echarme a mí la culpa? No he de consentir que me vengas con esas comedias de padre recto y bondadoso…

—Vámonos de aquí. —La voz de Juan Bennett había enronquecido.

—Me voy a quedar aquí —repuso Raimundo con violencia—. Y, de ahora en adelante, puedes dejarme en paz. Algún día habíamos de romper, conque igual da que sea en este momento.

Padre e hijo se miraron y en los ojos de Juan Bennett brilló una mirada de infinita tristeza.

—Eres un tonto, Raimundo. Tal vez no haya hecho yo tanto como hubiera podido…

—¡Tal vez! ¡Demasiado lo sabes! ¡Vete de aquí!

Y entonces, al volver la cabeza, vio las sonrisas disimuladas de los espectadores. Su amor propio herido le enloqueció.

—Ven —dijo Juan dulcemente, descansando su mano sobre el brazo del muchacho.

Con un rugido de cólera Raimundo se disparó… En un segundo la cosa estuvo hecha. El golpe que recibió Juan Bennett le hizo tambalearse, pero no cayó.

En aquel momento apareció Elisa, abriéndose paso entre los concurrentes agrupados en torno a los dos hombres. Se dio cuenta en seguida de lo ocurrido, Elk se había deslizado de su asiento y se hallaba detrás del muchacho, dispuesto a sujetarle si volvía a alzar la

mano. Pero Raimundo Bennett, helado de horror, mudo, era incapaz de todo movimiento.

—¡Padre! —susurró la muchacha, intensamente pálida.

Agachó Juan Bennett la cabeza y se dejó conducir fuera del lugar.

Ricardo Gordon quería seguirle y ofrecerle consuelo, pero vio que Johnson corría tras él y regresó a su mesa. De nuevo comenzó a sonar la música y llevaron a Raimundo Bennett a su mesa, donde se sentó, con el rostro hundido entre las manos, hasta que Lola hizo señas a un camarero para que trajese más vino.

—A veces —dijo Elk— el hijo pródigo no es otra cosa que un miserable canalla.

Ricardo nada dijo; pero su corazón lloraba lágrimas de sangre por el hombre misterioso de Horsham. Porque había visto en el rostro de Juan Bennett los tormentos de los condenados al fuego eterno.

CAPÍTULO XIII

UN REGISTRO EN LA CALLE ELDOR

Johnson no volvió, de lo que, por muchos motivos, los dos se alegraron. Había estado a punto de decirle Elk al secretario que se fuera y esperaba que el señor Maitland seguiría su ejemplo. Como si leyese sus pensamientos, levantose de su mesa el viejo poco después de calmarse los ánimos y el alboroto. Había éste presenciado la escena violenta entre Raimundo y su padre, sin mostrar el más mínimo interés, con una expresión indiferente, como si su espíritu estuviese concentrado, absorto, en pensamientos remotos.

—Se marcha y no ha pagado la cuenta, —susurró Elk.

A pesar de ese olvido, los tres «maîtres d'hotel» escoltaron al anciano millonario; le trajeron el abrigo, el sombrero de copa y el bastón y desapareció de la vista de Ricardo Gordon antes que los servidores que ante el viejo se inclinaban, terminasen la profunda reverencia.

Consultó Elk su reloj: era la una menos cinco. Hang no había vuelto, cosa que irritaba al detective e intranquilizaba a Ricardo Gordon. La alegría y el bullicio de la fiesta estaban en su apogeo cuando los dos se levantaron de la mesa y se dirigieron pausadamente hacia la puerta.

Un camarero les siguió apresurado.

—El señor no ha pagado la cuenta.

—La pagaremos más tarde —contestó Ricardo.

Y en este momento las manecillas del reloj marcaban la una.

Cinco minutos después, el club estaba en manos de la policía. A la una y cuarto, no había un alma, salvo los treinta detectives y el personal de la casa.

—¿Dónde está Hang? —preguntó Ricardo al «maître d'hotel».

—Marchó a su casa, señor —contestó ásperamente el interpelado—. Siempre se marcha temprano.

—Eso es mentira, —dijo Elk—. Enséñeme su despacho.

El despacho de Hang estaba en el sótano, en una vieja sala que no se había tocado. Llevaron a Ricardo y a Elk a un cubículo grande y sin ventanas, cómodamente amueblado: era la oficina particular de Hang, pero éste había desaparecido. Mientras sus subordinados registraban los libros, revisaban, hoja por hoja, los documentos. Elk inspeccionaba la habitación minuciosamente. Había en un rincón una caja de caudales que sellaron y en el sofá, en gran desorden, un traje que evidentemente se habían cambiado de prisa. Elk lo examinó. Era el frac que Hang llevaba puesto cuando les condujo a la mesita del rincón.

—Traigan a ese «maître d'hotel» —ordenó Elk.

El «maître d'hotel» no pudo o no quiso dar información alguna.

—El señor Hang siempre se cambia de ropa antes de marcharse a su casa —dijo.

—¿Por qué se marchó antes de cerrar el club?

El hombre se encogió de hombros.

—Ignoro sus asuntos particulares, —respondió, y Elk no le preguntó nada más.

Pegados a la pared había una mesa-tocador y un espejo y, a ambos lados de éste, una pequeña lámpara de mesa desprovista de pantalla. Encendió las luces y examinó la mesa. Encontró dos mechones de cabellos que puso sobre la manga de su abrigo negro. Dentro del cajón, halló un frasco de cola y examinó el pincel; luego

cogió la papelera y vació el contenido sobre la mesa. Consistía en unas cuantas facturas rotas, cartas comerciales, un par de anuncios, tres colillas y varios otros papeles. Uno de éstos, engomado, y doblado.

—Supongo que limpió el pincel con éste —dijo Elk desdoblando el papel con cierta dificultad.

Contenía tres líneas, escritas a máquina:

«Urgente. Véase al Siete en C. E. 2. No hay registro.
Consígase la declaración de M.. Urgente. F. 1.»

Ricardo le tomó el papel de la mano y lo leyó.

—Se equivoca si cree que no habrá registro —dijo—. C. E. es, desde luego, la calle Eldor y el 2 es el número o las dos de la mañana.

—¿Quién es «M.»? —preguntó Elk arrugando la frente.

—Sin duda es Mills, el sujeto que detuvimos en Wandsworth. Ha hecho una declaración por escrito, ¿verdad?

—Ha firmado una —observó Elk pensativamente.

Revolvió los papeles y al cabo de un rato halló lo que buscaba: un sobre pequeño.

Estaba escrito a máquina, dirigido a «G. B. Hang» y tenía, al dorso, el sello del servicio de mensajeros del distrito.

Estaba el personal aún detenido por la policía y Elk hizo comparecer al portero.

—¿A qué hora entregaron esto? —preguntó.

Era el portero un ex soldado, el único de los detenidos que parecía comprender lo comprometido de su situación.

—A las nueve, señor —respondió prontamente presentando el libro de recepción de cartas para confirmarlo—. Lo trajo un mensajero —añadió innecesariamente.

—¿Recibe el señor Hang muchas cartas por mensajero?

—Muy pocas, señor —dijo el portero; y preguntó con ansiedad si podía irse.

—Puede marcharse —dijo Elk—. Custodiado —añadió—, pero a su casa. No puede usted ponerse en comunicación con nadie ni decir a ninguno de los servidores de aquí que le he interrogado respecto a esta carta. ¿Comprende usted?

—Sí, señor.

Para estar doblemente seguro, Elk llamó a la central de teléfonos y avisó que suspendieran toda comunicación telefónica hasta nuevo aviso.

Eran las dos menos cuarto. Dejó media docena de detectives guardando el club y se marchó, acompañado de Ricardo y los otros veinticuatro detectives, en el mismo camión en que vinieron, a toda velocidad, en dirección a Tottenham.

A cien metros de la calle Eldor, paró el camión y los detectives echaron pie a tierra. Lo esencial era que, quien iba a conferenciar con el número 7 en la calle Eldor, no fuese avisado de la proximidad de la policía.

Era muy posible que hubiera centinelas del Rana vigilando en cada extremo de la calle.

—No sé por qué —dijo Elk cuando Ricardo le indicó dicha posibilidad.

—Puedo darle una razón excelente —indicó Ricardo quedamente —. Es ésta: que los Ranas están enterados de su anterior visita a esta casa.

—¿Qué le hace a usted creer eso? —preguntó Elk sorprendido, mas Ricardo no le ilustró sobre este punto.

Ordenó a sus subordinados que rodearan la calle por distintos sitios y avanzó con Elk. En la misma esquina de la calle Eldor, notó Elk que la suposición de su jefe estaba bien fundada. Bajo un farol, vio la figura oscura de un hombre parado y, al instante, inició una conversación animada y en voz alta, referente a un imaginario señor Brown. Comprendiendo que ello era para que el vigilante le oyese, Ricardo siguió la conversación. El centinela que estaba bajo el farol titubeó más de lo necesario. Al llegar a la altura del vigilante, Elk se volvió.

—¿Tiene un fósforo? —preguntó.

—No —gruñó el otro, que en un abrir y cerrar de ojos se encontró tumbado en el suelo, con la rodilla de Elk en el pecho y la mano huesuda del detective apretándole la garganta.


ROC
QUET

—Grita, Rana, y te estrangularé —le dijo al oído el detective con tono feroz.

No hubo lucha ni ruido. La cosa ocurrió tan rápidamente, que de haber otros vigilantes en la calle no hubiesen podido saber lo que sucedió ni recibir aviso de la suerte de su camarada. El hombre se encontró en manos del siguiente detective, amordazado y esposado, caminando en dirección al camión de la policía, antes que supiese con exactitud qué huracán le había abatido.

—¿No le molesta si canto? —preguntó Elk al entrar en la calle por la acera contraria a la de la ex residencia del señor Maitland.

Sin esperar el permiso, rompió a cantar con una voz triste y chillona. Como cantante, era un rotundo fracaso. Jamás había oído en su vida, y con tanta paciencia, sonidos tan horripilantes, pero sospechó que había centinelas en ambos extremos de la calle y pronto vio que las precauciones que tomara Elk eran necesarias.

Vieron de nuevo a otro vigilante a la sombra de un farol; un hombre alto, fornido, más escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes que su compañero, pues Ricardo notó que algo le brillaba en la boca y comprendió que debía ser un pito.

—¡Dame el mundo… o… o… que me quiera bien!… —gemía Elk, tambaleándose ligeramente. ¡Di que mi sueño será verdad!…

Y al cantar hacía los gestos apropiados. Su mano extendida tropezó con el silbato y se lo hizo saltar de la boca; y al mismo tiempo, como un relámpago echáronse ambos sobre él y le arrojaron al suelo boca abajo. Le quitó Elk la gorra y se la metió en la boca como improvisada mordaza; una cosa negra y reluciente pasó como una chispa ante los ojos del centinela, y un instrumento frío y circular le apretó detrás de la oreja.

—Si haces ruido, eres Rana muerto —díjole Elk y después de entregar el preso al destacamento que en aquel momento subía, volvió a meterse la estilográfica en el bolsillo.

—Todo depende ahora de si el pollo que vigila el pasaje entre los jardines ha presenciado esta desagradable refriega —comentó Elk

sacudiéndose el polvo—. Si estaba en la entrada del pasaje lo habrá visto y tendremos jaleo.

Al parecer, el centinela estaba en el callejón y no había oído el ruido. Acercándose sigilosamente, púsose Elk a escuchar y, al poco rato, oyó un suave ruido de pasos. Hizo señas a Ricardo para que no se moviese de donde estaba y penetró en el pasaje, caminando suavemente, pero no tan quedo, que el vigilante de la verja posterior de la casa de Maitland no le oyese.

—¿Quién hay? —preguntó con voz áspera.

—Soy yo —susurró Elk—. No hagas tanto ruido.

—No debes venir aquí —díjole el otro con tono de autoridad—. Te dije que estuvieses junto al farol…

Los ojos de Elk habíanse ya acostumbrado a la obscuridad y ahora vio al hombre.

—Hay dos tipos raros en la calle; quisiera que los vieses. —Susurró.

Todo dependía ahora de la disciplina que observasen los Ranas.

—¿Quiénes son? —preguntó el desconocido en voz baja.

—Un hombre y una mujer.

—No creo que sean de importancia —refunfuñó el otro.

En su juventud, Elk había jugado al «rugby». Midió la distancia como mejor podía, se agachó y embistió. El hombre cayó al suelo dándose un golpe que le dejó sin respiración y casi sin sentido.

Al momento, Elk se le echó encima y le puso una rodilla en la garganta.

—¡Reza, Rana —le susurró al oído—, pero no grites!

El hombre no podía gritar y aún no había recobrado el aliento cuando unas manos le arrojaron al camión de la patrulla.

—Tenemos que ir por la parte de atrás, muchachos —dijo Elk a media voz.

Esta vez la tarea resultó más fácil, pues la verja del jardín no estaba cerrada con llave. La puerta del fregadero sí lo estaba, pero había una ventana cuyo pestillo violentó Elk sin el menor ruido.

Se había quitado las botas y se escurrió de lado por el corredor oscuro. Al parecer, no habían sacado los muebles dilapidados de la casa, pues palpó la mesita que estaba en el vestíbulo en su última visita. Giró suavemente el pomo de la puerta del cuarto de Maitland y empujó.

La puerta estaba abierta, y el cuarto vacío y a oscuras. Entonces Elk volvió al fregadero.

—No hay nadie en la planta baja —dijo—. Probaremos arriba.

Estaba a mitad de la escalera cuando oyó murmullo de voces y se detuvo. Alzó los ojos al nivel del piso y vio una rendija de luz bajo la puerta de la habitación de delante, el cuarto que había ocupado el ama de llaves de Maitland. Púsose a escuchar, sin alcanzar una palabra. Entonces dio un brinco, salvó los restantes escalones de tres zancadas, corrió hacia la puerta y se lanzó contra ella con todas sus fuerzas. Estaba cerrada con llave. Al oír sus pasos, se apagó la luz del interior. Dos veces se arrojó con todo el peso de su cuerpo contra la puerta frágil y a la tercera, ésta hízose añicos.

—¡Manos arriba! —gritó.

El cuarto estaba a oscuras y en silencio. Agachándose en el umbral, sacó la lámpara de bolsillo e iluminó el cuarto. ¡Estaba vacío!

Sus subordinados llegaron tras él, se volvió a encender la lámpara de la mesa —la bombilla estaba caliente— y registraron el cuarto. Era pequeño y fácil el registro. Veíase una cama, bajo la cual alguien podía estar escondido, pero no encontraron a nadie. En un extremo del cuarto, cerca de la cama, había un armario lleno de ropa vieja colgada.

—Echad fuera esa ropa —ordenó Elk—. Ahí debe haber una puerta de entrada a la casa contigua.

Un vistazo a la ventana le mostró la imposibilidad de que los que habían estado en el cuarto hubiesen escapado por allí. Al poco rato, las ropas formaban un montón en el suelo y los detectives atacaban el fondo de madera del armario, que resultó ser una puerta que conducía a la casa inmediata. Durante esta operación, Ricardo examinó la mesa llena de papeles. Vio algo y llamó a Elk.

—¿Qué es esto, Elk?

El detective le tomó de la mano las cuatro páginas escritas a máquina.

—La confesión de Mills —dijo asombrado—. No hay más que dos copias, una la tengo yo y la otra usted, en su sección, capitán Gordon.

En este momento rompían el fondo del armario y los detectives entraban en la casa contigua.

Fue entonces cuando hicieron el interesante descubrimiento de que por si era necesario, existía comunicación continua entre diez casas que se extendían hacia el extremo de la calle. Y tenían inquilinos. Tres Ranas típicos ocupaban la primera habitación en que habían entrado. Hallaron otros en la planta baja y pronto se vio claramente que todas las casas que comprendían la hilera extrema se habían convertido en casas de dormir para los reclutas del imperio de los Ranas. Como cualquiera de éstos podría ser el número 7, se les arrestó.

Todas las puertas comunicantes estaban abiertas. Salvo en casa de Maitland, no se había intentado disimular las entradas que en las otras casas consistían en aberturas oblongas, abiertas toscamente en las paredes de ladrillos.

—Puede ser que lo hayamos cogido, pero lo dudo —dijo Elk, volviendo jadeante y mugriento al sitio donde Ricardo estaba examinando el resto de los documentos hallados—. No he visto a nadie con cara de tener dos dedos de inteligencia.

—¿No se ha escapado nadie de la manzana?

Elk movió la cabeza.

—Mis detectives vigilan en el pasaje y en la calle. Además, los guardias están aquí. ¿No oyó el pito?

En aquel momento, se presentó el ayudante de Elk.

—Se ha encontrado a un hombre en uno de los patios traseros —dijo—. Me he tomado la libertad de relevar al guardia de la custodia del preso. ¿Desea verlo?

—Tráigalo —ordenó. Pocos momentos después compareció el preso.

Pasaba de la estatura corriente; tenía el cabello rubio y largo, y la barba rojiza bien cuidada.

Durante un momento, se quedó Ricardo mirándole dudoso y luego dijo:

—Carlos, ¿no es eso?

—¡Hang, estoy seguro! —contestó Elk—. ¡Quítate esa barba, Rana! Hablaremos de números y empezaremos por el siete.

¡Hang! El mismo Ricardo no podía dar crédito a sus ojos. La peluca era tan perfecta, la barba puesta con tanta habilidad, que no podía creer que era el director del club Heron. Mas al oír la voz, vio que Elk tenía razón.

—¿El número Siete, eh? —dijo Hang arrastrando las sílabas—. Me parece que el número Siete atravesará el cordón de la policía sin que le molesten, señor Elk. Es amigo de la policía. ¿Para qué me necesita?

—Lo necesito por la parte que ha tomado en el asesinato del inspector jefe, Genter, en la noche del catorce de mayo.

Hang frunció los labios.

—¿Por qué no detienen a Broad? Él estaba allí. Tal vez declare contra mí.

—Cuando lo vea… —empezó Elk.

—Mire por la ventana —le interrumpió Hang—. ¡Ahí fuera está!

Ricardo se dirigió a la ventana, levantó los cristales y se asomó. Vio un gentío que presenciaba el traslado de los presos. Y también vio el lustre de un sombrero de copa y oyó la voz inconfundible de Broad, que le saludaba:

—Buenos días, capitán Gordon. Parece que los valores Rana han sufrido un bajón, ¿eh? A propósito, ¿vio al bebé?

CAPÍTULO XIV

¡ATENCIÓN, TODOS LOS JEFES!

Elk salió a la calle para ver al americano. El señor Broad vestía un frac impecable y los faros de su coche iluminaban la mísera calle.

—Tiene usted buen olfato para oler dónde hay jaleo —le dijo Elk con respeto—; y mientras me cuenta cómo supo de este registro, que no se decidió efectuar hasta hace media hora, le estaré admirando.

—Ignoraba que hubiese un registro —confesó Josué Broad—, pero cuando veo que veinte detectives salen disparados del club Heron y se marchan a toda velocidad, tengo derecho de pensar que ese apresuramiento no indica el ansia de acostarse antes que el reloj toque las dos. Suelo visitar ese club a primeras horas de la madrugada. En muchos aspectos, son sus miembros menos deseables de conocer que el tipo corriente de rana, pero me divierten. Y son regularmente instructivos. Ésa es mi explicación. Le vi salir de prisa y le seguí. Y ahora le repito mi pregunta: ¿Vio al querido bebé que está aprendiendo a deletrear R-A-T-A, Rata?

—No —dijo Elk lacónico. Parecíale que el suave y sereno americano se burlaba de él—. Entre a ver al Jefe.

Broad siguió al inspector al dormitorio, donde Ricardo estaba reuniendo los papeles que en su precipitada partida dejara el número

Siete. La captura era la más importante que se había realizado desde que se emprendió seriamente la campaña contra los Ranas.

Además de la copia del informe secreto sobre Mills, había un puñado de notas, muchas de ellas crípticas e ininteligibles. No obstante, algunas estaban redactadas en inglés corriente, escritas a máquina y evidentemente correspondían a las Ordenes Generales de un ejército. Eran, en realidad, las instrucciones del propio Rana, transmitidas bajo el nombre de su jefe de Estado Mayor, pues todas llevaban la firma «Siete».

Una decía:

> «Raimundo Bennett:
>
> »L. tiene que decirle que es un Rana. Lo que con él se haga, debe hacerse por medio de persona desconocida como Rana».

Otra nota:

> «Gordon está invitado a cenar en la embajada americana el próximo jueves. Cúmplase. Elk ha colocado un aparato de alarma bajo el cuarto peldaño de la escalera. Elk irá a Wandsworth mañana a las 4,15 para entrevistarse con Mills».

Había también otras notas concernientes a otras personas de quienes Ricardo jamás había oído hablar. Leía de nuevo la referencia que le afectaba personalmente y se sonreía de la instrucción lacónica «cúmplase», cuando el americano entró.

—¡Siéntese, señor Broad! Por la cara triste de Elk adivino que ha explicado su presencia satisfactoriamente.

Broad asintió sonriente.

—Y ya es difícil convencer al señor Elk —dijo, y vio los papeles sobre la mesa—. ¿Sería indiscreto preguntarle si esos papeles son de los Ranas? —preguntó.

—Mucho —dijo Ricardo—. En realidad, cualquier indicación sobre los Ranas sería el colmo de la indiscreción, a menos que esté dispuesto a contribuir a la suma de nuestros conocimientos.

—Puedo decirle, sin comprometerme, que el Rana Siete se ha escapado —dijo el americano tranquilamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Oí a los Ranas manifestándose con expresiones de júbilo cuando bajaban por la calle custodiados —dijo Broad—. El disfraz del Rana Siete era perfecto… Vestía el uniforme de policía.

Elk lanzó un voto.

—¡Eso mismo! —dijo—. Era el «policía» que se llevaba a Hang simulando que lo había detenido. Y si uno de mis hombres no le hubiese tomado el preso, ambos habrían escapado. ¡Esperen!

Salió en busca del detective que trajo a Hang.

—No conozco al policía —dijo aquel funcionario—. Esta rana me es desconocida. Era un hombre alto, con un bigote espeso y negro. Si era un disfraz, era perfecto, señor.

Elk volvió para informar e interrogar. Mas de nuevo la explicación del señor Broad fue muy sencilla.

—Le digo que los Ranas celebraban abiertamente la broma. Oí a uno decir que el «policía» se había escapado.

—¿Qué interés tiene usted por los Ranas, Broad? —preguntó Elk bruscamente—. Olvide por un momento que es usted un criminalista de salón e imagínese que está escribiendo la historia verídica de su vida.

Broad reflexionó un rato, examinando el cigarro que había estado fumando.

—Los Ranas nada me importan; el Rana mucho —contestó lanzando una bocanada de humo y mirando cómo se disolvía—. Tengo gran curiosidad por saber qué se propone hacer con Raimundo Bennett —añadió—. Ésa es ciertamente la característica más intrigadora de la estrategia del Rana.

Se levantó y cogió su sombrero.

—Le envidio el registro de este espléndido viejo palacio —dijo—. No olvide el colegio del niño, señor Elk.

Cuando el señor Broad se hubo marchado, Elk revisó detenidamente la casa. Halló dos libros para niños, bastante usados, y un cuaderno de caligrafía elemental, en el que una mano infantil había copiado, temblorosamente, los excelentes ejemplos impresos. El ábaco había desaparecido. En la alacena, donde encontrara las circulares sin abrir, hizo un descubrimiento: un equipo completo. Todos los artículos eran nuevos; todos estaban sin estrenar. Llevó el hallazgo adonde Ricardo estaba aún descifrando algunas de las notas más oscuras que el «número 7» había dejado en su huida.

—¿Qué piensa usted de todo esto? —preguntó.

El fiscal examinó los artículos uno a uno, se echó atrás en la silla y se quedó mirando el espacio.

—Todo nuevo —dijo absorto en sus pensamientos, al tiempo que una lenta sonrisa aparecía en su rostro.

Elk, que no veía nada risible en el pequeño bulto, se quedó extrañado.

—Opino que estas ropas facilitan una pista valiosísima. ¿Y esto? —dijo pasando un papel a través de la mesa, que Elk leyó:

> «Atención, todos los jefes, el miércoles 3. 1. A. L. V. M. B. Importante».

—Existen veinticinco copias de este mensaje sencillo, pero conmovedor —observó Ricardo—, y como no hay sobres para meter las instrucciones, no puedo menos de creer que Hang los despacha, ya desde el club o en su casa. Esto es cuanto he pensado respecto a la organización de los Ranas. Rana número Uno opera por mediación del «Siete», que puede o no conocer la identidad de su jefe. Hang —que, a propósito, es el número trece y muy desafortunado para él es el jefe ejecutivo del despacho del número Siete y, en efecto, está en comunicación con los jefes de sección. Puede o no conocer al «Siete»; probablemente, sí. El Siete recibe

las órdenes del Rana, y puede obrar sin consultar con nadie, si surge la necesidad. Aquí hay— señaló el papel —una disculpa por haber empleado a Mills, que lo confirma.

—¿Nada escrito a mano?

—No, ni impresiones digitales.

Cogió Elk una de las notas y la acercó a la luz.

—Filigrana Three Lion Bond —leyó—. Máquina de escribir, nueva, y escrito por alguien a quien enseñaron y tiene un meñique flojo en la mano izquierda, la «q» y la «a» son débiles Eso demuestra que es mecanógrafo que siempre usa el mismo dedo. Los mecanógrafos que han aprendido por sí mismos, rara vez usan los meñiques. Cogí a un ladrón de bancos, gracias a esto. —Volvió a leer el mensaje.

«Atención, todos los jefes, el miércoles…»

—Mas ¿dónde atender? ¿«3. 1. A.»? Realmente, me deja a oscuras, capitán. ¡Cómo! ¿Tiene usted alguna idea?

Ricardo le miraba de una manera extraña.

—No me deja a mí a oscuras —dijo pausadamente—. A las 3.1 de la madrugada del miércoles estará alerta para coger la señal de clave L. V. M. B. ¡Oiremos la charla del gran Rana!

—¿Hablará del condenado tratado? —Gruñó Elk.

CAPÍTULO XV

LA MARAÑA SIGUIENTE

Raimundo Bennett se despertó con un gemido, con un dolor terrible en las sienes y la lengua ardiente y seca. Trató de alzar la cabeza de la almohada y volvió a gemir; hizo un esfuerzo y logró salir de la cama y se acercó tambaleándose a la ventana. La abrió y miró al Hyde Park; latíanle las sienes dolorosamente.

Se sirvió un vaso de agua de una garrafa, lo bebió ávidamente y sentándose al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, trató de pensar. Recordaba de una manera borrosa los acontecimientos de la noche anterior, pero estaba consciente de que había sucedido algo terrible. Poco a poco, se le acudían a la mente pequeños detalles y, de pronto, con el corazón oprimido por la angustia, recordó ¡que había pegado a su padre! Se estremeció ante el recuerdo y empezó a buscar frenéticamente una justificación. La vanidad de la juventud inventa fácilmente excusas a sus propios excesos y no era Raimundo una excepción. Cuando hubo tomado el baño y empezaba a vestirse, había llegado a la conclusión de que le habían tratado muy mal. Era imperdonable el pegarle a su padre; debía escribirle expresándole la pena que le embargaba y aducir su estado como razón del hecho. No sería una carta rastrera y humillante, sino de aire elevado y reservado. Después de todo, estas peleas ocurrían en todas las familias. Los padres se distanciaban

temporalmente de sus hijos, mas luego, se reconciliaban. Algún día sería rico y entonces se presentaría ante su padre…

Arrugó los labios nerviosamente. ¿Rico? Gozaba ahora de una excelente posición; vivía en un piso lujoso. Todas las semanas recibía un puñado de billetes de Banco, nuevos, por correo certificado. Le habían prestado un auto… ¿cuánto duraría esto? No era ningún necio. Tal vez no tan inteligente como creía, pero necio, no. ¿Por qué razón el gobierno japonés, u otro cualquiera, había de pagarle por una información que podían obtener de cualquier manual, que todo el mundo podía comprar por unas pesetas en cualquier librería?

Rechazó el pensamiento; tenía el don de borrar de su mente los asuntos que le molestaban. Abrió la puerta que conducía al comedor y se paró en seco, paralizado de sorpresa. Elisa estaba sentada junto a la ventana con el codo sobre el borde y la barbilla en la mano. Estaba pálida y muy ojerosa.



—¡Elisa! ¿Qué diablos haces aquí? —preguntó—. ¿Cómo has entrado?

—El portero me abrió la puerta con su llavín, cuando le dije que era tu hermana —contestó con voz débil—. Vine temprano. ¡Oh, Raimundo! ¿No estás avergonzado?

—¿Por qué he de estar avergonzado? —preguntó en voz alta, frunciendo el ceño—. ¡Papá hubo de saber que no tenía de abordarme cuando me hallaba un poco alegre! Desde luego, fue una cosa horrible hacer lo que hice, pero, en aquel momento, no era responsable de mis actos. ¿Qué dijo? —preguntó algo nervioso.

—Nada, no dijo nada. ¡Ojalá hubiese dicho algo! ¿No vas a venir a Horsham a verle, Raimundo?

—No, deja que pasen uno o dos días más —dijo apresuradamente. No sentía ansia alguna por ver a su padre—. Sí… si me perdona querrá que vuelva a casa y abandone esta vida. No tenía derecho a humillarme delante de todo el mundo. ¿Habrás ido a ver a tu amigo Gordon? —preguntó en son de mofa.

—No —dijo ella con sencillez—. No he ido a ninguna parte excepto aquí. Vine en el tren de los obreros. ¿Sería un terrible sacrificio abandonar esto?

Hizo él un gesto de impaciencia.

—No es… esto, mi querida Elisa, si por «esto» quieres decir el piso. Se trata de mi trabajo, que tú y papá queréis que yo abandone. Tengo que vivir en consonancia con mi posición.

—¿Cuál es tu trabajo?

—No me comprenderás —dijo él pomposamente.

—Tendría que ser muy extraordinario para que yo no lo comprendiese —observó ella con labios trémulos—. ¿Trabajo del servicio de espionaje?

Raimundo se puso colorado.

—Gordon te ha estado hablando —se quejó con amargura—. Si ese sujeto mete las narices en mis asuntos, lo va a pasar mal.

—¿Y por qué no? —preguntó ella vivamente.

Era éste un nuevo y extraño tono en Elisa, que hizo que la contemplase con la boca abierta, pues siempre había sido la hermana tolerante, benévola e indulgente, el tope que siempre se

interponía entre él y los reproches de su padre, la que siempre intervenía para protegerle y defenderle.

—¿Por qué no? —repitió Elisa—. El señor Gordon debe conocer algo del trabajo del servicio de espionaje; él mismo es un representante de la ley. Tú estás trabajando legalmente, en cuyo caso poco importa que él lo sepa, o bien ilegalmente, y el hecho de que lo sepa debiera importarte.

Raimundo le dirigió una mirada penetrante.

—¿Por qué estás tan interesada por Gordon? ¿Te has enamorado de él? —preguntó.

Le miró ella sin parpadear, con sólo un levísimo rubor sobre el cutis que el insomnio había tomado pálido.

—Esa pregunta no la hace un caballero en ese tono —dijo quedamente— ni siquiera a su hermana. Raimundo, vas a volver a casa, a papá, ¿no es cierto… hoy?

—No, no volveré —contestó meneando la cabeza—. Le escribiré. Reconozco que he obrado mal y así se lo voy a decir en la carta. No puedo hacer más.

En ese momento sonó una discreta llamada a la puerta.

—Adelante —refunfuñó Raimundo. Era su criado, un hombre que venía durante el día.

—¿Quiere usted ver a la señorita Bassano y al señor Brady, señor? —preguntó con un ronco susurro mirando significativamente a Elisa.

—Naturalmente que sí me verá —dijo una voz afuera—. ¿Por qué toda esta ceremonia?… ¡Ah!… no sabía…

Los ojos de Lola Bassano se posaron en la muchacha sentada al lado de la ventana.

—Es mi hermana… Elisa, la señorita Bassano y el señor Brady.

Elisa miró a la pequeña figura que estaba parada en el umbral y la contempló con admiración. Era la primera vez que se veían cara a cara y encontraba a Lola muy bonita.

—Me alegro mucho conocerla, señorita Bennett. Supongo que habrá venido para reñir a su hermano por su vergonzosa conducta de

anoche. ¡Chico, estabas loco! ¿Era su padre, señorita Bennett?

Elisa hizo un movimiento afirmativo y con gratitud oyó decir a Luis Brady:

—Si yo hubiera estado allí, Raimundo, te hubiera dado una paliza. Una vergüenza, señorita Bennett.

Pero de pronto sintió que una extraña frialdad le helaba el corazón; la sospecha de que todo era fingido, insincero, fue la causa. Veíase que la amabilidad que mostraban para con ella y las palabras de condolencia no eran naturales; y el tono de Brady era forzado y dominador.

—¿Le gusta el piso de su hermano? —preguntó Lola sentándose y estirando las bien torneadas piernas.

—Es muy… hermoso —dijo Elisa—. Encontrará Horsham muy pobre y aburrido cuando vuelva.

—¿Vuelve allá? —preguntó Lola sonriendo al joven.

—De ninguna manera —dijo Raimundo con energía—. He tratado de hacer comprender a mi hermana que mi trabajo es demasiado importante para poder dejarlo.

Lola asintió y el antagonismo que Elisa sentía y que, por bondad, no daba a conocer, se apoderó de ella y la impulsó a decir:

—¿Qué trabajo es?

Raimundo expuso de una manera vaga y cautelosa en qué consistía su trabajo y Elisa escuchó sin hacer el menor comentario.

—De modo, que si crees que estoy haciendo algo deshonesto, o que tengo amigos que no son tan correctos como tú y papá, quítate la idea de la cabeza. No tengo miedo de Gordon ni de Elk ni de ninguno de ellos. No creas que les tenga miedo. Ni tampoco Brady ni la señorita Bassano. Gordon es uno de esos detectives baratos que saca las ideas de los libros.

—Eso es muy verdad, señorita Bennett —dijo Luis insidioso—. Gordon es demasiado listo. Cree que todo el mundo menos él es un criminal. ¡Pues si mandó a Elk a interrogar a su papá! Créame no estoy asustado de Gordon ni de…

«Tap»… «tap»… «tápiti»… «tap».

Los golpecitos en la puerta eran lentos, deliberados, inconfundibles. El efecto que produjo a Luis Brady fue notable; su corpachón pareció encogerse y su cara hinchada se le hundió de pronto.

«Tap»… «tap»… «tápiti»… «tap».

Brady se llevó a la boca una mano temblorosa, Elisa miró al hombre y a Lola, y vio, con asombro, que ésta se había puesto pálida. Brady se dirigió vacilante a la puerta; el ruido de su respiración resonaba en el silencio del cuarto.

—Adelante —murmuró; y abrió la puerta de par en par.

Fue Ricardo Gordon, quien entró.

Mirolos, uno tras otro, con la risa en los ojos.

—El golpecito del viejo Rana parece asustar algunos de ustedes —dijo placenteramente.

CAPÍTULO XVI

RAIMUNDO CONOCE LA VERDAD

Lola fue la primera en recobrar la serenidad.

—¿Qué quiere decir con el golpecito del Rana?

—Es un nuevo conocimiento —dijo Ricardo con burlona gravedad —. Un Rana del grado treinta y tres me lo enseñó. Es la señal que el Gran Maestro Rana hace al presentarse a sus inferiores.

—Su Rana del grado treinta y tres probablemente miente —dijo Lola recobrando el color—. De todos modos, Mills…

—Yo no he mencionado a Mills —observó Ricardo.

—Sé que fue él. Los periódicos trajeron la noticia de su detención.

—Ni siquiera ha aparecido en los periódicos —afirmó Ricardo— a menos que no fuera en «La Gaceta de la Rana»; muy probable en la página de sociedad.

Inclinó la cabeza hacia la muchacha. De Raimundo no se habría preocupado, si el joven no avanzara hacia él.

—¿Desea algo, Gordon? —preguntó.

—Deseo hablar particularmente con usted —contestó Ricardo.

—No hay nada que no pueda decir delante de mis amigos —dijo Raimundo amoscado.

—La única persona que reconozco por ese título es su hermana —replicó Ricardo.

—Vámonos, Luis —dijo Lola encogiéndose de hombros. Pero Raimundo Bennett los detuvo.

—¡Esperen un momento! ¿Es ésta mi casa o no? —preguntó furioso—. ¡Puede marcharse, Gordon! Aguanté más de la cuenta su entremetimiento. Se mete usted aquí sin que lo llamen, ofende a mis amigos… casi les ha dicho claramente que se marchen… ¡Me gusta su frescura! Ahí tiene la puerta; puede marcharse.

—Me iré, si usted lo toma así —dijo Ricardo—, pero quiero hacerle una advertencia.

—¡Bah! Estoy harto de sus advertencias.

—¡Quiero advertirle que el Rana ha decidido que usted tiene que ganarse su dinero! Eso es todo.

Elisa rompió el profundo silencio que se produjo.

—¿El Rana? —replicó ella, con los ojos abiertos—. Pero… pero, señor Gordon. ¡Raimundo no está con los Ranas!

—Tal vez sea una novedad para él, pero lo está —dijo Ricardo—. Estos dos son fieles servidores del anfibio —añadió señalando—. A Lola la finanza él… a su esposo también…

—¡Miente! —chilló Raimundo—. ¡Lola no está casada! ¡Es usted un embustero procaz! ¡Salga antes que lo eche a patadas! Pobre cazador de ranas. ¡Márchese y no vuelva!

Fue la mirada suplicante de Elisa lo que hizo a Ricardo Gordon dirigirse a la puerta. Volviéndose, fijó su mirada fría en Luis Brady.

—Han puesto un gran signo de interrogación a su nombre en el libro del Rana, Brady. ¡Ande con cuidado!

Luis se encogió ante el golpe, pues, golpe era. Si se hubiese atrevido, hubiera seguido a Gordon al pasillo para pedirle alguna información. Pero en ese trance le faltó el valor moral y se quedó parado como una figura patética, mirando melancólicamente la puerta que el visitante cerró tras sí.

—¡Por amor de Dios, dejemos entrar un poco de aire en esta habitación! —Gruñó Raimundo entre dientes—. ¡Ese individuo es una

peste! ¡Casada! ¡Me quiere hacer creer eso!

Elisa había cogido su bolso del bufete donde lo había dejado.

—¿Te vas, Elisa?

Elisa hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Di a padre… De todos modos, ya le escribiré. Háblale, Elisa, y dile que reconozco que hice mal.

—Adiós, Raimundo —dijo ella tendiéndole la mano—. Tal vez algún día volverás con nosotros. Dios quiera que esta locura termine pronto. ¡Oh, Raimundo! Es cierto lo de los Ranas, ¿verdad? ¿No estás mezclado con esa gente?

Raimundo se echó a reír y esto la tranquilizó, de momento.

—Naturalmente que no. ¡Tan mentirá es eso como que Lola está casada! Gordon trataba de causar una sensación; eso es lo peor de esos detectives de tercera, que viven de sensaciones.

Saludó a Lola con una ligera inclinación de cabeza y Raimundo la acompañó al ascensor. Luis Brady la contemplaba con ojos hambrientos.

—¿Qué quiso decir, Lola? —preguntó Luis cuando la puerta se cerró tras los dos hermanos—. ¡Ese hombre sabe algo! ¡Han marcado mi nombre en el libro del Rana! Eso me suena mal. ¡Lola, he terminado con los Ranas! Están acabando con mis nervios.

—Eres un necio —dijo ella con calma—. Gordon ha conseguido lo que quería: ¡te ha asustado!

—¿Asustado? —replicó él furiosamente—. A mí no me asusta nadie. Tú no te asustas, porque no tienes imaginación. No estoy… asustado, sino preocupado, porque empiezo a ver que los Ranas son más poderosos de lo que pensaba. Mataron a aquel escocés Maclean el otro día y no van a pensar dos veces en liquidarme. He hablado con esos Ranas, Lola; son capaces de todo, desde el asesinato para arriba. Miran al Rana como si fuera un dios… ¡Es una religión para ellos! ¡Un signo de interrogación, a mi nombre! Y lo creo… He hablado impertinentemente de ellos… y no lo perdonarán…

—¡Calla! —le avisó en voz baja, al abrirse la puerta y volver Raimundo.

—¡Uf! —dijo éste—. ¡Gracias a Dios que Elisa se ha marchado! ¡Qué mañana! ¡Ranas… Ranas… Ranas! ¡Pobre diablo!

Lola abrió una diminuta pitillera de plata, sacó un cigarrillo y lo encendió, apagando la cerilla con un golpecito de los dedos. Luego fijó sus bellos ojos en Raimundo.

—¿Qué pasa con los Ranas? —preguntó fríamente—. Pagan bien y exigen poco.

Raimundo la miró con la boca abierta.

—Tú no trabajas para ellos, ¿verdad? —preguntó asombrado—. ¡Si no son más que viles vagabundos y asesinos!

Lola meneó la cabeza.

—No todos —corrigió ella—. Ésos no son más que el instrumento; los Ranas grandes son diferentes. Yo soy uno y Luis es otro.

—¿Qué diablos estás hablando? —preguntó Luis, entre asustado y furioso.

—Debes saberlo y tendrás que enterarte tarde o temprano —dijo Lola, muy serena—. Eres un muchacho demasiado inteligente para imaginarte que la embajada japonesa u otra cualquiera te va a pagar tus gastos sin trabajar. Eres un Rana.

Raimundo cayó abatido en un sillón, incapaz de articular una palabra.

—¿Un Rana? —repitió—. ¿Qué quieres decir?

Lola se echó a reír.

—No veo por qué ha de ser peor un Rana, que un agente que vende los secretos de su propio país —dijo—. ¡No seas necio, Raimundo! Debes estar contento y sentirte honrado. Te escogieron a ti, entre miles, porque querían un hombre de inteligencia.

Así le halagó y calmó hasta que su espíritu plástico, cera en sus manos, adquirió otra forma.

—Supongo que no será cosa mala —dijo por fin—. Desde luego, yo no haría nada verdaderamente malo y no apruebo esos

procedimientos. Y, como tú dices, el Rana no puede ser responsable de todo lo que hace su gente. ¡Pero sobre una cosa me mantengo firme, Lola! ¡No me dejaré tatuar!

Rió ella y extendió el brazo blanco.

—¿Estoy yo marcada? —preguntó—. ¿Está Luis marcado? No; los de arriba no están marcados. Muchacho, tienes un gran porvenir.

Raimundo le cogió la mano y la acarició.

—Lola… eso que dijo Gordon… que estabas casada, ¿es verdad?

Volvió ella a reírse y dio unas palmaditas a la mano que tenía sobre la suya.

—Gordon está celoso —dijo—. No puedo decirte por qué… ahora. Pero tiene motivos. —De pronto se incorporó—. Escucha, voy a telefonear para que reserven una mesa a la salud del gran Ranita que nos alimenta.

El teléfono estaba sobre el aparador y al descolgar el receptor vio que el aparato estaba atornillado en su base.

—¿Algo nuevo en teléfonos, Raimundo? —preguntó.

—Lo colocaron ayer. Es una resistencia. El hombre me dijo que alguien, que estaba hablando por teléfono durante una tormenta, sufrió un ataque y así están colocando esas cosas a guisa de experimento. Hace el aparato más pesado y es más feo, pero… lentamente colgó el receptor y se agachó para mirar lo que habían puesto.

—Es un detectáfono —dijo Lola quedamente—. Y todo el tiempo que hemos estado hablando, alguien ha estado tomando nota de nuestra conversación.

Dirigiose a la chimenea, cogió un hierro y asestó un golpe al aparato…

El inspector Elk, que estaba sentado en una pequeña oficina en el Thames Embankment, con un par de auriculares al oído, dejó el lápiz con un suspiro, cogió el teléfono y llamó a la Central.

—Pueden ustedes desviar aquel detectáfono a Knightsbridge —dijo—. No creo que lo necesitemos más.

—¿Le puse en comunicación a tiempo, señor? —preguntó la voz de la telefonista—. No habían hecho más que empezar a hablar cuando le llamé a usted.

—¡Magnífico, Agnus! —dijo Elk—. ¡Magnífico!

Recogió sus notas y en su pupitre las ordenó al lado del secante.

Se dirigió pausadamente a la ventana y miró el río iluminado por un buen sol. Reinaba paz y satisfacción en su corazón, pues la noche antes el preso Mills había decidido confesar todo cuanto sabía de los Ranas, bajo promesa de darle el perdón y un pasaje para el Canadá. Y Mills sabía más de lo que hasta ahora dijera.

«Puedo indicarle una pista respecto al número Siete que lo pondrá en sus manos» —decía la nota.

¡El número Siete! Elk suspiró. El número Siete era el eje en que la rueda giraba.

Se frotó las manos alegremente, pues parecía ser que el misterio del Rana iba, por fin, a aclararse. Tal vez la «pista» conduciría al tratado perdido y al pensar en el documento se le nubló el rostro. Dos ministros, un gran departamento de Estado e innumerables secretarios, se pasaban el día escribiendo frenéticas notas pidiendo noticias de la pérdida de Lord Farmley.

—Quieren milagros —dijo Elk. ¿Se produciría uno aquel día?

Fue a su abrigo y al meter la mano en el bolsillo para sacar un cigarro, tocó un grueso rollo de papeles.

Lo sacó del bolsillo y, al echarlo sobre la mesa, las primeras palabras de la primera página llamaron su atención:

«Por Su Majestad el Rey, en Consejo…»

Trató Elk de chillar, pero le faltó la voz; luego cogió los papeles de la mesa y volvió las hojas con manos temblorosas.

¡Era el tratado desaparecido!

Con el precioso documento en la mano, púsose a recordar rápidamente las aventuras de la noche anterior. ¿Cuándo se quitó el abrigo? ¿Cuándo se metió la última vez la mano en el bolsillo? Se

quitó el abrigo en el club Heron y no recordaba haber utilizado los bolsillos desde entonces. Era un abrigo ligero que llevaba puesto en invierno y verano. Aquella mañana lo había traído a la oficina en el brazo.

¡En el club! Probablemente al entregarlo al empleado del guardarropa. Entonces el Rana debía estar allí; probablemente era uno de los camareros; admirable disfraz para el jefe de la banda. Elk se sentó a pensar.

Interrogar a cualquiera del edificio, sería fútil. Nadie sino él mismo había tocado el abrigo.

—¡Dios mío! —exclamó Elk al volver a colgar el abrigo.

Tocó el timbre y Balder entró.

—Balder, ¿recuerda haberme visto pasar por delante de su cuarto?

—Sí, señor.

—Llevaba mi abrigo en el brazo, ¿no es verdad?

—No miré —dijo Balder, satisfecho.

Daba invariablemente a Elk la impresión de que sentía mucha satisfacción de no poder prestar ayuda.

—Es extraño —dijo Elk.

—¿Sucede algo, señor?

—No, no. ¿Comprende lo que ha de hacerse con Mills? No debe ver a nadie. Inmediatamente que llegue, se le deja en la sala de espera… solo. No debe permitirse conversación de ninguna clase y, si habla, que no le conteste nadie.

En el retiro de su despacho, tornó a examinar su hallazgo. Todo estaba allí; el tratado y las notas de Lord Farmley. Telefoneó a su Excelencia y le comunicó la feliz noticia. Al poco rato, una pequeña, comisión del Ministerio de Estado se presentó a recoger el precioso documento y a darle, en nombre del ministro, las gracias por sus servicios en recuperar los papeles desaparecidos. Todo lo cual, lo aceptó Elk graciosamente. Le hubieran maldecido con igual sinceridad si hubiera fracasado y hubiera sido igualmente inocente de toda, responsabilidad.

Había dado instrucciones para que llevasen a Mills a Jefatura a las doce. Faltaba una hora, que malgastó sin provecho alguno en interrogar con alguna rudeza a Hang, que, despojado de la barba, ocupaba una celda especial separado de los sitios corrientes de confinamiento de la comisaría de Cannon Row, que es, virtualmente, el mismo Scotland Yard.

Hang rehusó hacer declaración alguna, aunque se le acusó formalmente del asesinato del inspector Genter. No obstante, hizo un comentario a la acusación cuando Elk le vio por la mañana.

—No tiene usted ninguna prueba, Elk —dijo—, y sabe bien que soy inocente.

—Fue usted el último hombre al que vieron en compañía de Genter —dijo Elk con voz severa—. Ha quedado comprobado que usted trajo el cuerpo a la ciudad. Además, Mills lo ha confesado todo.

—Sé lo que Mills ha dicho. —Observó el otro.

—No lo sabe usted muy bien —replicó Elk—. Y ahora voy a decirle una cosa: tenemos al número Siete encerrado desde esta mañana. ¡Ahora puede usted reírse!

Con gran asombro suyo, la cara del hombre se sonrió alegremente.

—Eso a otro —dijo—. Eso es un bluf. Podría engañar a un pobre ladronzuelo, pero a mí, no. Si hubiera cogido al «Siete», no me estaría hablando así a mí. Vaya a buscarlo, Elk —dijo burlándose— y cuando lo tenga sujételo bien. No le deje escapar… como lo hará con Mills.

Regresó Elk de la entrevista con la sensación de que no había resultado lo bien que deseara, pero al salir de la comisaria llamó al jefe inspector.

—Voy a ponerle un confidente a Hang esta tarde. Póngalos juntos y déjelos solos —dijo.

El inspector asintió con un gesto de comprensión.

CAPÍTULO XVII

LA LLEGADA DE MILLS

Durante la mañana en que Elk esperaba la llegada del informador, se tomaron precauciones muy minuciosas para trasladar el preso a Jefatura. Toda la noche había estado la prisión rodeada de un cordón de guardias armados, mientras que la patrulla de centinelas hizo guardia en el patio donde estaba detenido.

El Rana, capturado era un hombre bien educado que había pasado muy malos tiempos y fue reclutado, cuando se encontraba «en la calle», por mediación de dos miembros ambulantes de la banda. De la primera declaración, se deducía que actuaba, como jefe de sección, cuyo deber consistía en transmitir las instrucciones y «llamadas» a los jefes y a la tropa, a comunicar las bajas y ayudar en los ataques que, de vez en cuando, se realizaban contra los que se habían conquistado la enemistad o la antipatía del Rana.

Le sacaron de la celda, a las once y el hombre, a pesar de la seguridad que le rodeaba, estaba nervioso y aprensivo. Tenía, además, un resfriado y tosía, lo que también podría haber sido un síntoma de nervios.

Abriéronse las puertas de la prisión a las once y cuarto y salieron tres motocicletas seguidas de un auto cerrado con las cortinas echadas. A ambos lados del auto, otros hombres armados lo custodiaban seguidos de un segundo auto que llevaba varios funcionarios de Jefatura.

El cortejo llegó a Scotland Yard sin novedad, cerrándose las verjas a ambos extremos y se introdujo al preso en el edificio.

Balder, el escribiente de Elk, y un sargento detective se hicieron cargo del detenido, que estaba blanco y tembloroso, y lo pusieron en un cuartito contiguo a la oficina de Elk; un cuarto con fuertes barrotes de hierro en la ventana, pues se usó para la detención de espías durante la guerra. Dos hombres se quedaron de guardia en la puerta y el siempre descontento Balder se presentó a dar el parte.

—Hemos puesto a ese individuo en la sala de espera, señor Elk.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Ricardo, que había llegado para el interrogatorio.

—No, señor; excepto para preguntar si la ventana estaba cerrada. Yo la cerré.

—Traigan al preso —ordenó Elk.

Esperaron un rato, oyeron el chirrido de llaves y luego un murmullo excitado de voces. Después entró Balder corriendo.

—Se ha puesto enfermo… un desmayo o algo parecido —dijo jadeante. Elk dio un salto, salió corriendo y entró en la sala de espera.

Miles estaba medio sentado, medio reclinado, contra la pared. Tenía los ojos cerrados y la cara blanca como una sábana.

Inclinose Ricardo sobre el preso y lo recostó en el suelo; luego se agachó y olió.

—Cianuro de potasio —dijo—. Está muerto.

Aquella mañana, habían desnudado a Mills y le habían registrado prenda por prenda de vestir. Como precaución adicional, le cosieron los bolsillos. A los dos detectives que le acompañaron en el auto les había hablado, esperanzado, de su futura partida al Canadá. Nadie más que funcionarios de policía le habían tocado y no había comunicado con nadie de afuera.

Lo primero que Ricardo Gordon notó fue la ventana, que Balder dijo haber cerrado. Estaba abierta, unas seis pulgadas por debajo.

—Sí, señor, estoy seguro de que la cerré —dijo el escribiente enfáticamente—. El sargento Jeller me vio.

El sargento tenía la impresión de que el escribiente la había cerrado. Ricardo levantó la ventana un poco más y miró hacia afuera. Cuatro barrotes horizontales atravesaban la parte de madera, y, pegada a la pared, una larga escalera de acero iba de la azotea hasta, según le parecía, el suelo. La habitación estaba en el tercer piso y abajo había un pedazo de jardín lleno de arbustos. Más allá, una alta balaustrada de hierro.

—¿De quién son aquellos jardines? —preguntó señalando el espacio, al otro lado de la balaustrada.

—Pertenecen a Onslow Gardens —contestó Elk.

—¿Onslow Gardens? —repitió Ricardo pensativamente—. ¿No fue desde Onslow Gardens de donde los Ranas trataron de asesinarme?

Elk movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué opina, capitán Gordon?

—No sé qué opinar —contestó Ricardo—. No parece hipótesis inteligente suponer que alguien trepase por la escalera y diese veneno a Mills y menos aceptable que estuviese él dispuesto a tomar la dosis. Balder jura que la ventana estaba cerrada y la ventana está ahora abierta. ¿Tiene confianza, en Balder?

Elk hizo un signo afirmativo.

El forense vino poco después y, como Ricardo suponía declaró que el individuo estaba muerto y apoyó la suposición de que el cianuro era la causa de la muerte.


BOC
QUET

—El cianuro posee, un olor peculiar —dijo—. No tengo la menor duda de que este hombre fue muerto por medio de veneno administrado desde el exterior, o por veneno tomado voluntariamente.

Después que se llevaron el cuerpo, Elk acompañó a Ricardo Gordon a su oficina de Whitehall.

—Nunca he tenido miedo en mi vida —dijo Elk—; pero estos Ranas me están poniendo nervioso. ¡Un hombre asesinado casi ante nuestros propios ojos! Estaba custodiado, no se le dejó un momento fuera de la vista de la guardia, excepto esos minutos que estuvo en la sala de espera, y, sin embargo, el Rana puede alcanzarlo… Espanta, capitán Gordon.

Ricardo abrió la puerta de su oficina y condujo a Elk al interior.

—No conozco mejor cura para los nervios que un «Cabana Cesare» —dijo alegremente—. Y sin desear hacer un gesto fanfarrón, puedo decirle, Elk, que a mí no me asustan, como tampoco a usted. El Rana es humano y tiene temores muy humanos. ¿Dónde está el amigo Broad?

—¿El americano?

Ricardo asintió y Elk, sin vacilar un momento, se acercó al teléfono y pidió un número.

Al cabo de un rato, la voz de Broad le contestó.

—¿Es usted, señor Broad? ¿Qué está usted haciendo ahora? —preguntó Elk con ese tono acariciador que aceptaba para la conversación telefónica.

—¿Es usted Elk? Estoy a punto de salir.

—Creí haberle visto en Whitehall hace unos cinco minutos —dijo Elk.

—Entonces debe haber visto a mi doble, —replicó el otro—, pues no hace diez minutos que he salido del baño. ¿Me necesita?

—No, no —susurró Elk—. Sólo quería saber si usted estaba bien.

—¡Cómo! ¿Pasa algo? —preguntó el otro vivamente.

—Todo va magníficamente —dijo Elk no muy veraz—. Quizá pasará usted a verme en mi oficina uno de estos días… ¡adiós!

Echó el aparato hacia atrás, y alzando los ojos al techo, hizo un rápido cálculo.

—Desde Whitehall a Cavendish Square se tardan cuatro minutos en un buen coche —dijo—. De modo que el estar en su piso no significa nada.

Volvió a acercarse al teléfono y está vez llamó a Jefatura.

—Necesito que un hombre siga al señor Josué Broad, de Cavendish Square; que no le deje hasta esta noche a las ocho y se presente a darme el parte y recibir instrucciones.

Cuando acabó, se echó atrás en la silla y encendió el largo habano que Ricardo había insistido en que tomara.

—Hoy es martes —dijo—. Mañana es miércoles. ¿Dónde piensa escuchar la emisión, capitán Gordon?

—En el Almirantazgo —contestó Ricardo—. He dispuesto con el ministro estar en la sala de aparatos a las tres menos cuarto.



Compró las primeras ediciones de los periódicos de la noche y dio un suspiro de alivio al hallar que no se hacía referencias al asesinato, pues asesinato creía él que había sido. Una vez, en el transcurso del día, mirando desde su ventana hacia Whitehall, vio a Elk caminando por la otra acera, con el paraguas colgado del brazo, y su viejo hongo echado hacia atrás: una figura desaseada y poco imponente. Una hora más tarde, le vio de nuevo saliendo del lado contrario. ¿Qué asunto ocupaba al detective? Supo, por pura casualidad, que Elk había visitado dos veces el Almirantazgo aquel día, pero ignoró el motivo hasta que se encontraron por la noche.

—No sé gran cosa de telegrafía sin hilos —dijo Elk—, aunque no soy de esa gente que cree que, si Dios hubiera querido que usáramos la telegrafía sin hilos, los postes telegráficos habrían nacido sin alambres. Pero me parece recordar algo sobre «dirección». Si quiere usted saber de dónde viene un mensaje por radio, escuche usted desde dos o tres puntos distintos…

—¡Naturalmente! ¡Qué animal soy! —dijo Ricardo, enojado consigo mismo—. No se me había ocurrido que podríamos oír la estación emisora y averiguar dónde está.

—Se me ocurren esas ideas —explicó Elk modestamente—. El Almirantazgo ha enviado mensajes a Milford Haven, Harwich. Portsmouth y Plymouth, comunicando a los barcos que escuchen y nos den la dirección. Los periódicos de la noche no traen la historia.

—¿Se refiere a Mills? No, a Dios gracias. Seguro que aparecerá cuando se efectúe la investigación judicial, pero he logrado que se aplace una o dos semanas. Y no sé por qué, pero tengo la impresión de que ocurrirán cosas en las próximas semanas.

—A nosotros —dijo Elk lúgubremente—. ¡No me atrevo a comer una salchicha a la parrilla desde que mataron a aquel individuo! Y lloro por las salchichas.

CAPÍTULO XVIII

EL MENSAJE

Su dependiente ictérico estaba, como de costumbre, quejándose.

—«Archivos» ha armado un gran alboroto y me echan la culpa a mí —dijo amargamente—. «Archivos» se da más importancia que toda la oficina junta.

La guerra entre Balder y «Archivos» —que era un título breve para esa sección de Jefatura que tiene el fichero de los criminales— era antigua. «Archivos» se mostraba altanera, reservada, sublímemente superior a todo cuanto no fueran hechos registrados. No respetaba a las personas; y tan pronto llamaría la atención del Director de Seguridad que quebrantase sus reglas inflexibles como la del último policía.

—¿Qué pasa? —preguntó Elk.

—Usted recuerda que pidió una cantidad de cosas el otro día acerca de un sujeto…, no puedo recordar el nombre ahora.

—¿Lyme? —sugirió Elk.

—Ése es el sujeto. Pues bien, parece que una de las fotografías se ha perdido. La mañana después que usted los estuvo examinando, fui a «Archivos» y volví a pedir los documentos para usted, creyendo que quería verlos por la mañana. Como usted apareció, los devolví y ahora dicen que faltan la fotografía y las medidas.

—¿Quiere usted decir que se han perdido?

—Sí, se han perdido —dijo el moroso Balder—. ¡«Archivos» los ha perdido! Tal vez creen que soy un Rana o algo por el estilo. Siempre me están acusando de que les extravío sus fichas de impresiones digitales.

—Le he prometido una oportunidad de prestar un gran servicio, Balder, para que suene su nombre y ahora voy a dársela. No ha ascendido usted, hijo mío, porque los de arriba creen que fue usted uno de los cabecillas de la última huelga. Conozco ese sentimiento de haber sido injustamente preterido; le agria a uno. ¿Quiere usted probar una gran oportunidad de triunfar?

Balder asintió, conteniendo la respiración.

—Hang está en una celda especial —dijo Elk—. Vístase de paisano, de modo que parezca un maleante, y le pondré con él. Si tiene miedo, le dejaré llevar una pistola y dispondré que no le registren. Haga hablar a Hang. Dígale que está detenido por lo del asesinato de Dundee. Él no le conocerá. Consiga usted esa historia, Balder, y le pondré los galones dentro de una semana.

Balder asintió. El carácter quejoso de su voz había cambiado cuando volvió a hablar.

—Es una oportunidad. —Dijo—; y mil gracias, señor Elk, por dármela.

Una hora más tarde, un detective trajo a un preso mugriento a Cannon Row y le metió en la celda de acero. El único que reconoció al detenido fue el inspector que había esperado la llegada del confidente.

—¡Buenas noches, Rana! —dijo.

La contestación de Balder es impublicable.

Después de ver a su subordinado bien encerrado. Elk volvió a su habitación, cerró la puerta con llave, quitó el receptor del teléfono y se echó a dormir unas horas. Era costumbre suya, cuando estaba ocupado en cualquier trabajo que le tenía en pie durante la noche, tomarse esas siestas intermedias y había conseguido llegar a dormirse cuando se presentaba la oportunidad. No obstante, no era usual en él utilizar el sofá de la oficina, mueble a que no tenía

derecho, y, que, como sus superiores le habían indicado a menudo, ocupaba espacio que podría estar mejor empleado.

Sin embargo, no pudo dormir por esta vez. Su mente iba de Balder a Ricardo Gordon, de Lola Bassano a Mills, el muerto. Su cargo mismo había estado en peligro, pero ello no le preocupaba. Era soltero y tenía una bonita suma bien invertida. Se puso a pensar en Maitland; su asociación con los Ranas había quedado demostrada plenamente. Y Maitland estaba en situación de beneficiarse con estos múltiples ataques inexplicables realizado contra gente en apariencia inofensiva.

El viejo Maitland llevaba una vida doble. De día, el hombre de negocios, ante quien el personal temblaba, el astuto manipulador de divisas; de noche, el asociado de ladrones y de gente peor que ladrones. ¿Quién era el niño? Ése era otro misterio.

—¡Nada más que enigmas! —Gruñó—. Nada más que enigmas.

Viendo que no podía dormir, se levantó y se dirigió a Cannon Row. El carcelero le dijo que el nuevo detenido había estado hablando mucho a Hang, y Elk se sonrió. Sólo esperaba que el «nuevo detenido» no sentiría la tentación de discutir sus agravios contra la administración de policía.

A las tres menos cuarto, se reunió con Ricardo Gordon en la sala de aparatos del Almirantazgo. Habían puesto un operador a su disposición; y después de las instrucciones preliminares, tomaron sitio a la mesa donde manipulaba sus aparatos. Ricardo escuchaba fascinado las llamadas de barcos lejanos y el ruido de las estaciones transmisoras. Una vez oyó un leve chirrido de sonido tan débil, que no estaba seguro de si no se había equivocado.

—Oirán a Chicago dentro de un minuto —dijo el operador—. Usualmente empieza a hablar a esta hora.

Cuando las manecillas del reloj se acercaban a las tres, el operador empezó a variar sus diferentes longitudes de onda, para captar el mensaje.

—Ahí está su L. V. M. B.

Ricardo escuchó:

«Todos los Ranas, atención. Mills está muerto. El número Siete acabó con él esta mañana. El número Siete recibirá una bonificación de cien libras».

La voz era clara y singularmente dulce. Voz de mujer.

«El distrito veintitrés tomará disposiciones para recibir las instrucciones del número Siete en el sitio de costumbre».

El corazón de Ricardo latía tumultuosamente. Reconoció la voz las suaves cadencias, las dulces entonaciones.

No había duda; ¡era la voz de Elisa Bennett! Ricardo sintió una repentina sensación de angustia, pero al mirar al otro lado de la mesa y ver los ojos de Elk fijos en él, hizo un esfuerzo para dominar su emoción.

—No parece que comuniquen nada más —dijo el operador tras unos minutos de espera.

Ricardo se quitó el auricular y se levantó.

—Tenemos que esperar a recibir las señales de dirección —dijo con voz tan serena como pudo.

Al poco empezaron a llegar y un oficial de la armada empezó a trazarlas en un mapa de escala grande.

—La estación emisora está en Londres —dijo—. Todas las líneas se encuentran en algún lugar del West End, me parece; posiblemente en el centro mismo. ¿Tuvo alguna dificultad en recoger la llamada del Rana? —preguntó el empleado.

—Sí, señor —contestó el hombre—. Creo que emitían desde muy cerca de aquí.

—¿En qué parte de la ciudad diría usted que está? —preguntó Elk.

El empleado indicó una señal a lápiz, que había trazado de un lado a otro de la página.

—Está en algún sitio de esta señal —dijo, y Elk vio que la línea pasaba por Cavendish Square y Cavendish Place y que aunque la línea de Portsmouth no lindaba con Cavendish Place por una línea nada más, la línea de Harwich cruzaba la de Plymouth al sur de la plaza.

—Caverley House, evidentemente —dijo Ricardo.

Quería salir al aire libre, hablar, discutir con Elk esa cosa monstruosa. ¿Había reconocido la voz el detective también? Cualquier duda que abrigara al respecto, quedó aclarada. Apenas llegaron a Whitehall, Elk dijo:

—La voz era muy parecida a la de una amiga nuestra, capitán Gordon.

Ricardo no contestó.

—Muy parecida —continuó Elk como si estuviera hablando consigo mismo—. Juraría que conozco a la señorita que hablaba por el viejo Rana.

—¿Por qué habría de hacerlo ella? —gimió Ricardo—. ¿Por qué, por el amor de Dios, habría de hacerlo?

—Recuerdo haberla oído hace años —respondió Elk.

Ricardo Gordon se detuvo y volviéndose, le miró indignado.

—Usted recuerda… ¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Trabajaba en el teatro entonces… era una criatura —contestó Elk—. La llamaban «La Niña imitadora». Hay otra cosa que he notado, capitán: si usted toma un cristal de aumento y se mira la piel, ve usted los defectos, ¿no es verdad? Aquel teléfono de la radio obra como una especie de cristal de aumento con respecto a la voz… Siempre hablaba ella con un ligero ceceo. Puede ser que usted no lo haya notado, pero yo tengo los oídos bastante finos. Ella no puede pronunciar la «s» como es debido.

Ricardo hizo un signo afirmativo.

—No sabía que había trabajado en el teatro —dijo ya más calmado—. ¿Está usted seguro, Elk?

—Completamente seguro. En algunas cosas, soy… infalible. Estoy un poco flojo en fechas, tales como cuando Enrique I y toda aquella cuadrilla nacieron… nunca me interesaron los cumpleaños; pero conozco las voces y las narices. No las olvido nunca.

Iban a entrar por la entrada oscura de Scotland Yard cuando Ricardo dijo con tono de desesperación:

—Era su voz, desde luego. No tenía la menor idea de que había trabajado en el teatro. ¿Está su padre metido en ese negocio?
—No tiene padre, que yo sepa —fue la asombrosa respuesta.
—¿Está usted loco? —preguntó Gordon—. Elisa Bennett tiene padre…
—No estoy hablando de Elisa Bennett —dijo el tranquilo Elk—. Hablo de Lola Bassano.
Se produjo un silencio.
—¿Era su voz? —preguntó Gordon casi sin aliento.
—Seguramente que fue Lola. Era una imitación bastante acertada de la señorita Bennett, pero cualquier imitador le diría a usted que estas voces dulces son fáciles. Es la velocidad de la voz lo que hace…
—¡Ah, bribón! —exclamó Ricardo Gordon, como si se le quitara un peso de encima—. Usted sabe que yo me refería a Elisa Bennett cuando hablaba y me ha estado tomando el pelo.
—Écheme la culpa —dijo Elk—. ¿Qué hora es?
Eran las tres y media. Diez minutos después los autos de la policía llegaban a la puerta cerrada de Caverley House y el pelotón saltaba a tierra. El timbre trajo al portero de noche, que reconoció a Elk.
—¿Más gas? —preguntó.
—Quiero ver el plano de la casa —dijo Elk, y escuchó como el portero detallaba los nombres, ocupaciones y peculiaridades de los inquilinos.
—¿Quién es el dueño de esta manzana? —preguntó el detective.
—Ésta es una de las propiedades de Maitland, de la Compañía Maitland. Posee la casa del Príncipe de Caux en Berkey Square y…
—No se preocupe por darme la historia de la familia. ¿A qué hora entró *miss* Bassano?
—Ha estado en casa toda la noche… desde las once.
—¿Estuvo alguien con ella?
El portero vaciló.
—El señor Maitland vino con ella, pero se marchó poco después.

—¿Nadie más?

—Nadie, excepto el señor Maitland.

—Deme su llave maestra.

El portero titubeó.

—Perderé mi empleo —suplicó—. ¿No puede golpear?

—El golpear es mi especialidad. No pasa un día que no golpee a alguien —replicó Elk—, pero quiero esa llave.

No dudaba que Lola, habría echado el cerrojo a la puerta y su suposición resultó cierta. Tuvo que golpear y tocar el timbre antes que asomase la luz tras del dintel y apareciese Lola en un kimono y gorrito.

—¿Qué significa esto, señor Elk? —preguntó. Ni siquiera intentó aparecer sorprendida.

—Una visita amistosa… ¿Puedo pasar?

Abrió ella la puerta un poco más y Elk entró seguido de Gordon y dos detectives.

—Mañana iré a ver al jefe de policía —dijo Lola— y si no me da una explicación, protestaré en los periódicos. Esta persecución es vergonzosa. Penetrar en el piso de una joven soltera, en medio de la noche, cuando está sola y sin protección…

—Si hay alguna ocasión en que una joven soltera deba estar sola y sin protección, es a media noche —dijo Elk coqueteando—. Voy a echar un vistazo a su nidito, Lola. Nos han comunicado que la han robado. Quizá en este mismo momento, hay un hombre siniestro debajo de su cama. La idea de dejarla sola, por decirlo así, a merced de delincuentes, repugna a nuestros sentimientos. Vea el comedor, Williams; yo registraré el saloncito… y el dormitorio.

—Usted no entrará en mi cuarto si tiene sentido de decencia.

—No tengo —admitió Elk— ningún sentido falso. Además, Lola, soy un hombre casado, tengo familia. Un hijo de diez años. Y cuando haya algo que yo no deba ver, no diga más que «Cierre los ojos» y los cerraré.

Según todas las apariencias, no había nada que pareciese en lo más mínimo sospechoso. El dormitorio conducía a un cuarto de baño

y la ventana del cuarto de baño estaba abierta. Proyectando su lámpara de bolsillo en la pared de afuera, Elk vio una pequeña polea aisladora de cristal fijada a la pared.

—Me parece un aislador —dijo.

Volvió al dormitorio y empezó a buscar el aparato. En una de las paredes había un alto armario de caoba. Al abrir la puerta vio una hilera de vestidos y metió la mano.

—¿El armario caliente, Lola? —preguntó.

Ella no contestó; siguió mirándole, con un ceño en su rostro bonito y los brazos cruzados.

Cerró la puerta y sus dedos sensitivos buscaron un muelle o resorte por la superficie. Tardó bastante tiempo en descubrirlo, pero al fin halló un pedacito de madera que cedía a la presión de la mano.

Sonó un ruido y el frente del armario empezó a descender.

—Una cama armario, ¿eh? Cositas magnificas para un piso.

Pero no fue una cama lo que se vio, y hubiera sufrido una decepción si lo hubiera sido. Puestas en un cuadro había varias hileras de lámparas, transformadores, etc., todo el aparato necesario para una estación emisora.

Elk parecía estar admirado.

—Supongo que tiene una licencia —dijo Elk. En realidad, no suponía nada de esto, pues las licencias para transmitir son muy difíciles de conseguir en Inglaterra.

Quedó sorprendido cuando ella fue a una mesa escritorio y exhibió los documentos. Él leyó e hizo un movimiento afirmativo.

—Tiene usted mucha influencia —observó con respeto—. Ahora quiero ver su licencia de Rana.

—No sea gracioso. Elk —dijo ella agriamente—. Me gustaría saber si tiene la costumbre de despertar a la gente para pedirle las licencias.

—Ha estado usted usando esto para transmitir instrucciones a los Ranas —acusó Elk moviendo la cabeza— y tal vez explicará al capitán Gordon por qué.

Volviose ella hacia Ricardo por primera vez.

—No he usado ese aparato desde hace unas semanas —dijo ella —. Pero la hermana de un amigo mío, tal vez la conoce usted, me preguntó si podía usarlo. Hace una hora que se marchó.

—Usted habla de *miss* Bennett, desde luego —dijo Elk, y ella alzó las cejas simulando asombro.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Lo adiviné —contestó Elk— en el momento en que oí a usted dar una de sus famosas imitaciones. Adiviné que ella estuvo por aquí, enseñándole hablar como ella. ¡Lola, está usted perdida! La señorita Bennett estaba al lado mío cuando usted empezó a hablar el lenguaje de Rana. Estaba a mi lado y me dijo: «Dígame, señor Elk, ¿no le parece que es muy lista?». Está en la trampa y lo mejor que puede hacer es sentarse y decirnos la verdad. Procuraré que no le pase nada. Detuvimos al «Siete» anoche y nos lo contó todo. El Rana será detenido hoy, y he venido a darle una última oportunidad para que salga de todos sus apuros.

—¿No es usted maravilloso? —dijo ella burlona—. ¡De modo que ha detenido al «Siete» y va a coger al Rana! No me venga con eso.

—Sí —afirmó el imperturbable Elk, no muy veraz— detuvimos al Siete y Hang ha cantado, pero la estimo a usted, Lolita… siempre la he apreciado. Tiene usted algo que me recuerda a una muchacha por quien yo estaba loco. No me casé con ella; fue una tragedia.

—No para ella —dijo Lola—. Voy a decirle una cosa, Elk. No ha detenido usted a nadie ni lo detendrá. Ha puesto usted un confidente tonto llamado Balder en la misma celda que Hang con la idea de conseguir información y va a recibir usted una sorpresa.

En otras circunstancias, a Ricardo Gordon le hubiera hecho mucha gracia ver el efecto que esta revelación producía en Elk. El detective se quedó boquiabierto mirando indignado e imponente, por encima de sus lentes, a la muchacha, que sonreía con aire triunfante. Luego, la sonrisa desapareció.

—Hang no quiso hablar porque el poder del Rana le alcanzaría, como a Mills y a Litnow. Como a usted, cuando él decida que vale usted la pena. Y hora puede detenerme, si quiere. Soy un Rana;

nunca he pretendido no serlo. Usted oyó todo lo que le dije a Raimundo Bennett, lo oyó con el detectáfono que colocó aquí. ¡Deténgame y acúseme!

Elk comprendía que no podía acusarla. Y ella lo sabía.

—¿Cree usted que se escapará con esos subterfugios, Bassano?

Fue Gordon quien habló y ella se volvió furiosa.

—Señorita se me llama, Gordon —le dijo iracunda.

—Tarde o temprano la llamarán por un número —replicó Ricardo tranquilamente—. Usted y su cuadrilla se están divirtiendo… quizás porque soy incompetente o desafortunado. Pero algún día la cogeremos, yo o mi sucesor. No puede usted luchar contra la ley y vencer, porque la ley es permanente y constante.

—No pongo reparos a un registro de mi piso, pero un sermón, no lo toleraré —dijo ella despectivamente—. Y, ahora, si han terminado, me gustaría dormir un sueñecito de belleza.

—Ésa es la única cosa que no necesita —afirmó Elk muy galante, y ella se echó a reír.

—No es usted malo, Elk —dijo—. Es usted un pésimo detective, pero tiene un corazón de oro.

—Si lo tuviera, no me confiaría a solas con usted —fue la andanada de despedida de Elk.

CAPÍTULO XIX

EN EL BOSQUE DE ELSHAM

Tras el brusco alivio que experimentó su corazón al comprobar que sus horribles temores carecían de fundamento, Ricardo Gordon se inclinaba a considerar como bien empleada la noche. No era ésta la opinión de Elk. Estaba verdaderamente serio de regreso a Scotland Yard.

—Estoy asustado de esos ranas, lo confieso —dijo—. Existe un escape grave por algún lado. ¿Cómo podría ella haber sabido que puse a Balder con Hang? Eso me ha sorprendido enormemente. Nadie más que dos hombres, además de nosotros, están en el secreto; y si los Ranas son capaces de obtener esa clase de informaciones, es casi seguro que Hang sabe que le están vigilando. Le repito a usted que me asustan, capitán Gordon. Si sólo supieran un poco, y este poco no muy bien, no me preocuparía. ¡Pero lo saben todo!

Ricardo afirmó con la cabeza.

—Lo malo es, Elk, que los Ranas no son una asociación ilegal. Tal vez sea preciso pedirle al Presidente del Consejo que denuncie esa sociedad.

—¡Acaso sea él mismo Rana también! —dijo Elk sombrío—. ¡No se ría, capitán Gordon! Hay gente gorda tras esos Ranas. Comienzo a sospechar de todo el mundo.

—Empieza a sospechar de mí —observó Gordon, con buen humor.

—Ya lo he dicho —respondió francamente el otro—. Luego se me ocurrió que tal vez sea yo sonámbulo; lo era de pequeño, por lo menos. Es posible que viva una vida doble y que sea detective de día y Rana de noche; cualquiera sabe. Es seguro que, detrás de los Ranas, se oculta un genio —prosiguió con inconsciente inmodestia.

—¿Lola Bassano? —sugirió Ricardo.

—Ya he pensado en ella; pero no tiene cerebro organizador. A los diecinueve años, dirigía una compañía de cómicos de la legua; se deshizo debido a la mala organización. Supongo que piensa usted que eso no significa que no pueda dirigir a los Ranas; pero sí que lo quiere decir. Hace falta la misma clase de inteligencia para dirigir a los Ranas que para dirigir un banco. Maitland es el hombre. Llegué a él por Eliminación, después de haber hablado con Johnson. Johnson dijo que nunca ha visto el talonario de cheques del jefe y, aunque es su secretario particular, nada en absoluto sabe de sus operaciones comerciales, salvo que compra y vende propiedades. El dinero que Maitland gana aparte de su negocio principal, nunca figura en los libros, y Johnson pareció muy sorprendido cuando sugerí que Maitland realizaba negocios fuera de la rutina general de la compañía. Y no es una compañía siquiera, ni una compañía anónima. Es de un solo hombre. ¿Quisiera usted asegurarse, capitán Gordon?

—¿Asegurarme de qué? —preguntó éste sorprendido.

—De que la señorita Bennett no tiene nada que ver en esto.

—¿Puede usted creer, ni por un momento, que tenga algo que ver? —preguntó Ricardo, espantado de pensarlo.

—Estoy dispuesto a creerlo todo —repuso Elk—. Tenemos carrera libre; podríamos estar en Horsham dentro de una hora y, además, es nuestro deber asegurarnos. En mi interior, estoy completamente seguro de que no fue la voz de la señorita Bennett. Pero cuando nos pongamos a redactar nuestro informe para los de arriba —«los de arriba», era el término invariable con que Elk

denominaba a sus superiores—, vamos a pasar por idiotas si declaramos que oímos la voz de la señorita Bennett y no nos molestamos en averiguar dónde se hallaba esta señorita.

—Verdad es —dijo Ricardo pensativo. E inclinándose hacia él conductor, le dio nuevas instrucciones.

Amanecía cuando el coche atravesaba las calles de Horsham e inició la ascensión hacia Villa Maytree, que se hallaba en la ladera inclinada de la carretera de Horsham.

No se advertían en la casa señales de vida. Estaban cerrados los postigos y no había luz alguna. Ricardo titubeó con la mano en la verja.

—No me gusta despertar a esta gente —confesó.

—El viejo Bennett creerá que le traigo malas noticias de su hijo.

—Yo no tengo conciencia —observó Elk avanzando por el camino enladrillado.

Más no hizo falta despertar a Juan Bennett. Llamaron a Elk desde una ventana de arriba y, al alzar la cabeza, vio al hombre misterioso acodado en la ventana.

—¿Qué ocurre, Elk? —preguntó en voz baja, como si no quisiera despertar a su hija.

—Nada en absoluto —contestó Elk alegremente—. Recogimos, durante la noche, un mensaje radiado y me pareció que era la voz de su hija la que oí.

Juan Bennett frunció el ceño, y Ricardo comprendió que dudaba de la veracidad de este aserto.

—Es verdad, señor Bennett —dijo—. También yo oí la voz. Estábamos aguardando un mensaje bastante importante y oímos a la señorita Bennett en circunstancias que nos obligan a asegurarnos que no era ella quien hablaba.

La nube desapareció del rostro de Juan Bennett.

—Es una historia extraña capitán Gordon; pero le creo. Bajaré a abrirles la puerta —dijo.

Abrió la puerta y los condujo a una salita oscura.

—Llamaré a Elisa y tal vez ella les convenza de que se acostó a las diez anoche —les dijo.

Salió de la habitación después de descorrer las cortinas para que entrase la luz y Ricardo aguardó con cierto placer. A decir verdad alegrábase de haber tenido una excusa para ir a Horsham. La muchacha se había apoderado de su corazón de tal forma que los días transcurridos entre encuentro y encuentro se le antojaban una eternidad. Oyeron los pasos de Elisa en la escalera y a los pocos momentos entró el viejo, con el rostro angustiado.

—No lo comprendo —dijo—. ¡Elisa no está en su cuarto! La cama está deshecha pero es evidente que se levantó y salió.

Elk se rascó la barbilla esquivando la mirada de Gordon.

—A mucha gente joven le gusta madrugar —dijo—. Cuando yo era joven nada me causaba tanto placer como ver la salida del sol… antes de acostarme. ¿Tiene la costumbre de dar paseos matinales?

Juan Bennett movió negativamente la cabeza.

—Es la primera vez que hace una cosa así. Es raro que no la oyese porque dormí muy mal anoche. ¿Tienen la bondad de perdonarme caballeros?

Subió al piso y volvió a los pocos momentos completamente vestido. Juntos salieron al jardín. Ya era de día aunque el sol no había asomado por el horizonte. Juan Bennett llevó a cabo un registro breve pero vano, detrás de la casa, y regresó confesando su fracaso. No estaba menos preocupado que Ricardo. Era imposible que hubiese podido ser ella, que se hubiese equivocado Elk. Sin embargo, Lola había hablado con énfasis. Como compensación, el portero había estado igualmente seguro de que la única visita que hubo para el piso de Lola aquella noche, fue el señor Maitland. Y que él supiese no había más entrada que aquélla al edificio. Elk tampoco pudo encontrar otra.

—Veo que tiene usted un auto aquí. Vinieron ustedes por carretera. ¿Se encontraron con alguien?

—¿Le es a usted igual si llevamos el auto en dirección contraria, hacia Shoreham?

—Iba a proponerlo. ¿No es peligroso que salga de paseo a estas horas? Las carreteras están llenas de vagabundos.

El viejo no contestó. Sentado junto al conductor tenía los ojos clavados, con ansiedad, en la carretera. El auto recorrió diez millas a velocidad de exprés, luego dio la vuelta y comenzó a registrar los caminos que daban a la carretera. Ya cerca de la casa, de regreso, Ricardo señaló:

—¿Qué bosque es ése? —preguntó, indicando un bosque espeso, al que conducía un sendero estrecho.

—El bosque de Elsham. ¿No estaría Elisa ahí? —dijo vacilando.

—Probemos —susurró Ricardo.

El coche se internó por la estrecha senda. Momentos después, avanzaba por entre altos árboles cuyas ramas entrelazadas dejaban la carretera en penumbra.

—Hay señales de un automóvil aquí —dijo de pronto Ricardo.

Pero Bennett movió negativamente la cabeza.

—Aquí suele venir gente de merienda —explicó; mas Gordon no quedó satisfecho.

Las señales eran recientes y, al poco rato, las vio torcer por entre los árboles. No obstante, no pudo descubrir auto alguno. La dirección de las huellas confirmaba la afirmación del viejo. El camino moría una milla adentro, y, de allí en adelante, seguía un desierto de maleza y raíces, porque se había talado bastante el bosque durante la guerra.

Con cierta dificultad, se dio la vuelta al coche y emprendieron el camino de regreso. Atravesaron de nuevo el umbrío camino y, al salir al descubierto, Ricardo lanzó un grito.

Juan Bennett ya había visto a la muchacha. Caminaba a prisa por en medio de la carretera y se apartó a un lado sin volver la cabeza cuando el auto la alcanzó. Luego, alzando la vista, vio a su padre y palideció.

Saltó éste a la carretera en un segundo.

—Querida —dijo en tono de reproche—, ¿dónde estuviste a estas horas?

Le pareció a Ricardo que la muchacha estaba asustada. Las pupilas de Elk se contrajeron al contemplarla.

—No podía dormirme de ninguna manera y decidí vestirme y salir, papá —dijo, saludando con un movimiento de cabeza a Ricardo—. Es usted una persona sorprendente, capitán Gordon. ¿Cómo por aquí tan de mañana?

—Vine a entrevistarme con usted —respondió él con sonrisa forzada.

—¡Conmigo! —exclamó ella, con verdadero asombro—. ¿Por qué, conmigo?

—El capitán Gordon oyó tu voz por radio a medianoche, y quería saber de qué se trataba —dijo su padre.

Aunque éste sentía cierto alivio por verla, no dejaba de seguir preocupado. Al mirarle, Elk vio que se intensificaba de pronto su alivio y, con su rápida intuición, adivinó la causa antes que Juan Bennett preguntase con ansiedad:

—¿Se trata de Raimundo? ¿Ha venido?

Elisa negó con la cabeza.

—No, papá —contestó—, y en cuanto a la radio, nunca la he usado y no creo haber visto una siquiera en toda mi vida.

—Claro que no —dijo Ricardo—. Sólo que nos preocupó bastante oír su voz; pero la explicación del señor Elk que dice que estaría hablando alguien de voz parecida a la de usted, es evidentemente juiciosa.

—Díganos una cosa, señorita Bennett —preguntó Elk tranquilamente—. ¿Estuvo usted anoche en la ciudad?

Elisa no contestó.

—Mi hija se acostó a las diez —dijo Juan Bennett con brusquedad —. ¿De qué sirve preguntarle si estuvo anoche en Londres?

—¿Se hallaba en Londres esta madrugada, señorita Bennett? —insistió Elk y, con gran sorpresa de Ricardo, ella movió afirmativamente la cabeza.

—¿Estuvo en Caverley House?

—No —respondió ella sin vacilar.

—Pero, Elisa, ¿qué hacías en la ciudad? —preguntó Juan Bennett—. ¿Fuiste a ver a ese miserable hermano tuyo?

Nueva vacilación, luego:

—No.

—¿Fuiste sola?

—No —repuso Elisa con labios trémulos—. Te agradecería que no me hicieses más preguntas. No soy libre en el asunto, papá. Siempre has tenido confianza en mí; también la tendrás ahora, ¿verdad?

Le cogió la mano y la sujetó entre las suyas.

—Siempre tendré confianza en ti, nenita —dijo— y estos caballeros tendrán que hacer otro tanto.

Los ojos retadores de Elisa se encontraron con los de Gordon, y éste asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo soy uno de los que compartirán ese sentimiento de confianza absoluta —dijo, y ella le recompensó con una mirada.

Elk se frotó rabiosamente la barbilla.

—Siendo de un temperamento muy confiado, tanto se me ocurriría dudar de su palabra, señorita Bennett, como de mí mismo —consultó su reloj—. Creo que es hora de que vayamos a sacar al pobre Balder de la mansión del pecado.

—¿Se detendrán a desayunar?

Ricardo miró suplicante a Elk y el detective, con aire de resignación, expresó conformidad.

—Después de todo, a Balder le dará lo mismo una hora más a menos —dijo.

Mientras Elisa preparaba el desayuno, Ricardo y Elk paseaban fuera, por la carretera.

—Y ¿qué opina usted, capitán?

—No comprendo pero tengo la completa seguridad de que la señorita Bennett no ha mentido.

—La fe es una cosa maravillosa —murmuró Elk, y Ricardo se volvió hacia él vivamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir lo que digo. Tengo fe en la señorita Bennett —dijo conciliador— y, después de todo, ella no es más que un trocito del rompecabezas que encajará divinamente en su sitio cuando coloquemos el trozo que está cortado en forma de rana… Y —agregó tras un momento—. Juan Bennett es otro pedazo.

Desde donde estaban, mirando hacia Shoreham, podían ver la abertura de la estrecha carretera del bosque de Elsham.

—Lo que a mí me intriga —decía Elk— es para qué había de entrar en ese bosque a medianoche…

Se interrumpió, inclinando la cabeza. Llegó hasta sus oídos el zumbido de un automóvil.

—¿Dónde es eso? —preguntó.

La pregunta quedó contestada en el acto. Lentamente apareció en la entrada de la carretera del bosque la capota de un auto, seguida inmediatamente del resto de un automóvil grande, que avanzó hacia ellos, ganando en velocidad a medida que se acercaba. Un momento después, pasó junto a ellos como una exhalación, y vieron claramente al ocupante solitario.

—¡C…,…! —exclamó Elk, que rara vez se permitía blasfemar; pero a Ricardo le pareció que, en esta ocasión, por lo menos, estaba justificado. Porque el ocupante del auto era el barbudo Ezra Maitland; y comprendió que para entrevistarse con Maitland, había ido la muchacha al bosque de Elsham.

CAPÍTULO XX

HANG

Un momento después, Elisa salió a llamarles.

—¿Fue un automóvil lo que pasó? —preguntó; y notaron un leve tono de ansiedad en su voz.

—Sí —dijo Elk—: un automóvil grande. No vimos quién lo ocupaba; pero era un auto grande.

Ricardo la oyó suspirar de alivio.

—¿Hacen el favor de entrar? —dijo—, el desayuno espera.

Marcharon media hora después y ambos estaban tan ensimismados en sus pensamientos, que Ricardo no habló hasta que pasaron junto a las casas donde había sido hallado el cadáver de Genter.

—Fue cerca de Horsham donde mataron a Genter —recordó con un escalofrío—. En las afueras de Horsham él mismo vio los pies del muerto asomar por la parte de atrás de un camión. Hang había de morir por eso; fuese Rana o no, había sido parte en dicho crimen. Como si leyese sus pensamientos, Elk se volvió hacia él diciendo:

—¿Cree usted que sus pruebas son lo bastante buenas para ahorcar a Hang?

—Eso me preguntaba —dijo Ricardo—. Por desgracia, no tenemos más pruebas que lo apoyen que el automóvil que tiene usted bajo llave y el hecho de que el dueño del garaje tal vez pueda identificarle.

—¿Con la barba? —preguntó Elk expresivamente—. Va a haber bastante dificultad en conseguir condenar a este Rana, créame, capitán Gordon. Y a no ser que Balder consiga obligarle a que haga una confesión, vamos a tener un trabajo de mil diablos para convencer a un jurado. Hablando de mí, si se me condenara a pasar una noche con Balder, diría la verdad aunque no fuese más que para quitármele de encima. Es un hombre bastante inteligente este Balder. La gente no se da cuenta de eso, posee aptitudes para convertirse en un detective de primera, si pudiéramos conseguir que tuviese un concepto más optimista de la vida.

Dio instrucciones al conductor para que fuese directamente a la puerta de Cannon Row.

La mente de Ricardo estaba ocupada con un asunto muy distinto.

—¿Qué querría de Maitland? —preguntó.

Elk meneó la cabeza.

—No lo sé —confesó—. Claro que pudo intentar de convencerle para que de nuevo, tomara a su hermano; pero Maitland no es de los aventureros que se levantan a media noche para discutir si debe readmitir a Raimundo o no. Si fuese más joven, sí. Pero no es joven; es muy viejo. Y es un viejo a quien le importa un bledo que esté Raimundo trabajando en su despacho o cumpliendo una condena de trabajos forzados en cualquier cantera del reino. Le digo a usted que se esclarecerán estos hechos cuando hayamos resuelto el problema del Rana.

El auto se detuvo a la entrada del cuartelillo de Cannon Row y ambos se apearon. El sargento se puso en pie al verlos, mirándoles con cierto asombro.

—Voy a sacar a Balder, sargento.

—¿Balder? —preguntó el sargento sorprendido—. No sabía que Balder estuviese dentro.

—Le encerré con Hang.

Pareció hacerse la luz en el cerebro del sargento.

—Es raro. No sabía yo que fuese Balder —dijo—. No estaba yo de guardia cuando entró; pero el otro sargento me dijo que habían

encerrado a otro hombre con Hang. Aquí está el carcelero.

Éste entró en aquel momento y quedó tan asombrado como el sargento al conocer la identidad del preso.

—No tenía yo la menor idea de que fuese Balder. Eso explica la larga conversación que sostuvieron. Estuvieron hablando hasta la una.

—¿Están hablando aún?

—No, señor; ahora duermen. Les eché un vistazo hace un momento; usted recuerda que me dio órdenes de dejarlos solos y no acercarme a ellos.

Ricardo Gordon y su subordinado siguieron al carcelero por un largo pasillo de mosaicos, a lo largo de cuya pared veíanse puertas negras y estrechas. Al llegar al extremo del corredor, doblaron a la derecha. El segundo pasillo tenía una sola puerta al extremo. Abrió el carcelero la puerta y Elk entró.

Se dirigió a la primera de las figuras y de un tirón levantó la manta que le cubría la cara. Y lanzando un voto, le quitó la manta totalmente.

Era Balder y estaba boca abajo, cubierto de pies a cabeza. Una bufanda de seda le tapaba la boca tenía las muñecas no sólo esposadas, sino ligadas con una correa, como igualmente las piernas.

Corrió Elk hacia la segunda figura, mas al tocar la manta, se le hundió. Una americana doblada, para dar la apariencia de una figura humana; un par de zapatos viejos, asomando por la punta de la manta… era cuanto había. ¡Hang había desaparecido!

Cuando llevaron a Balder a la oficina de Elk, y le hubieron dado un vaso de «brandy», y Elk, con gritos, amenazas e imprecaciones, había conseguido ponerle en un estado de coherencia, el hombre contó su historia.

—Creo que eran alrededor de las dos cuando sucedió —dijo—. Había estado hablando toda la noche a ese Hang, aunque veía yo muy claro, con mi experiencia, que me fichó en cuanto me vio, como funcionario de la policía, y que se estaba burlando de mí toda la

noche. No obstante, yo perseveré, señor Elk. Yo soy de la clase de hombres que nunca se rinden. Eso es lo peculiar de mí…

—Lo peculiar de usted —dijo Elk con tono cansado—, es su apasionada admiración de Balder. ¡Continúe!

—De todos modos, probé e insistí —dijo Balder con voz de ofendido—: y me imaginé que había logrado calmar sus sospechas, pues comenzó a hablar de Ranas y me dijo que esta noche habría una llamada por radio a todos los jefes, es decir anoche. Me dijo que jamás capturarían al número Siete porque era demasiado listo. Me preguntó cómo habían muerto a Mills, pero estoy completamente seguro, que, de la manera como me lo preguntó, él lo sabía. No hablamos gran cosa después de la una, y a la una y cuarto me eché a dormir, y debí quedarme dormido casi en seguida. Lo primero que supe fue que me ponían una mordaza en la boca. Traté de forcejear, pero me sujetaban ellos…



—¿Ellos? —dijo Elk—. ¿Cuántos eran?

—Quizá dos o tres; no estoy seguro —contestó Balder—. Si hubieran sido nada más que dos, creo que hubiese podido librarme, pues soy bastante fuerte. Sin duda serían más. Yo sólo vi dos, además de Hang.

—¿Estaba abierta la puerta de la celda?

—Sí, señor, estaba entornada —dijo Balder, después de reflexionar un momento.

—¿Qué aspecto tenían?

—Llevaban abrigos largos y negros, no trataron de ocultar el rostro. Los reconocería en cualquier sitio. Eran jóvenes; a lo menos, uno de ellos. Lo que sucedió después, no lo sé. Me ataron las piernas con una correa, me echaron la manta encima… y eso es todo lo que vi u oí, hasta que la puerta de la celda se cerró. He estado allí tirado en el suelo toda la noche. He estado pensando en mi mujer y en mis hijos…

Elk le interrumpió y, dejando al hombre a cargo de otro escribiente de policía, se dirigió a efectuar un examen más detenido de la celda. Los dos pasillos tenían la forma de una «L» mayúscula; la celda especial, al extremo más corto. En el codo, había una puerta con barrotes que conducía al patio, donde a los presos que esperaban el juicio se les metía en el coche celular y se les distribuía en varias prisiones. El carcelero estaba sentado en lo alto de la «L», en una pequeña garita donde estaban los indicadores de las celdas. Cada celda tenía un timbre para llamar en caso de enfermedad y las señales de llamada aparecían en esa pequeña oficina.

Desde donde estaba sentado, el carcelero dominaba, no sólo la vista del pasillo, sino también una vista lateral de la puerta. Al interrogársele, admitió haber estado dos veces en la sala de detenidos, unos minutos cada vez; en una ocasión, cuando un detenido por borracho había pedido ver a un médico; en la otra, a eso de las dos y media de la mañana, para hacerse cargo de un ladrón capturado en el transcurso de la noche.

—Y, desde luego, durante ese tiempo los dos hombres se escaparon.

La puerta que daba al patio estaba cerrada con llave, pero no tenía echado el cerrojo. La de la celda podía abrirse de ambos lados. A este respecto difería de todas las otras celdas del cuartelillo; la explicación de ello era que se utilizaba con frecuencia para presos de importancia, a quienes era necesario someter a un interrogatorio prolongado; y la cerradura se había escogido de esa clase para, que los funcionarios de la policía que estuviesen dentro, pudieran salir de la celda cuando lo deseasen, sin llamar al carcelero. No habían forzado la cerradura ni tampoco la de la puerta del patio.

Elk mandó buscar inmediatamente a los policías que estuvieron de guardia en ambas entradas de Scotland Yard. El de la entrada del Embankment no había visto a nadie. El que estuvo en la de Whitehall recordaba haber visto salir a un inspector a las dos y media. Estaba completamente seguro de que era un inspector, porque llevaba colgado el cinturón del espadín, le había saludado, saludo que le había sido correspondido.

—Éste, puede o no ser uno de ellos —dijo Elk—. Si lo es, ¿qué sucedió con los otros dos?

De éstos no había rastro. Los hombres habían desaparecido como sí se los hubiera tragado la tierra.

—Vamos a sufrir una reprimenda muy severa, capitán Gordon —observó Elk… y si escapamos sin más consecuencia, tendremos suerte. Por fortuna, nadie más que nosotros sabe que Hang había sido detenido; y cuando digo «nosotros» ¡ojalá fuese así! Seria, mejor se fuera usted a acostar; yo dormí algo anoche. Si quiere esperarme mientras mando a este escribiente mío a su bien recordada mujer y familia, le acompañaré a su casa.

Ricardo aguardaba en el borde de Whitehall cuando Elk apareció.

—Desde luego, habrá una investigación. No podemos evitarlo. Lo único que me preocupa es que he metido al pobre Balder en un compromiso y yo trataba de congraciarlo con los superiores. Desconozco cuál es la experiencia de los chicos exploradores —

prosiguió, saliendo por la tangente—, pero, según mi propia experiencia, el peor servicio que puede hacerse a un hombre es tratar de hacerle un favor.

Eran cerca de las diez y Ricardo notaba que iba a desmayarse por el hambre y la falta de dormir, pues no había comido nada en Horsham. Una o dos veces, caminando en dirección a Harley Terrace, Elk miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Espera a alguien? —preguntó Ricardo, despertando de pronto a la posibilidad de peligro.

—No, no precisamente —contestó Elk—. Pero tengo el presentimiento de que nos siguen.

—He visto a un hombre que me pareció que nos seguía —dijo Ricardo—; un hombre con un impermeable marrón.

—¡Oh! ¿Ése? —dijo Elk, indiferente a la presencia de la sombra —. Éste es uno de mis hombres. Hay otro en el otro lado de la calle. No estoy pensando en ellos; de momento tengo la mente fija en Ranas. ¿Quiere que crucemos la calle? —preguntó precipitadamente y sin esperar contestación, cogió el brazo de Gordon y lo condujo al otro lado de la ancha calle—. Me desagrada siempre el caminar por el mismo lado de la calle que rueda el tráfico. Me gusta verlo venir de frente; no es bueno que lo alcancen a uno. ¡Ya me lo pensaba!

Una camioneta Ford, que ostentaba el nombre de un lavadero, y que les había seguido pausadamente, salió disparada, de pronto, a toda marcha. Elk siguió a la camioneta con la mirada hasta llegar a la punta de Whitehall en Trafalgar Square. En vez de dirigirse a la izquierda, hacia Pall Mall o a la derecha, hacia el Strand, la camioneta dio media vuelta y volvió enfilada hacia ellos. Elk se medio volvió e hizo una señal.

—Aquí es donde seguimos el ejemplo del polluelo —dijo, y volvió a atravesar la calle apresuradamente.

Al llegar a la acera, se volvió a mirar. Los detectives que le seguían habían comprendido su señal y uno ya había saltado al estribo de la camioneta que se detuvo junto a la acera. Hubo una

conversación de varios minutos entre el conductor y el detective, y se marcharon juntos.

—Detenido —dijo Elk lacónicamente—. Se lo llevará a la delegación, y quedará arrestado. Pensé que vería lo que quería decirle; hablo de mi hombre. La manera más fácil de seguir a uno es en un camión —añadió Elk—. Una camioneta puede hacer lo que le dé la gana; puede pasearse por la acera, puede dar media vuelta o retroceder, puede ir despacio o de prisa y nadie se da cuenta. Si hubiese sido una limosina, hubiera llamado la atención de cualquier policía por el hecho de ir lentamente junto a la acera para alcanzarnos y atropellarnos en el momento oportuno. Tal vez no era más que una sombra, pero a mí —dijo estremeciéndose— se me antojaba como si fuese ¡la muerte fulminante!

Si el buen humor de Elk era fingido o natural, logró impresionar a su compañero.

—Tomemos un carruaje —propuso Ricardo, y tal era la duda que sentía, que esperó que pasaran tres taxis vacíos antes de llamar al cuarto. Venga— dijo Ricardo cuando el coche les dejó en Harley Terrace. —Puede quedarse a dormir en mi casa.

Elk movió negativamente la cabeza, pero acompañó a Gordon a su casa. El hombre que abrió la puerta tenía, por lo visto, algo que decirle.

—Hay un caballero que le espera, señor. Hace media hora que está aquí.

—¿Cómo se llama?

—El señor Johnson, señor.

—¿Johnson? —dijo Ricardo sorprendido, y se dirigió apresuradamente al comedor, donde habían hecho pasar al visitante.

Era, en efecto, «el filósofo», aunque el señor Johnson carecía en aquel momento de esa serenidad que constituía la principal y más preciada de sus posesiones. El hombre regordete tenía aire preocupado y el semblante triste y compungido; y cuando Ricardo entró en la habitación, estaba sentado, nervioso, en el borde de la

silla, como la noche aquella del club Heron, con los ojos lúgubres y afligidos, fijos en la alfombra.

—Espero que me perdonará que venga a verle, capitán Gordon —dijo—. Realmente, no tengo derecho a molestarle contándole mis penas.

—Espero que sus penas no serán tan abrumadoras como las mías —sonrió Ricardo estrechándole la mano—. ¿Conoce usted al señor Elk?

—El señor Elk es un viejo amigo —dijo Johnson, casi de buen humor por un instante.

—Bien, ¿qué le pasa? Siéntese, haga el favor —dijo Ricardo—. Voy a tomar un desayuno de verdad. ¿Quiere acompañarme?

—Con mucho gusto. No he desayunado esta mañana. Suelo comer un poco a eso de las once, pero no puedo decir que tenga muchas ganas. El hecho es, capitán Gordon, que me han despedido.

Ricardo arrugó la frente.

—¡Cómo! ¿Maitland le ha despedido?

Johnson movió la cabeza afirmativamente.

—¡Y pensar que he servido a ese viejo demonio tantos años, fielmente, con el sueldo de un escribiente! No le he dado nunca motivos de queja. ¡He manejado centenares de miles de libras… sí, y millones! Y aunque no deba yo mismo alabarme nunca ha faltado un céntimo en mis cuentas. Desde luego, si hubiera ocurrido, lo habría averiguado en menos que canta un gallo, pues es el matemático más grande que jamás he conocido. Y ladino. Escribe doble más de prisa que cualquier otra persona que yo haya visto —añadió con forzada admiración.

—Es muy extraño que un hombre de aspecto y hablar extravagantes posea esas cualidades —observó Ricardo.

—Para mí es un enigma —confesó Johnson—. En realidad, no he salido de mi asombro desde que le conocí. Oyéndole hablar, usted creería que es un basurero o un vagabundo; sin embargo, es un hombre que ha leído mucho, un hombre extraordinariamente culto.

—¿Puede recordar fechas? —preguntó Elk.

—Recuerda las fechas —replicó Johnson gravemente—. Un viejo extraño, y, en muchos sentidos, antipático. No lo digo porque me ha despedido; siempre he opinado lo mismo. No tiene ni una chispa de bondad; creo que lo único que tiene de humano es su amor por aquel chiquitín.

—¿Qué chiquitín? —preguntó Elk, interesado al instante.

—Nunca lo he visto —dijo Johnson—. Nunca han traído el niño a la oficina. No sé quién es ni de quién. Tengo la idea de que es un nieto de Maitland.

Se hizo una pausa.

—Ya veo —dijo Ricardo suavemente, y bien lo vio, pues en ese instante empezó a comprender al Rana y el secreto del Rana.

—¿Por qué le despidió? —preguntó.

Johnson se encogió de hombros.

—Por una cosa estúpida; en realidad, no vale la pena de hablar de ello. Parece ser que el viejo me vio en el club Heron la otra noche y desde entonces ha estado revisando detenidamente mi cuenta de caja, probablemente bajo la impresión de que ¡yo llevaba una vida de calavera! Aparte del usual rezongar, nada había en sus maneras que diese a entender que quería deshacerse de mí; pero, esta mañana, al entrar, me encontré con que ya había llegado, lo cual era extraordinario; pues, por regla general, no suele llegar al despacho hasta una hora después de haber empezado el trabajo. «Johnson —me dijo—, tengo entendido que usted conoce a una *miss* Elisa Bennett». Le contesté que tenía la fortuna de conocer a dicha señorita. «Y tengo entendido —prosiguió—, que ha estado en su casa una o dos veces a comer». «Cierto es, señor Maitland» —le contesté. «Muy bien Johnson» —dijo Maitland—, «está usted despedido».

—¿Y eso fue todo? —preguntó Ricardo asombrado.

—Eso fue todo —contestó Johnson con voz apagada—. ¿Lo puede usted comprender?

Ricardo hubiera podido decir que sí, pero no lo dijo. Elk, que sentía más curiosidad y más apasionada ansia por extender sus

conocimientos del misterioso Maitland, tenía algo que preguntar.

—Johnson, usted ha vivido muy cerca de este Maitland durante años. ¿Ha notado algo en él que sea especialmente sospechoso?

—¿En qué sentido, señor Elk?

—¿Recibe visitas que usted no se podría explicar? ¿Ha sabido usted, por ejemplo, que hiciera algo que le sugiriese que estaba relacionado con los Ranas?

—¿Los Ranas? —Johnson abrió los ojos de par en par y su voz hizo resaltar su incredulidad—. ¡Dios mío, no! No me imaginaría nunca que él sepa algo de esa gente. ¿Habla usted de los malhechores que han cometido tantos crímenes? No, señor Elk, nunca he oído ni visto ni leído nada que pudiera darme esa impresión.

—Usted ha visto los particulares de la mayoría de sus operaciones: ¿hay algunas de las que ha realizado que le induzcan a creer que se ha beneficiado —digamos, por ejemplo— con la muerte del señor Mcrean en Dundee o por el asalto contra el comerciante en lanas de Derby? Por ejemplo, ¿sabe si ha comprado o vendido perfumería o licores franceses?

Johnson sacudió la cabeza.

—No, señor, solamente negocia en fincas. Posee propiedades en este país y en el Sur de Francia y en América. Ha negociado algo en los cambios de monedas; a decir verdad, teníamos un negocio muy extenso de divisas, hasta que el mercado se vino abajo.

—¿Qué va usted hacer ahora, señor Johnson? —preguntó Ricardo.

Johnson hizo un gesto de impotencia.

—¿Qué puedo yo hacer, señor? —preguntó—. Tengo cerca de los cincuenta años; he pasado la mayor parte de mi vida de trabajo en un solo empleo y es muy improbable que consiga otro. Por fortuna no sólo he ahorrado un poco de dinero, sino que he hecho una o dos inversiones de dinero afortunadas y por ello debo estar agradecido al viejo. No creo que se puso muy contento cuando supo que había seguido su consejo, pero eso no importa. Le debo eso. Tengo

bastante dinero para sostenerme el resto de mi vida si vivo tranquilamente y no me arriesgo en ninguna especulación extraordinaria. Y he venido a verle, capitán Gordon, para pedirle que haga el favor de emplearme. Me gustaría ocuparme unas horas y sería muy feliz con poder trabajar con usted.

Ricardo se sintió un poco embarazado, pues las probabilidades de emplear al señor Johnson eran escasas. No obstante, tenía mucho interés en ayudarle.

—Déjeme que lo piense un día o dos —dijo—. ¿Qué hace Maitland respecto al secretario?

—No lo sé. Ésa es mi principal preocupación. Vi una carta en su mesa, dirigida a la señorita Bennett; y tengo la idea de que tiene intenciones de ofrecerle el cargo.

Ricardo apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿En qué funda sus sospechas? —preguntó.

—No lo sé, señor; sólo una o dos veces ha preguntado el viejo si Raimundo tenía una hermana. Pero hace dos o tres días, demostró un gran interés por ella, y luego no habló más del asunto. Eso es tan asombroso, como todo cuanto hace.

Por algún motivo, Elk sentía una inmensa pena por aquel hombre. ¡Era tan evidente que no estaba hecho para la lucha por la vida! Y las probabilidades para un hombre de cincuenta años, que ha pasado la vida en un empleo, eran casi nulas.

—No sé que yo pueda ayudarle tampoco, señor Johnson —dijo —. En cuanto a la señorita Bennett, me imagino que no hay posibilidad de que ella acepte semejante oferta, suponiendo que Maitland la hiciese. Tomaré su dirección para el caso que tenga que comunicarle alguna cosa.

—Fitzroy Square, 431 —replicó Johnson y sacó una tarjeta algo sucia, disculpándose—. No uso mucho las tarjetas —dijo.

Se dirigió a la puerta y ya en ella, se detuvo indeciso.

—Aprecio mucho a la señorita Bennett —dijo—, y quisiera que supiese que Maitland no es tan malo como parece. ¡Tengo que ser leal con él!

—¡Pobre diablo! —dijo Elk, contemplando a Johnson, desde la ventana, cuando marchaba abatido por Harley Terrace—. Es mala suerte. ¡Casi le dijo usted que vio a Maitland esta mañana! Lo vi y estaba dispuesto a intervenir. Es el secreto de la joven.

—Ojalá no lo fuera —dijo Ricardo sinceramente, y recordó que había invitado a Johnson a desayunar.

CAPÍTULO XXI

EL VISITANTE DEL SEÑOR JOHNSON

Existe cierta lóbrega semejanza entre las casas de Fitzroy Square, Londres, y Gramercy Parck, Nueva York. Fitzroy Square pertenece a los días del rey Jorge, cuando Soho era un barrio aristocrático y St Martins-The Fields estaba en el campo, y no, como actualmente, entre un teatro de variedades y un museo de pintura.

El número 431 lo había dividido su propietario en tres pisos independientes; el de Johnson estaba situado en la planta baja. Había otro piso, en los sótanos, ocupado por un matrimonio que representaba a los dueños e, incidentalmente, se cuidaban, en el caso de Johnson, de limpiarle el piso y servirle las pocas comidas que tomaba en su casa.

Eran cerca de las diez cuando el filósofo Johnson llegó a su casa aquella noche. Estaba muy cansado. Había, pasado la mayor parte del día haciendo una serie de visitas a distintas casas bancarias y de compra-venta de fincas, con el mismo resultado negativo. No había vacantes y ciertamente ningún empleo para un hombre regordete de cincuenta años. El paciente señor Johnson aguardaba el desaire y visitaba otra casa para recibir la misma desilusión.

Entró con un llavín, se dirigió cansadísimo a una salita y se dejó caer con un suspiro en el sofá, pues no estaba acostumbrado al

ejercicio violento.

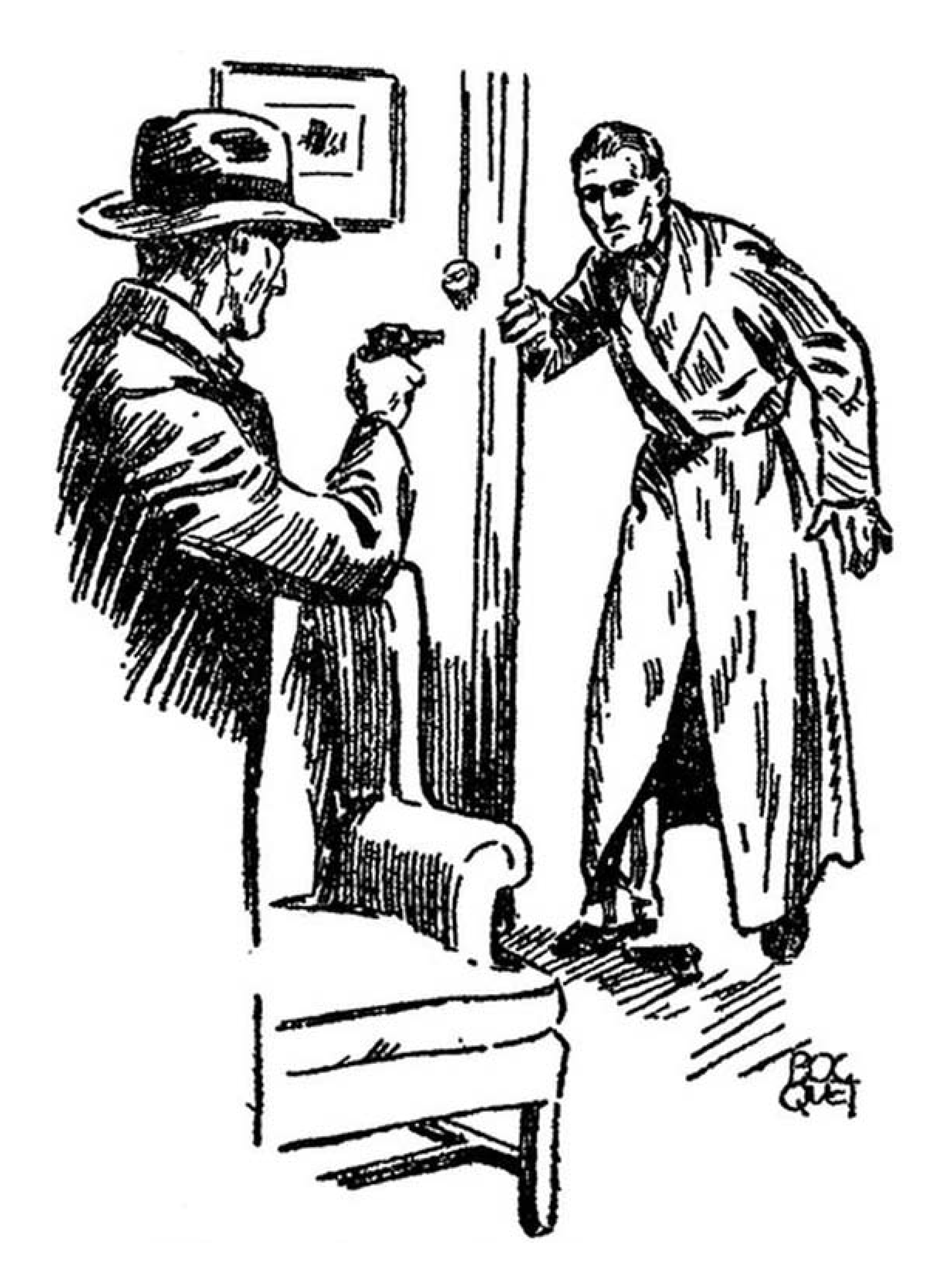
La habitación era bonita aunque modesta. Una gran alfombra verde cubría el suelo; las paredes estaban tapadas por estantes de libros; y respiraba el sitio cierta comodidad que el dinero no puede comprar. Al cabo de un rato, se dirigió a la biblioteca, cogió un libro y se pasó las dos horas siguientes leyendo. Era casi la media noche cuando apagó la luz y se fue a la cama.

Hallábase su dormitorio en el extremo lejano del corto pasillo y a los cinco minutos estaba desnudo y dormido.

Era el señor Johnson de sueño muy ligero, pero aquella noche no hacía una hora que dormía cuando se despertó, mucho más despierto de lo que había estado en cualquier momento de aquel día. Salió de la cama suavemente, se puso las zapatillas y una bata; luego, sacó algo de un cajón de la mesa, abrió la puerta y se dirigió, silenciosamente por el pasillo alfombrado, al saloncito.

No había oído ruido alguno; era el aviso premonitorio de un peligro inminente lo que le había despertado. Tenía la mano en el pestillo y lo había girado, cuando oyó un débil ruido. Era el sonido del interruptor al apagar la luz y venía del saloncito.

Con un súbito empujón abrió la puerta y extendía la mano en dirección al interruptor cuando, de la oscuridad del cuarto, surgió una voz amenazadora.



—¡Toca esa luz y eres hombre muerto! Te tengo encañonado. Pon tu revólver en el suelo, a tus pies… ¡pronto!

Johnson se agachó y puso en el suelo el revólver que había sacado de su mesa.

—Ahora entra dentro y de prisa —ordenó la voz.

—¿Quién es usted? —preguntó Johnson serenamente.

Achicó las pupilas para horadar la oscuridad y vio la figura. Estaba de pie junto al pupitre, y el brillo de algo que tenía en la mano le advirtió que la amenaza no era vana.

—¿No me has visto nunca? —Bailaba la risa en la voz del desconocido—. ¡Te apuesto a que no! ¡Amigo… conoce al Rana!

—¿El Rana? —Johnson repitió las palabras maquinalmente.

—Un nombre es tan bueno como otro. Ése servirá para el mío —dijo el desconocido—. Dame la llave de tu mesa escritorio.

Hubo un silencio.

—No tengo la llave aquí —dijo Johnson—. Está en mi dormitorio.

—No te muevas —advirtió la voz.

Johnson se había quitado las zapatillas, y con los pies buscaba la pistola que dejara tan obedientemente en el suelo en la primera sorpresa. Al poco rato, la encontró y la atrajo hacia sí con los dedos del pie.

—¿Qué quiere usted? —preguntó, contemporizando.

—Quiero ver tus papeles de la oficina, todos los documentos que te has traído de la casa Maitland.

—No hay aquí nada de valor —dijo Johnson. Estaba ahora el revólver a sus pies. Tenía los dedos sobre la culata, y estaba dispuesto a agacharse en cuanto pudiese precisar con seguridad la posición del ladrón. Pero aunque los ojos se le iban acostumbrando a la oscuridad, ya no podía ver al desconocido.

—Acércate más —dijo éste—, y alarga las manos. Johnson hizo como si obedeciera, pero se dejó caer súbitamente de rodillas. La explosión le dejó sordo. Oyó un grito; vio, al chispear de su revólver, una figura oscura y luego recibió un golpe.

Al recobrar el conocimiento diez minutos más tarde, encontró vacío el cuarto. Tambaleándose, encendió la luz y se dirigió vacilante al dormitorio, para examinar la extensión de sus lesiones. Se palpó el

chichón de la cabeza y sonrió. Alguien llamaba a la puerta de la calle, con llamada perentoria. Con una toalla mojada en la cabeza, salió al patio y abrió la puerta. Halló dos policías en el escalón y una pequeña multitud congregada en la acera.

—¿Ha habido tiros aquí?

—Sí, guardia —dijo Johnson—. Hice unos disparos, pero no creo que hiriera a nadie.

—¿Está usted herido, señor? ¿Eran ladrones?

—No puedo asegurarlo. Pasen —dijo Johnson, y les condujo a la biblioteca en desorden.

La persiana se agitaba en la corriente del aire, pues la ventana, que daba a una callejuela, estaba abierta.

—¿Echa de menos algo?

—No, me parece que no —dijo Johnson—. Creo que se trata de algo más importante que un robo ordinario. Voy a telefonear al inspector Elk, de Scotland Yard, y será mejor que deje el cuarto tal como está, hasta que llegue él.

Elk estaba en su oficina, preparando laboriosamente un informe de la fuga de Hang, cuando oyó la llamada. Escuchó muy atento, y luego:

—Voy en seguida, Johnson. Diga al guardia que no toque nada…

Cuando Elk llegó, el filósofo estaba vestido.

—Le dio un buen porrazo —dijo Elk, examinando la contusión con ojo profesional.

—No lo esperaba. Creía que iba a hacer fuego y debe haberme pegado cuando disparé.

—¿Dice usted que fue el Rana mismo? —preguntó el escéptico Elk—. Lo dudo. El Rana no ha operado nunca personalmente, que yo recuerde.

—Era el Rana o uno de los emisarios de confianza —dijo Johnson con alegre sonrisa—. Mire esto.

En el centro de la rosada carpeta veíase estampada la inevitable Rana; también aparecía en el entrepaño de la puerta.

—Esto debe de ser un aviso, ¿no es verdad? —dijo Johnson.

—Hay cosas peores que un apaleamiento —dijo Elk con alegre frivolidad—. ¿Ha echado de menos alguna cosa?

Johnson movió la cabeza.

La inspección que realizó Elk de la habitación fue breve, pero concienzuda. Cerca de la ventana abierta encontró el recibo de la consigna, entre los pliegues de la cortina, adonde el viento lo había llevado. Era un pedacito de papel verde acusando recibo de un saco de mano y había sido emitido en la estación del Great Northern Railway.

—¿Es suyo esto? —preguntó.

Johnson tomó el papel, lo examinó y movió la cabeza.

—No —dijo—. Es la primera vez que lo veo.

—¿Hay alguna otra persona en su piso que pueda haber dejado una maleta en la estación de King's Cross?

De nuevo Johnson movió la cabeza sonriendo.

—No hay nadie en este piso —dijo— excepto yo.

Elk puso el papel bajo la luz y examinó el sello de la fecha. El saco de mano había sido depositado una quincena antes y, como es costumbre en tales recibos, no daba el nombre del depositante.

—Puede haberlo traído el viento esta noche, pero no creo que nadie que deposite equipaje de importancia va a dejar que el recibo ande revoloteando por ahí. Voy a investigar esto —dijo, y se guardó el recibo cuidadosamente en la cartera—. ¿No vio al individuo?

—Apenas lo entreví cuando disparé; tengo la impresión de que iba enmascarado.

—¿Reconoció la voz?

—No —dijo Johnson meneando la cabeza.

Elk examinó la ventana. Habían forzado el pestillo hábilmente, «hábilmente», porque era un nuevo tipo de cierre patentado, que le era familiar, y que no recordaba que jamás hubiera podido ser forzado desde el exterior. Recordó instintivamente el robo de Lord Farmley, aquella cerradura que volaron y aquel pomo cortado de una manera tan artística, tan bella. Y aunque ambas operaciones no eran

comparables, existía, no obstante, cierta semejanza en la operación y en la maestría, que le llamó poderosamente la atención.

Lo más notable del robo consistía en que, por vez primera, había aparecido alguien que pretendía ser el Rana en persona. Jamás había dado el Rana pruebas tangibles de su existencia. Conocía la organización lo bastante bien para saber que ninguno de los fieles esclavos del Rana habría osado usar su nombre. ¿Y por qué consideró que Johnson era digno de su atención personal?

—No —dijo Johnson en respuesta a su pregunta—, no hay aquí documentos del más mínimo valor. Acostumbraba a traerme a casa bastante trabajo de la oficina; a decir verdad, con mucha frecuencia he trabajado hasta altas horas de la noche. Por ese motivo, mi despido es una ingratitud escandalosa.

—¿No ha tenido nunca algunos documentos particulares de Maitland que tal vez olvidara devolver? —preguntó Elk pensativo; y los ojos brillantes y pronta sonrisa de Johnson dieron la respuesta.

—Es una manera elegante de formular la pregunta —dijo—. No, no tengo ningún documento de Maitland. Si usted gusta, puede examinar el contenido de todos mis cajones, armarios y alacenas y maletas; pero puedo asegurarle que soy un hombre muy metódico; conozco papel por papel, todos los que tengo en mi poder.

Camino de su casa, Elk estudió el caso de esta sorprendente aparición. A decir verdad, le alegraba mucho de tener entre sus manos algún problema adicional para distraer su mente de la muy desagradable entrevista que le aguardaba al día siguiente. El capitán Gordon asumiría toda la responsabilidad y probablemente los jefes le eximirían de toda culpa; pero para el detective, «los de arriba» eran casi tan formidables como el Rana mismo.

CAPÍTULO XXII

LA COMISIÓN INVESTIGADORA

Tenía el propósito de hacer una visita a primeras horas de la mañana, a King's Cross para examinar el contenido del saco de mano; pero se despertó con la cabeza llena de temores de la Comisión investigadora, con exclusión de todo otro asunto. Y aunque anotó muy cuidadosamente en su libro de informes el conato de robo de la casa de Johnson, y guardó en la caja de caudales el recibo de la consigna, estaba demasiado preocupado para realizar investigación alguna.

Llegó Ricardo para comparecer ante la Comisión y su ayudante le dio un breve bosquejo del intento de robo en Fitzroy Square.

—Déjeme ver ese recibo —dijo.

Elk abrió la caja y sacó el papelito verde.

—El recibo ha estado fijado a algo —dijo Ricardo, llevando el papel a la ventana—. Tiene la señal de un sujeta papeles y la señal es reciente. Esto puede facilitar alguna información —dijo devolviéndolo.

—Es muy poco probable —dijo Elk, desanimado, cerrando la caja de caudales—. Esa gente de arriba nos va a echar una reprimenda del infierno.

—No se preocupe —contestó Ricardo—. Escuche lo que le digo: Nuestros amigos de arriba están tan contentos de recuperar el Tratado, que no se preocuparán mucho de la fuga de Hang.

Era una profecía sorprendente, que se cumplió exactamente. Elk se quedó gratamente sorprendido cuando fue llamado a presencia de los grandes, todos los jefes estaban sentados en torno a la verde mesa del tribunal y descubrió que la actitud de sus superiores era más bien de interés benévolo que de desaprobación.

—Con una organización de ese carácter es natural que sucedan acontecimientos muy inesperados —dijo el Director general—. En circunstancias ordinarias, la fuga de Hang sería un hecho que merecería una grave sanción contra los responsables pero, realmente, no puedo en este caso personalizar la culpa. Balder parece haberse conducido con perfecta corrección; apruebo por completo que usted le encerrase en la celda con Hang; y no sé qué puedo hacer con el carcelero. La verdad es que los Ranas son inmensamente poderosos, más poderosos que los agentes de un gobierno enemigo, porque trabajan con confidentes en nuestro propio cuerpo y además son, desde luego, gente de nuestro propio país. ¿Cree usted posible, capitán Gordon, acabar con los Ranas? Conozco que será una labor tremenda. ¿Vale la pena?

Ricardo meneó la cabeza.

—No, señor —replicó—. Son demasiado numerosos y los hombres verdaderamente peligrosos, serán difíciles de identificar. Ha llegado a nuestro conocimiento que los jefes de esta organización —a lo menos, algunos de ellos— no están marcados.

No todos los miembros de la Comisión investigadora se sentían tan benévolos como el Director general.

—El caso es —dijo un jefe de cabellos blancos—, que en el espacio de una semana han matado dos presos ante los ojos de la policía; y uno que casi ha salido paseando de la celda en que lo vigilaba un funcionario de policía, sin que haya sido detenido ni haya pista del método que emplearon los Ranas. —Movió la cabeza—. Eso es terrible, capitán Gordon.

—Tal vez querría usted encargarse de la investigación, señor —dijo Ricardo—. Éste no es el tipo de crimen vulgar, de raterías insignificantes; y me parece recordar haber tratado un caso suyo

cuando yo estaba en la Fiscalía, que presentaba características menos complicadas, en que usted no tuvo más éxito del que yo y mis subordinados hemos tenido con los Ranas. Debe concederme la mayor libertad de acción y tener más paciencia de lo común. Conozco al Rana —dijo sencillamente.

Durante un rato, no comprendieron lo que había dicho.

—¿Usted le conoce? —preguntó incrédulo el Director general.

Ricardo movió la cabeza afirmativamente.

—Si yo les dijera quién es —dijo— probablemente se reirían ustedes de mí. Y, evidentemente, aunque me es del todo posible conseguir detenerlo esta misma mañana, no es cosa fácil presentar pruebas abrumadoras que le condenen. Tienen que darme tiempo para conseguirlo.

—¿Pero cómo lo descubrió, capitán Gordon? —preguntó el Director; y Elk, que había escuchado estupefacto la afirmación de su superior, esperaba la respuesta ansiosamente, sin respirar.

—Lo vi claro —dijo Ricardo, hablando pausada y deliberadamente —, cuando supe, por mediación del señor Johnson, que en algún sitio de la casa del viejo había oculto un niño misterioso. —Sonrió al mirar las caras atónitas de la Comisión—. Me temo que eso no resulta muy convincente —dijo—, pero, no obstante, sabrán ustedes a su debido tiempo por qué, cuando lo descubrí, estaba muy convencido de que podría detener al Rana cuando yo quisiese. Huelga decir que como conozco, o como estoy convencido de que conozco, la identidad de dicho individuo, los acontecimientos tomarán, de ahora en adelante, un curso más interesante y más satisfactorio. No pretendo poder explicar cómo logró Hang fugarse. Tengo una sospecha, no es más que una sospecha, pero ese acontecimiento es soluble si mi otra, hipótesis es acertada, como estoy seguro de que lo es.

Hasta que la reunión no hubo terminado, y los dos estuvieron de nuevo en la oficina de Elk, éste no habló palabra; luego, cerrando la puerta con cuidado, dijo:

—Si eso es una mentira, capitán Gordon, fue la más brillante mentira que jamás he oído; y tengo la idea de que no lo fue.

—No fue «bluff» —dijo Ricardo pausadamente—. Le repito a usted que estoy convencido de que conozco al Rana.

—¿Quién es?

Ricardo meneó la cabeza.

—No es éste el momento oportuno de decírselo. No serviría para ningún fin útil, ni siquiera a usted. ¿Y qué hay del recibo de la consigna?

No pudo Ricardo acompañarle a King's Gross, pues tenía trabajo en la oficina, y fue Elk sólo a la estación. Exhibiendo el recibo, pagó el precio del período adicional de almacenaje y recibió del empleado una maleta de cuero de color marrón, cerrada con llave.

—Ahora, hijo mío, —dijo Elk, descubriendo su identidad—, ¿tal vez me dirá usted si recuerda quién trajo la maleta?

El empleado sonrió.

—No tengo tanta memoria —dijo.

—Lo siento por usted —dijo Elk—, pero posiblemente si concentra su mente, podría recordar algo.

El empleado volvió las páginas del libro para asegurarse.

—Sí, yo estuve de servicio aquel día.

—¿A qué hora lo depositaron?

El empleado volvió a examinar el talón.

—A eso de las once de la mañana —observó—. Movió la cabeza. —No puedo recordar quién lo trajo. Depositaron tanto equipaje a esa hora de la mañana, que me es casi imposible recordar persona alguna. Sé una cosa y es que el individuo no tenía nada peculiar o lo recordaría.

—Usted quiere decir que la persona que depositó esto era muy vulgar. ¿Era un americano?

De nuevo el empleado pensó.

—No, no creo que fuese un americano, señor —dijo—. Lo habría recordado. No creo que haya pasado un americano por aquí hace semanas.

Elk llevó la maleta a la oficina del inspector de policía de la estación y con la ayuda de su llave la abrió. El contenido era

extraordinario. Un traje, una camisa, cuello y corbata, un equipo nuevo de afeitar, un frasco de Annatto, un colorante que usan las lecherías, un pasaporte extendido a nombre de «Juan Enrique Smith», pero sin fotografía, una Browning cargada, un sobre con 5000 francos y cinco billetes de cien dólares.

Elk examinó los artículos extendidos sobre la mesa del inspector.

—¿Qué piensa usted de eso? —preguntóle.

El inspector ferroviario movió la cabeza.

—Es un equipo completo.

—¿Un equipo para una fuga? Eso mismo pienso yo —dijo Elk—, y apostaría a que hay una de estas maletas depositadas en todas las estaciones de fin de línea de Londres.

Las ropas no tenían marcas, la pistola Browning era de fabricación belga, el pasaporte podría ser o no falsificado. (Una consulta posterior hecha al Ministerio de Estado reveló que el pasaporte no se había librado oficialmente).

Elk guardó el equipo en la maleta.

—Me lo llevaré a Scotland Yard. Tal vez vengan a reclamarlo; lo más probable es que no sea así.

Salió de la oficina del inspector a la buena de Dios, indeciso acerca de lo que sería mejor hacer. ¿Debería dejar la maleta en consigna y poner un hombre a vigilar?… Sería algo fútil, pues nadie podía recogerlo sin el recibo y era tonto emplear un buen detective para nada. Decidió, al fin, llevarse la maleta a Scotland, Yard y entregarla para que se efectuase una inspección más detenida.

Uno de los trenes del Norte acababa de entrar en la estación, con dos horas de retraso, debido a una avería en la línea. Estaba Elk mirando indiferente el río de pasajeros que atravesaba la barrera, cuando vio un rostro familiar.

Distraído como estaba, la familiaridad no le llamó la atención hasta que el hombre, a quien había reconocido, desapareció de la vista. Era Juan Bennett; una figura furtiva y presurosa, con la maleta abollada en la mano, y un sombrero negro de fieltro, echado sobre los ojos.

Elk fue a la barrera donde había un empleado.

—¿De dónde viene este tren?

—De Aberdeen, señor.

—¿Cuál fue la última parada?

—Doncaster —contestó el empleado.

Mientras hablaba, vio Elk que Bennett volvía. Al parecer había olvidado algo, pues tenía un ceño de malhumor en el rostro. Se abrió paso a través del río de gente que salía de las barreras. ¿Cuál sería la causa de su regreso? No tuvo que esperar mucho para saberlo.

Cuando Bennett volvió a aparecer, llevaba una caja oscura pesada, atada con una correa. Elk reconoció el aparato de películas con que este hombre extraño satisfacía su afición que, a la vez, le ayudaba como medio de vida.

—¡Qué pájaro más extraño!, —se dijo Elk, y llamando un coche, llevó el hallazgo a Jefatura.

Puso la maleta en la caja de caudales y mandó llamar a dos de sus mejores subordinados.

—Quiero que se registren las consignas de todas las estaciones de término de Londres y busquen maletas de esta clase —dijo exhibiendo la maleta—. Probablemente ha estado allí semanas. Hagan las preguntas usuales respecto a la persona que las depositó, seleccionen todas las maletas probables y, para estar más seguros, háganlas abrir en el acto. Sí contienen un equipo completo de afeitar, un revólver, un pasaporte y dinero, tráiganlas a Scotland Yard y guárdenlas hasta que yo venga.

Gordon, a quien vio después, estuvo conforme con la explicación de la presencia de este interesante hallazgo.

—A cualquier hora del día o de la noche, está listo para huir a sitio seguro —dijo Elk con admiración—; y en cualquier estación de término hallaremos dinero, un traje para cambiarse y el pasaporte necesario para llevarle al extranjero, Annatto para colorearse la cara y las manos; supongo que la fotografía la lleva consigo, y, a propósito, vi a Juan Bennett.

—¿En la estación? —preguntó Ricardo.

Elk hizo un gesto afirmativo.

—Regresaba del Norte, de una de esas cinco ciudades, de Aberdeen, Arbrohat, Edimburgh, York o Doncaster. No me vio y no quise pararlo. Capitán, ¿qué piensa usted de Bennett?

Ricardo no contestó.

—¿Es un Rana? —interpeló Elk, y Ricardo Gordon se echó a reír.

—No va usted a descubrir mi Rana por un proceso de Eliminación, Elk, y puede ahorrarse muchos quebraderos de cabeza si desecha esa idea de que interrogándome obtendrá buenos resultados.

—Nunca pensé en nada tan tonto —dijo Elk—. Juan Bennett me tiene muy intrigado. Si él fuese el Rana, no podría haber estado en el saloncito de Johnson anoche.

—No, a menos que fuera en auto a Doncaster para recoger un tren de coartada —dijo Ricardo; y luego—: ¿Llamará la policía de Doncaster a Jefatura o se encargará del caso su propio departamento?

—¿Acerca de qué? —preguntó Elk sorprendido.

—Mabberley Hall, que está en las afueras de Doncaster, fue robado anoche —dijo Ricardo— y robaron el collar de diamantes de *Lady* Sitz Herman. Esto apoya su hipótesis, ¿no es verdad, Elk?

Elk no habló, pero deseaba fervientemente tener alguna excusa para registrar la maleta de Juan Bennett.

CAPÍTULO XXIII

UN ENCUENTRO

El club Heron había estado cerrado temporalmente por órdenes de la policía; ahora se le permitía abrir las puertas de nuevo. Raimundo comía invariablemente en el club, a menos que comiese con Lola, que prefería una atmósfera más alegre que la que presentaba el club a mediodía.

Sólo había unas cuantas mesas ocupadas cuando llegó. El estigma del registro policíaco pesaba aún sobre el Club y los clientes, más prudentes no lo frecuentaban todavía. Era bastante conocido que algo le había ocurrido a Hang, el gerente, pues no había aparecido desde la noche del registro. Corrían rumores no confirmados de su detención. Raimundo no se había molestado en preguntar si había carta cuando pasó por el vestíbulo, porque recibía muy poca correspondencia en el club. Sorprendiose, por lo tanto, cuando el camarero, que había tomado la orden, volvió acompañado de un dependiente que llevaba en la mano dos cartas; una cuidadosamente sellada y pesada y la otra, más pequeña.

Abrió el sobre mayor, primero, y estaba metiendo los dedos para extraer el contenido, cuando comprendió que el sobre no tenía más que dinero. No quiso sacar el contenido, ni siquiera ante la concurrencia limitada; miró y vio con alegría la cantidad y valor de los billetes. No había mensaje alguno; la otra carta estaba dirigida con la

misma, escritura. La abrió. Carecía de fecha y dirección y el mensaje escrito a máquina decía:

> «El viernes por la mañana, se pondrá usted un traje que se le enviará y se dirigirá a Nottingham por carretera. Tomará el nombre de Jim Carter y los documentos de identidad bajo este nombre los hallará en los bolsillos de la ropa que recibirá mañana por mensajero especial. Desde ahora en adelante, no aparecerá usted en público, no se afeitará, no recibirá ni hará visitas. Su negocio en Nottingham, se le comunicará. Recuerde que ha de andar por carretera, durmiendo en esos alojamientos, asilos o refugios del Ejército de Salvación, que suelen usar los vagabundos. En Barnet, en la carretera del Norte, cerca de la novena piedra miliar, encontrará a otro hombre que usted conoce y le acompañará durante el resto del viaje. En Nottingham recibirá usted nuevas órdenes. Es muy probable que no sea usted necesario, y, ciertamente, el trabajo que se le indicará que haga no le comprometerá de ninguna manera. Recuerde que se llama usted Carter. Recuerde que no debe afeitarse. Recuerde también la novena piedra miliar el viernes por la mañana. Cuando tenga esto en la memoria, lleve esta carta, su sobre, y el sobre que contiene el dinero, a la chimenea y quémelos. Le veré a usted».

La carta la firmaba «Rana».

Así, había llegado la hora en que los Ranas le necesitaban. Había temido ese día, y, sin embargo, en cierto sentido, lo había deseado como quien desea conocer lo peor.

Cumplió fielmente las instrucciones, y, ante la mirada curiosa de los concurrentes, llevó la carta y los sobres a la chimenea apagada,

encendió un fósforo y los quemó, poniendo luego el pie sobre las cenizas.

Latíale él pulso más aceleradamente y el latido del corazón era más pronunciado, cuando volvió a su almuerzo.

De modo que el Rana le vería; ¡estaba allí! Miró en torno a las pocas mesas ocupadas y al poco encontró la mirada de un hombre cuyos ojos habían estado fijos sobre él desde que se hubo sentado. El rostro le era familiar, y, no obstante, extrañado, llamó con una seña al camarero.

—No mire usted en seguida —dijo en voz baja—, pero dígame quién es aquel caballero sentado en el segundo rincón.

El camarero miró descuidadamente en torno.

—Ése es el señor Josué Broad, señor —dijo.

Casi al mismo tiempo que el camarero habló, Josué Broad se levantó de su asiento y cruzó la sala dirigiéndose adonde Raimundo estaba sentado.

—Buenos días, señor Bennett. No creo que nos hemos conocido antes, aunque somos miembros de Heron y le he visto aquí muchísimas veces. Me llamo Broad.

—¿Quiere hacer el favor de sentarse? —Raimundo tenía cierta dificultad para dominar su voz—. Me alegro mucho conocerlo, señor Broad. ¿Ha terminado su almuerzo? Si no, tal vez lo tomara conmigo.

—No —dijo—. Ya he terminado mi comida. Como muy poco. Pero si no le molesta, fumaré un cigarrillo.

Raimundo le ofreció su pitillera.

—Soy vecino de una amiga suya —dijo Broad, tomando un cigarrillo. La señorita Lola Bassano. Tiene un departamento frente al mío, en Caverley House; me parece que es allí donde he visto a usted con más frecuencia.

Ahora lo recordaba bien. Éste era el americano extraño que vivía frente a Lola, de quien Lola y Luis Brady hacían tantas conjeturas.

—Y creo que tenemos un amigo común en… el capitán Gordon —añadió el otro, con los ojos penetrantes fijos en el muchacho.

—El capitán Gordon no es amigo mío —dijo Raimundo vivamente —. No estoy muy particularmente interesado en buscar en la policía mis amigos.

—Pueden ser muy interesantes —dijo Broad—, pero comprendo muy bien su opinión sobre esta materia. ¿Hace mucho tiempo que conoce a Brady?

—¿A Luis? No, no mucho. Es muy simpático —dijo Raimundo poco entusiasmado—. No es precisamente la clase de amigos que yo habría escogido, pero es íntimo amigo de una amiga mía.

—De la señorita Bassano —dijo Broad—. ¿Usted estaba en la casa Maitland?

—Estuve allí hace tiempo —dijo Raimundo con indiferencia.

—Bicho raro, ese viejo Maitland.

—Sé muy poco de él —repuso Raimundo.

—Un individuo muy extraño. Pero tiene un secretario muy listo.

—¿Habla de Johnson? —Raimundo sonrió—. ¡Pobre viejo filósofo, ha perdido el empleo!

—¿Es posible? ¿Cuándo ocurrió eso? —La voz del señor Broad era apremiante, ansiosa.

—El otro día; no sé cuándo. Encontré a Johnson esta mañana y me lo dijo. No sé cómo se las arreglará el viejo sin Filo.

—Lo mismo estaba pensando yo —dijo Broad suavemente—. Me ha sorprendido. Dudo que tenga el valor, aunque me parece que no carece de esa cualidad.

—¿El valor? —dijo el perplejo Raimundo—. No creo que se necesite mucho valor para despedir a su secretario.

Una fugaz sonrisa jugueteó por el rostro duro del americano.

—Quiero decir que se requiere valor en un hombre del carácter de Maitland para despedir a un empleado que debe compartir una buena parte de sus secretos. Aunque no me imagino hubiera grandes secretos entre los dos. ¿Qué hace Johnson?

—Creo que está buscando un empleo —dijo Raimundo.

Empezaban a irritarle las preguntas del americano. Tenía la sensación de que le estaba sonsacando. Tal vez el señor Broad notó

esta sospecha, pues dejó de preguntar y desvió la conversación al registro de la policía, fuente fecunda de discusión entre los miembros del club.

Raimundo se quedó mirándole cuando el americano salió poco después. Estaba intrigado. ¿Por qué tenía tanto interés en conocer todas estas cosas? ¿Estaba probándole?

Se alegraba de hallarse solo para considerar esta extraordinaria comisión que le habían designado. La aventura, el disfraz, todo ello era particularmente atractivo para un joven romántico; y Raimundo Bennett no carecía de romanticismo. Había cierta deliciosa sugerencia de peligro en esas instrucciones. Cuál sería el final de la aventura, no se molestó en pensar. Bueno fue para su paz de espíritu, que no era vidente; pues, de haberlo sido, hubiera huido en aquel momento, en busca de algún lugar desolado, de algún hoyo en la tierra donde meterse y temblar y ocultarse.

CAPÍTULO XXIV

POR QUÉ FUE MAITLAND

Elisa Bennett estaba guisando la cena cuando llegó su padre, dejando su pesado aparato fotográfico en el suelo de la sala, pero llevando, como de costumbre, su maletín al dormitorio. Oyó el cerrar de la alacena y el chirrido de la cerradura; hacía tiempo que dejó de preguntarse por qué guardaba el maletín siempre encerrado con llave en aquel armario. Tenía cara de muy cansado y viejo; líneas más hondas bajo los ojos y la palidez de las mejillas más pronunciada aún.

—¿Te divertiste mucho, papá? —preguntó ella. Era la pregunta invariable e invariablemente Juan Bennett no daba otra respuesta que un movimiento afirmativo de cabeza.

—Casi perdí mi aparato fotográfico esta mañana; me lo había olvidado —dijo—. Fue una suerte… el llevarme el aparato… pero me tengo que acostumbrar a recordar que lo llevo. Encontré un trozo de campo lleno de aves silvestres y saqué unas cuantas películas realmente buenas. Aquí, por los alrededores de Horsham, las posibilidades son muy limitadas y me parece que me llevaré la máquina donde quiera que vaya.

Se sentó en un viejo sillón junto a la chimenea, llenando la pipa lentamente.

—Vi a Elk en el andén de King’s Cross —dijo—. Supongo que estaría buscando a alguien.

—¿A qué hora partiste de donde estabas? —preguntó ella.

—Anoche —contestó él brevemente; pero no dio más información acerca de sus movimientos.

Entraba y salía ella de la habitación, preparando la mesa, y no habló del asunto que pesaba sobre su corazón, hasta que su padre acercó su silla; y entonces dijo ella:

—He recibido una carta de Raimundo esta mañana, papá. —Era la primera vez que había mencionado el nombre del muchacho desde aquella noche de horribles recuerdos del club Heron.

—¿Sí? —contestó él, sin levantar la vista del plato.

—Quiere saber si recibiste su carta.

—Sí, recibí su carta —dijo Juan Bennett—, pero no le contesté. Si Raimundo quiere verme, sabe dónde estoy. ¿Has tenido noticias de alguien más? —preguntó él con sorprendente calma.

Elisa había temido lo que podría ocurrir al mencionar el nombre de Raimundo.

—He tenido noticias del señor Johnson. Ya no trabaja en la casa Maitland.

Bennett acabó de beber el agua y puso el vaso en la mesa antes de contestar.

—Y tenía un buen empleo. Lo siento. Supongo que no se lleva bien con el viejo.

¿Se lo diría ella? No lo sabía. Había estado meditando sobre la conveniencia de comunicárselo a su padre desde que…

—Papá, he visto al señor Maitland.

—Ya lo sé. Le viste en su despacho; me lo dijiste.

—Lo he visto desde entonces. ¿Recuerdas la mañana que yo salí, que el capitán Gordon vino… la mañana que fui al bosque? Fui a ver al señor Maitland.

Dejó él el cuchillo y el tenedor sobre la mesa y se quedó mirándola, incrédulo.

—¿Pero por qué motivo le viste a aquella hora de la mañana? ¿Te había citado para verle?

Elisa meneó la cabeza.

—No tenía la menor idea de que iba a verle —dije—; pero aquella noche me despertó alguien que tiró una piedra a la ventana. Creí que era Raimundo que volvía a casa tarde. Era su costumbre; nunca te lo dije, pero a veces llegaba muy tarde y solía despertarme de esa manera. Estaba amaneciendo, y al asomarme vi con asombro al señor Maitland. Me rogó que bajase, con ese modo extraño y brusco suyo, y, pensando que tendría algo que ver con Raimundo, me vestí y salí al jardín, sin atreverme a despertarte. Caminamos por la carretera hasta donde estaba su coche. Fue la entrevista más extraña que puede imaginarse porque… no dijo nada.

—¿Nada?

—Bueno, me preguntó si yo sería su amiga. ¡Si hubiera sido otro que el señor Maitland, me hubiese asustado! Pero estaba tan patético, tan viejo, tan suplicante. No hacía más que repetir: «voy a decirle una cosa, señorita», pero cada vez que hablaba miraba en derredor con un aire de espanto. «Vamos a donde no puedan vernos» —me dijo y me suplicó que subiera al coche. Naturalmente, me negué, hasta que descubrí que el chófer era una mujer, una mujer viejísima, su hermana. Fue una experiencia muy extraordinaria. Creo que debe tener cerca de setenta años, pero durante la guerra aprendió a guiar y, por lo visto, usaba uno de esos abrigos de chófer; no podrías imaginarte una visión más grotesca. Una vez sabido que era una mujer, subí al coche y fuimos hasta el bosque; y luego le pregunté; «¿Es algo de Raimundo?» pero no era de Raimundo de lo que quería hablar.

»Se conducía de modo tan extraño, tan incoherente, que me puse nerviosa. Y cuando había empezado a serenarse y había dicho alguna frase coherente, llegasteis en el coche del señor Elk. ¡Estaba aterrado y temblaba de pies a cabeza! Me suplicó que me marchase y casi se arrodilló para implorarme que no dijese que le había visto.

—¡Uf! —Juan Bennett echó atrás su silla—. ¿Y no te enteraste de nada?

Ella movió la cabeza.

—Anoche volvió —dijo—, esta vez no salí y él se negó a entrar. Me da la impresión de un hombre que teme que lo cojan en un lazo.

—¿Te dio alguna idea de lo que quería decir?

—No, pero me parece que era algo de vital importancia para él. No pude comprender la mitad de lo que dijo. Hablaba con fuertes cuchicheos, con voz ronca, y ya te he dicho lo áspera que tiene la voz.

Bennett volvió a encender la pipa y estuvo un rato sentado con los ojos bajos, revolviendo en su mente esta historial.

—La próxima vez que venga, será mejor que me dejes que yo le vea —dijo.

—No soy de tu parecer, papaíto —contestó ella quedamente—. Si tiene algo muy importante que decir, creo que yo debiera saber lo que es. Tengo la creencia de que está pidiendo ayuda.

Juan Bennett alzó la vista.

—¿Un millonario pidiendo ayuda? Elisa, eso me parece extraño.

—Y es extraño —insistió ella—. No parecía tan terrible como la primera vez que le vi. Había un algo trágico en él, alguna cosa muy triste. Vendrá esta noche y he prometido verle. ¿Me lo permites?

Su padre reflexionó.

—Sí, puedes verle, con tal que no salgas de este jardín. Te prometo que no me presentaré, estaré cerca, a la mano. ¿Crees tú que se trata de Raimundo, que Raimundo ha cometido algún acto de locura y que quiere comunicártelo? —preguntó con una nota de ansiedad.

—No lo creo, papaíto. Maitland se mostró indiferente respecto a Raimundo. He estado dudando de si debiera decírselo a alguien.

—Al capitán Gordon o al señor Elk —sugirió su padre con sequedad, y la muchacha se puso colorada—. ¿Te gusta ese joven, Elisa? No, no me refiero a Elk, que es todo menos joven; hablo de Ricardo Gordon.

—Sí —contestó ella tras una pausa—. Me gusta, muchísimo.

—Espero que no llegará a gustarte demasiado, querida —dijo Juan Bennett; y se contemplaron mutuamente.

—¿Por qué no, papaíto? —Casi le dolía preguntarlo.

—Porque. —Juan Bennett parecía no saber cómo continuar—; porque no es deseable. Tiene una posición distinta a la nuestra; y no es ésa la única razón. No quiero que un día se te parta el corazón, y digo esto, sabiendo que, si esa pena en el corazón llega, yo seré la causa.

Vio que la cara de la muchacha cambiaba de color y luego:

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella.

—Haz lo que quieras, Elisa —dijo él con dulzura—. Hay una maldición sobre mí y tienes que sufrir por mi pecado. Tal vez no lo sabrá él nunca; pero estoy cansado de esperar milagros.

—Papá, ¿qué quieres decir? —preguntó ella con ansiedad.

—No sé lo que quiero decir —dijo, al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro—. Las cosas pueden terminar tan bien como en los cuentos. Quizás… —Pensó un rato—. Esas películas que tomé ayer pueden ser mi solución, Elisa. Pero he pensado lo mismo de tantas cosas… Siempre parece presentarse una posibilidad y siempre sufro decepciones. Pero estoy adquiriendo el arte de tomar películas. El aparato funciona espléndidamente y el hombre que las compra tiene una tienda en Wardour Street —me dijo que la calidad de las películas mejora a cada «disparo». Tomé un pato, una madre, en el nido cuando los polluelos salían del huevo. No estoy muy seguro como resultará, porque tuve que estar a alguna distancia del nido. Aun así, casi espanté a la pobre pata cuando coloque el aparato.

Muy sabiamente, no continuó Elisa el tema que a ella le era doloroso.

Aquella tarde vio Elisa a un desconocido parado en la carretera, frente a la verja, mirando hacia la casa. Era un caballero bien vestido y estaba fumando un cigarro. Pensó, por sus gafas de concha, que sería un americano y al hablarle a ella, su acento no dejaba duda. Vino en dirección a la verja, con el sombrero en la mano.

—¿No me equivoco al creer que hablo a la señorita Bennett? —preguntó, y cuando ella hizo un movimiento afirmativo—: Me llamo

Broad. Estaba echando un vistazo por los alrededores y me pareció recordar que ustedes vivían por aquí. A decir verdad, me parece que me lo dijo su hermano hoy.

—¿Es usted un amigo de Raimundo? —preguntó ella.

—No —negó Broad con una sonrisa—. No puedo decir que sea amigo del señor Bennett; soy un conocido del club.

No intentó acercarse a ella y, por lo visto, no esperaba que lo invitasen a entrar por el hecho de su amistad con Raimundo Bennett. Al poco rato, tras un comentario vulgar acerca del tiempo, había cogido perfectamente la costumbre inglesa, se alejó; y desde la verja le vio avanzar hacia la carretera del bosque. Aquel largo callejón sin salida era un lugar favorito, para dejar los coches de los motoristas que venían a los alrededores; y no quedó sorprendida cuando, unos minutos después, vio salir un coche. El señor Broad levantó el sombrero al pasar y saludó con la mano a alguien invisible para ella. Picada su curiosidad, abrió la verja y salió a la carretera. Un poco más abajo, estaba sentado un hombre en un tronco de árbol, leyendo un periódico y fumando una pipa de gran tamaño. Una hora más tarde, cuando volvió a salir, aún estaba allí, pero, esta vez, de pie: un hombre alto, de aspecto marcial, que volvió la cabeza cuando ella miró en su dirección. Un detective, pensó, espantada.

Su instinto no se equivocaba: de ello estaba segura. Por algún motivo, Villa Maytree estaba bajo observación. Al principio se asustó; luego, se indignó. Casi le daban ganas de ir al pueblo y telefonear a Elk, para pedirle una explicación. Por alguna causa, no se le ocurrió indignarse con Ricardo, aunque era él exclusivamente responsable de colocar los hombres que la estaban guardando día y noche.

Se acostó temprano poniendo el despertador a las tres. Despertose antes que la campana la llamase y vistiéndose rápidamente, bajó a hacer café. Al pasar frente a la puerta de su padre, éste le dijo:

—Estoy levantado, si me necesitas. Elisa.

—Gracias, papaíto —contestó ella agradecida. Se alegraba de saber que estaba cerca de ella; le daba una sensación de confianza

que jamás antes había sentido en su presencia.

La primera luz brillaba en el cielo cuando vio la silueta del señor Maitland en la luz del alba, y oyó el suave ruido del pestillo al abrir él la verja del jardín. No había oído ni visto el coche. Esta vez Maitland se apeó a alguna distancia antes de llegar a la casa.

Estaba, como de costumbre, nervioso y, de momento, mudo. Llevaba abrochado hasta el cuello un abrigo pesado, que había visto sus mejores días; y una gorra le cubría la calva cabeza.

—¿Es usted, señorita? —preguntó con un sordo susurro.

—Sí, señor Maitland.

—¿Viene a dar un paseíto?… Tengo algo que decirle… Muy importante, señorita.

—Pasearemos por el jardín —dijo ella a media voz.

Él objetó.

—¿Suponga que alguien nos ve, eh? Sería muy peligroso para mí. Subiremos un poco por la carretera, señorita —dijo suplicante—. Nadie nos oirá.

—Podemos ir al prado, detrás de la casa. Hay sillas allí.

—¿Están todos dormidos? ¿Todas sus criadas?

—No tenemos criadas —sonrió ella.

Maitland meneó la cabeza.

—No la censuro. Yo las odio. Tengo seis hombres de uniforme en mi casa. ¡Me asustan!

Le condujo a través del prado, llevando una almohada, y acomodándole en una silla, esperó.

—Es usted una muchacha, simpática —dijo Maitland con voz ronca—. Me lo pareció la primera vez que la vi… usted no haría mal a un pobre viejo… ¿no es verdad, señorita?

—Naturalmente que no, señor Maitland.

—Ya sabía que no. Se lo dije a Matilde, que; usted no me haría daño. Dice que usted es buena… ¿Ha estado alguna vez en el asilo, señorita?

—¿En el asilo? —dijo ella, sonriendo sin querer—. No, nunca he estado en un asilo.

Maitland miró temerosamente de un lado a otro, escudriñando un bosquecillo de arbustos que podrían ocultar a uno que estuviera escuchando.

—¿Ha estado alguna vez en «chirona»?

Elisa no conocía la palabra.

—Yo, sí —continuó él—. Chirona es la prisión, señorita. Naturalmente, usted no entiende estas palabras.

Volvió a mirar en derredor.

—Suponga que usted fuera yo… todo va a parar a esa cuestión… ¡Suponga que usted fuera yo!

—No le comprendo, señor Maitland.

Le vio cómo escudriñaba, asustado, el terreno y luego se inclinó hacia ella.

—Esos bandidos me pescarán —dijo lentamente—. Me pescarán a mí y a Matilde. Y he dejado todo mi dinero a cierta persona. Ésa es la broma. Eso es verdaderamente gracioso, señorita. —Soltó una risa ronca y silbante—. Y después lo pescarán a él.

Se dio unos golpes en la rodilla, presa de una convulsión de risa silenciosa, y la muchacha pensó sinceramente que el viejo estaba loco y se apartó de él.

—Pero tengo una gran idea; se me ocurrió cuando la vi. Es una de las ideas más grandes que he tenido jamás, señorita. ¿Es usted mecanógrafa?

—¿Mecanógrafa? —sonrió ella—. No; sé escribir a máquina pero no soy muy buena mecanógrafa.

La voz del viejo se hundió hasta ser casi ininteligible.

—Venga a mi oficina un día y gastaremos a alguien una broma. No creería usted que soy bromista, ¿eh? Ochenta y siete años, señorita. ¡Venga a mi oficina y la haré reír!

De repente se puso más serio.

—Me cogerán, lo sé. No se lo he dicho a Matilde, porque empezaría a chillar, pero yo lo sé. ¡Y el niño!

Esto pareció hacerle al viejo saturnino la mayor gracia posible. Se mecía de un lado a otro de risa, hasta que le dio un ataque de tos.

—Eso es todo, señorita. Venga a mi oficina. El viejo Johnson no está ya allí. Usted venga a verme. Nunca ha recibido una carta mía, ¿no es verdad? —preguntó de repente incorporándose.

—No, señor Maitland —dijo ella sorprendida.

—Le escribí una —dijo él—. Tal vez no la eché al correo. Tal vez lo pensé mejor. No lo sé.

Echo a andar y retrocedió al aparecer una figura delante de la casa.

—¿Quién es aquél? —preguntó, y ella sintió una mano que temblaba sobre su brazo.

—Es mi padre, señor Maitland —dijo—. Se habrá puesto nervioso, porque yo he salido.

—Su padre, ¿eh? —Estaba más aliviado que resentido—. El señor Juan Bennett, se llama. No le diga que he estado en el asilo —suplicó— o en presidio. Y he estado en la cárcel, señorita. He conocido a todos los grandes… a todos ellos. Y he conocido a algunos de ellos fuera, también. Apuesto a que soy el único hombre de este país que ha visto jamás a Saúl Morris, el más grande de todos los de la profesión. Sólo le vi una vez, pero no le olvidaré.

Juan Bennett les vio que se le dirigían y dudó si salir a su encuentro; temía disgustar a Elisa. Maitland le atajó:

—Buenos días, señor —dijo—. Acabo de hablar con su chica. Algo temprano, ¿eh? Espero que no lo tome a mal, señor Bennett.

—No lo tomo a mal —dijo Juan Bennett—. ¿Quiere usted pasar, señor Maitland?

—No, no, no —contestó el otro temeroso—. Tengo que marchar. Matilde me estará esperando. No lo olvide, señorita: venga a mi oficina y verá la broma.

No alargó la mano ni tampoco se quitó el sombrero. En realidad, sus modales eran deplorables. Un brusco movimiento de cabeza a la muchacha, y luego:

—Bueno, adiós, señor… —empezó a decir, y en aquel momento. Juan Bennett salió de la sombra que proyectaba la casa.

—Adiós, señor Maitland —dijo.

Maitland no habló. Tenía los ojos desencajados de terror y el rostro pálido como la muerte.



—¡Usted… usted! —gimió—. ¡Oh, Dios mío! Pareció tambalearse y la muchacha saltó para cogerlo, pero recuperó el equilibrio y, volviéndose, echó a correr por el sendero enladrillado con una

agilidad sorprendente en un hombre de su edad, abrió la verja de un tirón y huyó por la carretera. Oyeron los sollozos secos del viejo.

—Padre —cuchicheó la muchacha asustada—. ¿Te conocía? ¿Te reconoció?

—Eso mismo me pregunto —dijo Juan Bennett de Horsham.

CAPÍTULO XXV

CON REFERENCIA A SAUL MORRIS

Ricardo Gordon telefoneó a Jefatura y Elk se presentó inmediatamente.

—He descubierto seis maletas con el equipo para una fuga, y todas estaban equipadas exactamente como la que hallamos en King's Cross.

—¿No hay pista del caballero que las depositó?

—No, señor, ni la más mínima. Hemos examinado las huellas digitales con pocos resultados; como las han manipulado media docena de empleados, no creo que sacaremos gran cosa en claro. Sin embargo podemos intentarlo.

—Elk, daría unos cuantos años de mi vida por desentrañar este misterio del Rana. Tengo vigilada a Lola, aunque no creo que esté metida entre esa gente. No conozco a nadie que se parezca menos a un vagabundo que Lola Bassano. Luis ha desaparecido y cuando envié a un hombre esta mañana para averiguar lo que había ocurrido al joven deportista, el señor Raimundo Bennett no estaba visible. Rehusó ver al visitante alegando que estaba enfermo, y no sale de sus habitaciones en todo el día. Elk, ¿quién es el Rana?

Elk paseose arriba y abajo por la habitación, con las manos en los bolsillos y las gafas de armazón de acero resbalándole por la

larga nariz.

—Existen otras dos posibilidades —observó Elk—. Una es Harry Lyme, un ex presidiario que se supone pereció ahogado en el naufragio del «Channel Queen» hace algunos años. Le clasifiqué entre los posibles, porque todos los datos que poseemos de él indican que es un organizador brillante, un supercriminal, y uno de los dos hombres capaces de abrir la caja de caudales de Lord Farmley y forzar el cierre patentado de la ventana de Johnson. ¡Y créame, capitán Gordon, fue un artista el que robó a Johnson!

—¿Y el otro hombre? —preguntó Ricardo.

—También está cómodamente muerto —dijo Elk ceñudo—. Saúl Morris, el más hábil de todos ellos. Le da cien vueltas a Lyme. Y Morris es americano; y aunque soy tan patriota como cualquiera, me quito el sombrero ante los americanos, cuando se trata de forzar cajas de caudales.

»He examinado dos mil fichas de criminales conocidos y por eliminación he llegado a estos dos… ¡y los dos están muertos! Dicen que los muertos no dejan rastro, y si el Rana es Morris o Lyme, casi tienen razón. Lyme está muerto… ahogado. Morris murió en un accidente ferroviario en los Estados Unidos. La cuestión es a cuál de los fantasmas podemos culpar.

Ricardo Gordon abrió el cajón de su escritorio y sacó un sobre que llevaba el membrete de la Western Unión. Le echó sobre la mesa.

—¿Qué es esto, capitán Gordon?

—Una contestación a una pregunta. Mencionó usted a Saúl Morris y he consultado a Nueva York. Aquí está la respuesta.

El cablegrama era del jefe de policía de la ciudad de Nueva York.

> «Contestando su consulta. Saúl Morris vive y se cree que está en Inglaterra en este momento. No tiene ningún cargo pendiente aquí; se supone generalmente que es el hombre que saqueó la caja de caudales del vapor “Mantanía”, el 17 de febrero de 1898, en Southampton,

> Inglaterra, huyó con 55 000 000 de francos. Acuse recibo».

Elk leyó y releyó el cablegrama; luego lo dobló cuidadosamente, lo volvió a meter en el sobre y lo pasó por encima de la mesa.

—Saúl Morris está en Inglaterra —dijo maquinalmente—. Eso parece explicar muchas cosas.

En el registro que los detectives realizaron en las estaciones conteniendo todas ellas nueve maletas, con idénticos equipos: un traje de repuesto, una camisa limpia, dos cuellos, con corbata, una pistola Browning con cartuchos, un pasaporte falso sin fotografía, el frasco de Annatto y dinero. Sólo en un respecto eran diferentes las maletas. En Faddington, la policía había hallado una un poco mayor que las otras; las de idéntico modelo y tamaño. Ésta contenía el mismo equipo que las restantes, salvo que, además, había un grueso talonario de cheques, y cada cheque representaba una sucursal distinta de un banco diferente. Había cheques contra el Crédit Lyonnais, el City National Bank, de Nueva York, el Burrowstown Trust, el Banco de España, los Bancos de Italia y Rumanía, además de unas cincuenta sucursales de los cinco bancos principales de Inglaterra. Por lo ocupado que había estado, Elk no había tenido tiempo de efectuar una inspección muy minuciosa, pero por la mañana decidió investigar seriamente el caso de los cheques. Estaba convencido de que las pesquisas hechas en los bancos revelarían diferentes depositantes; pero los números podrían permitirle reducir el dueño a un hombre o grupo de hombres.

Cuando trajeron las maletas, fueron examinadas superficialmente y colocadas en la caja de caudales de Elk, y para ello, se sacó el contenido corriente de la Caja para colocarlo en otro sitio. A cada maleta se le puso un número y una etiqueta con el nombre de la estación de origen, el nombre del funcionario que la trajo, y detalles del contenido. Estos hechos son importantes, pues guardan relación con lo que sucedió posteriormente.

Elk llegó a la oficina poco después de las diez; y era la primera vez que había dormido toda una noche, durante varias semanas. Tenía, como ayudantes, a Balder y a un sargento-detective llamado Fayre, un joven que prometía, en quien Elk tenía absoluta confianza Ricardo Gordon llegó casi al mismo tiempo que el detective-jefe, y entraron juntos en el edificio.

—No hay ni sombra de probabilidad de que nos recompensen por la molestia que nos hemos tomado para averiguar la procedencia de estos cheques —dijo Elk—; y me inclino a poner más esperanza en la posibilidad de que las maletas faciliten algunos datos, que se nos escapasen en el primer examen. Todas estas maletas están forradas y existe la posibilidad de que tengan un doble fondo. Voy a cortarlas concienzudamente, y si queda algún secreto después que yo haya terminado, pueden los Ranas quedárselo.

Balder y el detective-sargento esperaban en la oficina; y Elk buscaba su llave El acto de sacarse del bolsillo la llave de la caja de caudales constituía invariablemente algo de rito en lo que a Elk concernía. Daba a Ricardo Gordon la impresión de que se estaba disponiendo a desnudarse, pues la llave reposaba en alguna región misteriosa que implicaba aflojarse la americana, el chaleco y meter la mano en un bolsillo misterioso. Al poco rato se terminó la ceremonia y Elk introdujo solemnemente la llave y abrió la puerta.

La caja de caudales estaba tan atiborrada de maletas, que empezaron a deslizarse, cuando, al abrir la puerta, desapareció la presión que las contenía. Una a una las fue sacando y Fayre las puso sobre la mesa.

—Examinaremos la de Paddington primero —dijo Elk, señalando la mayor—. Y tráigame aquel otro cuchillo.

Los dos, Ricardo y Elk, salieron al pasillo dejando a Fayre solo.

—¿Puede usted ver el fin de esto, capitán Gordon? —preguntó Elk.

—¿El fin de los Ranas? Sí, creo que sí. Casi diría que estoy seguro.

Habían llegado a la puerta de la oficina del dependiente y encontraron a Balder con un arma de aspecto mortífero en la mano.

—Aquí está… —empezó, y en el momento siguiente, Ricardo fue arrojado violentamente al suelo con Elk encima.


BOC
QUET

Oyose el agudo chasquido de cristales rotos, una presión de aire y, en medio de todo este desorden, el ensordecedor trueno de una explosión.

Elk, fue el primero en incorporarse y echó a correr hacia el cuarto. La puerta colgaba de las bisagras; Todos los cristales habían desaparecido, y con ellos los marcos. De su cuarto salía un humo denso, en el que se lanzó. Apenas había dado un paso, cuando tropezó con el postrado cuerpo de Fayre y, agachándose, medio lo levantó y medio lo arrastró al pasillo. Una mirada bastaba para indicar que, si el hombre no estaba muerto parecía haber pocas esperanzas de que sobreviviera Las alarmas de fuego sonaban por todo el edificio. Un rápido correr de pies en las escaleras y los bomberos entraron en el pasillo, arrastrando las mangueras.

Pronto se extinguió el incendio, pero la oficina de Elk estaba en ruinas. Hasta la puerta de la caja de caudales había volado y saltado de sus bisagras. No quedaba un solo mueble y en el suelo había un enorme agujero.

—Salvad esas maletas —ordenó Elk; volvió para ver al herido y, cuando vio llevarse a su ayudante en la ambulancia, contempló de nuevo las ruinas que la bomba había ocasionado.

—Sí, fue una bomba, señor —dijo Elk.

Un grupo de altos jefes estaba en el pasillo, contemplando el estrago.

—Y algo especialmente serio en cuestión de bombas. El milagro consiste en que el capitán Gordon y yo estuviésemos allí. Le dije a Fayre que abriese la maleta, pero creí que esperaría hasta que yo volviese con el cuchillo; teníamos intención de examinar los forros. Fayre debe haber examinado la maleta y entonces la bomba hizo explosión.

—¿Pero no se examinaron las maletas antes? —preguntó el director furiosísimo.

Elk movió la cabeza afirmativamente.

—Se examinaron ayer; yo mismo, todas ellas. La maleta de Paddington se vació; todos los artículos se colocaron en la mesa y

se catalogaron. Yo mismo los volví a colocar dentro. No había ninguna bomba.

—¿Pero cómo ha podido llegar a ella? —preguntó otro.

Elk sacudió la cabeza.

—No lo sé, señor. La única persona que tiene otra llave de esta caja de caudales es el ayudante del Director de mi departamento, el coronel McClintock que está de vacaciones. Nos podrían haber matado.

—¿Qué explosivo era?

—Dinamita —dijo Elk prontamente—. Estalló hacia abajo. —Señaló el agujero en el suelo—. La nitroglicerina hace explosión hacia arriba y lateralmente. No hay duda que es dinamita.

Al registrar la oficina halló un rollo retorcido de acero fino y la esfera ennegrecida y destrozada de un despertador barato.

—A la vez la hora y el contacto —dijo—. Estos Ranas van a lo seguro.

Mudó las cosas de su pertenencia que pudo hallar en la oficina de Balder.

Había pocas probabilidades de que este atentado no apareciese en los diarios. La explosión hizo saltar la ventana y una parte del enladrillado; y había atraído un gentío en el exterior, en el Embankment. En efecto, cuando Elk salió de Jefatura vio los carteles de los periódicos anunciando el suceso.

Su primera visita fue a un hospital cercano, a donde habían llevado al desgraciado Fayre; y las noticias que le dieron fueron alentadoras. Los médicos creían que, con un poco de suerte, no sólo salvarían la vida del hombre, sino que también se evitaría toda mutilación grave.

—Puede perder un dedo o dos y se ha escapado milagrosamente —dijo el cirujano—. No comprendo cómo no quedó hecho trozos.

—Lo que yo no puedo comprender —observó Elk enfáticamente —, es por qué no fui yo destrozado.

El cirujano asintió.

—Estos explosivos de alta potencia tienen cosas curiosas —dijo el cirujano—. Comprendo que la fuerza de la explosión hiciese saltar la puerta de la caja; y sin embargo, este papel, que también estaría dentro del radio, apenas está chamuscado.

Sacó un papel del bolsillo; los bordes estaban negros y una punta se había quemado.

—Lo encontré en sus ropas. Debe haber sido llevado por el aire allí, cuando la bomba estalló.

Elk leyó:

«Con saludos del número Siete».

Cuidadosamente, dobló el papel.

—Me lo llevaré —dijo, y lo guardó afectuosamente en el interior del estuche de las gafas—. ¿Cree usted en presagios, doctor?

—¿Se refiere usted a avisos premonitorios? —sonrió el cirujano —. Hasta cierto punto, sí.

Elk asintió.

—Tengo el presentimiento de que voy a encontrarme con el número Siete, y muy pronto —dijo.

CAPÍTULO XXVI

EL ASCENSO DE BALDER

Había transcurrido una semana y la explosión, ocurrida en Scotland Yard había pasado a la historia. El detective herido restableciose poco a poco y, en ciertos aspectos, la situación había quedado estacionada.

Elk aceptaba el fracaso, como algo inevitable y parecía, aún para su mayor admirador, estar hipnotizado hasta el punto de aceptar fatalmente la situación. Su actitud era engañadora. El sexto día después de la explosión. Jefatura hizo un registro en todas las consignas y de nuevo, como Elk esperaba, halló en cada una de las estaciones fin de línea, un maletín nuevo y flamante que contenía exactamente el mismo equipo que los anteriores, salvo qué el maletín de Faddington en nada se diferenciaba de los demás.

Los abrió un inspector de explosivos tras muchas precauciones y cuidadosas pruebas preliminares; nada mortífero contenían a excepción de las pistolas belgas y los mismos pasaportes, extendidos esta vez a nombre de «Clerence Fieldding».

—Hay que confesar que estos hombres no olvidan nada —dijo Elk, no sin cierta admiración contemplando lo recogido.

—¿Va usted a guardar los maletines en su despacho? —preguntó Ricardo.

—Me parece que no —repuso.

Había hecho vaciar los maletines inmediatamente y enviado su contenido al Departamento de Investigación. Los maletines en sí, se hallaban ahora sin cuero y sin los marcos de acero, porque se les había cortado, científicamente, pulgada a pulgada.

—Mi opinión particular —dijo Balder en tono de oráculo—, es que en Jefatura hay alguien que trabaja contra nosotros. Lo he estado pensando mucho tiempo y, después de consultar a mi mujer…

—No habrá usted consultado a sus hijos también, ¿verdad? —preguntó Elk con tono áspero—. Cuando menos hable usted de los asuntos de Jefatura en familia, mayores serán las probabilidades de que lo asciendan.

Balder dio un resoplido de desdén.

—No hay peligro de eso. De todas formas —dijo agriamente—, estoy en desgracia. ¡Y yo que esperaba que me ascendieran! Todo eso viene de haberme encerrado usted con Hang.

—Es usted un desgraciado —dijo Elk.

—¿Quién es ese Número Siete? —preguntó Balder—. Después de meditar sobre el asunto, y consultar con mi mujer, he llegado a la conclusión de que es uno de los Ranas más importantes y, si pudiéramos cogerle, andaríamos más cerca de atrapar al cabecilla.

Elk soltó la pluma —redactaba un informe en aquel momento— y dirigió a su subordinado una sonrisa paciente y burlona.

—Debería usted haberse metido en política —dijo, y le echó de la habitación con un movimiento de la pluma.

Había acabado su informe y lo leía con ojo crítico, cuando el teléfono de servicio anunció una visita.

—Que suba —ordenó Elk, cuando supo el nombre.

Hizo sonar el timbre para que se presentara Balder.

—Este informe ha de ir al capitán Gordon para que él le ponga el visto bueno —dijo, y al soltar el sobre, vio a Josué Broad en la puerta.

—Buenas días, señor Elk.

Saludó a Balder, aunque no le conocía, con un:

—Buenos días.

—Buenos días —contestó Elk—. Entre y siéntese, señor Broad. ¿A qué debo el honor de su visita? Perdone mi cortesía; pero, por la mañana temprano, siempre estoy así. Bueno. Balder, puede usted marcharse.

Broad ofreció su cigarrera al detective.

—Me trae un motivo extraño —manifestó.

—Nadie viene a Jefatura más que con motivos de esa clase.

—Está relacionado con un vecino mío.

—¿Lola Bassano?

—Su esposo —dijo Broad—. Luis Brady.

Elk se alzó las gafas.

—¿Pero está casada legalmente con Brady? —preguntó con sorpresa.

—No creo que quepa la menor duda; aunque estoy completamente seguro de que su amigo Bennett lo ignora. Brady lleva una semana en Caverley House y, durante todo ese tiempo, no ha salido de casa. Es más, el muchacho no ha aparecido por allí; no creo que se trate de una pelea; tengo la idea de que se trata de algo más importante que eso. Vi a Brady por casualidad al salir de casa. Dio la coincidencia que la puerta de Bassano también estuviese abierta; la doncella había abierto para coger la leche y le vi un momento. Tiene la barba más hermosa que jamás he visto en un boxeador retirado, y sus ambiciones no se cifran, generalmente, en el cabello. Eso me despertó la curiosidad —sacudió cuidadosamente la ceniza de su puro, dejándola caer en un cenicero que había sobre la mesa— y me pregunté si habría alguna relación entre ese repentino reto lanzado al barbero y los actos de Raimundo Bennett. Le hice una visita (me lo, encontré el otro día en el club) empleando como excusa el hecho de que yo también he logrado conocer a Elisa Bennett. Su criado (tiene ahora un hombre durante el día, encargado de cepillarle la ropa y arreglarle la casa) me dijo que no se hallaba bien y que no podía verle.

El señor Broad lanzó una bocanada de humo y la contempló pensativo.

—Si quiere usted que un criado le sea fiel, ha de vivir en casa —observó—. Estos externos nunca están tiempo suficiente con uno para hacerse de confianza. Me costó, al cambio actual, dos dólares y treinta y cinco centavos averiguar que el señor Raimundo Bennett también se había metido a restaurarse el pelo. Si hubiésemos estado en época de elecciones, estos dos hombres podrían haber sido unos políticos fanáticos que hubiesen jurado no afeitarse hasta que su partido fuera elegido. Y si Luis Brady fuera un verdadero deportista, hubiera podido creer que se dejaba la barba por una apuesta. Pero como ninguna de estas cosas es verdad, me siento bastante intrigado.

Elk llevó su cigarro de un extremo de la boca al otro.

—No conozco muy bien el Código —dijo—, pero no creo que haya una ley que prohíba al ciudadano el cultivo de excreciones capilares. La… ¿cómo se llama?… psi…

—Psicología —sugirió el señor Broad.

—Justo. La psicología de la barba es algo que nunca he comprendido. Usted es norteamericano, ¿verdad, señor Broad?

—Tengo ese honor —repuso Broad con aquella sonrisa que tan fácilmente le acudía a los ojos.

—¡Ah! —exclamó Elk, abstraído, mirando por la ventana—. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de un hombre llamado Saúl Morris?

Posó los ojos en el rostro del otro. El señor Josué Broad arrugaba la frente haciendo un esfuerzo para recordar.

—Me parece recordar ese nombre. Era un criminal de poca cosa, ¿no es eso? ¿Un criminal americano, si recuerdo bien? Me parece recordar que murió hace unos cuantos años.

Elk se rascó la barbilla, irritado.

—Me gustaría encontrar a alguien que hubiera estado en su funeral —dijo—; alguien a quien yo pudiera creer bajo juramento.

—No está usted insinuando que Luis Brady…

—No, no insinúo nada acerca de Luis Brady, excepto que es un boxeador muy mediocre. Echaré un vistazo a ese concurso de patillas, señor Broad. Y muchas gracias por comunicármelo.

No estaba muy interesado en la «toilette» excéntrica de Raimundo Bennett. A las cinco, entró Balder y le preguntó si podía marcharse a su casa.

—Prometí a mi mujer… —empezó.

—Guárdesela —interrumpió Elk.

Después de la partida de su subordinado, recibió Elk una carta oficial que, al leerla, le llenó de alegría. Era una carta del jefe del departamento que registraba la carrera oficial de los funcionarios de policía en Jefatura.

«Muy señor mío —decía—. Tengo instrucciones del Director general de policía, de informarle a usted que se ha aprobado el ascenso del policía J. J. Balder al rango de Sargento en activo. El nombramiento datará desde el primero de Mayo».

Elk dobló el papel; estaba sinceramente contento. Tocó el timbre llamando a Balder antes que recordase que había mandado a su ayudante a su casa. Tenía la noche libre y, por la bondad de su corazón, decidió transmitir las noticias personalmente.

—Me gustaría ver a su esposa —murmuró sin dirigirse a nadie— ¡y a los niños!

Consultó el registro oficial y halló que Balder vivía en Leaford Road, 93, Dobrodge. No estaban anotados los nombres de la esposa y niños; con gran desilusión de Elk. Le hubiera gustado dirigirse a estos últimos personalmente, pero no se había hecho ninguna nueva anotación desde el ingreso de Balder.

Su auto policíaco le llevó a Leaford Road; el 93 era una casita respetable; una casa como siempre se había imaginado Elk que su ayudante habitaría. Una mujer de edad avanzada, vestida para salir, contestó su llamada, y se quedó muy sorprendido cuando vio que usaba el uniforme de enfermera.

—Sí, el señor Balder vive aquí —dijo—, al parecer sorprendida de ver al visitante. —Es decir, tiene dos habitaciones, aunque muy rara vez pasa la noche aquí. Usualmente viene para cambiarse de ropa y luego creo que va a reunirse con sus amigos…

—¿Vive su esposa aquí?

—¿Su esposa? —dijo la mujer, sorprendida—. No sabía que estuviese casado.

Elk se había traído el registro oficial de Balder para anotar algunas fechas necesarias relacionadas con la pensión. En el espacio, al lado de la dirección de Balder, notó por vez primera que se habían dado dos direcciones y que se había borrado Leaford Road con una tinta tan pálida, que sólo lo notó ahora al ver el papel a la luz del día. La segunda dirección era en Stepney.

—Me parece que me he equivocado —dijo—. Aquí dice que su dirección es Orchard Street, Stepney.

Pero la enfermera sonrió:

—Estuvo viviendo conmigo muchos años —dijo—, luego se fue a Stepney; pero durante la guerra vino aquí porque los ataques aéreos eran muy peligrosos en el Este de Londres. Tengo la impresión de que todavía tiene una habitación en Stepney.

—¡Oh! —murmuró Elk, pensativo.

Estaba ya en la verja cuando la enfermera le llamó.

—No creo que vaya a Stepney —le dijo—; aunque no sé si debiera hablar de sus asuntos a un desconocido… Si tiene mucho interés en verle, me imagino que lo encontraría en Slough. Soy enfermera y, una temporada que asistía de noche a una enferma, vi en varias ocasiones entrar en coche en Seven Gables, en la carretera de Slough. Debe tener un amigo allí.

—¿De quién es el coche? —preguntó, sorprendido, Elk.

—De él o de su amigo. ¿Es amigo suyo?

—Hasta cierto punto —contestó Elk con prudencia.

Quedose ella un momento pensando.

—¿Quiere hacer el favor de pasar? —le invitó.

La siguió a la salita limpia y coquetona.

—No sé por qué se lo he dicho, ni por qué le hablo con tanta franqueza —le explicó—, pero la verdad es que despedí al señor Balder. Siempre se está quejando y es tan difícil de satisfacer, que no puedo contentarle. No es que me pague mucho, pues no paga gran cosa. Saco muy poco de sus habitaciones y puedo alquilarlas al

mejor precio. Y luego es tan exigente con sus cartas. Hice poner un buzón en la puerta, y ni aun así no es bastante grande para su correspondencia. Cuál es su otro negocio, no lo sé. Las cartas que vienen aquí, son para la fábrica de productos químicos Didcot. Tal vez pensará usted que soy una mujer muy difícil de contentar, porque, después de todo, está todo el día fuera y rara vez duerme aquí de noche.

Elk exhaló un largo suspiro.

—Creo que es usted casi la mujer más espléndida que jamás he conocido —declaró—. ¿Va usted a salir?

Ella hizo un signo afirmativo.

—Tengo que cuidar a una enferma esta noche y no volveré hasta mañana a las once. Tuvo usted mucha suerte en encontrar a alguien en casa.

—Me parece que usted me dijo «su coche»; ¿qué clase de coche es?

—Un coche negro; no sé qué marca… creo que es uno americano. Y tiene que ser suyo, porque un día encontré en su cuarto una pila de catálogos de neumáticos; algunos de ellos marcados con lápiz.

Una última pregunta hizo Elk:

—¿Vuelve aquí de noche, después que usted se ha marchado?

—Muy rara vez, me imagino —replicó la mujer—. Tiene llave y como yo muchas noches estoy fuera, no puedo afirmar si vuelve o no.

Elk tenía un pie en el estribo de su coche.

—¿Tal vez puedo dejarla en algún sitio, señora? —dijo, y la mujer aceptó agradecida.

Elk regresó a Jefatura, abrió un cajón de su mesa y sacó unas cuantas herramientas de su profesión; y, después de redactar una serie de instrucciones urgentes, se dirigió a Harley Terrace. Ricardo Gordon estaba invitado aquella noche al teatro con los miembros de la embajada americana, y se hallaba en uno de los palcos del Teatro Hilarity cuando Elk abrió la puerta silenciosamente, le dio un golpecito

en el hombro y le hizo salir al pasillo, sin que el resto del grupo advirtiese que su invitado se había retirado.

—¿Pasa algo, Elk? —preguntó Gordon.

—Balder ha sido ascendido —declaró Elk con tono solemne y Ricardo se quedó mirándole—. A Sargento activo —continuó— y no conozco otro rango mejor para Balder. Cuando le llegue la noticia a él, a su mujer y a los niños, habrá algunos corazones felices, créame.

Elk no bebía jamás: esta fue la primera idea que se le ocurrió a Ricardo Gordon; pero era posible que las ansiedades y preocupaciones de las pasadas semanas le hubieran perturbado la cabeza.

—Me alegro mucho por Balder —dijo con dulzura— y por usted también, Elk, pues sé todo lo que ha hecho para favorecer a ese pobre diablo.

—Siga, y diga lo que estaba pensando —dijo Elk.

—No sé que estuviera pensando en nada —rió Ricardo.

—Estaba usted pensando que yo debo tener una insolación o no le sacaría de su alegre teatro para anunciarle el ascenso de Balder. Ahora, ¿quiere usted tomar su abrigo, capitán Gordon, y venirse conmigo? Quiero comunicarle la noticia a Balder.

Intrigado, pero sin hacer más preguntas, Gordon fue al guardarropa, tomó su abrigo y se unió al detective en el vestíbulo.

—Vamos a ir a Slough, a los Seven Gables —añadió—. Es una hermosa casa. No la he visto, pero sé que es una hermosa casa, con camino para coches, y muebles espléndidos, luz eléctrica, teléfono y un cuarto de baño moderno. Eso es una deducción. Le diré algo más; también una deducción. Hay alambres en el jardín, alambres para tropezar y dar la alarma y dispositivos contra los ladrones en las ventanas; casi un centenar de criados…

—¿Qué demonios está usted hablando? —preguntó Ricardo y Elk soltó una risita histérica.

Cruzaban por Uxbride cuando un automóvil muy largo les pasó a toda velocidad. Iba lleno de hombres apretados como sardinas, sin

poder moverse o sentados en las rodillas de otros.

—Parece que van de juerga —observó Ricardo.

—Sí —replicó Elk, lacónicamente.

Unos segundos después, otro coche pasó como una exhalación, a mayor velocidad que ellos.

—Ése me parece uno de los coches de la Policía —observó.

También iba atestado.

—Ciertamente parece uno de los coches policíacos —asintió Elk —. En América, tienen cosa mejor. Como usted probablemente lo sabe, tienen un magnífico sistema de patrulla en camionetas. Me gustaría introducirlo aquí; es muy útil.

Cuando el coche moderó la marcha para atravesar la calle estrecha y tortuosa de Colnebrook, un tercer coche grande pasó rozando y esta vez no era posible equivocarse. El hombre sentado al lado del chófer, era conocido de Ricardo como inspector detective. Guiño el ojo a Elk al pasar y Elk le devolvió el guiño con gran solemnidad.

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Ricardo, picada su curiosidad.

—Vamos a celebrar un concierto —contestó Elk— para festejar el ascenso de Balder. Será uno de los éxitos más grandes en la historia del Cuerpo. Trabajarán los hermanos Tontón y Tontolín, los ciclistas juglares en su inimitable… —Siguió hablando frívolamente, sin ton ni son.

En Laugley encontraron el cuarto y quinto coches de la policía. Ya había comprendido Ricardo que la marcha lenta a que su propio coche iba, era intencionada, para dar tiempo a que estos coches cargados les alcanzasen. Pasado Langley, la carretera de Hindsor doblaba bruscamente. Dio Elk nuevas instrucciones. No había señal de los coches policíacos; por lo visto, habían seguido a Slough.

Un solitario policía del pueblo estaba en el cruce de las carreteras y les vio desaparecer en la oscuridad con cierta languidez interior.

—Nos bajaremos aquí —dijo Elk.

Dejaron el coche a un lado de la carretera, sobre el verde césped.

—Camine un poco por la carretera mientras hablo al capitán Gordon —ordenó al chófer; y entonces habló, escuchando Ricardo con asombro e incredulidad.

—Ahora —dijo— tenemos unos cinco minutos de paseo, si no recuerdo mal. No he pisado las carreras de Wíndsor desde hace tanto tiempo, que casi he olvidado dónde están las casas.

Encontraron la entrada de los Seven Gables entre dos altos setos o vallados de tejos. No había entrada por las puertas del cercado; un sendero, ancho y cubierto de grava, se extendía por un espeso cinturón de pinos, tras el cual se ocultaba la casa. Elk avanzó unos pasos. A poco se detuvo y alzó la mano en señal de precaución. Ricardo se acercó un poco más y, mirando por encima del hombro del detective, contempló por primera vez The Seven Gables.

Era una casa grande, con paredes de maderaje y altos y retorcidos cañones de chimenea.

—Pseudo-isabelino —observó Ricardo con admiración.

—Del 1066 —murmuró Elk— ¿o fue el 1599? ¡Qué casa!

Oscurecía. Veíase el brillar de luces por una amplia ventana del extremo lejano del edificio. Se hallaban frente al portal arqueado.

—Volvámonos —cuchicheó Elk. Y volvieron sobre sus pasos.

No antes que reinara completa oscuridad, volvieron al punto a que llegaron en su anterior exploración. Todavía asomaba la luz por la ventana, pero habían echado las cortinas de color crema.

—No hay peligro hasta la puerta —susurró Elk— ¡mucho ojo a derecha e izquierda!

Púsose un par de medias gruesas sobre los zapatos y entregó otro par a Ricardo; luego, con una lámpara de bolsillo en la mano, comenzó a avanzar por el sendero que se extendía paralelo al edificio. Poco después, se paró en seco.

—Pase por encima —le advirtió en voz baja.

Ricardo miró al suelo y vio un hilo negro que atravesaba el sendero; y con gran precaución salvó el obstáculo.

Unos cuantos pasos más adelante, volvió a detenerse Elk y avisó a Ricardo que saltase, volviéndose para proyectar la luz sobre el segundo de los hilos casi invisibles, aun ante el poderoso reflejo de la lámpara de bolsillo. No se movió hasta que realizó una detenida inspección del sendero; y suerte fue, pues el tercer alambre estaba a medio metro del segundo.

Tardaron media hora en andar los veinte metros que les separaba de la ventana. La noche era calurosa y una de las puertas-ventanas estaba abierta. Deslizose Elk bajo el antepecho y palpando buscó la alarma que esperaba hallar allí. Por fin la encontró; levantó la mano y descorrió suavemente la persiana.

Vio una habitación grande, lujosamente amueblada. La chimenea de piedra, abierta y amplia, estaba atestada de flores y, delante de ella, en una mesita, había dos hombres sentados. Era el primero, Balder; inconfundiblemente Balder y singularmente guapo. La colorada nariz de Balder, ya no era colorada. Vestía de frac y entre los dientes tenía una larga boquilla de ámbar.

Pudo también Ricardo verlo, con la mejilla apoyada en la cabeza de Elk, y oyó como éste, sorprendido, contenía el aliento. Y luego vio al segundo hombre. Era éste el señor Maitland.

El señor Maitland estaba sentado, con la cara entre las manos, y Balder le miraba con cínica sonrisa.

Demasiado lejos para oír la conversación, comprendieron que era el señor Maitland objeto de una represión. Al cabo de un rato, alzó la vista, se puso en pie y empezó a hablar. Oyeron el sonido de su voz excitada, pero ni una palabra inteligible. Luego viéronle levantar el puño y agitarlo ante el hombre sonriente, que le contemplaba indiferente y tranquilo, como si fuese un insecto extraño que hubiese penetrado en su casa. Con este gesto retador de despedida, salió el viejo Maitland de la habitación y la puerta se cerró tras de él. A los pocos minutos salió de la casa, no por la puerta principal como esperaban, sino, al parecer, por una entrada del otro lado del cercado, pues vieron las luces del auto al pasar.

Al quedar solo, Balder se sirvió bebida y tocó el timbre llamando a uno de los criados. El hombre que entró, llamó al instante la atención de Ricardo. Llevaba el uniforme convencional de un lacayo: pantalones oscuros y el chaleco listado; pero era fácil de ver, por la forma en que se movía, que no pertenecía al tipo corriente de criado. Alto y grueso, y sus movimientos eran lentos y deliberados. Díjole Balder algo y el lacayo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, tomó la bandeja y salió con el mismo andar pausado y pomposo que al entrar.

Entonces se le ocurrió a Ricardo, y cuchicheó al oído de Elk una palabra:

—¡Ciego!

Elk asintió, Volvió a abrirse la puerta. Entraron tres hombres, llevando una mesa de aspecto pesado con una cubierta de lona. Al principio, pensó Gordon que le traían la cena a Balder, pero pronto descubrió la verdad. Sobre la chimenea, colgada de un solo cordón, había una lámpara eléctrica grande, que no estaba encendida. Subiéndose a una silla, uno de los lacayos sacó la lámpara e insertó un enchufe de cuyo extremo partía un hilo que conectaba con la mesa.

—Son todos ciegos —cuchicheó Elk—. Y ése es el aparato de radiodifusión de Balder.

Los tres criados salieron y, levantándose. Balder se dirigió a la puerta y la cerró con llave.

Otra serie de ventanas daban a un lado de la casa y una por una Balder las cerró y echó los postigos.

Estaba ocupado con la segunda de las tres, cuando Elk puso el pie en un pretil de ladrillo, corrió la cortina y saltó al cuarto.

Al ruido, Balder dio media vuelta.

—Buenas noches, Balder —dijo Elk.

El hombre no contestó. Se quedó parado, mirando a su jefe en un tiempo, con ojos que no pestañeaban.

—Se me ocurrió venir a comunicarle que ya lo han ascendido. —Dijo Elk— a sargento en activo desde el primero de Mayo, en

reconocimiento de los servicios prestados al Estado por envenenamiento del Rana Mills, por dejar escapar al Rana Hang y volar mi oficina con una bomba que colocó durante la noche.

Balder no hablaba ni se movía; y en esto era discreto, pues el largo cañón de la Browning que empuñaba Elk le cubría el botón inferior de su chaleco de pique blanco.

—Y ahora —continuó Elk, con tono de triunfo en la voz, dará un paseíto conmigo. Lo necesito, «¡Número Siete!».

—¿No sufre usted una equivocación? —preguntó Balder arrastrando las sílabas con voz tan distinta de la usual, que Elk se quedó de momento sorprendido.

—Nunca me he equivocado, salvo acerca de la fecha en que Enrique VIII se casó —explicó Elk.

—¿Quién se imagina usted que soy? —preguntó el elegante hombre de mundo.

—Ya he dejado de imaginarme nada tocante a usted, Balder. ¡Lo sé! —dijo Elk.

Y avanzando, con un movimiento rápido, puso el cañón de la pistola en el pecho de su prisionero.

—¡Arriba las manos y vuélvase! —ordenó.

Balder obedeció. Sacó el detective un par de esposas del bolsillo y se las puso en las muñecas; y le ató hábilmente los brazos, por detrás, con una correa, bien apretados para que las manos esposadas no tuvieran juego.

—Esto es muy incómodo —declaró Balder—. ¿Tiene la costumbre de cometer errores de este carácter, señor Elk? Me llamo Collet-Banson.

—Usted se llama «Rana» —dijo Elk—, pero estoy dispuesto a escuchar con gusto lo que quiera decir. Aunque preferiría oír su opinión sobre el cianuro de potasio o cualquier otra cosa. Puede sentarse.

Sorprendió Ricardo el brillar relampagueante de una chispa en los ojos de Balder; un segundo brilló y luego desapareció. Evidentemente, Elk también la vio.

—No ponga esperanzas en ninguna jugarreta de sus criados —le aconsejó— porque hay cincuenta detectives, la mayoría de los cuales conoce usted personalmente, que rodean la casa.

Balder se echó a reír.

—Si rodearan la casa o estuvieran en la azotea, no me preocuparía —dijo—. Vuelvo a decirle, inspector, que ha cometido un grave error, un error que le costará muy caro. Si un caballero no puede sentarse en su propio salón —echó una mirada a la mesa— a escuchar un concierto por radio de la Haya, sin policías entrometidos… entonces es hora, de que el cuerpo de policía se disuelva.

Dirigiose a la chimenea descuidadamente y se quedó parado de espalda a ella; luego alzando el pie dio un puntapié a uno de los morillos que había a ambos lados del amplio hogar. Era el acto nervioso de un hombre hondamente preocupado y no del todo consciente de lo que hacía. El mismo Elk, que sospechaba de todo, y en estos momentos más que nunca, no vio nada que despertara sus recelos.

—Cree usted que me llamo Balder, ¿verdad? —continuó el hombre—. Pues bien, todo lo que puedo decir es que…

De pronto, se arrojó de lado sobre la alfombra del hogar, pero Elk fue más rápido. Al tiempo que un trozo oblongo de suelo cedía bajo el peso del hombre, cogiole Elk por el cuello y le apartó arrastrándole.

Un momento después, luchaban rodando por el suelo. La fuerza de Balder era increíble. El grito tremendo que lanzó pidiendo socorro, fue oído. Sonó un fuerte golpe en la puerta, el ruido de voces furiosas y luego, afuera, una serie de bruscas explosiones, cuando el ejército de detectives atravesó el prado como un relámpago, indiferente a las pistolas de alarma.

La lucha fue breve. Los seis hombres ciegos que componían el servicio del Número 7, fueron trasladados a empujones a los coches; y en el último, iba el Sargento en activo, Balder, el temible Número 7, que era la mano izquierda y la mano derecha del terrible Rana.

CAPÍTULO XXVII

EL SEÑOR BROAD ES INTERESANTE

Ricardo Gordon terminó la entrevista con el señor Ezra Maitland a las tres de la mañana; se dirigió a Jefatura y encontró la sala de detenidos singularmente vacía. Cuando había salido, era imposible entrar o salir debido a la multitud de detectives que llenaba o rodeaba la sala.

—En conjunto, Pentonville es la más segura y allí lo he encerrado. Le pedí al director de la cárcel que lo metiese en la celda con los condenados a muerte, aunque no es muy galante. De todos modos, Pentonville es el sitio más seguro que conozco y opino que, a menos que los Ranas coman piedras, no se escapará. ¿Qué tiene que decir Maitland, capitán?

—La historia que cuenta Maitland, o lo único que puede sacársele a ese viejo, es que fue a casa de Balder en calidad de invitado.

«Cuando la policía le llama, ¿qué puede uno hacer?» —me preguntó. La pregunta es incontestable.

—No cabe la menor duda —dijo Elk— que Maitland conocía la personalidad de Balder y no lo visitó como policía. Menos dudoso es aún el que este hombre es uña y carne del Rana, pero va a resultar muy difícil probarlo.

—Maitland me intriga —observó Ricardo—. Es tan insolente y tan tiranuelo y, sin embargo, al mismo tiempo, un viejo tan miedoso. Creí que iba a desmayarse del susto cuando le dije quién era y por qué había ido a verle. Y cuando mencioné que Balder había sido detenido, casi sufrió un colapso.

—Hay que seguir esa pista —observó Elk pensativo—. He mandado buscar a Johnson; ya debiera estar aquí. Johnson debe saber algo de los negocios del viejo y será un testigo valiosísimo, si probara que están asociados.

El filósofo llegó media hora más tarde, habiéndosele despertado de su sueño para comunicarle que su presencia era necesaria en Jefatura.

—El señor Elk le dirá a usted lo que será del dominio público dentro de uno o dos días —dijo Gordon—. Balder ha sido detenido en relación con la explosión que ocurrió en la oficina del señor Elk.

Fue necesario explicar a Johnson quién era Balder; y Ricardo pasó a relatarle la visita del viejo a Balder. Johnson meneó la cabeza.

—No sabía que Maitland tenía un amigo de ese nombre —dijo—. ¿Balder? ¿Qué otro nombre tiene?

—Dice que se llama Collet-Banson —explicó Ricardo, y en el rostro de Johnson apareció una mirada de comprensión.

—Conozco ese nombre muy bien. El señor Banson solía visitar la oficina con mucha frecuencia, generalmente ya tarde, por las noches. Maitland se quedaba en la oficina tres noches por semana, trabajando después de marcharse los empleados, como bien sé por desgracia —dijo—. Un hombre más bien alto, guapo, de unos cuarenta años.

—Sí, ése es el hombre.

—Tiene una casa cerca de Windsor. Nunca he estado allí, pero lo sé porque he echado al correo cartas para él.

—¿Qué clase de negocios tenía Collet-Banson con Maitland?

—No he podido averiguarlo nunca. Siempre creí que tenía propiedades para vender, pues ése era el único tipo extraño que

jamás admitió Maitland a su presencia. Recuerdo que tuvo al niño en su casa cerca de una semana…

—Es decir: ¿el niño de la casa de Maitland?

Johnson asintió.

—¿No sabe usted qué clase de relaciones existen entre el niño y estos dos hombres?

—No, señor, excepto que estoy seguro de que el señor Collet-Banson tenía el niño con él, porque yo le mandé juguetes mecánicos o algo por el estilo, siguiendo instrucciones del señor Maitland. Fue el día que el señor Maitland hizo su testamento, hace unos diez y ocho meses. Recuerdo aquel día particularmente por un motivo peculiar. Esperaba que el señor Maitland me pidiese ser testigo del testamento y me piqué, sin ninguna razón, porque hizo subir dos empleados de la oficina para que firmasen. Estas menudencias quedan grabadas en la memoria.

—¿Hizo testamento a favor del niño?

Johnson movió la cabeza.

—No tengo la menor idea de ello —replicó—. Nunca discutió la cuestión conmigo; ni siquiera quiso utilizar a un abogado. En realidad, no recuerdo que haya jamás llamado a un abogado en todo el tiempo que estuve con él, excepto para trabajos de escrituras de traspaso. Me dijo que había copiado la fórmula de testamento de un libro, pero, aparte de sentirme herido porque yo, un viejo y fiel servidor, no hubiese merecido su confianza, no tenía gran interés en el asunto. Con todo, recuerdo que aquella mañana compré muchos juguetes y los llevé a la oficina. ¡El viejo jugó con ellos toda la tarde!

Por la mañana temprano, Ricardo Gordon entrevistó a los presos en Pentonville y los encontró en un estado de obstinación.

—No sé nada de bebés ni de niños, y si Johnson dice que envió juguetes, miente —dijo Balder, desafiando—. Me niego a declarar respecto a Maitland, ni de mis relaciones con Maitland. Soy víctima de una persecución de la policía y le desafío a que me traiga pruebas de que yo haya cometido un solo acto en mi vida, a menos

que sea un crimen vivir como un caballero, por el que pueda usted retenerme en la prisión.

—¿Quiere algún recado para su esposa y sus niños? —preguntó Ricardo en tono sarcástico, y el rostro malhumorado del hombre se suavizó un momento.

—No, Elk ya se cuidará de ellos —dijo de buen humor.

Habíanse tomado las más severas precauciones para impedir socorro del exterior o un asalto para librar violentamente a los presos; y ejercitábase el mayor cuidado para evitar toda comunicación entre el Número 7 y el mundo exterior. Fue acusado en Bow Street una hora antes de la hora usual de abrir el tribunal. Se tomó nota de la detención y fue enviado de nuevo a Pentonville en un coche, bajo escolta armada.

En la tercera noche de la prisión de Balder, empezó la vida romántica del vigilante jefe de la cárcel de Pentonville. Era soltero y relativamente joven, no feo, y vivía con su madre viuda en Shepherd's Bush, Tenía costumbre de volver a su casa, después de su guardia de día, utilizando el autobús, y estaba apeándose aquel día, cuando una dama, que había bajado antes que él, tropezó y cayó. Inmediatamente corrió en su ayuda y la levantó. Era ella joven y extraordinariamente bonita y él, muy galante, la acompañó hasta la acera.

—No fue nada —sonrió ella, con un gesto de dolor—. Fui muy tonta en tomar el autobús; iba a visitar a una antigua sirvienta mía, que está enferma. ¿Quiere hacerme el favor de llamar un taxi?

—Con mucho gusto, señorita —contestó el galante vigilante Jefe.

Llamó a un taxi que pasaba en aquel momento. La muchacha miró en torno suyo, desolada.

—Cuánto me gustaría hallar algún conocido. No quiero irme sola a casa; tengo mucho miedo de desmayarme.

—Si acepta mi escolta —dijo el hombre, con toda la efusión y sinceridad que el espectáculo de una mujer en situación apurada despierta en el pecho del hombre impresionante—, la acompañaré.

Acariciole la dama con una mirada de gratitud y aceptó su compañía, manifestándole su agradecimiento por la molestia que le estaba dando.

Era un hermoso piso el que ella ocupaba. El vigilante jefe pensó que jamás había conocido antes una dama tan bella y tan amable y dulce, con una casa tan hermosa. Y tenía razón. Gustoso le hubiera curado la lesión, pero se encontraba muchísimo mejor y su doncella estaba al llegar. ¿Tomaría un «whisky» y soda? ¿Desea fumar? Le indicó dónde estaban los cigarrillos y, durante una hora, el jefe vigilante habló elocuentemente de sí mismo; y pasó una noche agradabilísima.

—Puedo asegurarle —dijo el señor Bron en tono muy serio— que si esto es perder el tiempo, entonces el tiempo no sirve para nada.

—Ése es un bonito discurso —rió ella—, y le permitiré que mañana venga a verme.

Tomó con mucho cuidado nota de las señas; era un elegante hotelito en Bloomsbury Square; y a la noche siguiente tocó el timbre de la puerta, esta vez no iba de uniforme.

Salió del distinguido hotelito a las diez de la noche un hombre en éxtasis, con la cabeza muy erguida, y soñando sueños dorados, pues la fragancia de su encanto, como él le escribió, «penetraba en todo su ser». Diez minutos después de su partida, salió la muchacha, cerró la puerta y se marchó a la calle. Y el hombre que había estado paseándose indolente por la acera, tiró el cigarro.

—Buenas noches, señorita Bassano —dijo…

—Temo que se ha equivocado usted —observó ella con rigidez.

—De ningún modo. Es usted la señorita Bassano y mi única excusa por dirigirme a usted, es que soy vecino suyo.

—¡Oh, el señor Broad! —exclamó ella con tono más afable—. Vengo de visitar a una amiga que está bastante enferma.

—Así me han dicho y su amiga, tiene un bonito piso —dijo él, poniéndose a su lado—. Pensaba en alquilarlo hace unos cuantos días. Son muy difíciles de encontrar estos pisos amueblados. Quizá hace una semana; sí, fue hace una semana —dijo con cuidado—; fue

el día antes que sufriese usted aquel lamentable accidente en Shepherd’ Bush.

—No le comprendo —dijo ella, alerta al instante.

—La verdad es —dijo el señor Broad en tono de disculpa— que yo también he procurado conocer a Bron. He estado haciendo un detenido estudio del personal de la cárcel estos dos últimos meses; y tengo una lista de los chicos serviciales, que me ha costado una buena cantidad de dinero el compilar. ¿Supongo que no habrá llegado usted al momento de hacerle hablar de su interesante preso? Le tanteé la semana pasada —prosiguió—. Va a una sala de baile de Hammersmith y le conocí por mediación de una joven de quien está enamorado; y, a propósito, no es usted el único amor de su vida.

Ella se rió suavemente.

—¡Qué hombre más listo es usted, señor Broad! —exclamó—. No, no me interesan los presos. A propósito, ¿quién es esa persona, a que se refería?

—Me refería al Número Siete, que está en la cárcel de Pentonville —contestó el señor Broad fríamente—; y tengo la idea de que es amigo suyo.

—¿Al Número Siete? —La perplejidad de la joven habría convencido a un hombre menos endurecido que Josué Broad—. Tengo la idea de que ése tiene algo que ver con los Ranas.

—Tiene algo que ver con los Ranas —asintió el otro con tono grave—, de quienes me atrevo a decir que ha leído algo. Señorita Bassano, voy a hacerle una oferta.

—Ofrézcame un taxi, pues estoy cansada de andar —dijo ella, y, cuando estuvieron sentados juntos, preguntó—: ¿Cuál es su oferta?

—Le ofrezco todo lo que necesite para salir de este país y no volver durante varios años, hasta que este viejo Rana reviente, ¡como reventará! He estado observándola mucho tiempo y, si no lo considera una impertinencia, me gusta usted. Tiene usted algo que es muy atractivo, no me interrumpa, porque no voy a ser impertinente con usted, la aprecio en un sentido compasivo, y tampoco debe ofenderse por eso. No quiero verla ofendida.

El aspecto y la voz de Josué Broad eran graves; ella reconoció su sinceridad, y la palabra de sarcasmo que acudió a sus labios quedó sin pronunciar.

—¿Obra usted desinteresadamente por completo? —interrogó ella.

—En lo que a usted concierne, sí —replicó él—. Hay algo que va a volar hecho añicos y es muy probable que algunos de los pedazos la cojan a usted en medio.

Lola Bassano no contestó en seguida. Lo que él había dicho no hacía más que aumentar su intranquilidad.

—¿Supongo que sabe que soy casada?

—Lo suponía. Llévese a su esposo con usted. ¿Qué va a hacer con aquel muchacho?

—¿Habla de Raimundo Bennett?

Era curioso que no intentase ella disfrazar su situación o el papel que estaba representando.

Pero Josué Broad tenía una forma de hablar dominadora y no se le ocurrió engañarla.

—No sé —dijo—. Ojalá no estuviese él metido en esto. Me remuerde la conciencia. ¿Se sonríe usted?

—¿De qué le remuerda la conciencia? No; ya me imaginaba que era así. ¿Y la barba que se dejan crecer?

Ella no se rió.

—No sé nada de eso. Todo lo que sé es que recibimos… ¿Por qué le digo esto? ¿Quién es usted, señor Broad?

Josué Broad soltó una risita.

—Algún día se lo diré —contestó—; y le prometo que si está cerca, será usted la primera en saberlo. Tenga cuidado con ese muchacho, Lola.

No se resintió ella de que la llamase por su nombre de pila; más bien sintió simpatía por aquel hombre misterioso.

—Y escriba al señor Bron, jefe vigilante de la cárcel de Pentonville, y dígale que tiene que salir de viaje y no podrá volverle a ver durante diez años.

No contestó ella a esto. La dejó a la puerta de su piso y tomó su manecita en la suya.

—Si necesita dinero para marcharse, le mandaré un cheque en blanco: nadie en el mundo daría un cheque así, créame.

Ella movió afirmativamente la cabeza, con lágrimas en los ojos. No podía resistir más la tensión nerviosa; y nadie lo sabía mejor que el hombre de rostro de halcón que la contemplaba, cuando ella entraba en su piso.

CAPÍTULO XXVIII

ASESINATO

La piedra que despertó a Elisa Bennett fue lanzada con tal fuerza, que rompió el cristal. Saltó rápidamente en la cama y descorrió la cortina. Había habido una fuerte tempestad durante la noche y el cielo estaba tan gris y nublado, y era la luz tan mala, que sólo pudo distinguir la figura de un hombre bajo la ventana. Juan Bennett la oyó salir de su cuarto y corrió a la puerta.

—¿Es Maitland? —preguntó.

—Creo que sí —contestó ella.

Juan Bennett arrugó la frente.

—No puedo comprender estas visitas —dijo—. ¿Crees tú que está loco?

Elisa meneó la cabeza. Después de la precipitada huida del viejo en su última visita, no esperaba ella que volviera otra vez, y supuso que sólo un motivo muy urgente le traía. Oyó que su padre se paseaba por su cuarto cuando atravesó el oscuro comedor y entró en el pasillo que daba al jardín.

—¿Es usted, señorita? —preguntó una voz temblorosa en la oscuridad.

—Sí, señor Maitland.

—¿Está levantado? —murmuró.

—¿Se refiere a mi padre? Sí, está despierto.

—Tengo que verla a usted —gimió el viejo—. Lo han cogido.

—¿Cogido a quién?

—A Balder. Ya sabía que le cogerían.

—Ella recordó haber oído a Elk mencionar a Balder.

—¿El policía? ¿El escribiente de Elk?

Pero Maitland siguió hablando por otro derrotero.

—Es a usted a quien busco. —Se acercó a ella y la cogió del brazo—. La avisé; no olvide que la avisé. Dígale que la avisé. Él me lo agradecerá, ¿verdad? —suplicó, y ella empezó a comprender vagamente que el «él» a quien el viejo se refería, era Ricardo Gordon—. Me ha tenido toda la noche interrogándome. He pasado una noche terrible, señorita, terrible —sollozó—. Primero Balder y después él. Él la cogerá, no me refiero al policía sino al Rana. Por eso le escribí la carta diciéndole que viniera a la oficina… No recibió ninguna carta, ¿verdad, señorita?

No podía ella comprender nada de lo que el viejo decía ni a quién se refería, cuando siguió balbuceando su historia de espanto, una historia salpicada de furiosas imprecaciones contra «él».

—Dígale a su padre, queridita lo que le he dicho. —De pronto se tranquilizó—. Matilde dice que yo debiera habérselo dicho a su padre, pero le tengo miedo, querida, ¡le tengo miedo!

Tomó una de las manos de Elisa y la acarició.

—¿Me protegerá, señorita? Le hablará por mí, ¿verdad? —Ella sabía que el viejo estaba llorando, aunque no podía verle la cara.

—Naturalmente que le hablaré por usted, señor Maitland. ¿No debería usted ver a un médico? —le preguntó con ansiedad.

—No, no, nada de médicos para mí. Pero dígale, ¿quiere?… no a su padre sino al otro… que hice todo lo que pude por usted. Por eso he venido. Han cogido a Balder… —se interrumpió de pronto e inclinó la cabeza hacia delante—. ¿Es ése su padre? —preguntó en un sordo cuchicheo.

Elisa había oído los pasos de Juan Bennett en las escaleras.

—Sí, creo que sí, señor Maitland —y al oír estas palabras, apartó casi de una sacudida su mano de la de ella y bajó por el sendero a la carretera, desapareciendo de la vista.

—¿Qué quería?

—En realidad no lo sé, papá —contestó ella—. No creo que se encuentre muy bien.

—¿Quieres decir que está loco?

—Sí, y, sin embargo, un rato estuvo muy razonable. Dijo que habían cogido a Balder.

Él no contestó y ella creyó que no le había oído.

—Han cogido a Balder, el ayudante de Elk. ¿Supongo que quiere decir que lo han arrestado?

—Eso debe de ser —dijo Juan Bennett y, añadió—: Querida, debieras estar en la cama. ¿Por dónde se marchó?

—Se dirigió hacia Shoreham. ¿Vas a buscarle, papá? —preguntó sorprendida.

—Subiré por la carretera. Quiero verle —dijo Juan Bennett—. Vete a la cama, queridita.

Pero ella se quedó esperando a la puerta, mucho después de que sus pasos dejaron de oírse en la carretera. Pasaron cinco minutos, diez, un cuarto de hora; y de pronto oyó el trepidar de un automóvil que pasó a toda velocidad, salpicando barro; y luego vino Juan Bennett.

—¿Aún no estás acostada? —preguntó ásperamente.

—No, papá. No tengo sueño. Ya es tarde y me voy a poner a trabajar. ¿Le viste?

—¿A quién? ¿Al viejo? Sí, le vi un momento.

—¿Le hablaste?

—Sí, le hablé. —No parecía tener muchas ganas de seguir el tema, pero esta vez Elisa insistió.

—Papá, ¿por qué está asustado de ti?

—¿Quieres hacerme café?

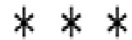
—¿Por qué tanto te teme?

—¡Qué sé yo! Querida, no hagas tantas preguntas. Me pones nervioso. Me conoce y me ha visto; eso es todo. Balder está detenido por asesinato. Creo que es un hombre muy malo.

Más tarde, reanudó ella el tema de la visita de Maitland.

—Ojalá no viniera más —dijo—. Me da miedo.

—No vendrá más —contestó Juan Bennett proféticamente.



La casa de Berkeley Square, que había pasado a ser propiedad de Ezra Maitland fue construida por un noble para quien el dinero no tenía importancia. Descrita vagamente como uno de los sitios dignos de ver en la metrópoli, pocos, desde afuera, habrían podido admirar la belleza de su interior. Era un palacio, aunque nadie podría imaginárselo desde el exterior. En el espléndido salón, con las columnas de lapislázuli, las chimeneas de ónix y plata, las paredes con delicados entrepaños y colgaduras de seda, estaba el señor Maitland sentado, acurrucado en una gran silla Luis XV, con un vaso de cerveza delante, y una pipa de arcilla ennegrecida en la boca. Las señales de barro de sus pies veíanse en la riquísima alfombra persa; su sombrero medio tapaba una Venus dorada de Marrionnet, puesta sobre un pedestal a su lado. Con las manos cruzadas sobre el estómago, miraba rabioso al suelo. Una lámpara con pantalla iluminaba la oscuridad, pues las cortinas de seda estaban corridas y la luz del día no penetraba en el cuarto.

Al poco rato, haciendo un esfuerzo, cogió el vaso de cerveza y apuró el contenido. Esto hecho, y colocado el vaso en la mesa, se reclinó en su asiento, vuelto al anterior estado de apatía. Sonó un suave golpecito en la puerta y entró un lacayo vestido a la antigua usanza.

—Tres caballeros desean verle, señor. El capitán Gordon, el señor Elk y el señor Johnson.

El viejo se incorporó de repente.

—¿Johnson? —dijo—. ¿Qué quiere?

—Están en el saloncito, señor.

—Hágalos entrar —refunfuñó el viejo.

Parecía sentirse indiferente a la presencia de dos funcionarios de policía, y fue a Johnson a quien se dirigió.

—¿Qué quiere usted? —preguntó en tono violento—. ¿Qué significa esta visita?

—El señor Johnson ha venido por indicación mía.

—¡Oh! Indicación suya ¿eh? —dijo el viejo; y su actitud era extrañamente insolente comparada con el abatimiento que por la mañana mostrara ante Elisa.

Los ojos de Elk se posaron en el vaso de cerveza vacío. ¿Cuántas veces se había llenado desde que Ezra Maitland volvió a su casa? Le pareció que se había utilizado bastante, a juzgar por la gravedad del tono del viejo, y el reto en los ojos que sugería algo más que una exaltación espiritual.

—No voy a contestar a ninguna pregunta —dijo con voz fuerte—. No voy a decir ninguna verdad ni tampoco voy a decir mentiras.

—Señor Maitland —repuso Johnson vacilando—, estos caballeros están ansiosos por saber algo del niño.

El viejo cerró los ojos.

—No voy a decir ninguna verdad y tampoco voy a decir mentiras —repitió monótonamente.

—Escuche, señor Maitland —rogó alegremente Elk—, olvide su buena resolución y díganos por qué vivía en aquel barrio bajo, en aquella casucha de la calle Eldor.

—Ni verdad ni mentiras —murmuró el viejo—. Puede encerrarme si quiere, pero no le diré nada. Enciérreme. Me llamo Ezra Maitland; soy un millonario. ¡Tengo millones y millones y millones! ¡Podría comprarle a usted y podría comprar a casi todo el mundo! ¡El viejo Ezra Maitland! He estado en el asilo y he estado en chirona.

Ricardo y su compañero se miraron y Elk meneó la cabeza dando a entender que era inútil interrogar más al viejo. No obstante, Ricardo probó de nuevo.

—¿Por qué fue a Horsham esta mañana? —preguntó, y se hubiera podido morder la lengua cuando comprendió su torpeza.

Al instante, el viejo se galvanizó.

—Nunca he ido a Horsham —rugió—. No sé de qué está hablando. No voy a decirle nada. Échelos fuera, Johnson.

Cuando estuvieron de nuevo en la calle, Elk hizo una pregunta.

—No, nunca le había visto beber —dijo Johnson—. Siempre ha sido abstemio en el tiempo que le he conocido. Nunca creí que lograsen hacerle hablar.

—Yo tampoco —declaró Ricardo Gordon; declaración que sorprendió al detective.

Ricardo indicó al otro que se deshiciera de Johnson y, luego de dar las gracias y despedir al caballero filósofo, habló a Elk con tono apremiante.

—Tenemos que poner dos hombres en esta casa inmediatamente. ¿Qué excusa podemos alegar para ponerle detectives a Maitland?

Elk arrugó la frente.

—No sé —confesó—. Tendremos que conseguir una orden judicial antes de arrestarle; podríamos conseguir fácilmente un mandato para registrar la casa; más allá de eso me parece que no podemos pasar, a menos que pida protección.

—Entonces arréstelo —dijo Ricardo prontamente. Elk estaba turbado.

—No es una minucia arrestar a un millonario, capitán Gordon. Me atrevo a decir que es muy sencillo en América y me han dicho que hasta se puede detener al Presidente si se le encuentra una botella en el bolsillo. Aquí es muy distinto.

Cuán diferente era, lo descubrió Ricardo al solicitar los mandatos judiciales. A las cuatro se los entregó el escribiente de un magistrado reacio, y acompañado de funcionarios de policía se dirigió de nuevo al palacio de Maitland.

El criado que los recibió dijo que el señor Maitland estaba echado en la cama y no quería molestarlo. Como prueba, llamó a un segundo criado, que lo confirmó.

—¿Cuál es su habitación? —preguntó Ricardo Gordon—. Soy un funcionario de policía y necesito verle.

—En el segundo piso, señor.

Les condujo a un ascensor que llevó a los cinco al segundo piso. Frente al enrejado del ascensor, veíase una puerta grande, muy bruñida.

—Parece más bien la entrada de un teatro —dijo Elk a media voz.

Ricardo llamó a la puerta. No hubo contestación. Golpeó más fuerte. Tampoco contestaron. Y entonces, ante la sorpresa de Elk, el joven se arrojó contra la puerta con todas sus fuerzas. Oyose el crujir de la madera y la puerta se dividió. Ricardo se quedó en la entrada, paralizado.

Ezra Maitland yacía con medio cuerpo sobre la cama y las piernas colgando. A sus pies, veíase la figura postrada de la vieja, mujer a quien llamaba Matilde. Ambos estaban muertos; y el humo picante de la cordita pendía, formando una nube azul, del techo.

CAPÍTULO XXIX

EL LACAYO

Ricardo corrió al lado de la cama; una mirada a los cuerpos inmóviles le dijo cuanto quería saber.

—Los dos, muertos de un disparo —dijo mirando la delgada nube bajo el techo—. Lo mismo puede haber ocurrido hace horas que hace quince minutos. Ese humo flota horas enteras.

—Detened a todos los criados de la casa —ordenó Elk en voz baja a sus subordinados.

Una puerta conducía a un dormitorio más pequeño, que, evidentemente, ocupaba la hermana de Maitland.

—La pistola fue disparada desde esta entrada —dijo Ricardo—. Probablemente, emplearon un silenciador; lo averiguaremos más tarde.

Examinó el suelo y encontró dos cápsulas vacías de una pistola automática de grueso calibre.

—Mataron a la mujer, naturalmente —dijo hablando consigo mismo—. Temía esto. ¡Si hubiera podido hacer entrar a nuestros hombres!

—¿Esperaba usted que lo asesinaran? —preguntó Elk asombrado.

Ricardo meneó la cabeza afirmativamente. Estaba examinando la ventana de la habitación de la mujer. No estaba ajustada y daba a un estrecho parapeto protegido por una balaustrada baja. Desde allí

podía entrarse a otra habitación del mismo piso, y el asesino no se había preocupado de ocultar que había pasado por allí. La ventana estaba abierta, de par en par, y en el suelo aparecían huellas húmedas. Era un cuarto para invitados, ligeramente sobrecargado de muebles sobrantes que, al parecer, puso allí el ama de llaves en lugar de escoger otro cuarto.

La puerta se abrió de nuevo, al pasillo, y daba frente a una estrecha serie de escalones que conducían a las habitaciones de los criados.

Elk examinó las pisadas sobre la alfombra.

—Arriba, me parece —dijo, y subió seguido de su jefe.

El piso tercero estaba destinado enteramente a la servidumbre y pasó algún tiempo antes que Elk pudiese seguir las huellas que conducían rectas al número 1. Giró el pestillo; el cuarto estaba cerrado con llave. Retrocediendo un paso, levantó el pie y abrió la puerta de una patada. Se encontró en un dormitorio de criado, que estaba vacío. Una ventana de la buhardilla daba a un inclinado tejado de otro parapeto; y, sin un momento de vacilación, salió Ricardo siguiendo el curso del angosto camino. Más adelante, una balaustrada de hierro, que servía de protección, era, evidentemente, una de las vías de escape en caso de incendio. Siguió el «sendero» cruzando tres tejados, hasta llegar a una serie de peldaños de hierro, que bajaban a la azotea de otra casa y a una escalera de seguridad, contra incendios, que tenía una verja; pero la verja que cerraba el paso estaba abierta. Bajó Ricardo corriendo por las estrechas escaleras hasta llegar a un patio rodeado por tres de sus lados de altas paredes y, el cuarto, por la espalda de una casa, al parecer, desocupada; pues las persianas estaban echadas.

En la tercera pared había una verja entornada. Un hombre lavaba un automóvil a doce pasos de donde él estaba, y se dirigieron a él.

—Sí, señor —contestó el lavacoches, limpiándose la frente sudorosa con el dorso de la mano—. Vi salir un hombre hace unos cinco minutos. Era un criado, un lacayo o algo así; no le reconocí, parecía tener prisa.

—¿Llevaba sombrero?

—Sí, señor, creo que sí. Salió por allí —dijo señalando.

Los dos hombres corrieron por la callejuela y, doblando la esquina, entraron en Berkeley Street; y al doblar la esquina, el lavacoches se dirigió a las puertas cerradas del garaje y silbó suavemente. Abriose la puerta poco a poco y salió el señor Josué Broad.

—Gracias —dijo, y un billete nuevo fue a parar a la mano del lavacoches.

Desapareció de la vista antes de que Ricardo y el detective regresaran de su vana persecución.

No había duda en la mente de Ricardo respecto a quién era el asesino. Faltaba uno de los lacayos. Los restantes criados eran individuos respetables, de antecedentes intachables. El séptimo había entrado en la casa al mismo tiempo que el señor Maitland; y aunque usaba librea de lacayo, no tenía, al parecer, experiencia de las obligaciones de un criado. Era hombre malcarado, de parco hablar, y no trababa amistad con sus compañeros; no participaba en sus diversiones ni en sus chismes; nunca se quedaba en la sala de los criados un segundo más de lo necesario.

—Evidentemente, un Rana —afirmó Elk, y se puso muy contento al saber que existía una fotografía del sospechoso.

La fotografía provenía de una broma sin gracia que el más joven de los lacayos había gastado al cocinero. La broma consistía en dejar en el cesto del cocinero una fotografía del feo lacayo; y para este fin, el joven criado había sacado una instantánea.

—¿Le conoce? —preguntó Ricardo mirando el retrato.

Elk asintió con un movimiento de cabeza.

—Ha pasado por mis manos y no creo que tendré dificultad en precisar quién es, aunque de momento no recuerdo el nombre.

Un examen de los archivos, reveló la identidad del individuo y por la noche, una ampliación de la fotografía y su nombre, los alias y las características generales, aparecieron en todos los periódicos de la metrópoli.

Uno de los criados había oído el disparo, pero creyó que era ruido de un portazo; una equivocación perdonable, porque el señor Maitland tenía la costumbre de dar portazos.

—Maitland era un Rana; ya lo creo —informó Elk después de haber visto llevarse el cuerpo al depósito—. Está bien decorado en la muñeca izquierda; sí, ligeramente de lado. Ése es uno de los puntos que nunca me ha aclarado usted, capitán Gordon. Por qué están tatuados en la muñeca izquierda, lo comprendo; pero por qué no está derecha la marca de la rana, no lo he comprendido nunca.

—Éste es uno de los pequeños misterios que no puedo esclarecer hasta que solucionemos los grandes —replicó Ricardo.

El lacayo desaparecido había recibido un telegrama aquella tarde. No recordó Elk este detalle hasta que regresó a Jefatura. Una llamada telefónica a la oficina de telégrafos, trajo una copia del mensaje. Era muy sencillo.

—«Acaba y vete» —eran las tres palabras. El telegrama no estaba firmado. Lo habían depositado en telégrafos a las dos, y el asesino no había perdido tiempo en cumplir las instrucciones.

La oficina de Maitland estaba en manos de la policía y ya se había empezado una inspección sistemática de los libros y documentos. A las siete de aquella noche, se dirigió Elk a Fitzroy Square y Johnson le abrió la puerta. Vio Elk que el pasillo estaba lleno de muebles y cajas de embalajes y recordó que, por la mañana, Johnson le había mencionado que se mudaba y había alquilado un par de habitaciones más baratas en el sur de Londres.

—¿Ya lo tiene todo embalado?

Johnson hizo un signo afirmativo.

—Lamento dejar este sitio —dijo— pero resulta demasiado caro. Creo que nunca lograré encontrar otro empleo, y he de afrontar la nueva situación. Si vivo en Balham, puedo vivir cómodamente. Tengo muy pocos gustos costosos.

—Si los tiene, puede costeárselos —dijo Elk—. Hemos hallado el testamento del viejo. ¡Se lo ha dejado a usted todo!

Quedose Johnson boquiabierto, con los ojos de par en par.

—¿Está usted bromeando? —preguntó.

—Nunca he estado más serio en mi vida. El viejo le ha dejado hasta el último céntimo. Aquí tengo una copia del testamento; pensé que le gustaría verlo.

Abrió su cartera y sacó una hoja de papel de barba; y Johnson leyó:

> «Yo, Ezra Maitland, de la calle Eldor, número 193, en el distrito de Middlesex, declaro ser éste mi último testamento, y formalmente revoco todos los otros testamentos y codicilos anteriores. Lego todas mis propiedades, todas las tierras, casas, escrituras, acciones y valores de toda índole que sea, y todas las joyas, reversiones, carruajes, automóviles, y toda otra propiedad o posesión, absolutamente, a Felipe Johnson, de Fitzroy Square, número 471, Londres, escribiente. Declaro ser el único hombre honrado que jamás ha conocido en mi larga y penosa vida, y le ordeno que se dedique con incesante energía a la destrucción de esa sociedad u organización conocida por los Ranas y que durante veinticuatro años me ha substraído grandes cantidades mediante chantaje».

Lo firmaba una mano familiar a Johnson y atestiguaron dos hombres cuyos nombres conocía.

Sentose y no intentó hablar durante un largo tiempo.

—Leí lo del asesinato en el periódico de la noche —dijo al cabo de un rato—. A decir verdad, he ido a la casa, los policías me remitieron a usted y yo sabía que usted estaba demasiado ocupado para que le molestaran. ¿Cómo lo mataron?

—De un balazo —dijo Elk.

—¿Han detenido al asesino?

—Lo detendremos por la mañana —contestó Elk confidencialmente—. Ahora que hemos detenido a Balder, nadie

podrá avisar a los hombres que buscamos.

—Es terrible —dijo Johnson tras una pausa—. Pero esto —miró el testamento—, esto me ha dejado pasmado. No sé qué decir. ¿Dónde lo hallaron?

—En uno de los cajones del escritorio.

—Ojalá no lo hubiese hecho —dijo Johnson, con énfasis—. Me refiero a dejarme su dinero. Detesto la responsabilidad. Yo soy, por temperamento, inepto para dirigir un gran negocio… ¡Ojalá no lo hubiese hecho!

—¿Cómo recibió la noticia? —preguntó Ricardo cuando Elk hubo vuelto.

—Está muy asustado por la responsabilidad. Pobre diablo, me dio lástima; nunca creí que sentiría yo lástima por un hombre que hereda una fortuna. Se disponía a mudarse a una casa más barata cuando llegué. Supongo que no querrá ir a la mansión del Príncipe de Caux. Este cambio de fortuna de Johnson cambiará el futuro de Raimundo Bennett; ¿no le parece así, capitán Gordon?

—He pensado en esa posibilidad —contestó Ricardo brevemente.

Celebró una entrevista aquella tarde con el Fiscal con respecto a Balder. Y aquel sabio caballero le repitió sus propios temores.

—No veo cómo vamos a conseguir un veredicto de asesinato contra ese hombre, aunque está tan claro como la luz del día que envenenó a Mills y es responsable de la fechoría de la bomba. Pero no puede colgarse a un hombre por sospechas, aunque no quepa la menor duda de la sospecha. ¿Cómo cree usted que mató a Mills?

—Mills tenía un resfriado —explicó Ricardo—. Había estado tosiendo durante todo el trayecto en el coche y pidió a Balder que cerrase la ventana de la habitación, Balder cerró, evidentemente, o casi cerró la ventana, y es probable que diese una pastilla de cianuro a Mills, diciéndole que era buena para el resfriado. Era cosa bastante natural el que Mills tomase e ingiriese la pastilla; eso es, estoy seguro, lo que sucedió. Registramos la casa de Balder en Sough y hallamos un juego de llaves duplicado, incluso una de la caja

de caudales de Elk. Balder llegó temprano y colocó la bomba, sabiendo que Elk y yo abriríamos las maletas aquella mañana.

—Y ayudó a Hang a fugarse —dijo el fiscal.

—Eso fue mucho más sencillo —explicó Ricardo—. Deduzco que el inspector que fue visto que salía a las dos y media, era Hang. Cuando Balder entró en la celda para hacerle al preso compañía, debía de llevar el uniforme puesto debajo del otro traje, y las esposas y los llavines. No se le registró, de lo cual soy yo tan responsable como Elk. El principal peligro que teníamos que temer de Balder, provenía de su proximidad a nosotros y podía comunicar inmediatamente a su jefe cualquier movimiento nuestro. Se llama Kramer y es lituano de nacimiento. Le expulsaron de Alemania a la edad de dieciocho años por sus actividades revolucionarlas; y vino a este país dos años después, ingresando en la policía.

»Cuando entró en contacto con los Ranas, no lo sé, pero está muy claro, según datos recogidos, que el individuo ha estado mezclado en diversas operaciones ilegales durante muchos años. Temo que tenga usted razón respecto a Balder; será enormemente difícil condenarle hasta que hayamos detenido al Rana mismo.

—¿Y detendrán al Rana, cree usted?

Ricardo Gordon sonrió enigmáticamente.

No había noticias frescas del asesinato de Maitland y de su hermana, y aprovechó la oportunidad que la calma del asunto le daba. Elisa Bennett estaba en el huerto ocupada en la prosaica tarea de coger patatas cuando apareció Ricardo. Y corrió hacia él, quitándose los guantes de cuero.

—Qué sorpresa más agradable —dijo, sonrojándose al notar que estaba demasiado entusiasmada—. Pobre hombre, debe usted estar pasando unos días horribles. Vi el periódico esta mañana. ¿No es horroroso lo del señor Maitland? Estuvo aquí ayer por la mañana.

Ricardo movió la cabeza afirmativamente.

—¿Es verdad que el señor Maitland ha dejado todo su dinero al señor Johnson? ¿No es eso espléndido?

—¿Le gusta a usted Johnson? —preguntó él.

—Sí, es un hombre muy simpático —contestó ella moviendo la cabeza—. No sé gran cosa de él; en realidad, no le he visto más que una o dos veces, pero fue muy bueno con Raimundo y le salvó de muchos disgustos en la oficina. Ahora que es rico, ¿inducirá a Raimundo a que vuelva a la casa Maitland?

—No sé si la inducirá a usted… —Se calló.

—¿A mí, a qué? —preguntó ella, sorprendida.

—A Johnson le gusta usted; nunca lo ha ocultado, y es un hombre muy raro. No es que yo crea que eso le haga cambiar a usted —añadió apresuradamente—. No soy un millonario, pero tengo una posición desahogada.

Los dedos de su mano apretaron fuerte los de él y, luego, de repente, se soltaron.

—No sé —dijo, y se apartó un poco—. Papá dijo… —titubeó un momento—. No creo que le gustaría a papá. Él opina que hay demasiada diferencia en nuestra posición social.

—¡Tonterías! —exclamó Ricardo.

—Y hay algo más. —Tuvo que hacer un esfuerzo para decirle lo que ese algo era—. No sé lo que hace papá para ganarse la vida, pero es… trabajo del que no quiere jamás hablar; algo que considera deshonroso.

Les últimas palabras fueron pronunciadas con voz tan queda, que Ricardo apenas las oyó.

—¿Y si yo supiese lo peor respecto a su padre? —preguntó tranquilamente, y ella retrocedió un paso mirándole con las cejas fruncidas.

—¿Lo dice de verdad? ¿Qué es, Ricardo?

—Tal vez lo sepa o no —dijo meneando la cabeza—. No es más que una suposición fantástica. Pero no ha de decirle que yo lo sé ni que lo sospecho. ¿Hará el favor de hacer eso por mí?

—Y el saber eso, ¿le haría a usted cambiar de… parecer?

—De ningún modo.

Había ella arrancado una flor y estaba deshojando pétalo tras pétalo absorta.

—¿Es alguna cosa muy terrible? —preguntó con ansiedad—. ¿Ha cometido un crimen? No, no me lo diga.

Una vez más hallose Ricardo a su lado, con el brazo sobre el hombro de la chica y una mano bajo la deliciosa barbilla.

—¡Vida mía! —murmuró el joven teniente fiscal, y olvidó que existían cosas tales como asesinatos y Ranas en el mundo.

Juan Bennett se puso contentísimo de verle, ansioso como estaba de anunciar su triunfo. Tenía un cajón lleno de recortes de prensa titulados «Maravillosos estudios de la Naturaleza. Notabilísimas fotografías de un aficionado» y otros, igualmente lisonjeros. Y habíale llegado un cheque que le dejó con la boca abierta.

—Esto significa… no sabe usted lo que esto significa, señor Gordon —dijo—. Cuando aquel hijo mío siente la cabeza y vuelva a casa, se va a divertir todo lo que quiera. Está en la edad en que la mayoría de los muchachos son tontos; lo que se llama la edad de la fanfarronería. A veces termina en unos cuantos chichones y en la introspección; a veces, en la clase de vida que a un hombre no le gusta recordar. Raimundo ha tomado, probablemente, la línea de conducta menos mala.

Era un alivio oír el hombre hablar así. Ricardo pensaba siempre de Raimundo Bennett, como de uno que ha cometido un pecado imperdonable.

—El año que viene, por este tiempo, seré un artista rico —dijo Juan Bennett, que parecía diez años más joven.

Ofreciole Ricardo llevarle en su coche a Londres, pero no quiso ni siquiera oírlo. Tenía que hacer una visita en Dorking. Al parecer, recibía correspondencia dirigida a él en aquella ciudad —súpolo Ricardo por la muchacha— concerniente a sus misteriosas desapariciones, salió Ricardo de Horsham con el corazón más alegre que cuando fue a aquel pueblecito, y estaba de humor para animar al inspector Elk y sacarle del estado sombrío en que había caído desde que descubrió que no había suficientes pruebas para colgar a Balder.

CAPÍTULO XXX

LOS VAGABUNDOS

Luis Brady estaba sentado, desolado, en el bonito salón de Lola Bassano; era imposible imaginarse figura más incongruente en aquel delicado marco. Una barba de una semana habíale convertido en un tipo repulsivo, de aspecto de bandolero; y la ropa vieja y sucia, las botas descoloridas y rotas, y la camisa mugrienta, no menos que su aspecto personal de suciedad, hacían de él una cosa repugnante.

Eso pensaba Lola, contemplándole con ansiedad, con presagio de calamidades en el corazón.

—He terminado con el Rana —gruñó Brady—. Paga: ¡naturalmente que paga! Pero ¿cuánto tiempo va a durar? ¡Tú me metiste en esto! —La miró furioso.

—Te metí en esto cuando tú querías meterte en algo —dijo ella tranquilamente—. Tú no puedes vivir toda tu vida de mis ahorros. Luis, y ya era hora de que ayudaras en algo.

Jugueteaba con un sello de plata, con los ojos bajos y lúgubres.

—Balder está detenido y el viejo, muerto —dijo—. Ellos son los peces gordos. ¿Qué esperanzas tengo yo?

—¿Qué instrucciones tenías, Luis? —preguntó ella por vigésima vez aquel día.

Luis meneó la cabeza.

—No quiero arriesgarme, Lola. No me fió de nadie, ni siquiera de ti.

Sacó un frasco del bolsillo y lo examinó.

—¿Qué es eso? —preguntó ella con curiosidad.

—Una droga.

—¿Forma eso parte de las instrucciones también?

Luis movió la cabeza afirmativamente.

—¿Vas con tu nombre?

—No —contestó ásperamente—. No preguntes nada. No voy a decirte nada, ¿lo oyes? Este viaje va a durar una quincena y cuando termine, terminaré con el Rana.

—El muchacho… ¿va contigo?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Debo encontrarme con alguien en cierto sitio; y eso es todo. Miró el reloj y se levantó con un gruñido. —Es la última vez que me sentaré en un salón decente, durante quince días—. La saludó con un brusco movimiento de cabeza y se dirigió a la puerta.

Había una entrada para el servicio, una galería a la que se llegaba, por la cocina; bajó las escaleras sin ser visto y desapareció en la noche.

Cuando llegó a Barnet, era oscuro; le dolían los pies. Había sufrido la indignidad de ser echado de la acera por un policía, a quien podría haber dado una paliza con una sola mano; y maldecía al Rana a cada paso que daba. Todavía le quedaba una larga caminata por delante después que se alejara de Barnet; y no antes que el reloj del pueblo tocase las once, llegó hasta donde había una persona sentada a un lado de la carretera, apenas visible a la pálida luz de la luna y reconocible sólo cuando habló.

—¿Es usted? —preguntó una voz.

—Sí, soy yo. Es usted Carter, ¿verdad?

—¡Cielo santo! —exclamó Raimundo, al reconocer la voz—. ¡Luis Brady!

—¡Nada de eso! —Gruñó el otro hombre—. Me llamo Phenan. Usted, Carter. Sentémonos un rato, Estoy rendido.

—¿De qué se trata? —preguntó el joven cuando se sentaron.

—¿Cómo diablos voy a saberlo yo? —contestó el otro furioso, al tiempo que se quitaba las botas suavemente y se frotaba los pies heridos.

—No tenía idea de que era usted —dijo Raimundo.

—Yo sí sabía que era usted —afirmó el otro.

Al cabo de un rato, había descansado lo suficiente para continuar la marcha.

—Hay un granero que pertenece a un tendero en el pueblo próximo. Nos dejará dormir allí por unos céntimos.

—¿Por qué no tomamos una habitación?

—No sea necio —dijo Luis—. ¿Quién va a alojar a un par de vagabundos? Nosotros sabemos que estamos limpios, pero ellos, no. No, tenemos que ir como los vagabundos.

—¿Adónde? ¿A Nottingham?

—No sé. Si le dijeron a Nottingham, yo diría que será ése el último sitio del mundo adonde iremos. Tengo un sobre sellado en el bolsillo. Lo abriré cuando lleguemos a Baldock.

Durmieron aquella noche en el granero, que era un cobertizo batido por los vientos, poblado, al parecer, de pollos y ratas. Pasó Raimundo la noche sin poder descansar, pensando con anhelo en su pequeña cama de Villa Maytree Cosa extraña, no pensó en el piso señorial de Knightsbridge. Llovió al día siguiente y no llegaron a Baldock hasta el atardecer, sentado al abrigo de un seto, abrió Brady el sobre y leyó el contenido mientras su compañero le observaba anhelante.

> «De Baldock tome el primer tren para Bath. Luego, por carretera, a Gloucester. En el pueblo de Laverstock revelará a Carter que está usted casado con Lola Bassano. Debe llevarle al “León Rojo” para este fin y decírselo de la manera más ofensiva posible para provocar una riña, pero bajo ninguna circunstancia permitirá que se separe de usted. Siga al bosque de Ibbley. Encontrará un espacio abierto cerca de los tres

> árboles muertos y allí se detendrá, se retractará de lo de casado con Lola, y le pedirá disculpa. Lleva usted un frasco de "whisky"; debe usted mezclar el "whisky" y el narcótico en ese lugar. Una vez esté dormido, se dirigirá usted a Gloucester, a la calle Hendry, número 289, donde hallará una muda completa de ropa. Allí se afeitará y regresará a Londres con el tren de las 2:19».

Releyó palabra por palabra y sílaba por sílaba, hasta que se empapó bien de los detalles Luego, encendió un fósforo, prendió fuego al papel y lo vio quemarse.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó Raimundo.

—Igual que las suyas, me imagino. ¿Qué hizo con las suyas?

—Las quemé. ¿Le dice adónde hemos de ir? —Vamos a tomar la carretera de Gloucester; ya me lo figuraba. Eso significa marchar a campo traviesa hasta llegar a la carretera de Bath. Podemos tomar un tren hasta Bath.

—¡Gracias a Dios por eso! —exclamó Raimundo con fervor—. No me siento con ánimos para dar un solo paso.

A las siete de aquella noche, dos vagabundos bajaron de un vagón de tercera en la estación de Bath. Uno, el más joven, cojeaba un poco, y se sentó en un banco de la estación.

—Vamos, no puede quedarse ahí —dijo el otro rudamente—. Encontraremos una cama en el pueblo. Hay un refugio del ejército de Salvación por alguna parte en Bath.

—Espere un momento —dijo el otro—. Estoy tan molido de estar sentado en ese vagón infernal, que apenas puedo moverme.

Se habían cambiado al tren de Londres en Reading y los pasajeros bajaban al metro. Raimundo les miraba con envidia. Tenían hogares adonde ir y camas limpias y cómodas para dormir. El pensar en ello le producía dolor. De pronto vio una figura y se echó hacia atrás: un hombre alto y anguloso, que llevaba una caja pesada en una mano y un maletín en la otra.

Era su padre.

Juan Bennett bajó los escalones, lanzando una mirada casual a los dos vagabundos repulsivos, sin soñar que uno era el hijo cuyo futuro planeaba en aquel momento.

Juan Bennett pasó una noche desagradable y una madrugada peor. Recogió el aparato fotográfico donde lo había dejado, en una taberna de las afueras del pueblo, y ajustando las correas, se echó la caja a la espalda y con el maletín en la mano, echó a andar carretera adelante. Un guardia le miró con desaprobación al pasar, indeciso de si pararlo o no, pero se abstuvo. La fuerza y vitalidad de aquel hombre de pelo gris eran notables. Subió la cuesta sin aflojar el paso y llegó a la cima de la colina; luego, avanzó por el blanco camino cortado al borde. A sus pies, extendíanse las praderas de Somerset, vastos campos moteados de rebaños, el brillar de luces donde el río torcía; sobre su cabeza, un cielo azul, blanco, abigarrado acá y acullá. Andando, desaparecieron el peso y el dolor que atormentaban su corazón; todo cuanto era alegría y felicidad en la vida, acudió a él. Se llevó la mano al bolsillo del chaleco, mecánicamente; estaban allí los preciosos recortes de prensa que se trajo del pueblo y que había leído y releído durante las desveladas horas de la noche.

Pensó en Elisa y en todo lo que Elisa significaba para él; y en Ricardo Gordon. Hízole esto estremecerse y volvió a la alegría de sus películas. Alguien le había dicho que por allí había tejones. Un pasajero del tren había hallado un verdadero paraíso para el amante de la naturaleza, y hacia este lugar de belleza se encaminaba con la ayuda de un mapa comprado la noche antes.

Otra hora de marcha le llevó a un valle poblado de árboles y, al consultar el mapa, vio que había alcanzado su objetivo. Comprobó ser verdad lo que su amigo del tren le dijera. Vio que un armiño perseguía a un conejo aterrorizado; un halcón giraba haciendo círculos sin cesar. A poco halló lo que buscaba, la entrada, astutamente escondida, de una madriguera de tejón.

Durante los años que había practicado su diversión favorita, había vencido muchas dificultades y aprendido mucho. Y la

experiencia del fracaso habíale enseñado algo en el arte de ocultarse. Tardó bastante rato en colocar y esconder el aparato en unos arbustos de laurel silvestre, y aun así fue necesario tomar la película desde muy lejos, pues es el tejón el más tímido de su género. Había pequeñuelos en el cubil —vio pruebas de ello—; y un tejón joven es doblemente tímido.

Había cambiado el dispositivo de rodar la máquina por uno eléctrico; permitíale ello trabajar con mayor seguridad. Desenrolló la larga cinta y la tendió a todo lo largo, colocándose a ochenta metros de distancia. Quitose la americana, que le hizo de almohada sobre la cual descansó el brazo, y puso los prismáticos al alcance de la mano.

Hacía media hora que esperaba cuando creyó ver un movimiento en la boca de la madriguera, y pausadamente enfocó los lentes. Era la punta de una nariz negra lo que vio y se preparó para poner en marcha el aparato. Cinco, diez, quince minutos transcurrieron, pero no hubo más movimiento en la madriguera, y, en un sentido vago, Juan Bennett se alegraba, pues el calor del día, más el cansancio y su posición cómoda, le produjo una rara sensación de comodidad y bienestar. La lánguida y vaga sensación de bienestar que le envolvía como una niebla, volviose más intensa, hasta borrar todo sonido y todo lo visible.

Juan Bennett se quedó dormido, y durmiendo, soñó con el éxito y la paz y la libertad de todo cuanto le había destrozado el corazón y secado las fuentes de la vida en su ser. En sueños, oyó voces y un sonido penetrante cual el de un disparo. Pero sabía que no era un disparo y se estremeció. Conocía aquel «disparo» y en su sueño, cerró las manos convulsivamente. El arranque eléctrico aún estaba en sus manos.



A las nueve de aquella mañana, llegaron a Laverstock dos vagabundos, cojeando uno más que el otro. El más alto y fornido de los dos se detuvo a la puerta del «León Rojo», y su propietario hostil

les miró por encima de la cortina que daba a los parroquianos del bar un ambiente de retiro o reservado.

—Entra —gruñó Luis Brady.

Raimundo le siguió contento. El cuerpo voluminoso del propietario cerraba la entrada del bar.

—¿Qué queréis?

—Quiero una copa.

—No hay bebidas gratis en esta parroquia —declaró el propietario mirando al cliente poco prometedor.

—¿De dónde ha sacado eso de «bebidas gratis»? —Gruñó entre dientes Luis—. Mi dinero es tan bueno como el de otro cualquiera, ¿no es verdad?

—Sí se ha adquirido honradamente —dijo el tabernero—. Veámosle la cara.

Luis sacó un puñado de plata y el dueño del «León Rojo» les abrió el paso.

—Entrad —dijo—, pero no toméis mi bar por casa vuestra. Podéis beber vuestra copa y marcharos.

Luis refunfuñó y el tabernero sirvió dos vasos de «whisky».

—A su salud, Carter —dijo Luis, y Raimundo se tragó el ardiente «whisky» y medio se ahogó.

—Me gustaría volver allá —dijo Luis en voz baja—. Todo está muy bien para vosotros, los que sois solteros, pero este caminar de vagabundo es duro para los que tenemos mujer; aunque las mujeres no sean todo lo que deban ser.

—No sabía que era casado —dijo Raimundo, ligeramente interesado.

—Hay muchas cosas que usted no sabe —contestó el otro, desdeñoso—. Naturalmente que estoy casado. Se lo dijeron a usted una vez y no tuvo sesos para creerlo.

Raimundo le miró boquiabierto.

—¿Se refiere a lo que dijo Gordon?

El otro asintió.

—¿Quiere decir que Lola es su esposa?

—Naturalmente que es mi esposa —contestó Luis, fríamente—. No sé cuántos maridos ha tenido, yo soy el actual.

—¡Dios mío! —exclamó Raimundo.

—¿Qué le pasa? Y no ponga esa cara —dijo Luis malignamente —. No le censuro el enamorarse de ella. Me gusta que la gente admire a mi mujer, aunque sean chiquillos como usted.

—¡Su esposa! —repitió Raimundo. No podía creer que Luis dijera la verdad—. ¿Es ella… es ella un Rana?

—¿Por qué no? —preguntó Brady—. Y no levante la voz. Ese viejo gordo de detrás del mostrador está escuchando. Desde luego, ella es un Rana y una criminal. Todos somos criminales. También usted es un criminal. Eso es lo que tiene Lola; le gusta la gente del hampa. Tal vez, tendrá usted más probabilidades, después que haya hecho una faena o dos…

—¡Canalla! —Silbó Raimundo, y le asestó un puñetazo en plena cara.

Antes que Luis Brady pudiera ponerse en pie, el tabernero se interpuso.

—¡Fuera los dos! —rugió, y corriendo hacia la puerta soltó una media docena de adjetivos. Volvió a tiempo de ver a Luis Brady de pie, mirando furioso al otro.

—Un día de éstos la pagará, señor Carter —dijo—. Le ajustaré las cuentas.

—¡Y yo se las ajustaré a usted! —gritó Raimundo furioso, y en ese momento, el fornido tabernero le agarró del brazo y le arrojó a la calle.

Esperó que Brady saliese.

—He acabado con usted —dijo. Tenía la cara blanca y la voz temblorosa—. He acabado con todos ustedes. Yo me vuelvo.

—Usted no regresa —dijo Luis—. Escuche, muchacho, ¿qué es lo que le pone loco? Tenemos que seguir hasta Gloucester y, ya que estamos, mejor será terminar la faena. Y si no quiere estar conmigo después de eso… pues, puede marcharse si quiere.

—Yo me voy solo —anunció Raimundo.

—No sea necio —dijo Luis Brady, agarrándolo del brazo.

—No le creo —dijo Raimundo Bennett. Fueron las primeras palabras que pronunció media hora después de salir del «León Rojo»—. ¿Por qué razón mintió usted?

—Yo no podía aguantar más su mal humor; ésa es toda la verdad, Raimundo. Ya estaba harto. Tenía que ponerle furioso, sino me hubiera vuelto loco.

—¿Pero es verdad lo de Lola?

—Desde luego que no —mintió Brady con desdén—. ¿Cree que ella querría saber algo de un sujeto como, yo? No es probable. Lola es una buena chica. Olvide lo que he dicho, Raimundo.

—Ya se lo preguntaré. Ella no me mentirá —dijo el muchacho.

—Naturalmente que no le mentirá a usted —asintió el otro.

Acercábanse al punto de cita, al valle arbolado entre las colinas; y sus ojos buscaron los tres troncos blancos que el rayo había derribado. Al poco, los vio.

—Vamos allá y se lo contaré —dijo—. No voy a caminar mucho más hoy. Tengo los pies hechos una llaga viva.

Avanzó por entre los árboles y poco después se detuvo.

—Siéntese aquí, muchacho —dijo—. Echemos un trago y fumemos un cigarrillo.

Raimundo se sentó con la cabeza entre las manos, en actitud tan sumamente desdichada, que otro cualquiera que no hubiese sido Luis Brady se hubiera apiadado de él.

—La verdad es —empezó Luis pausadamente— que Lola le aprecia, muchacho.

—¿Entonces por qué me dijo aquello? ¿Quién anda por aquí? —dijo, mirando a su alrededor.

—¿Quién es? —preguntó Luis. También tenía los nervios de punta.

—Me pareció oír como si alguien anduviera por ahí.

—Se rompió una ramita. Algún conejo; hay millares por aquí —dijo Luis—. No, Lola es una buena chica. —Sacó del bolsillo un frasco—. Es una buena chica —repitió— y ojalá sea siempre así.

Llenó el recipiente de metal y miró el resto de la botella.

—Voy a beber a su salud. No beba usted primero.

Raimundo meneó la cabeza.

—No me gusta esa bebida —dijo.

El otro se echó a reír.

—Para un individuo que ha pasado todas estas noches perras, es una manera divertida de tomar las cosas —dijo—. Si no puede con dos gotas de «whisky» a la salud de Lola, es usted un pobre…

—¡Démelo! —Raimundo le arrebató el vaso, pero derramó una porción y después de beberse el contenido de un trago, le tiró el recipiente de metal a su compañero.

—¡Uf! No me gusta ese «whisky». Y creo que ninguna clase de «whisky». No hay nada más difícil que fingir que a uno le gusta beber.

—Creo que a nadie le gusta al principio —indicó Luis.

Observaba a su compañero vivamente.

—¿Adónde iremos después de Gloucester? —preguntó Raimundo.

—A ninguna parte. Nos quedaremos allí un día; cambiaremos de ropa y regresaremos.

—Es una idea estúpida —observó Raimundo Bennett, bostezando —. ¿Quién es este Rana, Luís? —Volvió a bostezar y se echó sobre la hierba con las manos bajo la cabeza, de cara al cielo.

Luis Brady vació el resto del contenido del frasco sobre la hierba, y se dirigió adonde el muchacho dormía.

—¡Eh, levántese! —dijo.

No hubo contestación.

—¡Levántese!

Con un gemido, Raimundo se volvió, con la cabeza en los brazos y no volvió a moverse. Un súbito recelo asaltó a Luis Brady. ¿Y si estuviese muerto? Tornose lívido al pensarlo. Aquella riña, dispuesta tan hábilmente por el Rana, sería suficiente para condenarle. Se sacó el frasco del bolsillo y lo puso en el de la americana del

durmiente. De pronto oyó un ruido y al volverse, vio que un hombre le observaba. Luis se quedó mirando, abrió la boca para hablar y:

—«¡Pop!».

Vio la chispa de la llama antes de que la bala le tocase. Trató de abrir la boca para hablar y:

—«¡Pop!».


BOC
QUET

Luis Brady estaba muerto antes de tocar el suelo.

El hombre quitó el silenciador de la pistola, se dirigió pausadamente adonde Raimundo Bennett dormía y le puso la pistola al lado de la mano. Luego volvió el cuerpo del muerto y le miró la cara. Le metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó un puro y lo encendió. Le gustaba fumar puros, especialmente ajenos… Luego, sin prisas, regresó por donde había venido, salió a la carretera tras un cuidadoso reconocimiento y llegó al automóvil que había dejado junto a la carretera.

Dentro del coche, aguardaba un joven sentado, de ojos vidriosos, mirando el vacío. Llevaba un traje disforme y un lado del cuello sin abrochar.

—¿Conoces este sitio, Guillermo?

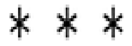
—Sí, señor. —La voz era gutural y ronca—. El bosque de Ibbley.

—Acabas de matar a un hombre; le pegaste un par de tiros, como dijiste en tu confesión.

El joven idiota asintió con un movimiento de cabeza.

—Le maté porque le odiaba —dijo.

El Rana movió la cabeza obedientemente y subió al asiento del conductor…



Juan Bennett se despertó sobresaltado. Miró con sonrisa triste el botón del timbre que tenía en la mano y comenzó a enrollar la cinta. Poco después, llegó al arbusto donde el aparato estaba oculto y vio, con espanto, que el indicador señalaba la pérdida —pues pérdida era— de quinientos pies de película. Contempló la madriguera del tejón con rabia; y como en son de burla, reapareció la punta de una nariz negra. Más allá, vio a dos hombres, echados sobre la hierba, ambos dormidos y, ambos, al parecer, vagabundos.

Llevó la máquina adonde había dejado la americana, se la puso, se echó la caja a la espalda y partió para el pueblo de Laverstock, donde si su reloj iba bien, podría tomar el tren local que le llevaría a

Bath a tiempo para hacer el trasbordo al expreso de Londres; y andando, calculó su pérdida.

CAPÍTULO XXXI

LA COMPAÑÍA DE PRODUCTOS QUÍMICOS

Elk había prometido comer en el Club de Gordon. Ricardo le esperó veinte minutos más de la hora fijada y Elk no había telefoneado ni aparecía. A los veinticinco minutos llegó corriendo.

—¡Dios santo! —exclamó, mirando el reloj—. No tenía idea de que era tan tarde, capitán. Tengo que comprarme un reloj.

Entraron en el comedor y le pareció a Elk que entraba en una iglesia; tal era la solemne dignidad de la majestuosa sala y el silencio que reinaba.

—Ciertamente le da ciento y raya a Heron en cuanto a decoro.

—Sí, esto es un poco más tranquilo. ¿Qué le ha entretenido, Elk? No me quejo, pero cuando se retrasa usted me preocupo por si le ha sucedido algo.

—No me ha ocurrido nada —dijo Elk sonriendo amablemente a un camarero—. Sólo que hemos realizado unas pesquisas en Gloucester. Creí que habíamos tropezado con otro caso de Ranas, pero los dos hombres en cuestión no tenían los tatuajes de la Rana.

—¿Quiénes son?

—Phenan es uno; es el muerto.

—¿Un asesinato?

—Eso creo —dijo Elk, trinchando una sardina—. Creo que estaba completamente muerto cuando le hallaron en el bosque de Ibbley. Detuvieron al compañero: estaba borracho. Al parecer, habían estado en Laverstock y tuvieron una pelea en la taberna del «León Rojo». Informaron a la policía y ésta telefoneó al pueblo próximo diciendo que no perdieran de vista a los dos sujetos; pero no pasaron por el pueblo y entonces mandaron un motociclista a buscarlos, pues ha habido uno o dos robos de pisos en aquella vecindad.

—¿Y los encontraron?

Elk meneó la cabeza afirmativamente.

—Un hombre muerto y el otro encerrado. Por lo visto riñeron y el caballero borracho le pegó dos tiros al otro. Ambos son vagabundos o de la familia. Se ha comprobado que venían de Gales. Durmieron en Bath aquella noche, en el alojamiento de Rooney; es todo lo que se sabe de ellos. Carter es el asesino; se lo han llevado a la cárcel de Gloucester. Es un caso muy sencillo y la policía de Gloucester se sonrió con desdén de la idea de pedir la intervención de Jefatura. De todos modos, es un crimen que está al nivel intelectual de la policía de provincias.

—En estos momentos —dijo Ricardo— la policía de provincias hace comentarios muy desagradables acerca de nuestra inteligencia.

—Que los hagan —burlose Elk—. Esa gente tiene ciertamente derecho a sus placeres simples y seré yo el último en negárselos. He visto a Juan Bennett hace un rato; esta vez en Paddington. Siempre me lo tropiezo por las estaciones.

»No hay duda de que ese hombre viaja. Llevaba su vieja máquina fotográfica. Esta vez le hablé. Estaba muy afligido; se durmió, y mientras dormía, puso la marcha y desperdició una fortuna en película. Pero está satisfecho de sí mismo de la nueva caja de caudales que me han traído; un artículo acerca de sus fotografías. Parece ser que va a tener éxito.

—Sinceramente lo deseo —dijo Ricardo quedamente, y un algo en su tono hizo alzar la vista a su invitado.

—Lo cual me recuerda que recibí una nota del amigo Johnson, preguntándome si sabía las señas de Raimundo Bennett. Dice que fue al club de Heron, pero Raimundo no había ido por allí desde hace días. Quiere darle un empleo. Un cargo importante. Johnson tiene cosas muy espléndidas.

—¿Le dio las señas?

Elk asintió con la cabeza.

—Le di las señas y fue a ver al vagabundo, no está en Londres; se marchó hace días y no es probable que vuelva antes de una quincena. Sería mala suerte si perdiese este empleo. Creo que Johnson estaba algo enojado por la conducta del joven Bennett; no parece guardarle rencor. Tal vez otra influencia presiona —dijo significativamente.

Ricardo sabía que se refería a Elisa, pero no comentó la alusión.

Pasaron al salón de fumar y mientras Elk fumaba voluptuosamente uno de los mejores cigarros de su anfitrión, Ricardo escribió una nota breve a la muchacha que había tenido en sus pensamientos todo el día. Era una nota innecesaria, como tales epístolas suelen ser; pero podía haber servido de excusa la noticia que había recibido de Elk aunque, por algún motivo, no pensara en ello hasta que la carta estuvo terminada y sellada. Al volverse hacia su compañero, Elk expuso una opinión.

—Mandé a un hombre para que viera unos laboratorios de productos químicos. Es una compañía ficticia; no llegan a una docena los que trabajan y eso, de vez en cuando. Pero posee una instalación eléctrica muy potente. Es una antigua fábrica de gases venenosos. La compañía actual la compró por una bicoca, y dos pájaros que tenemos detenidos fueron los compañeros nominales.

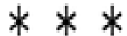
—¿Dónde está? —preguntó Ricardo.

—Entre Newbury y Didcot. Averigüé con interés lo que había por una razón muy curiosa. Parece que la fábrica tenía el contrato, cuando la controlaba el gobierno, de contribuir con una cantidad anual al cuerpo de bomberos de Newbury; y al hacerse cargo de la fábrica la compañía también se hizo cargo del contrato que ahora

tratan de eludir pues la cantidad es importante. Notificaron al cuerpo de bomberos de Newbury que borraban la fábrica de la lista, pero los de Newbury, que tienen una ganga y perdieron dinero en el contrato anterior, se niegan a cancelar el contrato actual, que aún correrá por tres años más.

Ricardo no estaba interesado lo más mínimo en la disputa entre la fábrica de productos químicos y el cuerpo de bomberos. Más adelante, tuvo motivo, para estar contento de que la conversación hubiera tomado derrotero tan prosaico; pero esto no podía preverlo.

—Sí, muy notable —dijo distraído.



Una quincena después de la desaparición de Raimundo Bennett, Elk aceptó la invitación del americano, a comer, porque había surgido en la mente de Elk cierta duda acerca de Josué Broad; duda, que deseaba aclarar.

Broad estaba esperando al detective, cuando llegó y éste, para quien el tiempo no tenía particular importancia, llegó diez minutos tarde.

—La una y diez —dijo Elk—. No logro ser puntual. Están muy apurados en mi oficina a causa y no me extraña. El otro día leí en un periódico que tiene algo que va mal y ni el cerrajero sabe lo que es.

—¿No puede abrirla?

—Justo. No puedo abrirla y tengo que sacar hoy algunos papeles muy importantes —dijo Elk—. Cuando venía, me preguntaba si, teniendo, como usted tiene, tan gran experiencia de las prácticas criminales, sabe cómo podría abrirse; exige un verdadero ingeniero y, si no recuerdo mal, ¿usted me dijo que lo era, señor Broad?

—Su memoria está equivocada —contestó el otro tranquilamente desdoblando la servilleta y mirando al detective con una sonrisa en los ojos—. Abrir cajas de caudales no es mi profesión.

—Jamás pensé que lo fuese —dijo Elk alegremente—. Pero siempre he tenido la impresión de que los americanos son mecánicos

más hábiles que los de este país y creí que podría, darme un consejo.

—Tal vez le presente a mi ladrón favorito —contestó Broad gravemente, y ambos se echaron a reír—. ¿Qué piensa usted de mí? —preguntó el americano de sopetón—. No espero su opinión sobre mi persona, antecedentes ni actividades, pero ¿qué cree que mato el tiempo en Londres, sin hacer nada más que labor de aficionado de detective?

—No he pensado mucho en usted —dijo Elk poco veraz—. Siendo un americano, espero que se salga de lo ordinario…

—Adulador —murmuró el señor Broad.

—No llegaría al extremo de adularle —protestó Elk—. La adulación me repugna de todos modos.

Abrió un periódico de la noche que se había traído.

—¿Busca esos anfibios sin cola?

—¿Qué? —Elk levantó la vista intrigado.

—Ranas —explicó el otro.

—No, no busco precisamente Ranas, aunque tengo entendido que algunos de ellos me andan buscando. En realidad, hay muy poco en el periódico respecto a esos interesantes animales, pero ¡habrá!

—¿Cuándo?

La pregunta parecía un reto.

—Cuando cojamos al Rana Número uno.

El señor Broad partió un panecillo con la mano. —¿Cree usted que cogerá al Número Uno antes que yo?— preguntó tranquilamente, y Elk le miró por encima de las gafas.

—He estado pensando en eso mucho tiempo —dijo; y durante un segundo se contemplaron mutuamente.

—¿Cree usted que yo lo cogeré? —preguntó Broad.

—Si todos mis cálculos y suposiciones son lo que deben ser, creo que sí —dijo Elk, y de repente enfocó su atención en un párrafo—. Rápido —dijo—. En ese respecto, somos más duchos que los americanos.

—¿En qué respecto? —preguntó Broad—. Soy lo bastante cosmopolita para convenir en que hay muchas cosas que en Inglaterra se hacen mejor que en América.

Elk miró el techo.

—¿Quince días? —dijo.

—¿De qué se trata?

—Ese sujeto Carter que mató a otro vagabundo cerca de Gloucester —dijo Elk.

—¿Qué le ha sucedido?

—Lo sentenciaron a muerte esta mañana —contestó el detective.

Josué Broad arrugó la frente.

—¿Sentenciado a muerte esta mañana? ¿Carter, dice usted? No he leído la historia del asesinato.

—No fue nada complicado —explicó Elk—. Dos vagabundos riñeron. Creo que empezaron bebiendo. El uno mató al otro de dos balazos, y le hallaron tendido, borracho, durmiendo al lado del muerto. No hay pruebas casi; el preso se negó a declarar o a pedir un abogado; debe ser uno de los procesos más rápidos que se conocen.

—¿Dónde sucedió eso? —preguntó Broad, despertando del ensimismamiento en que había caído.

—Cerca de Gloucester. Había poca cosa en el periódico; no fue un asesinato realmente interesante. No habiendo mujer por medio, ¿a quién le importaba un pito lo que ocurriera a dos vagabundos?

Dobló el periódico y lo puso sobre la mesa. Durante el resto de la comida estuvo entretenido en una discusión mucho más fascinadora: los métodos policíacos de los Estados Unidos, sobre cuya materia el señor Broad era por lo visto, una autoridad.

El objeto de la invitación del americano era muy claro. Intentó repetidamente llevar la conversación al hombre detenido; y por hábilmente que introdujese el tema de Balder, volvía Elk la discusión a los méritos del tercer grado como método de descubrir el crimen.

—Elk, está usted tan hermético como una ostra —dijo Broad, indicando al camarero que trajese la cuenta—. Y sin embargo,

podría decirle de este Balder tanto como usted mismo sabe.

—Dígame en qué prisión está —preguntó Elk.

—Está en Pentonville, Departamento Siete, celda ochenta y cuatro —contestó el otro inmediatamente. Elk se quedó boquiabierto —. Y no necesita molestarse en cambiarlo a algún otro sitio, sólo porque da la casualidad que conozco el sitio exacto; estaría tan bien informado, igualmente, si estuviese en Brixton, Wandsworth, Hollivay, Wormwood Scrubbs, Maidstone o Chelmsford.

CAPÍTULO XXXII

EN LA CÁRCEL DE GLOUCESTER

Existe una celda en la prisión de Gloucester; la celda final en un largo pasillo del viejo edificio. Al lado hay otra celda que nunca está ocupada por una razón excelente. La que Raimundo ocupaba estaba amueblada más lujosamente que cualquiera otra de la prisión. Había una cama de hierro, una mesa sencilla, un sillón cómodo, y otras dos sillas, en una de las que, de noche y de día estaba sentado un celador.

Las paredes eran de un rosado subido. Una ventana grande, cerca del techo, de gruesos barrotes, con cristales opacos, recibía la luz del día aunque siempre había una bombilla eléctrica en el techo arqueado.

Tres puertas tenía la celda; una que daba al pasillo, otra a un pequeño anexo provisto de un lavabo bañera; la tercera a la celda desocupada que tenía el suelo de madera y, en el centro del piso, una trampa cuadrada. Raimundo Bennett no sabía entonces cuán cerca se encontraba de la celda de la muerte y, de haberlo sabido, no le hubiese importado. Pues la muerte era el menor de los terrores que le atormentaban.

Había despertado del sueño narcótico en la celda de una cárcel del pueblo y había escuchado, cansado de pensar, la acusación de asesinato formulada contra él. No tenía un recuerdo claro de lo sucedido. No sabía más que había odiado a Luis Brady y había

querido matarlo. Después de eso, recordaba haber caminado con él y haberse sentado juntos en algún sitio.

Le comunicaron que Brady estaba muerto y que el arma con que se cometió el crimen la encontraron en su mano. Raimundo se había devanado los sesos haciendo un esfuerzo para recordar si tenía, un revólver o no. Desde luego, lo habían narcotizado. Bebieron «whisky» en el «León Rojo». Luis Brady debió decir algo de Lola y él lo había matado. Era extraño que no pensase anhelosamente en Lola. Su amor por ella había desaparecido. Pensaba en ella como en Luis Brady, como algo sin importancia que pertenecía al pasado. Todo lo que ahora importaba, era que su padre y Elisa no se enterasen. A toda costa, tenía que evitarles le deshonra. Había esperado con impaciencia que terminase el proceso, para poder huir de la mirada pública. Por fortuna, el asesinato no ofrecía suficiente interés ni siquiera para los fotógrafos de la prensa.

Quería acabar, morir como un desconocido. La mayor tragedia que pudiera ocurrirle sería que lo identificasen.

No se atrevía a pensar en Elisa ni en su padre. Era Jim Carter, sin familia y sin amigos; y si moría como Jim Carter, como Jim Carter tenía que pasar los últimos días de su vida. No estaba asustado; no tenía miedo, su única pesadilla era que lo reconociesen.

El celador que estaba con él y que no debía hablarle, le había dicho que, según la ley, tres domingos habían de transcurrir entre la sentencia y la ejecución. El capellán y el director de la cárcel le visitaban todos los días, un golpe dado en la puerta de la celda, le avisó que era la hora del director.

—¿Tiene alguna queja, Carter?

—Ninguna, señor.

—¿Desea algo?

—No, señor.

El director miró la mesa. El bloque de papel de escribir, que había traído para uso del preso, estaba intacto.

—¿No tiene ninguna carta que escribir? ¿Supongo que sabe escribir?

—Sí, señor. No tengo cartas que escribir.

—¿Cuál es su profesión, Carter? Usted no es un vagabundo vulgar. Usted está mejor educado.

—Soy un vagabundo vulgar, señor —afirmó Raimundo.

—¿Tiene todos los libros que necesita?

Raimundo hizo un signo afirmativo y el director de la cárcel salió. Todos los días repetía esas inevitables preguntas. A veces hacía referencia a sus amigos, pero se cansó de hacer preguntas acerca del papel sin usar.

Raimundo Bennett había llegado a la etapa de la comprensión sana en la que ni siquiera se arrepentía. Era inevitable. Había sido cogido en el mecanismo de la fatalidad y tendría que ir girando lentamente hacia el sitio de destrucción. Todas las mañanas y tardes se paseaba por el patio de ejercicio, vigilado por tres hombres de uniforme, y celosamente apartado de las miradas de los otros presos. Su serenidad les asombraba. Había quedado prendido en la rueda y tenía que ir hasta el fin. Podía hasta sonreírse de sí mismo, observar su propia vanidad con el ojo de un extraño. Y no podía llorar, porque no le quedaba por qué llorar. Era ya un muerto. Nadie se molestaba por organizar una petición de indulto para él; era un asesino demasiado vulgar. Los periódicos no publicaban grandes titulares exigiendo un nuevo proceso. Los abogados de moda no se reunían para discutir una apelación o una amnistía. Había asesinado; debía morir.

Una vez estaba lavándose, y a punto de meter la mano en el agua, vio el reflejo de su rostro que le devolvía la mirada, y no se reconoció. Echose a reír y cuando los celadores le miraron extrañados, dijo:

—Ahora estoy empezando a cultivar un sentido humorístico; algo tarde, ¿no es verdad?

Podía haber recibido visitas, podía haber visto a quién se le hubiera antojado, pero el aislamiento le producía una extraña satisfacción. Había terminado con todo lo artificial y emotivo en la vida. ¿Lola? Volvió a pensar en ella y meneó la cabeza. Era muy

bonita. ¿Qué haría, ahora que Luis había muerto? ¿Qué haría en aquel momento? Pensó también en Ricardo Gordon y recordó que había sentido simpatía por él, el día que le dejó guiar el Rolls. ¡Cuán extraño y remoto parecía todo ello! Y sin embargo, no podía hacer más que unos meses.

Un día entró el director con estilo más ceremonioso acompañado de un caballero que Raimundo recordaba haber visto en la Audiencia el día del proceso. Era el secretario del gobernador, que venía a notificar un comunicado importante.

El director tragó saliva dos veces.

—Carter —dijo algo emocionado—, el ministro de Justicia me informa que no ve razón para intervenir en el curso de la ley. El gobernador ha fijado la mañana del miércoles, a las ocho, como fecha y hora de su ejecución.

Raimundo inclinó la cabeza.

—Gracias, señor —contestó.

CAPÍTULO XXXIII

EL RANA DE LA NOCHE

Juan Bennett salió del cobertizo que había convertido en cuarto oscuro, con una caja plana, cuadrada, en cada mano.

—No me hables durante un momento, Elisa —le dijo al ponerse ella de pie, pues estaba arrodillada limpiando la cizaña de su jardín favorito—, o voy a mezclar todas estas cosas. Ésta —indicó con la mano derecha— es una película de una trucha y es una fotografía soberbia —dijo con entusiasmo—. El hombre que tiene el criadero de truchas me dejó sacarla por el lado de cristal de la trinchera, y era un día de hermoso sol.

—¿Y la, otra, papá? —preguntó, y Juan Bennett puso cara afligida.

—Ésa… —dijo acongojado—. ¡Ciento cincuenta metros de buena cinta que se fueron a paseo! Tal vez haya tomado, por casualidad, una película, pero no puedo ahora costear el desarrollarla a la ventura. La guardaré y algún día, cuando esté forrado de dinero, podré satisfacer mi curiosidad.

Entró las cajas a la casa, tomó un par de etiquetas, y había terminado de titularlas cuando la voz alegre de Ricardo Gordon penetró por la ventana abierta. Levantose vivamente y salió a verle.

—Qué, capitán Gordon, ¿lo consiguió? —preguntó.

—Sí —dijo Ricardo solemnemente, agitando un sobre—. Es usted el primer fotógrafo que recibe el permiso de sacar películas en el

Jardín Zoológico y tuve que pedirlo de rodillas para obtenerlo.

El pálido rostro de Juan Bennett se encendió de alegría.

—Es una gran suerte —dijo—. Nunca se han tomado películas del parque y Selinski me ha prometido una suma fabulosa si lo lograba.

—Esa cantidad fabulosa está en su bolsillo, señor Bennett —dijo Ricardo—, y me alegro mucho de que me lo pidiera.

—Tengo la impresión de que la idea salió de usted —dijo Juan Bennett.

Elisa no recordaba haber visto sonreír a su padre antes.

—Puede que sí —repuso Ricardo alegremente—. Sabía que estaba interesado en la fotografía de animales.

No dijo Juan Bennett que fue Elisa quien habló primero de las dificultades para sacar fotografías del Parque Zoológico y de cómo le había sido imposible a su padre conseguir el necesario permiso.

Juan Bennett volvió a seguir escribiendo las etiquetas con una satisfacción que no había tenido durante mucho tiempo. Escribió las dos etiquetas, humedeció la goma y titubeó. Luego dejó los papeles y salió al jardín.

—Elisa, ¿cuál de las cajas es la de la trucha?

—La que tienes a mano derecha, papaíto —dijo.

—Eso me parecía —dijo, y volvió a terminar su trabajo.

Una vez pegadas las etiquetas, fue cuando dudó. ¿Dónde estaba cuando las puso en el suelo? ¿A qué lado de la mesa? Luego, encogiéndose de hombros, empezó a empaquetar la película de la trucha y le vieron marchar con el paquete bajo el brazo, en dirección a la oficina de Correos del pueblo.

—¿No hay noticias de Raimundo? —preguntó Ricardo.

La muchacha meneó la cabeza.

—¿Qué dice su padre?

—No habla de Raimundo y no he recalcado el hecho de que hace mucho tiempo que no he recibido ninguna carta.

Iban paseando por el jardín en dirección hacia la casita de verano que Juan Bennett había construido en los días en que Raimundo iba a la escuela.

—¿No sabe nada de él? —preguntó—. Le creo a usted poseedor de omnisciencia, tal vez inmerecidamente. ¿No ha encontrado al hombre que mató al señor Maitland?

—No —dijo Ricardo—. No lo espero hasta que detengamos al Rana.

—¿Y lo detendrán?

Ricardo hizo un movimiento afirmativo.

—Sí, él no puede durar siempre. El mismo Elk se siente optimista, Elisa —dijo de repente—, ¿es usted persona que cumpla una promesa?

—Sí —dijo ella, sorprendida.

—En todas las circunstancias, si hace una promesa, ¿la guarda?

—Desde luego. Si no creo que pueda cumplirla, no hago ninguna promesa. ¿Por qué?

—Porque quiero que me haga una promesa… y que la cumpla.

Miró ella, vagamente y luego dijo:

—Depende de lo que sea la promesa.

—Quiero que me prometa ser mi esposa —dijo Ricardo Gordon.

Tenía su mano en la de él y no la retiró.

—Es muy… muy… de improviso, ¿no es verdad? —dijo ella, mordiéndose el labio tembloroso.

—¿Quiere prometerlo?

Mirole con lágrimas en los ojos, aunque sus labios sonreían, y él la tomó en sus brazos.

Juan Bennett esperó mucho tiempo su comida aquel día. Al salir a ver dónde estaba su hija, encontró a Ricardo y éste se lo dijo todo, en pocas palabras. Vio el dolor en el semblante de Juan Bennett y le puso la mano en el hombro.

—Elisa me lo ha prometido y no se volverá de su promesa. Suceda lo que suceda, sea lo que sea.

Juan Bennett alzó la vista y miró la cara del otro.

—¿Mantendrá usted su promesa? —preguntó con voz sorda—. ¿Sepa lo que sepa?

—Ya lo sé —contestó Ricardo sencillamente.

Elisa Bennett se mostraba feliz. Un hecho nuevo y espléndido había aparecido en su vida; una seguridad tremenda que ahuyentaba todos los temores y dudas que había sentido; una luz que iluminaba deliciosos paisajes.

Su padre fue a Dorking aquella tarde y regresó apresurado, con aquella cara de tensión que la dolía ver.

—Tengo que marchar a Londres, queridita —dijo—. He recibido una carta que ha estado esperándome dos días. He estado tan ocupado con mis fotografías, que había olvidado que tengo otra obligación.

No la buscó por el jardín para darla un beso de despedida y cuando ella volvió a la casa, ya se había marchado y, con tal prisa, que no se había llevado el aparato.

A Elisa no le importaba estar sola. En los días en que Raimundo vivía en casa, había ella pasado, muchas noches sola en la casita.

Hizo té y se sentó a escribir a Ricardo, aunque se dijo reprendiéndose que no hacía, más que dos o tres horas que Ricardo se había ido. No obstante, escribió; porque el espíritu de la lógica huyó del enamorado.

Había un buzón en la carretera, a cien metros de distancia. La noche era hermosa y la gente charlaba, parada junto a las verjas, cuando ella pasó. Depositó la carta en el buzón, volvió a la casita, entró, cerró con llave y cerrojo la puerta, y se sentó con el canasto de la costura al lado para distraerse hasta la hora de acostarse.

Trabajando así, tenía la mente completamente ocupada, con exclusión de todo otro pensamiento, en Ricardo Gordon. Una o dos veces pensó en su padre y en Raimundo; pero luego volvía a Ricardo.

Una lámpara de petróleo, con pantalla, que le daba bastante luz para su trabajo, era la única iluminación del confortable comedor. Todo lo que se hallaba fuera del radio de la lámpara estaba en sombras. Había terminado de zurcir un par de calcetines de su padre, cuando dirigió la vista a la puerta que conducía a la cocina. Estaba entornada y se estaba abriendo lentamente.

Por un momento, quedose paralizada de terror y luego se puso en pie de un salto.

—¿Quién hay? —preguntó.

Apareció en el umbral oscuro una figura, cuya vista le ahogó el grito en la garganta. Parecía alto, debido al abrigo negro y ceñido que llevaba. Una máscara horrible de goma y mica le ocultaba la cara y la cabeza. El reflejo de la lámpara brillaba en los anteojos y les hacía despedir un destello siniestro.

—¡No grite! ¡No se mueva! —ordenó el hombre enmascarado; y la voz sonaba hueca y lejana—. No le haré daño.

—¿Quién es usted? —Pudo ella al fin decir.


BOC
QUET

—Soy el Rana —declaró el desconocido.

Durante una eternidad —le pareció— quedose de pie, impotente, incapaz de movimiento. Y fue él quien habló.

—¿Cuántos hombres la aman, Elisa Bennett? —preguntó—. Gordon Johnson… ¡y el Rana que la ama más que todos!

Se detuvo como si aguardase que ella hablara, pero Elisa era incapaz de articular una palabra.

—Los hombres trabajan para las mujeres y matan por ellas. Detrás de todo cuanto hacen, respetable o no, hay una mujer —dijo el Rana—. Y usted es esa mujer para mí, Elisa.

—¿Quién es usted? —Logró ella decir.

—Soy el Rana —replicó de nuevo— y conocerá mi nombre cuando se lo haya dado. ¡Quiero que sea mía! No ahora —alzó la mano al ver el terror aparecer en el rostro de ella—. Usted vendrá a, mi voluntariamente.

—¡Está loco! —gritó ella—. No le conozco. ¿Cómo puedo yo…? Es muy malvado sugerir… Haga el favor de marcharse.

—Me iré en seguida —dijo el Rana—. ¿Se casará, conmigo, Elisa?

Ella, movió negativamente la cabeza.

—¿Se casará conmigo, Elisa? —volvió a preguntar el Rana.

—No.

Había recobrado la calma y algo de su serenidad.

—Le daré…

—Si me diese todo el oro del mundo, no me casaría con usted.

—Le daré algo más precioso. —La voz era más suave, apenas se oía—. ¡Le daré una vida!

Creyó ella que hablaba de Ricardo Gordon.

—Le daré la vida de su hermano.

Durante un segundo le rodó la cabeza a Elisa y se agarró a una silla para no caer.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—Le daré la vida de su hermano, que está en la prisión de Gloucester, condenado a muerte.

Haciendo un esfuerzo supremo, Elisa pudo sentarse.

—¿Mi hermano? —Silabeó lentamente—. ¿Condenado a muerte?

—Hoy es lunes —dijo el Rana—. El miércoles, morirá. Deme su palabra de que cuando la llame, vendrá, y le salvaré.

—¿Cómo puede salvarle?

La pregunta acudió a los labios espontáneamente.

—Un hombre ha hecho una confesión; un hombre llamado Gilí; un individuo casi idiota que cree que él mató a Luis Brady.

—¿Brady?

El Rana movió la cabeza afirmativamente.

—No es verdad —dijo ella—. ¡Miente! Me está diciendo eso para asustarme.

—¿Se casará conmigo? —Tomó a preguntar el Rana.

—¡Nunca, nunca! —gritó ella—. Antes preferiría morir. Me está mintiendo.

—Cuando me necesite, llámeme —dijo el Rana—. Ponga una tarjeta blanca en la ventana, y salvaré a su hermano.

Elisa estaba medio echada sobre la mesa, con la cabeza entre los brazos cruzados.

—No es verdad, no es verdad —murmuraba.

Hubo un silencio, alzó la vista y vio que el cuarto estaba vacío. Se levantó y, tambaleándose, fue a la cocina. La puerta estaba abierta; miró en dirección al jardín y no vio señal del hombre. Tuvo fuerzas para echar el cerrojo de la puerta y, arrastrándose como pudo, logró llegar a su cuarto y a la cama, y entonces se desmayó.

Entraba la luz del día por la ventana cuando se incorporó. Estaba dolorosamente cansada; tenía los ojos rojos de tanto llorar, y su cabeza parecía un torbellino. Había sido una noche de horror. No era verdad, no podía ser verdad. No había oído hablar de ningún asesinato; y de haberlo oído, no podía ser Raimundo. Lo habría sabido; Raimundo habría llamado a su padre.

Le dolían todos los miembros.

Se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo del agua fría. Media hora después examinaba sus pensamientos sosegadamente.

Raimundo estaba a salvo. El hombre trató de asustarla. ¿Quién era? Se estremeció.

Vio una sola solución a su terrible problema y después de hacerse una taza de té, vistiose y se dirigió al pueblo, a tiempo de tomar un tren de primera hora. No soñó ni por un momento en rendirse, ni siquiera echó una mirada para ver dónde podría colocar una tarjeta blanca que salvase la vida de su hermano. En el fondo de su corazón sabía muy bien que aquel hombre no hubiera ido a ella con tal historia si no fuera verdad. No era ése el método del Rana. ¿Qué hubiera adelantado con inventar esa tragedia? No obstante, ni siquiera buscó una tarjeta blanca ni pensó en su posible uso.

Desayunaba Ricardo cuando ella llegó y una mirada le dijo que traía malas noticias.

—No se marche, señor Elk —rogó al ver que el inspector echaba atrás su silla—. Usted debe enterarse de esto.

Tan brevemente como pudo, relató los acontecimientos de la noche anterior. Ricardo escuchó con creciente indignación hasta que llegó al punto culminante de la historia.

—¿Raimundo condenado? —dijo con incredulidad—. Desde luego, no es verdad.

—¿Dónde dijo que estaba el muchacho? —preguntó Elk.

—En la prisión de Gloucester.

La muchacha parecía a punto de llorar.

—¿En la prisión de Gloucester? —repitió Elk pausadamente—. Hay allí un hombre condenado a muerte, un hombre llamado —hizo un esfuerzo para recordar—. Carter —dijo al fin—. Eso es. Carter, un vagabundo. Mató a otro vagabundo llamado Phenan.

—Desde luego, no es Raimundo —afirmó Ricardo, poniendo su mano sobre la de ella—. Ese bruto trató de asustarla. ¿Para cuándo dijo que estaba señalada la ejecución?

—Para mañana.

Estaba llorando; ahora que la tensión había disminuido, parecía haber llegado al límite de sus fuerzas.

—Raimundo probablemente está en el Continente —insinuó Ricardo, tranquilizándola, y aquí pensó él que sería más delicado salir del cuarto.

No estaba tan convencido como Gordon de que el Rana hubiera mentido. Tan pronto como llegó a su oficina, llamó a su nuevo escribiente.

—Archivos —dijo brevemente—. Quiero detalles de un hombre llamado Carter, que se halla en la prisión de Gloucester, condenado a muerte; fotografías, huellas dactilares, y el registro del crimen.

El escribiente volvió a los diez minutos con una pequeña carpeta.

—No se ha recibido ninguna fotografía aún, señor —dijo—. En los casos de asesinato, no recibimos los datos completos de la policía del condado hasta después de la ejecución.

Elk maldijo elocuentemente a la policía del condado y se puso a examinar el «dossier». Éste le decía poco o nada. La estatura y peso del hombre correspondían a los de Raimundo. No había señales en el cuerpo y la descripción «Barba, ligera…».

Dio un salto. ¡Barba ligera! Raimundo Bennett se había estado dejando crecer la barba por alguna razón. Recordó que Broad se lo había dicho.

—¡Bah! —dijo, tirando sobre la mesa la ficha de las huellas dactilares—. ¡Es imposible; es imposible, y sin embargo…!

Tomó un impreso de telegramas y escribió el siguiente:

> «Director Prisión Gloucester. Muy urgente. Remita por mensaje especial fotografía prisión de James Carter, condenado a muerte en su prisión, a Archivos Jefatura. Mensajero debe salir primer tren. Muy urgente».

Se tomó la libertad de firmarlo con el nombre del director general. Una vez despachado el telegrama, volvió a examinar la hoja de filiación, y vio una observación que antes le pasó inadvertida:

> «Señales de vacuna en el antebrazo derecho».

Esto era extraordinario. La gente se vacuna, por regla general, en el brazo izquierdo, un poco más abajo del hombro. Tomó nota de este detalle y volvió al trabajo que le esperaba. A mediodía llegó un telegrama de Gloucester comunicando que la fotografía estaba en camino. Eso era, o lo menos, satisfactorio; aunque, si resultara ser Raimundo, ¿qué podría hacerse? En su interior, Elk anhelaba fervientemente que el Rana hubiese mentido.

Poco antes de la una, Ricardo le telefoneó invitándole a comer en el Auto Club; invitación que, en cualquier circunstancia, no era de rehusar, pues Elk tenía pasión por visitar los clubs ajenos.

Cuando llegó —puntual en esta ocasión— encontró a la muchacha más tranquila y hasta de buen humor y notó en seguida que lucía un anillo de brillo sorprendente que antes no le había visto. Ricardo Gordon había aprovechado muy bien la mañana.

—Me parece que estoy descuidando mi trabajo, Elk —dijo al entrar al lujoso comedor del Auto Club—, pero me imagino que ha pasado la mañana sin notar mi ausencia.

—En efecto —dijo Elk—. Una mañana muy interesante. Hay miedo a una epidemia de viruelas en el barrio del Este y he oído hablar en Jefatura de vacunar a todo el personal. Si hay algo que desapruebo, es la vacunación. A mi edad, debo estar inmune a todo germen que ande por ahí perdido.

La muchacha se echó a reír.

—¡Pobre señor Elk! Pienso lo mismo que usted. Raimundo y yo sufrimos horrores cuando nos vacunaron hace cinco años a causa de la epidemia, aunque yo no tanto como Raimundo. Y ninguno de los dos tanto como la mayoría de las víctimas, pues tuvimos un doctor excelente que tenía una opinión singular de la vacunación.

Se subió la manga de la blusa y enseñó tres diminutas cicatrices en la parte inferior del antebrazo derecho.

—El doctor dijo que la pondría donde no se viera. ¿No es una buena idea?

—Si —dijo Elk pausadamente—. ¿Y vacunó a su hermano igual?

Ella asintió con la cabeza y luego:

—¿Qué sucede, señor Elk?

—Me tragué un hueso de aceituna —contestó Elk—. Me extraña que no empiece alguien a cultivar aceitunas sin hueso. —Miró en dirección a la calle—. Tiene usted un día hermoso para su visita, señorita Bennett —dijo, y se puso a hablar pestes del clima inglés.

Pareciole a Elk que la comida duraba horas. La joven iba a volver a casa de Gordon, a mirar unos catálogos que Ricardo había encargado por teléfono mandasen a Harley Terrace.

—¿No vendrá a la oficina? —preguntó Elk.

—No. ¿Cree que es necesario?

—Querría verle diez minutos; tal vez un cuarto de hora.

—Venga con nosotros a casa.

—No pensaba en volver a su casa —dijo Elk—. Quizás hay aquí un salón de señoras. Recuerdo haber visto uno cuando pasé por el vestíbulo de mármol y si a la señorita Bennett le es igual…

—Naturalmente —accedió ella—. Si estorbo, haré todo lo que quieran. Enséñeme su salón de señoras.

Cuando Ricardo volvió, el detective estaba fumando, con los codos en la mesa, las manos morenas y delgadas bajo la barbilla, y examinando con ojo de experto el techo hermosamente tallado.

—¿Qué pasa, Elk? —preguntó Gordon, sentándose.

—El hombre condenado a muerte es Raimundo Bennett —afirmó Elk sin más preliminares.

CAPÍTULO XXXIV

LA PELÍCULA

El rostro de Ricardo se volvió blanco.

—¿Cómo lo sabe?

—Hay una fotografía en camino; llegará esta tarde, pero no necesitó verla. El condenado a muerte tiene tres señales de vacuna en el antebrazo derecho.

Reinó un silencio profundo.

—Ya me extrañó que desviara la conversación a la vacunación. Debiera haberme figurado que había algo en ello. ¿Qué podemos hacer? —preguntó Ricardo.

—Le diré lo que no puede hacerse. No puede decírselo a esa muchacha. Por motivos sobrados y excelentes, Raimundo Bennett ha decidido no revelar su identidad y debe desaparecer. Va usted a pasar una mala tarde, capitán Gordon —dijo Elk suavemente— y no querría estar en su lugar. Pero tiene que seguir la charla frívola o esa joven adivinará que pasa algo.

—¡Dios mío! ¡Es terrible! —exclamó Ricardo en voz baja.

—Sí, lo es —reconoció Elk—, y no podemos hacer nada. Tenemos que aceptar como un hecho el que Raimundo Bennett es culpable. Pensar de otra manera, sería para volverse loco. Y aunque fuese tan inocente como usted o como yo. ¿Qué probabilidades tenemos de que se ordene una investigación o impedir que la sentencia se lleve a cabo?

—¡Pobre Juan Bennett! —exclamó Ricardo con voz apagada.

—Si empieza a ponerse sentimental —refunfuñó Elk, parpadeando furiosamente— me marcho a un ambiente más práctico. Buenas tardes.

—Aguarde. No puedo afrontar a esa muchacha de momento. Quédese conmigo.

Elk titubeó y luego asintió de mala gana.

No podía Elisa imaginarse el horror que atormentaba el espíritu de los dos hombres. Elk recurrió al tema de las fechas y de la historia; su asunto prolífico y favorito.

—Gracias a Dios que han llegado estos catálogos —dijo Ricardo con un suspiro de alivio, al ver la enorme pila de impresos.

—¿Por qué «gracias a Dios»? —sonrió ella.

—Porque le remuerde la conciencia y busca una excusa para trabajar —dijo Elk, viniendo en su ayuda.

La tensión era tal, que hasta Elk la hallaba casi insoportable; y cuando, después de una mirada suplicante a Ricardo, éste le hizo un signo afirmativo, se levantó como si le hubieran dado un día de fiesta.

—Tengo que marcharme, señorita Bennet —dijo—. Supongo que estará ocupada toda la tarde amueblando su casa. Tendré que ir a verla. Aunque no habrá mucho sitio para más muebles en Maytree.

De pronto oyéronse voces en el vestíbulo; la voz excitada de una mujer, chillona, insistente e histérica. Antes que Ricardo llegase a la puerta, se abrió ésta y Lola entró corriendo.

—¡Gordon! ¡Gordon! ¡Dios mío! —sollozó ella—. ¿Lo sabe?

—¡Calle! —dijo Ricardo.

Pero la muchacha estaba fuera de sí.

—Han detenido a Raimundo. ¡Van a colgarlo! Luis está muerto.

El daño estaba hecho. Elisa se levantó lentamente, rígida, de miedo.

—¿Mi hermano? —preguntó, y entonces la vio Lola por primera vez y movió la cabeza afirmativamente.

—Lo averigüé —dijo, sollozando—. Tuve una sospecha y escribí… Tengo una fotografía de Phenan. Supe en seguida que era Luis y adiviné el resto. ¡El Rana lo hizo! Él lo planeó; con meses de anticipación. No lo siento por Luis; juro que no lo siento por Luis. Es el muchacho. Le mandé a su muerte, Gordon…

Y entonces le dio un ataque de sollozos histéricos.

—Sáquela —ordenó Gordon, y Elk levantó a la muchacha en sus brazos y la llevó al comedor.

—¡Es cierto! —Elisa susurró la palabra y Ricardo hizo un signo afirmativo.

—Temo que sea verdad, Elisa.

Ella se sentó lentamente.

—¿Dónde podré encontrar a papá? —preguntó.

—No puede usted hacer nada. Él no sabe nada. ¿No cree que sería cruel decírselo?

Ella le miró con sorpresa.

—Creo que tiene razón. Sí, tiene razón, Ricardo. Papá no debe saberlo. ¿No podría yo ver a Raimundo?

Ricardo meneó la cabeza.

—Elisa, si Raimundo ha guardado silencio para evitarlo, toda su resignación y todo su valor serán inútiles, si va a verle.

—Sí, tiene razón. Es usted muy bueno al pensar en mí. —Puso su mano en la de él y Ricardo no notó temblor—. No sé qué puedo hacer. Es tan sorprendente el golpe… ¿Qué puedo hacer?

—No puede hacer nada, querida.

La rodeó con el brazo y ella reclinó la cansada cabeza sobre su hombro.

—No, no puedo hacer nada —susurró ella.

Elk entró en aquel momento.

—Un telegrama para la señorita Bennett —anunció—. Acaban de traerlo. Ha sido reexpedido de Horsham.

Ricardo tomó el telegrama.

—Ábralo, haga el favor —dijo la muchacha—. Puede ser de papá.

Abrió el sobre. El telegrama decía:

«Vista su película. No puedo comprender el asesinato. ¿Quería hacer un drama para cine? Venga a verme. Casa Silenski, Wardour Street».

—¿Qué significa esto? —preguntó ella.

—Lo ignoro —contestó Ricardo—. «No puedo comprender el asesinato…». ¿Ha estado su padre probando de hacer alguna película dramática?

—No; estoy segura que no; me lo habría dicho.

—¿Qué fotografías tomó su padre?

—Una película de truchas; pero tomó otra, mientras dormía —dijo, recordando—. Esperaba que saliera un tejón y se quedó dormido. Debe haber tocado el arranque; él creía que esa película era un fracaso. No puede ser la de las truchas, pues el telegrama no habla de ello; debe ser la otra.

—Iremos a Wardour Street.

Fue Elk quien habló tan definitivamente. Elk quien llamó a un taxi y Elk quien les hizo subir al coche.

Cuando llegaron a Wardour Street, el señor Silenski había salido a comer y nadie sabía nada de la película ni tenía facultad para enseñarla.

Esperaron hora y media, impacientes, en aquella oficina oscura, mientras varios mensajeros buscaban a Silenski. Llegó por fin; era un pequeño hebreo, cortés y agradable, que no hacía más que disculparse, aunque no era necesaria excusa alguna, dado que no esperaba la visita.

—Sí, es una película muy extraña —dijo—. Su papá, señorita, es un aficionado muy bueno; en realidad, ahora ya es un profesional; y si es verdad que puede conseguir esas fotografías del Parque Zoológico, debería figurar en primera fila entre los fotógrafos de la Naturaleza.

Subieron tras él unas escaleras y entraron en una sala grande, donde había muchas filas de sillas. Al sentarse, vieron frente a ellos un pequeño telón blanco; detrás había un tabique con dos agujeros.

—Éste es nuestro teatro —explicó—. ¿No sabe si su papá está probando de hacer películas dramáticas? Si es así, esta escena está bien hecha, pero no entiendo por qué la hizo. La titula «Trucha en un estanque» o algo parecido; pero no hay ni trucha ni estanque.

La sala se puso a oscuras; y apareció en la pantalla un pedazo de terreno gris y arenoso y la boca oscura de una madriguera, por la cual asomaba un animal extraño.

—Ése es un tejón —explicó el señor Silenski—. Parecía muy prometedor hasta aquí; y después no sé lo que hizo. Verán que cambió la elevación del aparato.

Al tiempo que hablaba, la película sufrió una pequeña sacudida a la derecha, como si hubieran dado un tirón violento. Y vieron dos hombres, evidentemente vagabundos. Uno, sentado con la cabeza entre las manos; el otro, cerca, echaba «whisky» en un vaso.

—Ése es Luis Brady —cuchicheó Elk, y en aquel momento el otro hombre alzó la vista y Elisa Bennett lanzó un grito.

—¡Es Raimundo! ¡Ricardo, es Raimundo!

No había duda. La escasa barba que tenía desapareció en las sombras que arrojaba la fuerte luz del sol. Vieron a Brady ofrecerle una bebida, le vieron bebérsela de un trago y devolver el recipiente; vieron que bostezaba y estiraba los brazos y luego echarse a dormir, y a Luis Brady de pie, mirándole. La figura postrada se volvió y Luis se agachó y le puso algo, en el bolsillo. Brilló el reflejo del cristal.

—El frasco —dijo Elk.

De pronto, el hombre de pie, en el centro de la película, giró en redondo. Otro hombre se dirigía hacia él. Tenía el rostro invisible. Ni una sola vez durante ese período volvió la cara a aquel público ansioso.

Viéronle levantar el brazo rápidamente y el chispear de dos disparos y presenciaron, conteniendo el aliento, hipnotizados, horrorizados, la tragedia que sucedió.

El hombre se agachó y colocó la pistola al lado del dormido Raimundo; y luego, al volverse, la pantalla quedó blanca.

—Éste es el final de la película —dijo el señor Silenski— ¡y lo que significa, Dios lo sabe!

—¡Es inocente! ¡Ricardo, es inocente! —gritó la muchacha frenéticamente—. ¿No ve que no fue él quien disparó?

Estaba medio loca de pena y terror. Ricardo la cogió fuertemente por los hombros mientras que el estupefacto Silenski contemplaba la escena boquiabierto.

—Va a volver a mi casa y va a ponerse a leer. ¿Oye, Elisa? No ha de hacer nada hasta que tenga noticias mías. No ha de salir, tiene que estar sentada y leer. No me importa lo que lea, la Biblia, la Gaceta de la Policía o lo que quiera. Pero no tiene que pensar en este asunto. Elk y yo haremos todo lo que sea posible.

Dominó ella su terror y trató de sonreír.

—Ya sé que lo harán —dijo—. Llévame a su casa, haga el favor.

Dejó que Elk fuese a Fleet Street a recoger toda la información que pudiera de las Redacciones de los periódicos, acerca del asesinato, y volvió a llevar a la muchacha, a Harley Terrace. Al salir del coche, vio a un hombre esperando en los escalones. Era Broad. Una mirada le dijo a Ricardo que estaba enterado y se imaginó por quién.

Broad esperó en el vestíbulo hasta que Ricardo hubo llevado la muchacha a su estudio y le dio cuantas revistas y periódicos ilustrados encontró.

—Lola me informó.

—Me lo imaginé —dijo Ricardo— ¿sabe algo del caso?

—Supe que estos dos hombres partieron disfrazados de vagabundos —dijo Broad—; pero tenía entendido que iban al Norte. Esto es obra del Rana. ¿Por qué?

—No lo sé. Sí, sí lo sé —exclamé Ricardo, de pronto—. El Rana fue anoche a casa de la señorita Bennett y la pidió que se casase con él, prometiéndole salvar a su hermano si accedía. Apenas es posible que haya planeado este acto para ese fin.

—Para ningún otro fin —dijo Broad fríamente—. ¡Usted no conoce al Rana, Gordon! El hombre es un estratega; probablemente

el mayor estratega del mundo. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Le pediría que se quedara a entretener a la señorita Bennett… —empezó Ricardo.

—Podría escoger a otro peor —dijo el americano suavemente.

Elisa alzó los ojos con una mirada de dolor al entrar el visitante en el cuarto. Pensó que no podría soportar la presencia de un extraño en aquellos momentos, que no resistiría ninguna nueva tensión, y miró implorante a Ricardo.

—Si no quiere que me quede, señorita Bennett —sonrió Broad—, me iré tan pronto como usted me lo diga. Pero tengo que comunicarle una cosa y es ésta: que su hermano no morirá.

Contempláronse Broad y Ricardo Gordon un momento, y éste se mordió el labio para reprimir un grito involuntario.

—¿Por qué? —preguntó ella vivamente, pero ninguno de los dos pudo decírselo.

Ricardo telefoneó al garaje pidiendo su coche, el mismo que Raimundo Bennett había conducido el primer día que se conocieron. Su primera visita fue a la Oficina del fiscal y a éste le expuso los hechos.

—Es una historia extraordinaria, y yo, desde luego, no puedo hacer nada. Sería mejor ver al ministro de Justicia en seguida, Gordon.

—¿Hay sesión en el Parlamento, señor?

—No, tengo idea de que el ministro, que es el único que puede hacer algo por usted, está fuera de Londres. Tal vez esté en el Continente. No estoy seguro.

—¿No hay nadie en el Ministerio de la Gobernación que pudiera ayudar?

—Está el subsecretario; sería mejor que lo viera.

El departamento del fiscal estaba en el edificio del Ministerio de la Gobernación y Ricardo fue inmediatamente en busca del funcionario. El subsecretario, a quien explicó las circunstancias, meneó la cabeza.

—Me temo que no podamos hacer nada ahora, Gordon —le dijo —, y el ministro de Justicia está en el campo, y muy enfermo.

—¿Dónde está el secretario? —preguntó Ricardo, desesperado.

—En San Remo.

—¿Está muy lejos la casa del señor Whithy?

El funcionario reflexionó un momento.

—A unas treinta millas; por esta parte de Tunbridge Wells.

Y Ricardo escribió las señas en un pedazo de papel.

Media hora más tarde, un Rolls largo y amarillo cruzaba a toda velocidad el puente de Westminster, sorteando el tráfico con tal temeridad, que asustó a chóferes y a veteranos; y cuarenta minutos después de haber salido de Whitehall, subía, por una avenida bordeada de olmos, a la casa del ministro de Justicia.

El mayordomo que le recibió no podía darle ninguna esperanza.

—Temo que el señor Whitby no pueda recibirle, señor. Tiene un ataque muy fuerte de gota y los médicos le han dicho que no debe ocuparse de ningún asunto.

—Éste es un asunto de vida o muerte —dijo Ricardo— y tengo que verle. Si no puedo verle a él, tendré que ver al rey.

Con este mensaje, transmitido al inválido, logró autorización para subir.

—¿De qué se trata? —preguntó el ministro bruscamente al entrar Ricardo—. No puedo atender ningún asunto en absoluto. Estoy sufriendo mil torturas con este pie infernal. ¿Qué pasa?

Rápidamente, relató Gordon su descubrimiento.

—Una historia asombrosa —dijo el ministro, y se estremeció—. ¿Dónde está la película?

—En Londres, señor.

—Yo no puedo ir a Londres; es humanamente imposible. ¿No puede conseguir que alguien del Ministerio de la Gobernación certifique esto? ¿Cuándo cuelgan al hombre?

—Mañana, por la mañana, señor, a las ocho.

El ministro de Justicia reflexionó, frotándose la barbilla, irritado.

—No sería humano si me negase a ver esa maldita película —dijo, frotándose el miembro enfermo. Pero no puedo ir a Londres, a menos que me traiga usted una ambulancia. Será mejor que

telefonee a Londres y pida una, o mejor aún, pida una del hospital de la localidad.

Todo parecía conspirar contra él, pues la ambulancia del hospital del pueblo estaba en reparación; pero al fin telefoneó a Londres y le prometieron que la ambulancia se pondría en camino dentro de diez minutos.

—Es una historia extraordinaria. ¡Asombrosa! Y, desde luego, puedo concederle un aplazamiento. Y si me convenzo de la verdad de esta extraordinaria historia, podríamos ver al rey esta noche; podría hasta prometerle un perdón. Pero será usted responsable de mi muerte, si me resfrío.

Pasaron dos horas antes que llegase la ambulancia. El chófer había tenido que cambiar los neumáticos un par de veces durante el viaje. Con mucho cuidado, acompañado de furiosas imprecaciones al ministerio de Justicia, se puso su camilla en la ambulancia.

El viaje le pareció interminable. Había telefoneado a Silenski pidiéndole que tuviese la oficina abierta hasta que él llegase. Eran las ocho cuando el ministro subió al teatro y se proyectó la película en la pantalla.

El señor Whitby observaba el drama con el mayor interés y cuando terminó, respiró fuerte.

—Todo está muy bien —dijo—. Pero ¿cómo sé yo que esto no ha sido hecho para conseguir se suspendía la ejecución de ese hombre? ¿Y cómo puedo yo estar seguro de que ese vagabundo es el condenado?

—Yo puedo asegurarle eso, señor —dijo Elk—. Recibí la fotografía de Gloucester esta tarde.

Sacó de la cartera dos fotografías, una de perfil y la otra de frente, y las puso en la mesa ante el ministro.

—Proyecten la película de nuevo —ordenó. Y de nuevo presenciaron la tragedia—. Pero ¿cómo diablos logró el fotógrafo tomar esta película?

—He descubierto desde entonces, señor, que estaba en aquella vecindad ese día. Fue a tomar una película de un tejón… Sé esto

porque el señor Silenski me ha dado toda la información que podía.

El señor Whitby miró a Ricardo.

—¿Usted pertenece a la Fiscalía? Le recuerdo muy bien, capitán Gordon. Tengo que creer su palabra. Esto no es asunto de aplazamiento, sino de suspensión hasta que se hayan investigado todas las circunstancias.

—Gracias, señor —dijo Ricardo, secándose la sudorosa frente.

—Será mejor que me llegue al Ministerio de la Gobernación —gruñó el grande hombre—. Mañana estaré maldiciendo su nombre, aunque debo confesar que me siento mejor por el paseo. Quiero esa película.

Tuvieron que esperar a que se colocase la película en la caja y entonces Ricardo y Elk ayudaron al ministro de Justicia a subir a la ambulancia que aguardaba abajo.

A las ocho y cuarto tenía en la mano Ricardo una suspensión de ejecución, lista para la firma real; y el milagro que el señor Whitby no había osado esperar, había sucedido. Pudo, con la ayuda de un bastón, ir cojeando a un auto. Ante el gran palacio, pasaban multitud de coches y carruajes. Era la noche del primer baile de la temporada y el vestíbulo del palacio ofrecía un brillante espectáculo. El brillo de las joyas de las damas, el escarlata, verde y azul de los uniformes diplomáticos, el chispear de innumerables condecoraciones, no menos que la organización de esta espléndida fiesta, interesaban a Ricardo que estaba de pie, ofreciendo un extraño contraste, observando el desfile de la pompa y del fausto.

El ministro había desaparecido por una antesala y al poco apareció y le llamó con el dedo. Ricardo le siguió por un corredor alfombrado de rojo y, a ambos lados, con lacayos de cabellos blancos vestidos de oro y escarlata, hasta llegar a una puerta ante la cual había otro lacayo. Una palabra en voz baja, el lacayo llamó, y una voz les ordenó entrar. El criado abrió la puerta y entraron.

El hombre sentado a la mesa se levantó. Usaba el uniforme rojo de general; en su pecho, la cinta azul de la Liga… Brillaba en sus

ojos una bondad y humanidad que Ricardo no se había imaginado que hallarla.

—¿Quieren sentarse? Ahora hagan el favor de relatarme la historia tan rápidamente como puedan, porque tengo que acudir a otro sitio, y la puntualidad es la cortesía de los príncipes —sonrió.

Escuchó muy atento, interrumpiendo a Gordon de vez en cuando para hacerle una pregunta. Cuando Ricardo hubo acabado, tomó la pluma y escribió una palabra con una escritura muchachil y enérgica, la secó cuidadosamente y la entregó al ministro de Justicia.

—Ahí tiene la orden de suspensión. Me alegro mucho —dijo.

Y Ricardo, al inclinarse sobre la mano extendida, sintió la música del triunfo en su alma, olvidó por un momento el peligro terrible en que había estado el muchacho; y olvidó, también el factor más importante de todos; ¡el Rana, todavía vigilante, todavía vengativo, todavía poderoso!

Cuando regresó al Ministerio de la Gobernación y se hubo despedido, expresando su más sincera y profunda gratitud del irascible, pero bondadoso ministro, subió corriendo las escaleras, entró en su oficina y cogió el teléfono.

—Deme Gloucester 8585, Oficial —dijo, y esperó la señal de conferencia.

Llegó pocos minutos después.

—Lo siento, señor, no hay línea para Gloucester. Hay avería. Los alambres de conferencia están cortados.

Ricardo colgó el teléfono lentamente. Entonces fue cuando recordó que el Rana aún vivía.

CAPÍTULO XXXV

CAMINO DE GLOUCESTER

Cuando Elk llegó al despacho del fiscal, estaba Ricardo sentado a la mesa escribiendo telegramas. Todos iban dirigidos al director de la prisión de Gloucester notificándole brevemente que estaba en camino una orden de aplazamiento de la ejecución de James Carter. Cada telegrama por ruta diferente.

—¿Por qué eso? —preguntó Elk.

—El teléfono de Gloucester tiene avería —dijo Ricardo, y Elk se mordió el labio, pensativo.

—¿Sí? Entonces si el teléfono está interrumpido…

—No quiero ni pensarlo —dijo Ricardo.

Elk cogió el receptor.

—Deme la oficina central telefónica, señorita —dijo—. Necesito hablar con el jefe de oficina… Sí, el inspector Elk.

Después de una pausa, volvió a anunciarse.

—Estamos mandando unos telegramas a Gloucester. ¿Supongo que las líneas están bien?

No se le alteró un músculo del rostro mientras escuchaba; luego:

—Ya veo —dijo—. ¿No hay otra ruta aunque sea haciendo un rodeo? ¿El punto más cercano para comunicar? —Una espera—. ¿Sí? Gracias.

Colgó el aparato.

—Todos los hilos de Gloucester están cortados. El alambre de conferencia está roto en tres sitios; la comunicación con Birmingham, que va por una tubería subterránea, ha sido volada en tres sitios.

Ricardo arrugó la frente.

—Pruebe la radio —dijo—. Tiene una estación en Devizes y otra cerca de Cheltenham y podrían mandar un mensaje.

De nuevo se puso Elk al teléfono.

—¿Radio? El inspector Elk, de Jefatura, habla. Necesito transmitir un mensaje a Gloucester, a la prisión de Gloucester, vía… ¿eh? Pero yo creía que salvarían esa dificultad. ¿Cuánto tiempo dura la interferencia? Gracias —dijo, y colgó el receptor por segunda vez.

—Hay una interferencia —dijo—. No transmite ningún mensaje. Los de la radio dicen que alguien posee un aparato secreto que usaron los alemanes durante la guerra; y que cuando hay interferencia es imposible transmitir.

Ricardo miro su reloj. Eran las nueve y media.

—Puede usted tomar el tren de las diez y cinco para Gloucester, Elk; pero no sé por qué presiento que no llegará.

—Como experto de teléfonos —declaró Elk, volviendo a tomar pacientemente el receptor— poseo muchas de las cualidades que, por decirlo así, favorecen la grandeza. Deme el Gran Oeste, haga el favor. El jefe de estación del Gran Oeste… Poseo una voz perfecta, una cantidad enorme de paciencia y fe en mi prójimo y… ¡Hola!… ¿Es usted, jefe? El inspector Elk. Que yo le dije antes… no; fue alguna otra persona. El inspector Elk. ¿Sucede algo en la línea esta noche?… —Pausa más prolongada—. ¡Caramba! —exclamó, exento de emoción—. ¿Alguna probabilidad de pasar? ¿Ninguna en absoluto? ¿A qué hora tendrá trenes en marcha?

Volviose a Ricardo.

—Tres acueductos y un puente han volado a las siete en Swindon; dos hombres detenidos; un muerto, por disparo del guardavía. Dos acueductos derribados en Reading; las vías voladas en Slough. No me molestaré en llamar a las otras rutas porque… el Rana es concienzudo.

Ricardo Gordon abrió un armario y sacó un abrigo de cuero y un casco de cuero suave. En el cajón encontró dos pistolas marca Browning, de aspecto siniestro, y examinó los cargadores antes de guardárselas en el bolsillo. Luego escogió media docena de cigarros y se los guardó cuidadosamente en el bolsillo del abrigo.

—¿No marchará solo, Gordon? —preguntó Elk con voz severa.

Ricardo hizo un signo afirmativo.

—Voy solo —dijo—. Si no paso, siga usted. Envíe un coche de policía para que me siga y dígales que marchen con mucho cuidado. No creo que me paren antes de Newbury. Puedo recorrer esa distancia antes de que oscurezca. Diga a la señorita Bennett que la suspensión de la ejecución está firmada y que voy camino de Gloucester.

Elk guardó silencio, pero siguió a su jefe a la calle y permaneció a su lado, con el policía que había quedado encargado del cuidado del coche, mientras Ricardo examinaba los neumáticos y el depósito de la gasolina.

Así Ricardo Gordon tomó la carretera de Bath, y los pistoleros que esperaban en los dos aeródromos de Londres para asesinarlo, si intentase tomar un aeroplano, esperaron en vano. En vez de tomar la carretera directa a Reading, dio una gran vuelta. Llegó a Newbury a las once y se enteró de que habían volado con dinamita otros cuantos acueductos. La ciudad estaba alarmada. Dos trenes cargados quedaron detenidos en la línea descendente, y los pasajeros pululaban por las viejas calles de la ciudad. Cerca de «The Chequers», habló con el inspector de policía de la localidad. Aparte de esas fechorías, no sabían nada más y, al parecer, la carretera estaba libre, pues había venido un coche de Swindon diez minutos antes que Ricardo llegara.

—Puede ir seguro hasta Swindon —le dijo el inspector—. La campiña ha estado infestada de vagabundos últimamente, pero mi policía montada, que acaba de entrar, no ha visto a ninguno por las carreteras.

Un pensamiento le asaltó a Ricardo y llevó al inspector al cuartelillo y entró con él.

—Necesito un sobre y papel oficial —dijo, y sentándose a la mesa, hizo un borrador de la orden de suspensión con su extraña terminología, lacró el sobre y se lo guardó en el bolsillo. Tomó el documento verdadero y quitándose un zapato y el calcetín, lo escondió entre la planta del pie y el calcetín. Se puso el zapato, saltó al coche y partió en dirección a Dedcot. Llevaba los faros encendidos, iluminando la carretera, pudiendo verse como si fuera de día. No obstante, iba a media marcha, con una de las pistolas sobre el cojín, al lado.

Contra el resplandor del sol poniente, luz débil y pálida, gloria de fin de verano, vio tres «Ves» invertidas y pensó que eran los extremos de un edificio, posiblemente un aeródromo. Y entonces recordó que le había hablado de una fábrica de productos químicos. Probablemente éste era el sitio y marchó con más precaución. Había doblado la curva cuando vio, frente a él, tres luces rojas en la carretera y al lado de los postes un guardia. Moderó la marcha y se detuvo a pocos metros del funcionario.

—No puede pasar por aquí, señor. La carretera está levantada.

—¿Desde cuándo?

—La han volado con dinamita, hace unos veinte minutos —fue la contestación—. Hay un camino una milla atrás, que le llevará al otro lado de la vía férrea. Puede usted dar la vuelta ahí dentro.

Indicó una verja que evidentemente conducía a la fábrica. Hizo retroceder al coche y lo entró en la abertura. Iba a cambiar la dirección cuando el guardas que le seguía al lado del coche, le asestó un golpe.

La cabeza de Gordon se dobló. No podía ofrecer resistencia. Sólo el casco le salvó de la muerte. No vio nada; el mundo se volvió de pronto negro. Apenas le habían asestado el golpe cuando media docena de hombres surgieron de las sombras. Alguien saltó al asiento del conductor y, luego de arrojar al suelo el cuerpo inerte de su propietario, paró el coche un poco más atrás y apagó las luces.

Otro quitó las luces rojas de la carretera. El policía se inclinó sobre la figura postrada de Ricardo Gordon.

—Creí que lo había despachado —dijo, decepcionado.

—Pues remátalo ahora —insinuó alguien en la oscuridad.

Evidentemente, el agresor cambió de parecer.

—Hang lo necesitará —dijo—. Levantadlo.

Llevaron el cuerpo inanimado por terreno áspero y a través de una puerta giratoria, a una sala de la fábrica, mal alumbrada y grande. En el extremo lejano, un tabique de ladrillo formaba una oficina; allí le llevaron, dejándolo en el suelo.

—Aquí tiene su hombre, Hang —gruñó el policía—. Creo que está liquidado.

Hang se levantó de la mesa y se acercó adonde Ricardo Gordon yacía.

—No creo que sea grave —dijo—. No podrías matar a un hombre con ese casco. Quítaselo.

Sacaron el casco de cuero de la cabeza y Hang la examinó brevemente.

—No, no es nada —dijo—. Echadle agua en la cabeza. Esperad; registradlo primero. Esos cigarros —señaló los cigarros que sobresalían del bolsillo— los quiero.

Lo primero que hallaron fue el sobre azul que Hang leyó en seguida.

—Parece que está bien —dijo, y lo guardó en el pupitre—. ¡Ahora el agua!

Al recobrar el conocimiento, sintió un fuerte dolor de cabeza. Se incorporó frotándose los ojos, medio cerrados, como quien se despierta de un sueño profundo, achicó las pupilas ante la luz fuerte y, tambaleando, se puso en pie mirando de uno a otro los rostros burlones.

—¡Ah! —dijo al fin—. Parece que he tropezado. ¿Quién me pegó?

—Le daremos su tarjeta dentro de poco —dijo Hang sarcásticamente—. ¿Adónde va a estas horas de la noche?

—Voy a Gloucester.

—¡No lo creo! —dijo Hang burlonamente—. Llevadle arriba, muchachos.

Había una oficina una escalera de pino blanco, sin pintar, que conducía a una habitación superior, adonde le condujeron medio a empujones y medio a rastras. La habitación tenía una ventana que dominaba toda la sala de la fábrica. La ventana estaba mugrienta y el suelo lleno de basura que los actuales propietarios no habían creído que valía la pena de limpiar.

—Registradlo otra vez y aseguraos de que no lleva revólver. Y quitadle las botas —dijo Hang.

Una lámpara arrojaba una luz amarillenta y pobre sobre el grupo siniestro que rodeaba a Ricardo Gordon. Tuvo tiempo de examinar su situación. Había visto la ventana y era imposible huir por allí. No había otra salida, excepto las escaleras.

—Tiene que quedarse aquí un día o dos, Gordon; si el Gobierno nos devuelve a Balder, puede que escape usted con vida. Si no, despídase para siempre.

CAPÍTULO XXXVI

EL CABLE ELÉCTRICO

Ricardo Gordon sabía que toda discusión con sus apresadores era tiempo perdido y que toda agudeza en la réplica era inútil. Dolíale la cabeza; tan pronto como estuvo solo, se aplicó el tratamiento que un osteópata le había enseñado. Colocó la barbilla sobre el pecho y ambas manos abiertas tras el cuello, apretó fuerte con las puntas de los dedos; luego alzó la cabeza lentamente —era dolorosísimo—, corriendo los dedos hasta encima de la yugular. Repitiola tres veces y se le despejó la cabeza.

Era la puerta de madera delgada y podía violentarse fácilmente, pero la habitación de abajo estaba llena de hombres. Poco después, apagose la luz y la pieza quedó a oscuras. Sospechó que Hang no quería que se viese la luz desde la carretera; aunque era improbable que viniesen a investigar, había tomado medidas para burlar el coche de la policía, que sabía seguiría a Ricardo.

No le habían quitado las cerillas y Ricardo encendió una y miró en derredor. Frente a una chimenea llena de un indescriptible montón de papeles medio quemados y polvo, había una plancha de acero con agujeros de remaches, evidentemente parte de un tabique que no se había terminado. Dio el interruptor sin resultado por estar incomunicado con el de abajo. Encendió otro fósforo y examinó la cubierta del interruptor. Poco a poco vio un grueso cable negro que corría por el ángulo de la pared y el techo. Terminaba a la derecha

del hogar; y por las señales del suelo. Ricardo presumió que allí hubo una instalación experimental de soldadura. Cerró el interruptor y se sentó a reflexionar qué sería lo mejor que podía hacer. Oía el murmullo de las voces y, echándose en el suelo, aplicó el oído a la trampa, que limpió con un alambre que encontró en el hogar. Hang era el que hablaba más.

—Si volamos la carretera entre aquí y Newbury, van a sospechar —dijo.

—Propone una idea absurda, Hang. ¿Qué va a hacer con el individuo de arriba?

—No lo sé. Espero instrucciones del Rana. Tal vez éste quiera que se le mate.

—Pero sería bueno retenerlo a cambio de Balder, si el Rana cree que vale la pena.

Hacia las cinco, Hang, que había salido de la oficina, volvió.

—El Rana dice que tiene que morir —anunció en voz baja.

Dos personas hallábanse sentadas en el estudio de Ricardo Gordon. Eran las cuatro de la mañana. Elk había ido por vigésima vez a Jefatura y por vigésima venía de regreso. Elisa Bennett había procurado desesperadamente cumplir las instrucciones de Ricardo y volvía página tras página pero, hasta entonces, no había leído nada, con un profundo suspiro, dejó el libro y entrelazó las manos, fijos los ojos en el reloj:

—¿Cree que llegará a Gloucester? —interrogó.

—Ya lo creo que sí —respondió Broad muy seguro—. Ese joven llegará a donde quiera. Es hábil y valeroso y nada le detendrá.

—¿Qué sucedió a los coches de la policía? El señor Elk me habló mucho de ellos anoche —dijo ella—. Desde entonces no me ha dicho nada.

—¡Ah, llegaron sin novedad! —contestó vagamente.

No le dijo que los dos coches de la policía habían caído en una zanja entre Newbury y Reading, quedando destrozados y tres policías heridos por una mina colocada en la carretera. Tampoco le

dio la noticia, traída por un motociclista de Swindon de que el coche de Ricardo no había sido visto.

—¡Son gente terrible, terrible! —exclamó Elisa, estremeciéndose —. ¿Cómo han llegado a existir, señor Broad?

Broad estaba fumando y pasó un buen rato antes que contestara.

—Me parece que yo soy el padre de los Rana —dijo con asombro de Elisa.

—¡Usted!

Broad movió la cabeza afirmativamente.

—No sabía que usted fuese capaz de producir ese engendro —dijo la muchacha.

De pronto sonó el timbre y creyendo que Elk se había quizá olvidado la llave, Broad se levantó, fue al pasillo y abrió la puerta. No era Elk.

—Perdone mi visita. ¿Es el señor Broad? —El visitante escudriñó en la oscuridad.

—Ya lo creo que soy el señor Broad. Usted es el señor Johnson, ¿no es verdad? Pase, pase, señor Johnson.

Cerró la puerta tras de sí y encendió la luz. El hombre regordete se hallaba en un lamentable estado de agitación.

—Estuve levantado hasta muy tarde anoche —dijo—, y mi criado me trajo un ejemplar del «Post Herald».

—Así ya lo sabe, ¿no?

—¡Es terrible, terrible! ¡No puedo creerlo!

Sacó un periódico arrugado del bolsillo y lo miró como para asegurarse de nuevo.

—No sabía que había salido en el periódico.

Johnson entregó el periódico al americano.

—Presumo que el viejo Whitby debe haber relatado la historia.

—Creo que salió de Silenski, el agente de películas. ¿Es verdad que Raimundo está condenado a muerte?

Broad asintió con la cabeza.

—¡Qué horrible! —dijo Johnson con voz ahogada—. ¡A Dios gracias lo han averiguado a tiempo! Señor Broad —dijo

ansiosamente—, espero que le dirá a Elisa Bennett que puede contar conmigo hasta el último céntimo que yo posea para probar la inocencia de su hermano. Supongo que habrá un aplazamiento de la sentencia y un nuevo proceso. Sí es así, hay que buscar los mejores abogados.

—Elisa está aquí. ¿Quiere pasar a verla?

—¿Aquí? —Johnson se quedó boquiabierto—. No lo sabía —tartamudeó.

—Entre —invitó Broad.

Fue a avisar a la muchacha:

—Ha venido un amigo suyo, el señor Johnson.

El filósofo cruzó la habitación con paso rápido y nervioso y tendió ambas manos a la joven.

—Lo siento infinito, señorita Bennett —dijo—. ¡Debe ser terrible para usted, terrible! ¿Puedo hacer algo?

Ella meneó la cabeza, con lágrimas de gratitud en los ojos.

—Es usted muy bondadoso, señor Johnson. Ha hecho usted tanto por Raimundo; y el inspector Elk me dijo que usted le había ofrecido un cargo en su oficina.

Johnson movió la cabeza.

—No es nada. Aprecio mucho a Raimundo y realmente tiene gran capacidad. Una vez le saquemos de este apuro, le ayudaré en lo que pueda. ¿No lo sabe su papá? ¡Menos mal!

—¡Ojalá no hubiesen dado la noticia los periódicos! —exclamó Elisa cuando él le dijo cómo se había enterado del suceso.

—Silenski, desde luego —dijo Broad—. Un peliculero usaría su propio funeral para propaganda. ¿Cómo le sienta su nueva posición, señor Johnson? —inquirió para distraer la mente de la muchacha de los trágicos pensamientos que la atormentaban.

Johnson sonrió.

—Estoy aturdido. No puedo comprender por qué hizo esto el señor Maitland. He recibido hoy el primer aviso del Rana; casi me siento importante —dijo.

De una cartera muy gastada sacó una hoja de papel. Contenía sólo cinco palabras:

«Ahora le toca a usted».

Llevaba el signo manual familiar del Rana.

—No sé qué daño he hecho a esa gente, pero me imagino que debe de ser algo bastante grave, pues antes de diez minutos de recibir esta nota, el portero me trajo el té. Bebí un sorbo y tenía un sabor tan amargo, que me enjuagué la boca con un desinfectante.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer —dijo Johnson—. Esta mañana me dieron el análisis, pues hice embotellar el té y lo envié a un químico para que lo analizara. Contenía veneno para matar a un centenar de personas. El químico no puede comprender cómo tomé el sorbo sin sufrir muy graves consecuencias. Voy a poner el asunto en manos de la policía.

Abriose la puerta y Elk entró.

—¿Qué noticias trae? —preguntó la muchacha con ansiedad, levantándose para ir a su encuentro.

—¡Espléndidas! —dijo Elk—. No necesita preocuparse en absoluto, señorita Bennett. Ese joven Gordon ciertamente sabe lo que hace. Me parece que está ahora en Gloucester, durmiendo en la mejor cama de la ciudad.

—Pero ¿sabe usted que está en Gloucester? —le preguntó ella con obstinación.

—No tengo noticias exactas, mas puedo decirle una cosa: que no hemos tenido malas noticias —dijo Elk—. Y cuando no hay malas noticias, puede usted apostar que las cosas marchan satisfactoriamente.

—¿Cómo lo supo usted, Johnson?

El nuevo millonario lo explicó.

—Debiera haber detenido a Silenski y a su operador —dijo Elk pensativamente—. Estos peliculeros no son nada reservados. Y ¿cómo sienta el ser rico, Johnson? —preguntó.

—El señor Johnson no opina que siente demasiado bien —intervino Broad—. Ha atraído la atención del viejo Rana.

Elk examinó el aviso detenidamente.

—¿Cuándo recibió este papel?

—Lo hallé en mi pupitre ayer por la mañana —respondió Johnson, y le contó el incidente del té—. ¿Cree usted, señor Elk, que pondrá alguna vez la mano sobre el Rana?

—Tan seguro como que estoy aquí ahora —declaró Elk— que el Rana terminará lo mismo que…

Se contuvo y, por fortuna, la muchacha no le oyó.

Amanecía cuando Johnson se marchó. Elk le acompañó hasta la puerta y le observó bajar por la calle desierta.

—Tiene muchas cosas que me gustan ese hombre —dijo—; y ciertamente que tiene suerte. ¿Por qué el viejo no dejó su dinero a su niño…?

—¿Encontró alguna vez al niño? —interrumpió Broad.

—No, señor; no había señales de aquel inocente en la casa. Ése es otro misterio de los Ranas que hay que aclarar.

Había llegado Johnson a la esquina, y le vieron cruzar la calle, cuando de las sombras salió un hombre a su encuentro. Hubo unas breves palabras y entonces vio Elk el fogonazo de un disparo y oyó una detonación. Johnson retrocedió tambaleándose y su agresor se volvió y huyó. En un segundo, Elk salió corriendo a la calle. Al parecer, el filósofo no estaba herido, aunque parecía impresionado.

El inspector corrió a la esquina, pero el asesino había desaparecido. Volvió al filósofo y le encontró sentado en el borde de la acera, y al principio creyó que estaba herido.

—Creo que sólo ha sido un desvanecimiento, —dijo Johnson—. Estaba del todo desprevenido para ese método de ataque.

—¿Qué sucedió? —interrogó Elk.

—Apenas lo sé —dijo el otro, que parecía aturdido—. Cruzaba la calle, cuando se me acercó un hombre y me preguntó si me llamaba Johnson; después, antes que me diera cuenta de nada, me disparó a boca jarro.

Tenía la chaqueta chamuscada por la llama del balazo, pero la bala debió ir muy lejos. Más tarde la encontró Elk incrustada en el enladrillado de una casa.

—No, no, no me vuelvo —dijo Johnson—. No creo que repitan el atentado.

Uno de los dos detectives que guardaban Harley Terrace se había acercado y bajo su escolta se fue Johnson a su casa.

—Son ciertamente unos pollos muy trabajadores —dijo Elk, meneando la cabeza—. Cualquiera creería que estaban satisfechos con lo que están haciendo por Gloucester, sin faenas suplementarias.

Josué Broad estuvo callado hasta el momento en que subían las escaleras.

—Cuando sepa usted tanto como yo del Rana, no se sorprenderá de nada, —dijo, sin añadir una palabra más a esta observación enigmática.

Dieron las seis y aún no había noticias. Las siete, y el estado de la muchacha inspiraba lástima. Habíase conducido toda la noche con un valor tan extraordinario, que excitaba la admiración de los dos hombres; pero, a medida que la hora se aproximaba, parecía estar al borde del colapso. A las siete y media, llamó el teléfono y Elk contestó.

Hablaba el jefe de policía de Newbury.

—El capitán Gordon salió de Didcot hace una hora —era el mensaje.

—¡Didcot! —exclamó Elk, consternado. Miró el reloj—. Hace una hora… ¡y tenía que llegar a Gloucester en sesenta minutos!

La muchacha, que había estado en el comedor probando de tomar el café que el criado le había preparado, entró en el estudio y Elk no se atrevió a proseguir la conversación.

—Muy bien —dijo en voz alta, y de un golpe colgó el receptor.

—¿Qué noticias hay, señor Elk? —La voz de la joven era un gemido—. ¿Qué dicen?

—¡Ah! ¿De esto? —contestó Elk, mirando el teléfono—. Era un amigo mío que me invita a cenar con él esta noche.

Regresó la muchacha al comedor, medio satisfecha solamente, y Elk llamó al americano.

—Vaya a buscar un médico —díjole en voz baja— y dígale que traiga algún soporífero para que duerma esta muchacha durante doce horas.

—¿Por qué? —inquirió Broad—. ¿Las noticias son malas?

Elk asintió con la cabeza.

—No hay probabilidades de salvar a ese muchacho… ¡ni sombra de probabilidad! —dijo.

CAPÍTULO XXXVII

LA FUGA

Con el oído pegado al suelo, oyó Ricardo las palabras: «El Rana dice que tiene que morir»; y sus labios partidos sonrieron.

—¿Le habéis oído moverse? —preguntó Hang.

—No, debe estar dormido —dijo otra voz—. Tenemos que esperar que se haga de día. No podemos hacerlo en la oscuridad. Nos mataríamos los unos a los otros.

Aprobaron esta opinión la mayoría de los presentes. Contó Ricardo seis voces. Encendió un fósforo para, examinar de nuevo el sitio y volvió a ver el cable. Entonces, le vino una inspiración. Cruzando silenciosamente el suelo, alargó la mano, y tiró del cable. El aislador de soporte se desprendió. Afortunadamente, cayó sobre un montón de basura en el hogar y no hizo ruido. Durante la media hora siguiente, trabajó febrilmente arrancando el aislamiento de caucho de los hilos del cable, dejando libre la parte de cobre. Le sangraban las manos y tenía rotas las uñas; pero al cabo de media hora consiguió desgastar la punta del cable. Recordó con satisfacción que la puerta se abría hacia fuera y levantando la plancha de acero, la puso contra la puerta, de modo que quien entrase tuviera que pisarla. Luego empezó a ajustar los hilos de cobre de cable a los orificios para remache; y apenas había terminado su trabajo cuando oyó ruido de pasos furtivos en la escalera.

Ya era de día y la luz penetraba por el techo de cristal de la fábrica. Oyó un leve cuchicheo y el ruido leve de los cerrojos de la puerta, al descorrerse. Se dirigió al interruptor y lo volvió hacia abajo.

Abriose bruscamente la puerta y un hombre pisó la plancha. Antes que su grito pudiese avisar al que seguía, el segundo del grupo cayó al suelo sin conocimiento.

—¿Qué diablos pasa?

Era la voz de Hang. Subió las escaleras corriendo, puso un pie en la plancha eléctrica y se quedó durante un segundo inmóvil. Luego, con un sollozo, cayó hacia atrás y Ricardo oyó el golpe que dio el hombre al caer rodando por las escaleras.

No esperó más. Saltando por encima de la plancha, bajó de un salto las escaleras pisando el cuerpo inerte de Hang. La pequeña oficina, estaba vacía. En la mesa había una de sus pistolas. Cogiola y huyó por la sala de la fábrica y por una puerta al aire libre. Oyó un grito; miró hacia atrás y vio que dos del grupo iban hacia él; levantó la pistola y apretó el gatillo. Sonó un chasquido: Hang había vaciado el cargador.



Una Browning es un arma excelente aunque no esté cargada y Ricardo Gordon asestó un golpe con todas sus fuerzas en la cabeza del hombre que trató de agarrarlo. Luego se volvió y echó a correr.

Se había equivocado al creer que sólo había seis hombres en el edificio; eran a lo menos veinte y casi todos ellos se lanzaron en su persecución.

Trató de llegar a la carretera. Sólo tenía que ganar unos arbustos. Aquí cometió un error. Los arbustos ocultaban un alambrado de púas y tuvo que correr por terreno escabroso; y con los pies con calcetines, sin zapatos, el esfuerzo era doloroso. Avanzaba lentamente y esto permitió a los perseguidores cortarle el paso. Doblando hacia atrás, corrió al segundo de los tres edificios. Ya los tenía encima. Podía oír la respiración del que iba a la cabeza; y él mismo estaba agotado. Entonces vio ante sus ojos una alarma de incendio contra la pared. Como un relámpago vínole a la memoria el recuerdo de una conversación casi olvidada. Rompió a puñetazos el cristal y tocó la alarma. En aquel momento cayeron sobre él. Luchó desesperadamente, pero contra el número era casi inútil la resistencia. Tenía que ganar tiempo.

—Levantaos, muchachos —gritó—. Hang está muerto.

Fue una declaración desafortunada, pues Hang salió del contiguo edificio en aquel momento, tambaleándose un poco, pero muy vivo. Estaba lívido de rabia y barbotaba en alguna lengua que Ricardo desconocía, pero supuso que era la sueca.

—Ahora le voy a ajustar las cuentas. ¡Va usted mismo a probar la plancha eléctrica, bandido!

Asestó un puñetazo a la cara del prisionero; Ricardo torció la cabeza y el golpe dio en la pared, de espaldas a la cual estaba acorralado. Dio un grito el hombre y se abalanzó sobre él arañando y desgarrando con ambas manos, y esta fue la salvación de Ricardo, pues los hombres que le sujetaban los brazos le soltaron para que su jefe pudiera pegarle mejor. Ricardo lanzó un golpe, y Hang cayó al suelo dando un grito. Antes que pudiesen sujetarlo, Gordon salió disparado como una flecha y esta vez hacia la verja.

Había llegado a ella cuando la mano del hombre más cercano cayó sobre él. Lo arrojó a un lado y tambaleándose salió a la carretera. Y entonces oyose un ruido de campanillas, y se vio el

brillar de cascos de una luz roja. Un camión de bomberos venía a toda velocidad.

Durante un momento, los hombres agrupados en la verja, contemplaron esta intervención. Luego, sin ocuparse más de su presa, dieron media vuelta y huyeron. Una palabra al jefe de los bomberos explicó la situación. Venía otro camión a toda marcha y los bomberos eran hombres a quienes los Ranas no inspiraban terror.

Mientras llevaban a Hang a uno de los camiones miró Ricardo su reloj. Eran cerca de las seis. Fue en busca de su coche, temiendo lo peor. No obstante, Hang no había intentado averiar el coche; probablemente se proponía utilizarlo. Tres minutos después, desgreñado, mugriento, con las señales de las señales de Hang en la cara, salió a la carretera y enfiló el coche en dirección de Gloucester.

Atravesó Swindon a velocidad suicida y entró en la carretera de Gloucester. Volvió a mirar su reloj. Las manecillas apuntaban las seis. Iba a todo gas; la carretera era muy mala, llena de curvas, y poco faltó para ser despedido del coche al atravesar un paso a nivel.

Reventó un neumático y casi se metió en la cuneta; siguió adelante con un neumático reventado. Ello disminuyó bastante la velocidad del coche y le entró fiebre y escalofríos, al ver que iba dejando atrás milla tras milla sin divisar la ciudad.

Y luego, viendo asomar los campanarios de la catedral de Gloucester por encima de la, colina, un segundo neumático reventó. No podía pararse; tenía que seguir adelante aunque hubiese de entrar en Gloucester con sólo las llantas. Y ahora la marcha era, terriblemente lenta comparada con aquella frenética carrera que le llevó a través de Berkshire y Wiltshire hasta el borde de Somerset.

Estaba entrando por los suburbios de la ciudad. Las calles eran horribles; lo detuvo un tranvía; sin hacer caso del aviso de un policía, pasó a toda marcha, casi bajo las ruedas de un enorme tractor. Entonces vio la hora, que era; las ocho menos diez y la cárcel estaba a media milla de distancia. Apretó los dientes y rezó.

Al entrar en la calle principal, teniendo las puertas de la cárcel ante su vista, los relojes de la catedral tocaron las ocho y para Ricardo Gordon eran los toques de la muerte.

No retrasarían la ejecución de la pena de muerte más que por el mandato de suspensión de sentencia que él llevaba. Puntualmente, al segundo, Raimundo Bennett moriría. La agonía de ese momento fue un recuerdo que le volvió pálido como la muerte. Paró el coche ante las puertas y, tambaleándose, llegó al timbre y llamó. Dos veces tocó, pero las puertas no se abrían. Quitose el calcetín y encontró la orden llena de sangre, pues le sangraban los pies. Volvió a llamar con la furia de la desesperación. Luego abriose una ventanilla y apareció el rostro oscuro de un celador.

—No puede entrar —dijo lacónicamente—. Usted sabe lo que se está celebrando ahora.

—Del Ministerio de la Gobernación. Mensajero del Ministerio de la Gobernación. ¡Tengo una orden de suspensión de la sentencia!

La ventanilla se cerró y, al cabo de una eternidad, la puerta se abrió.

—Soy el capitán Gordon —dijo Ricardo—, de la Fiscalía, y traigo una orden de suspensión de la sentencia de James Carter.

El celador meneó la cabeza.

—La ejecución se llevó a cabo hace cinco minutos, señor —dijo.

—¡Pero el reloj de la catedral…!

—El reloj de la catedral está cuatro minutos atrasado —explicó el celador—. Temo que Carter esté muerto.

CAPÍTULO XXXVIII

EL HOMBRE MISTERIOSO

Raimundo Bennett se despertó de un sueño reparador y se incorporó en la cama. Uno de los celadores, que le había vigilado toda la noche, se levantó y se le acercó.

—¿Quiere su ropa, Carter? —le dijo—. El director pensó que no le gustaría a usted llevar ese traje viejo.

—Y tiene razón —dijo Raimundo, agradecido—. Éste parece un buen traje —comentó al ponerse los pantalones.

El celador tosió.

—Sí, es un buen traje —asintió.

No dijo más, pero algo en sus maneras descubría la verdad. Eran éstas las ropas en que algún hombre había muerto colgado y, no obstante, las manos de Raimundo no temblaron al ajustarse los tirantes que las sostenían. ¡Pobres ropas, tener que prestar servicio en dos ocasiones tan terribles! Esperaba el joven que se les evitaría la indignidad de una tercera ocasión.

Le llevaron el desayuno a las seis. Una vez más se dirigieron sus ojos al papel de escribir; terminado el desayuno, entró el sacerdote, un hombre sencillo, de rostro expresivo y vigoroso. Conversaron un rato; poco después el celador sugirió que Raimundo debería salir al patio a hacer un poco de ejercicio. Se alegró de que le otorgaran esa prerrogativa. Quería, una vez más, contemplar el cielo azul, llevar a sus pulmones el bálsamo del aire de Dios.

No obstante, sabía muy bien que esta bondad no era desinteresada y adivinó perfectamente por qué se le concedía este privilegio cuando paseaba lentamente por el patio, cogido del brazo del capellán. Sabía lo que había detrás de la tercera puerta. Iban a ensayar la trampa de la casa de la muerte.

Media hora después estaba de nuevo en la celda.

—¿Desea usted hacer alguna confesión, Carter? ¿Es ése su nombre?

—No, no es mi nombre, señor —contestó Raimundo tranquilamente—; pero no importa.

—¿Mató usted a aquel hombre?

—No lo sé —respondió Raimundo—. Quería matarlo y, por ello, es probable que sí.

A las ocho menos diez, entró el director para estrecharle las manos y con él el gobernador. El reloj de la prisión avanzaba lenta, inexorablemente. Podía verlo por la puerta abierta y, sabiendo eso, el director la cerró, pues eran las ocho menos un minuto y pronto volverían a abrirse. Vio Raimundo que la puerta se abría. Durante un momento su serenidad le abandonó y se volvió de espaldas al hombre, que avanzó con paso rápido, le cogió las manos y se las ató.

—¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone! —murmuró alguien detrás de él, y al sonido de la voz Raimundo se volvió de cara al verdugo.

El verdugo era Juan Bennett.



Padre e hijo, verdugo y asesino condenado, se contemplaron mutuamente; y entonces, con voz casi imperceptible, Juan Bennett dijo:

—¡Raimundo!

Raimundo movió la cabeza. Era extraño que, en aquel momento, recordase los misteriosos viajes de su padre, el odio que sentía por el trabajo que las circunstancias le habían impuesto.

—¡Raimundo! —repitió el hombre.

—¿Conoce usted a este hombre?

Era la voz del director, y la voz temblaba de emoción.

Juan Bennett se volvió.

—Es mi hijo —dijo, y de un rápido tirón soltó la correa.

—Tiene usted que acabar su trabajo, Bennett.

La voz del director era severa y terrible.

—¿Acabar mi trabajo? —repitió Juan Bennett furiosamente—. ¿Matar a mi propio hijo? ¿Está usted loco? ¿Cree que estoy loco? —Cogió al muchacho en sus brazos, su mejilla pegada a la cara barbuda—. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —dijo. Y le acarició el cabello como hiciera en los días en que Raimundo era un niño.

Luego, volviendo en sí, empujó al muchacho por la puerta abierta al cuarto de la muerte, le siguió y la cerró de un portazo echando después el cerrojo.

No había otra puerta excepto ésa, de la cual tenía él la llave; y la introdujo en la cerradura para que no pudiera abrirse desde fuera. Raimundo miró el cuarto desnudo, la cuerda amarilla colgante, las señales de la trampa, y retrocedió hasta la pared con los ojos cerrados, estremeciéndose. De pie en medio de la trampa, Juan Bennett cortó la soga, la cortó a pedazos, ya en el suelo.

¡Crac, crac!

Las dos trampas se abrieron y tiró al agujero la cuerda cortada.

—¡Papá!

Raimundo le miraba intensamente. Indiferente a los golpes atronadores que llovían sobre la puerta, fue el viejo hacia él, le cogió la cara entre sus manos y le besó.

—¿Quieres perdonarme, Raimundo? —preguntó entrecortadamente—. Tuve que hacer esto. Me vi obligado a ello. Padecí hambre antes de hacerlo. Vine una vez… por curiosidad, para ayudar al verdugo, un médico que se había dedicado a este trabajo. Y estaba enfermo… Yo colgué al asesino. Acababa yo de salir de la Facultad de Medicina. No me pareció tan terrible entonces. Probé de encontrar otra manera de hacer dinero y he vivido toda mi vida con el

temor de que alguien me señalase con el dedo y dijera; «Ese es Benn, el verdugo».

—¡Benn, el verdugo! —dijo Raimundo con sorpresa—. ¿Eres tú Benn?

El viejo asintió con la cabeza.

—¡Benn, salga! Le doy mi palabra de honor de que aplazaré la ejecución hasta mañana. No puede usted quedarse ahí.

Juan Bennett miró el enrejado y después la cuerda cortada. La ejecución no podía efectuarse. Era tal la rutina de la muerte, que la cuerda debía salir expresamente de la prisión central. Ninguna otra cuerda podría servir. Todos los accesorios de la ejecución, hasta el trozo de tiza que marca la «T» en la trampa donde un condenado debe poner los pies, tienen que enviarse con exactitud minuciosa de la Jefatura de Prisiones y devolverse con la misma minuciosidad.

Juan Bennett descorrió los cerrojos, abrió la puerta y salió.

Los semblantes de los hombres que estaban en la celda del condenado, tenían un aspecto espantoso. El rostro del director estaba contraído y pálido como la muerte, el médico de la cárcel parecía haberse encogido y el gobernador estaba sentado en la cama con la cara escondida entre las manos.

—Telegrafiaré a Londres y les explicaré las circunstancias del caso —dijo el director—. No le censuro por lo que ha hecho, Benn. Sería monstruoso esperar que usted lo hubiese hecho.

Un celador entró. Y tras él entrando en la cárcel en virtud de su autoridad, una figura desgreñada, llena de polvo, cojeando, con la cara arañada y manchada de sangre seca y los ojos rojos de cansancio. No le reconoció Juan Bennet al momento, y luego:

—Una orden de aplazamiento de la ejecución, de manos del rey —dijo Ricardo Gordon, y, temblando, entregó el sobre manchado al director.

CAPÍTULO XXXIX

EL DESPERTAR

Durante toda la noche, Elisa Bennett estuvo semidormida. Recordaba la llegada del médico; recordaba el ruego apremiante de Elk de que bebiese la poción que había preparado; y aunque sospechase de la naturaleza del brebaje y, al principio, luchase contra beber aquella poción blancuzca, sucumbió por fin y había estado echada en aquel sofá, determinada a no dormir hasta, saber lo sucedido. Agotada por la lucha que sostuviera para conservar su lucidez, quedose medio dormida.

Vagamente se dio cuenta de que alguien le había quitado los zapatos y soltado el cabello. Con un tremendo esfuerzo, abrió los ojos y vio a una mujer sentada, a la ventana, leyendo. La habitación era intensamente masculina; olía ligeramente a humo.

—La cama de Raimundo —murmuró, y la mujer puso el libro en la mesa y se levantó.

Mirola Elisa intrigada.

—¿Por qué llevaba esas cintas blancas en torno al cabello y aquellos puños blancos? Era una enfermera, desde luego. Satisfecha de haber resuelto este problema, cerró los ojos y entró de nuevo en la región de los sueños.

Tornó a despertarse. La mujer hallábase allí todavía, mas esta vez el cerebro de la muchacha estaba despejado.

—¿Qué hora es? —interrogó.

La enfermera se acercó con un vaso de agua y Elisa bebió ávidamente.

—Las siete.

—¡Las siete! —La muchacha se estremeció; y, luego, lanzando un grito, probó de levantarse—. ¡Es de noche! —exclamó—. ¡Oh! ¿Qué sucedió?

—Su papá está abajo, señorita —dijo la enfermera—. Voy a llamarle.

—Papá… ¿aquí? —Frunció el ceño—. ¿Hay otras noticias?

—El señor Gordon está abajo, señorita, y el señor Johnson.

La mujer cumplía fielmente las instrucciones que le habían dado.

—¿Nadie… más? —susurró.

—No, señorita; el otro caballero vendrá mañana o pasado; su hermano, quiero decir.

Con un sollozo, la muchacha hundió la cabeza en la almohada.

—¿No me engaña?

—No, señorita, no la engaño —dijo la mujer, y había algo en su risa que hizo levantar la vista a Elisa.

La enfermera salió del cuarto. Al poco rato, se abrió la puerta y entró Juan Bennett. Al instante, estuvo en sus brazos, sollozando de alegría.

—¿Es verdad, es verdad, papaíto?

—Sí, querida, es verdad —dijo Bennett—. Raimundo estará aquí mañana. Hay que cumplir ciertas formalidades; no pueden ponerlo en libertad inmediatamente como en los libros de cuentos. Estamos discutiendo su porvenir. ¡Pobrecita, mi pobre niña!

—¿Cuándo lo supiste, papaíto?

—Esta mañana —respondió el padre suavemente.

—¿Sufriste mucho?

Él asintió con la cabeza.

—Johnson quiere dar a Raimundo la dirección de la casa Maitland —dijo—. Sería una cosa espléndida para Raimundo. Elisa, nuestro niño ha cambiado.

—¿Lo has visto? —preguntó, sorprendida.

—Sí, lo vi esta mañana.

Encontró muy natural que su padre le hubiese visto; y no preguntó cómo logró entrar por las puertas celosamente guardadas de la cárcel.

—No creo que Raimundo acepte la oferta —dijo—. Quiere trabajar por su cuenta. Volverá a nosotros, Elisa.

Quería ella preguntarle algo, pero temía herirle.

—Papaíto, cuando vuelva Raimundo —dijo tras un largo silencio —, ¿podrás dejar ese… ese trabajo que detestas tanto?

—Ya lo he dejado, querida —respondió suavemente—. Nunca jamás… nunca jamás… nunca jamás ¡a Dios gracias!

No le vio el rostro, pero sintió estremecerse el cuerpo del hombre que la tenía en sus brazos.

Abajo, el estudio estaba lleno de humo. Allí estaba Ricardo Gordon. Tenía la cabeza vendada y tres grandes arañazos en la cara. Estaba sentado con una bata y en zapatillas, y una pipa grande entre los dientes; era su semblante la fiel imagen del hombre alegre y contento.

—Es usted muy generoso, Johnson —dijo—. No sé si Bennett aceptará su oferta. Francamente, ¿cree que es competente para el cargo de gerente de este negocio enorme?

Johnson puso cara de duda.

—Fue dependiente de la casa. No puede usted conocer sus cualidades administrativas. ¿No obra usted con demasiada generosidad?

—No lo sé. Quizá sí —dijo Johnson suavemente—. Yo, desde luego, quiero ayudarle. Puede haber otros cargos menos importantes y quizás, como dice usted, no quiera Raimundo ocupar puesto de tanta responsabilidad.

—Estoy seguro de que no —dijo Ricardo, decididamente.

—Me parece —insinuó Elk— que el trabajo mayor de todos es arrancar a Raimundo de las garras de los Ranas. Una vez Rana, siempre se es Rana, y este viejo no va a quedarse tranquilo y

aceptar su derrota. Tuvimos prueba de ello ayer por la mañana. Dispararon contra Johnson en esta misma calle.

Ricardo se quitó la pipa de la boca y despidió una nube de humo azul hacia la niebla que flotaba en el cuarto.

—El Rana está liquidado —dijo—. El único problema es ahora ¿cuál es el mejor y más eficaz modo de acabar? Balder está detenido; Hang, en la cárcel; y Luis Brady, que era uno de sus agentes más útiles, aunque no ocupaba ningún cargo ejecutivo… Luis está muerto; Lola…

—Lola ha huido. —Era el americano el que hablaba—. Partió esta mañana para los Estados Unidos y yo me tomé la libertad de facilitarle el pasaje… Queda el Rana mismo y la banda. Deténgalo y habrá terminado con ella.

Juan Bennett volvió en este momento y la conversación tomó otro giro; poco después, Josué Broad y Johnson se marchaban, juntos.

—¿No ha dicho a Elisa nada, señor Bennett?

—¿Acerca de mí?… No. ¿Es necesario?

—Espero que no lo creerá así —dijo Ricardo suavemente—. Deje que eso sea su secreto y el de Raimundo. Yo lo sabía hace mucho tiempo. El día que Elk me dijo que le había visto salir de la estación de King's Cross, y que se había cometido un robo, vi en los periódicos que un hombre había sido ejecutado en la prisión de York. Entonces me tomé la molestia de revisar los archivos de los periódicos y hallé que sus ausencias coincidían ciertamente con robos, y hay tantos robos en Inglaterra en el transcurso del año, que hubiera sido extraordinario que no coincidiesen. Había también otras coincidencias. El día que se cometió el asesinato en el bosque de Ibbley, estuvo usted en Gloucester y en ese día, se ejecutó a Waldsen, el asesino de Hereford.

Juan Bennett bajó la cabeza.

—Lo sabía usted, y sin embargo… —titubeó.

Ricardo asintió.

—No conocía las circunstancias que le empujaron a seguir ese horrible oficio, señor Bennett —dijo suavemente—. Para mí es usted

un funcionario de la Ley, ni más ni menos terrible que yo, que he ayudado a enviar muchos hombres a la horca. No menos limpio que el juez que los sentencia y firma la pena de muerte. Somos instrumentos del orden.

Elisa y su padre se quedaron aquella noche en Harley Terrace y por la mañana fueron a la estación de Paddington a esperar al muchacho. Ni Ricardo ni Elk les acompañaron.

—Dos cosas me parecen extraordinarias —observó Elk—. Una es, que ni usted ni yo reconocimos a Bennett.

—¿Y por qué íbamos a reconocerle? —preguntó Ricardo—. Ni usted ni yo asistimos a las ejecuciones, y la identidad del verdugo siempre ha sido más o menos desconocida, a excepción de contadas personas. Si le gusta anunciarse, se le conoce. Bennett huía de la publicidad, rehuía hasta las estaciones de los sitios donde tenían lugar las ejecuciones y, por regla general, bajaba en algún sitio cercano y entraba en la ciudad a pie. El jefe de celadores me dijo que nunca llegaba a la cárcel antes de medianoche para la ejecución. Nadie le veía entrar ni salir.

—El viejo Maitland debió conocerle.

—En efecto —asintió Ricardo—. En algún período. Maitland estuvo en la cárcel, y es posible que los presos, especialmente los presos privilegiados, vean al verdugo. Por «presos privilegiados» me refiero a hombres que por motivo de su buena conducta se les permite andar por la cárcel libremente. Maitland dijo a la señorita Bennett que había estado en «chirona». Estoy seguro de que ésa es la verdadera explicación. Toda la correspondencia oficial de Bennett iba dirigida a Dorking, donde tuvo una habitación alquilada durante años. Los viajes misteriosos a Londres no eran misteriosos para la gente de Dorking, que no le conocían de vista o de nombre.

Para sorpresa de Elk, cuando volvió a Harley Terrace, Ricardo había salido. Díjole el criado que su amo había echado un sueño corto, se había vestido y salido sin dejar mensaje alguno. Ricardo no solía hacer esas salidas misteriosas y el primer pensamiento de Elk fue que había ido a Horsham. Comió y pensó con anhelo en su

cómoda cama. No deseaba retirarse a dormir hasta haber visto a su Jefe.

Se acomodó satisfactoriamente en el estudio y estaba dormido cuando alguien le sacudió suavemente por el hombro. Alzó la vista y vio a Recaído.

—¡Hola! —dijo, soñoliento—. ¿Va a estar en pie toda la noche?

—Tengo el coche a la puerta —respondió Ricardo.

—Vamos a Horsham.

Elk miró el reloj bostezando.

—Elisa estará pensando en la cama —protestó.

—Espero que así sea —dijo Ricardo—; pero tengo mis temores. El Rana ha sido visto en la carretera de Horsham esta noche a las nueve.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Elk, ya completamente despierto.

—Le he estado siguiendo toda la noche, pero se me escurrió.

—¿Ha estado vigilando el Rana? —dijo Elk, lentamente—. ¿Le conoce?

—Le conozco desde hace casi un mes —contestó Ricardo Gordon—. Coja su revólver.

CAPÍTULO XL

EL RANA

Existe una felicidad sin par en la vida: la felicidad que nace cuando se reintegra al hogar un ser querido. Estaba Raimundo Bennett sentado al lado de la silla de su padre, contento de absorber el amor y la ternura que hacían de la habitación un lugar radiante. Parecía un sueño estar de nuevo en aquella cómoda y alegre salita con sus cretonas su ligero olor de espliego, el amplio hogar las ventanas de vidrios emplomados, y Elisa, la más gloriosa visión de todas. La lluvia que azotaba los cristales daba al «confort» y a la paz de su casa un valor nuevo y más bello. De vez en cuando se pellizcaba, distraído, el rostro afeitado. Era la única prueba segura de que estaba despierto y de que aquella felicidad pertenecía al mundo de la realidad.

—Acerca la silla, muchacho —dijo Juan Bennett, cuando Elisa entró con una tetera humeante y la puso sobre la mesa.

Raimundo se levantó obedientemente y colocó el sillón donde siempre había estado cuando vivía en casa: a la derecha de su padre.

Juan Bennett estaba sentado a la mesa, con la cabeza inclinada. Era la vieja bendición de la mesa, costumbre de su padre, de todos los días, y que en otros tiempos le divertía, pero que ahora revestía un bello significado que le ahogaba de emoción.

«Bendice, Señor, el manjar con que vamos a reparar nuestras fuerzas a fin de que mejor podamos servirte. Así sea».

Fue una comida maravillosa, más maravillosa que todas las que había comido en el Club Heron o en aquellos lujosos restaurantes que había frecuentado. Pan casero, lengua ahumada en casa, y un pote grande de confituras, también de casa y con la fragancia de Oriente. Puso cuchillo y tenedor sobre la mesa y se inclinó hacia atrás.

—El hogar —dijo sencillamente.

Y su padre le apretó la mano por debajo de la mesa, oprimiéndosela tan fuerte, que el muchacho se estremeció.

—Raimundo, quieren que te encargues de la dirección de la casa Maitland; Johnson lo quiere. ¿Qué opinas, hijo mío?

Raimundo meneó la cabeza.

—Soy tan poco apto para dirigir la casa Maitland como para ser el gobernador del Banco de Inglaterra —dijo con una ligera sonrisa—. No, papá, mis pretensiones son menos grandiosas que antes. Opino que podría ganarme la vida decorosamente sembrando patatas… ¡y sería feliz haciéndolo!

El viejo miraba pensativo la mesa.

—Yo necesitaré un ayudante, si estas películas mías tienen el éxito que asegura Silenski. Tal vez puedas recoger patatas a ratos perdidos… cuando Elisa se case.

La muchacha se puso colorada.

—¿Va a casarse Elisa? ¿Sí, Elisa? —Raimundo se puso en pie de un salto y, yendo a ella, la besó—. Elisa, no variarás para conmigo, ¿verdad?

—No lo creo, querido. Estoy prometida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan Bennett al ver que a la muchacha se le nublaba el semblante.

—Estaba pensando en algo desagradable, papaíto —respondió, y por vez primera le contó la visita horrible.

—¿El Rana quería casarse contigo? —interrogó Raimundo, frunciendo el ceño—. ¡Es increíble! ¿Le viste la cara?

Ella movió la cabeza.

—Estaba enmascarado —dijo—. No hablemos de ello.

Levantose rápidamente y empezó a levantar la mesa; y, por primera vez durante muchos años. Raimundo la ayudó.

—Una noche terrible —dijo, volviendo de la cocina—. El viento abrió la ventana y apagó la lámpara y llueve a torrentes.

—Todas las noches son buenas para mí —dijo Raimundo, y en su risa notó ella un ligero sollozo.

No se había hablado una palabra de su terrible prueba desde que volvieron a reunirse; se convino tácitamente que aquella pesadilla quedaría en la región de los sueños malos, y sólo de vez en cuando mostraba él el horror de aquellas tres semanas de espera.

—Echa el cerrojo a la puerta trasera, querida —dijo Juan Bennett, alzando la vista al salir ella.

Los dos hombres fumaban ensimismados en sus pensamientos. Entonces, Raimundo habló de Lola.

—No creo que fuese mala, papá —dijo—. No podía prever lo que ocurría. La cosa estaba tan diabólicamente planeada, que hasta el fin, hasta, que Gordon me contó la historia verdadera, estuve bajo la impresión de que había matado a Brady. Ese hombre debe tener el cerebro de un genio militar.

Bennett asintió con la cabeza.

—Siempre creí —prosiguió Raimundo— que Maitland tenía algo que ver con los Ranas. Supongo que realmente así era. Lo pensé primero, cuando apareció en el Club Heron… ¿Qué pasa?

—¡Elisa! —llamó el viejo.

No hubo contestación.

—No quiero que se quede allí, lavando los platos. Raimundo, llámala.

Raimundo se levantó y abrió la puerta de la cocina. Estaba a oscuras.

—Trae la lámpara, papá —dijo, y Juan Bennett fue corriendo.

La puerta de la cocina estaba cerrada, pero no echado el cerrojo. Una prenda blanca estaba por tierra y Raimundo se agachó para

recogerla. Era un pedazo del delantal que Elisa había llevado puesto.

Miráronse ambos hombres y Raimundo subió corriendo a su cuarto y bajó una linterna, que encendió.

—Puede ser que esté en el jardín —dijo con voz vacilante y, abriendo la puerta, salió a buscarla.

La lluvia azotaba sin piedad; los hombres se calaron hasta los huesos antes de caminar una docena de metros. Había huellas de muchos pies en el blando barro y, a poco, distinguieron las de Elisa. Las huellas desaparecían en el borde del prado, pero se dirigían en línea recta a la verja lateral que daba a una estrecha callejuela. Este pasaje comunicaba la carretera con un prado situado detrás de Villa Maytree, y la verja de la carretera estaba usualmente cerrada con cadena y candado. Raimundo fue el primero en verla abierta y la cadena rota, tirada en la carretera. Salió corriendo y vio que las señales doblaban a la derecha.

—Sería mejor que registrásemos antes el jardín para estar absolutamente seguros, papá, —dijo—. Despertaré a algunos vecinos para que nos ayuden.

Cuando volvió, Juan Bennett había registrado escrupulosamente el jardín y el piso, pero la muchacha había desaparecido.

—Baja al pueblo y telefonea a Gordon —dijo con voz extrañamente tranquila.

Al cuarto de hora, Raimundo Bennett saltó de su bicicleta a la puerta de Villa Maytree para comunicar malas noticias.

—La línea telefónica está cortada —dijo—. He pedido que manden un coche del garaje. Probaremos de seguir la pista.

Había llegado el coche cuando los faroles del auto de Ricardo aparecieron a la vista. Gordon supo lo peor antes de saltar a tierra. Hubo una consulta breve y exenta de emoción. Atravesó Ricardo la cocina rápidamente y siguió hasta el sitio en que volvían a la carretera. Y encontró a Elk caminando lentamente por el lado opuesto, examinando el suelo con una lámpara, de bolsillo.

—Hay una ligera huella de rueda aquí —dijo—. Demasiado pesada para una bicicleta y demasiado ligera para un coche; me

parece ser de una motocicleta.

—Era un coche —dijo Ricardo lacónicamente—, y muy grande.

Envió a Raimundo y a su padre a cambiarse de ropas; insistió en ello antes que dieran un paso. Salieron cubiertos con impermeables y saltaron al coche en marcha.

Durante cinco millas, las señales eran visibles y entonces llegaron a un pueblo. Un policía había visto venir un coche «hacía poco»; y una motocicleta.

—¿Dónde estaba el motorista? —preguntó Elk.

—Detrás, a unos cien metros. Traté de detenerlo porque llevaba el faro apagado; no me hizo caso.

Continuaron otra milla y entonces entraron en una carretera recientemente alquitranada. Todo vestigio había desaparecido. Avanzaron una milla más y llegaron a un punto donde la carretera se dividía en tres.

No había huellas visibles.

—Sigamos —dijo Ricardo— la carretera de la mano derecha.

El macadán duró hasta que llegaron a otro pueblo. La carretera estaba en reparación en el pueblo mismo, pero el vigilante nocturno meneó la cabeza cuando Ricardo le interrogó.

—No, señor; no ha pasado ningún coche por espacio de dos horas.

—Tenemos que volver —dijo Ricardo, desesperado, y el coche giró y salió a toda velocidad en dirección al empalme de las carreteras.

Bajaron por ése y no habían ido muy lejos cuando Ricardo casi saltó al ver la luz roja del coche que iba delante. Mas sus esperanzas se malograron. Un coche había sufrido una avería, pero el conductor pudo darles valiosa información. Un coche le había pasado tres cuartos de hora antes; lo describió minuciosamente; pudo hasta distinguir la marca. El motorista conducía una «Red Indian».

¡Otra vez el motorista!

—¿A qué distancia iba del coche?

—A unos cien metros —fue la contestación.

A partir de entonces recibieron noticias frecuentes, pero en el segundo pueblo no habían visto al motorista, ni en los sitios subsiguientes hicieron referencia a una motocicleta.

Era más de medianoche cuando tropezaron con lo buscado. Estaba, a la puerta de un garaje en la carretela de Shoreham y Elk fue el primero en llegar a él. Estaba vacío y abandonado. Dentro del garaje estaba el propietario ocupado en hacer sitio para el último llegado.

—Sí, señor; hace un cuarto de hora —dijo cuándo Elk exhibió su señal de autoridad—. El chófer dijo que iba a buscar alojamiento en el pueblo.

Con la ayuda de una lámpara de bolsillo potente, realizaron un examen del interior del coche.

No había la menor duda de que Elisa había estado dentro del coche. Un alfiler de marfil que Juan Bennett le había dado en su cumpleaños fue hallado, roto, en un rincón.

—No vale la pena de buscar al chófer —dijo Elk—. La última probabilidad es que vuelva al garaje.

La policía local fue llamada a consulta.

—Shoreham es un lugar grande —dijo el jefe de policía—. Si tuviese usted suerte, podría encontrar al que buscan. Si pertenece a una banda de maleantes, lo más probable es que no lo hallen o que no vuelva nunca por el coche.

Una cosa intrigaba a Elk más que nada. Era la desaparición del motorista. Si era verídica la historia de que había seguido al coche a cien metros de distancia, y que se había separado entre dos pueblos, deberían haberle pasado. Había unas cuantas casitas en la carretera donde pudiera haberse metido, pero Elk rechazó esta posibilidad.

—Será mejor que regresemos —dijo—. Está bastante claro que se han llevado a la señorita Bennett a algún sitio de la carretera. El motociclista es ahora nuestra mejor pista, porque, evidentemente, ella fue con él. Ese motorista era el Rana o uno de sus hombres.

—Desaparecieron entre Shoreham y Morby —dijo Ricardo—. Usted conoce el país, señor Bennett. ¿Hay algún sitio a donde es posible ir cerca de Morby?

—Conozco el país —asintió Bennett— y he estado pensando. Sólo hay unas cuantas casas en las afueras de Morby. Desde luego, esté Morby Fields, pero no puedo imaginarme que lleven a Elisa allí.

—¿Qué es Morby Fields? —preguntó Ricardo, cuando el coche volvía lentamente por el camino que había recorrido.

—Morby Fields es una cantera abandonada. La Compañía liquidó hace años —repuso Bennett.

Pasaron por Morby a paso de tortuga, deteniéndose ante la casa del guardia del pueblo por si había alguna nueva noticia. No había nada nuevo.

—¿Está usted completamente seguro de que no vio al motorista?

—Completamente seguro, señor —contestó el guardia—. El coche estuvo tan cerca de mí como yo de usted. A decir verdad, tuve que saltar a la acera para evitar que me salpicara de barro; y no había motociclista. En realidad, la impresión que tuve fue que el coche estaba vacío.

—¿Por qué creyó eso? —preguntó Elk rápidamente.

—No iba pesado y el chófer fumaba. Siempre asocio a un chófer fumando con un coche vacío.

—Hijo mío —dijo Elk, admirado—, hay posibilidades en usted.

Y un recluta para Jefatura quedó anotado.

—Me inclino a creer lo mismo que ese policía —dijo Ricardo, cuando volvían al coche—. El coche estaba vacío cuando pasó por aquí, y eso explica la ausencia del motorista. Entre Morby y Wellan es donde tenemos que buscar.

Ahora marchaban a paso de peatón. Dispusieron los faros para que iluminasen la cuneta y los setos a ambos lados de la carretera. No habían recorrido más de quinientos metros, cuando Elk gritó:

—¡Pare! —Y saltó a la carretera.

Desapareció durante unos cinco minutos y luego llamó a Ricardo y los tres hombres volvieron a donde el detective estaba parado

mirando una motocicleta roja situada bajo la protección de una pared de piedra en ruinas. La habían pasado sin verla, pues su dueño había escogido el otro lado de la pared y sólo el destello de la luz reflejada sobre una manivela, que asomaba por encima de un trozo de pared, condujo a su descubrimiento.

Ricardo corrió al coche y lo hizo retroceder de forma que quedaran visibles la pared y la motocicleta. Era ésta casi nueva; estaba toda salpicada de barro y los faroles de acetileno frío al tacto. Elk tuvo una inspiración. En el respaldo del asiento había una cartera con herramientas, atada con una correa; y empezó a desatarla.

—Si ésta es una motocicleta nueva, el constructor habrá puesto el nombre y las señas del dueño en la cartera —dijo.

Pronto quedó separada la bolsa de las herramientas; Elk desató la última correa y abrió la cartera.

—¡Santo Cielo! —exclamó.

Pintado en el cuero se leía:

> «Josué Broad, Caverley House, número 6, Cavendish Square»

CAPÍTULO XLI

EN LA CASA DE LA CANTERA

La primera impresión que tuvo Elisa Bennett cuando volvió a la cocina para cerrar la puerta, fue que el mantel que había colgado para secar, había caído al suelo. Con sorprendente rapidez la envolvieron en los pliegues de un mantel pesado y mohoso. Luego un brazo la rodeó, una mano le tapó la boca y le echó la cabeza atrás. Trató de gritar, pero no le salió ningún sonido. Quiso dar un puntapié en dirección a la puerta, pero un brazo le agarró el vestido y le echó el pie hacia atrás. Oyó el ruido de algo que se rasgaba y entonces le ataron los tobillos con una correa. Sintió la corriente de aire frío cuando abrieron la puerta y, en un segundo, la tuvieron en el jardín.

—Camine —le silbó una voz; y descubrió que tenía los pies desatados.

No podía ver nada; sólo podía sentir la lluvia que azotaba el paño que le cubría la cabeza, y la fuerza del viento que le daba en la cara. Tan fuerte era el viento, que el paño le presionaba la boca y la nariz y apenas podía respirar. Adonde la llevaban, no lo sabía. Cuando notó que sus pies chapoteaban en un barro líquido supo que estaba en la callejuela, al lado de su casa.

Apenas acababa de identificar el sitio, cuando la levantaron en peso y la introdujeron en el coche que aguardaba; oyó que alguien subía y se sentaba a su lado, y el coche se puso en marcha. Luego,

con mano hábil, uno de los hombres sentados a su lado le quitó el paño de la cabeza.

Delante, en uno de los dos asientos, el único ocupado, había una figura oscura, cuya cara no podía ver.

—¿Qué hace usted? ¿Quién es usted? —preguntó; y tan pronto como oyó la voz del hombre, supo que estaba en poder del Rana.

—Voy a darle a usted su última probabilidad —dijo—. Pasada esta noche esa probabilidad habrá desaparecido.

Contuvo ella el temblor de su voz con un esfuerzo y dijo:

—¿Qué quiere decir con mi última probabilidad?

—Se comprometerá usted a casarse conmigo y a partir conmigo mañana por la mañana al extranjero. Tengo tal fe en usted, que aceptaré su palabra —dijo.

Meneó ella la cabeza hasta que comprendió que él no podía verla en la oscuridad.

—Jamás haré eso —contestó tranquilamente; y no se habló otra palabra en todo el recorrido.

Una vez, a una palabra del hombre enmascarado vio ella el reflejo de las gafas de mica aunque las cortinillas estuviesen echadas, al atravesar el coche alguna calle de pueblo, uno de los hombres miró hacia atrás por el cristal de la capota.

—Nada —dijo.

No emplearon violencia con ella; no estaba amarrada ni imposibilitada de modo alguno, aunque sabía que era completamente inútil soñar con escaparse.

Corrían por una carretera oscura cuando el coche moderó la marcha y paró. Los pasajeros salieron rápidamente; ella, la última. Un hombre le agarró el brazo al bajar y la condujo, por una entrada del seto, a lo que parecía ser un campo labrado.

El otro vino detrás trayéndole un impermeable y le ayudó a ponérselo.

El Rana iba delante, mirando de vez en cuando atrás. Resbaló ella y tropezó y hubiera caído muchas veces, a no ser por la mano que la sostenía en pie.

—¿Adónde me lleva? —preguntó al fin.

No hubo contestación. ¿Podría ella librarse de un tirón y confiarse a la protección de la oscuridad para ocultarse? Pero al ocurrírsele esta idea vio brillar agua a la derecha, un trozo de terreno hundido y horrible.

—Esto es Morby FIelds —dijo de repente, reconociendo el sitio —. Me lleva usted a la cantera.

Tampoco hubo contestación. Siguieron andando sin parar hasta que vio que estaban a corta distancia del sitio indicado. ¿Cuál sería su suerte cuando rehusase finalmente, como rehusaría? ¿Tendría intenciones de matarla aquel hombre terrible?

—Espere —dijo el Rana de repente, y desapareció en la oscuridad.

Luego vio una luz que venía de una casita de madera; dos destellos de luz, uno largo, el otro cuadrado; una ventana y una puerta.

La ventana desapareció cuando cerraron el postigo. Luego la silueta del Rana apareció en el umbral.

—Venga —dijo, y ella avanzó.

En la puerta retrocedió, mas la mano que la tenía cogida del brazo apretó. La empujaron al interior y de un portazo cerraron la puerta, y echaron el cerrojo.

¡Estaba sola con el Rana!

La curiosidad venció su temor. Miró en torno del pequeño cuarto. Tenía unos diez pies de largo por seis de ancho. El mobiliario era sencillo: una cama, una mesa, dos sillas y una alfombra vieja y mugrienta. Contra una de las paredes había dos cajas de madera poco hondas y la madera era nueva. El enmascarado seguía la dirección de sus ojos y oyó su pausada risita.

—Dinero —dijo lacónicamente— su dinero y el mío. Hay un millón aquí.

Miró fascinada. Cerca de las cajas había cuatro largos tubos de vidrio, que contenían una substancia opaca, o líquida; no podía ella

distinguirlo bien desde donde estaba. El Rana no se molestó en explicárselo.

—Siéntese —dijo.

Sus maneras eran vivas e iban al grano. Esperaba ella que se quitaría la máscara, cuando se sentase frente a ella, pero sufrió una decepción. Sentose él y vio ella que sus ojos penetrantes la observaban a través de la mica.

—Bien, Elisa Bennett, ¿qué dice usted? ¿Quiere casarse conmigo o prefiere ir a un sueño eterno y bienaventurado? Saldrá usted de esta choza como esposa mía o salimos juntos… muertos.

Levantose y se dirigió a donde estaban los tubos y tocó uno.

—Romperé uno de éstos con el pie y me quitaré la máscara y tendrá, al menos, la satisfacción de saber quién, soy antes que usted muera… ¡pero únicamente poco antes que usted muera!

Ella le miró fijamente.

—Jamás me casaré con usted —dijo—. ¡Nunca! Si no por ninguna otra razón, por su infame comportamiento contra mi hermano.

—Su hermano es un necio —dijo la voz hueca—. No necesitaba él haber sufrido esa agonía, si hubiese usted prometido casarse conmigo. Tenía yo un hombre dispuesto a confesarse autor del crimen. Yo mismo me hubiera arriesgado a apoyar esa confesión.

—¿Por qué quiere casarse conmigo? —preguntó ella.

Le pareció estúpida la pregunta, pero era la sugerencia tan grotesca, que podía hablar del asunto con sangre fría y casi exenta de emoción.

—Porque la amo —fue la respuesta—. Si la amo o no, tanto como Ricardo Gordon, no lo sé. Quizá sea usted algo que no puedo poseer y, por consiguiente, tanto más precioso para mí. Nunca me han impedido realizar ningún deseo.

—Recibiría a la muerte con los brazos abiertos —dijo ella rápidamente, y oyó la risita ahogada.

—Hay cosas peores que la muerte para una mujer sensitiva —dijo significadamente— y no morirá usted hasta el final.

No intentó él volver a hablar. Sacó una baraja del bolsillo y se puso a hacer un solitario. Después de una hora de juego, tiró las cartas al hogar y se levantó.

Mirola con tan siniestra luz en los ojos, que a ella se le heló la sangre.

—Tal vez no verá nunca mi rostro —dijo, y alargó la mano hacia la lámpara de petróleo que estaba sobre la mesa.

Achicábase la llama poco a poco cuando, de pronto, sonó un suave golpecito en la puerta.

«¡Tap… tap… tápiti… tap!».

El Rana se quedó inmóvil, con la mano sobre la lámpara.

«¡Tap… tap… tápiti… tap!».

Sonó de nuevo, subió la luz un poco y fue a la puerta.

—¿Quién hay? —preguntó.

—Hang —dijo una voz profunda, y el Rana retrocedió sobresaltado—. ¡Pronto! ¡Abra!

La máscara quitó el fuerte barrote, se sacó una llave del bolsillo y giró la cerradura.

—Hang, ¿cómo se escapó?

La puerta se abrió de par en par con tal violencia, que fue arrojado contra la pared y Elisa dio un grito de alegría.

Parado en el umbral había un hombre con la cabeza descubierta, con un impermeable reluciente.

Era Josué Broad.

—¡No se mueva!

No miró él en torno suyo, pero sabía ella que las palabras se dirigían a ella y se quedó inmóvil. Tenía Broad ambas manos en los bolsillos del impermeable.

—Harry —dijo suavemente—, sabes lo que quiero.

—¡Toma lo tuyo! —chilló el Rana. Su mano se movió tan rápidamente, que la muchacha no pudo seguirla con la mirada.

Dos disparos retumbaron juntos y el Rana retrocedió, tambaleándose, contra la pared. Tenía el pie a pocas pulgadas de los tubos de cristal y lo levantó. Broad disparó otra vez y el Rana

cayó hacia atrás, con la cabeza en el hogar. Tras grandes esfuerzos, logró incorporarse, y luego, con un ligero suspiro de muerte, cayó atrás con los brazos extendidos.

Oyose un ruido de voces afuera, pasos sobre el sendero barroso y Juan Bennett entró en la choza. Al instante, la muchacha estuvo en sus brazos, Broad miró en torno suyo. Elk y Ricardo estaban en el umbral contemplando la escena.

—Señores —dijo Josué Broad—. Llamo a ustedes como testigos de que maté a este hombre en defensa propia.

—¿Quién es? —preguntó Ricardo.

—El Rana —respondió Josué Broad tranquilamente—. Se llama Harry Lyme. Es un ex presidiario inglés.

—Ya sabía que era Harry Lyme. —Fue Elk quien habló—. ¿Está muerto?

Broad se agachó y metió la mano en el chaleco del hombre.

—Sí, está muerto —anunció sencillamente—. Siento haberle robado a usted una presa, señor Elk, pero era necesario matarle antes que lo fuera yo, y uno de los dos tenía que morir esta noche.

—Aquí fue donde mataron a Genter —dijo Ricardo Gordon en voz baja—. ¿Ve usted el gas?

Elk miró los tubos de cristal y asintió con la cabeza. Luego sus ojos se posaron en el americano sin sombrero.

—¿Saúl Morris, verdad? —dijo. Josué Broad hizo un signo afirmativo.

Elk frunció los labios pensativamente y sus ojos volvieron a la quieta figura a sus pies.

—Ahora, Rana, déjate ver —dijo, y arrancó la careta.

¡Vio el rostro del filósofo Johnson!

CAPÍTULO XLII

JOSUE BROAD SE EXPLICA

Entraba el sol por las ventanas de Villa Maytree; no habían levantado aún la mesa del desayuno, cuando el americano empezó su historia.

—Mi nombre es, como suponía usted acertadamente, señor Elk, Saúl Morris. Soy, según todos los cánones morales, un criminal, aunque no soy culpable de ningún delito desde hace años. Nací en Hertford, del Estado de Connecticut.

»No voy a ofrecerles a ustedes ninguna excusa, convencional o no, por mi último acto; tampoco voy a ofender su inteligencia suplicando compasión por mí primera caída. Creo que nací con dedos ligeros y el deseo de poseer dinero que no había ganado. No me corrompieron, no me tentaron, no tuve malas compañías; en realidad, los comienzos de mi carrera fueron singularmente distintos de las de los criminales que he leído.

»Estudié el robo de bancos como un médico el de la anatomía. Comprendo perfectamente todos los sistemas bancarios —y sólo hay dos, uno que tiene éxitos, el otro que produce una abundante cosecha de directores ladrones—; y añadí a esto un conocimiento del arte de la cerrajería. Un ladrón de pisos que empieza el negocio sin comprender las dificultades y obstáculos que tiene que vencer es —usando la misma comparación que antes— como el médico que va a operar sin conocer qué arterias, tejidos y nervios cortará. La

diferencia entre un cirujano y un carnicero estriba en que éste desconoce el nombre del tejido que está cortando.

»Cuando decidí la carrera que seguiría, serví cinco años en la fábrica del mayor constructor inglés de cajas de caudales, en Wolverhampton. Estudié cerraduras, cajas de caudales, las cualidades de extensión del acero, hasta conocerlo a fondo, y en mi tiempo libre me dediqué al estudio no menos importante, al transporte del dinero negociable. Esto podría muy bien ocupar toda la vida de un solo hombre.

»Regresé a América a la edad de veinticinco años y reuní un equipo de herramientas que me costaron varios miles de dólares, y con éstas, y solo, forcé el Nilh National Bank escapándome, en mi primera tentativa, con trescientos mil dólares. No les daré a ustedes una larga lista de mis muchos crímenes; algunos de ellos los he olvidado convenientemente. Otros son de escasa importancia y contienen excesivas decepciones para que se los cuente detalladamente. Basta decir que no hay pruebas, salvo mi palabra, de que sea yo responsable de estas depredaciones. Mi nombre está asociado solo a una, al robo de la caja de caudales del "Mantanía".

»En 1898 supe que el "Mantanía" transportaba a Francia cincuenta y cinco millones de francos en papel moneda. Estaba el dinero embalado en dos recias cajas de madera y, antes del embalaje, fue sometido a una presión hidráulica para reducir el volumen. Contenía una de las cajas veinticinco paquetes y cada uno mil billetes de a mil y en la segunda, veinte paquetes. Quiero que recuerden particularmente que había dos cajas, pues así comprenderán un poco mejor lo que sucedió posteriormente.

»El barco tenía que tocar en un puerto francés; creo que El Havre, porque los transatlánticos de aquellos días no tocaban en Cherburgo. Había yo trazado todos mis planes para evadirme con el dinero, y el robo ya se había cometido y las cajas estaban en mi baúl de camarote, después de haber dejado otras, de forma exactamente igual, en la caja de caudales del "Mantanía", cuando para mi espanto, perdimos una paleta de la hélice frente a la costa irlandesa

y el capitán del "Mantanía" decidió entrar en Southampton sin tocar en el puerto francés.

»Un cambio de planes, para un hombre de mi profesión, es casi tan embarazoso como un cambio de plan en el fragor de una batalla. Tenía en esta ocasión un ayudante, un hombre que posteriormente murió de "delirium tremens". Era absolutamente imposible trabajar solo; la operación era demasiado grande y mi ayudante era hombre en quien tenía toda clase de motivos para confiar.

—¿Harry Lyme? —sugirió Elk.

«Josué Broad» meneó la cabeza.

—No, se equivoca. No le diré su nombre; el hombre está muerto y era muy fiel y leal aunque inclinado a la borrachera, debilidad que nunca compartí. Si hubiéramos desembarcado en el puerto francés, no se hubiera descubierto el robo, pues era improbable que el contador fuese al cuarto de la caja de caudales antes que el barco llegase a aguas de Southampton. Lo tenía todo arreglado; pasar los sacos por la aduana era lo más importante. Este cambio significaba que teníamos que improvisar un método para desembarcar en Southampton antes que se produjera la alarma y, de ser posible, antes que se descubriese el robo; no parecía posible que tuviéramos éxito.

»Afortunadamente, había neblina en el Solent y el barco tuvo que ir muy despacio; y, si usted recuerda las circunstancias, cuando el "Mantanía" subía por el Solent chocó con una draga que iba a Portsmouth. El palo de trinquete de la draga se enredó en el bauprés del "Mantanía" y pasó algún tiempo hasta que se les separó. Aproveché la oportunidad, desde un lugar de cubierta, donde esperábamos con nuestro equipaje. Listos para desembarcar, estábamos a la altura del costado de la draga cuando viró bajo el topetazo. Eché las dos maletas que contenían las cajas a la cubierta de la draga y yo y mi amigo saltamos juntos.

»Como he dicho, había neblina y no fuimos vistos ni descubiertos por la tripulación de la draga después de separarnos del "Mantanía", y aunque la historia que le contamos al capitán de la draga era poco

creíble —a saber, que creímos que una barcaza había venido a recogernos—, la aceptó prontamente… así como el billete de veinte dólares que le di.

»Llegamos a Portsmouth después de muchas dificultades a últimas horas de la noche. No hubo inspección de aduanas y desembarcamos las maletas sin novedad.

»Tenía intenciones de quedarme de noche en Portsmouth, pero luego que hubimos tomado alojamiento, mi amigo y yo fuimos a un pequeño bar para tomar una copa. Allí oímos algo que nos hizo salir a escape en dirección a nuestras habitaciones. Lo que oímos fue que se había descubierto el robo y que la policía andaba buscando a dos hombres que, habían escapado en la draga. Como el capitán de la draga era quien nos había recomendado a la pensión, tuve pocas esperanzas de entrar y salir del cuarto sin ser capturado.

»No obstante, lo hicimos, y al salir a la calle por una puerta, la policía entraba por la otra. Yo llevaba una maleta; mi amigo la más ligera y partimos a pie a campo traviesa, y antes de la mañana siguiente llegamos a un sitio llamado Eastley. Fue a Eastley, recordará usted, señor Elk, adonde vine cuando dejé el barco de ganado durante la guerra; y de pronto cambié mi personalidad de "cowboy" sin una gorda por la de jugador rico en Montecarlo.

»Este asunto lo explicaré después. Al llegar a Eastley, tuve una conversación con mi compañero, conversación muy seria, porque bebía mucho alcohol y cada día podía confiar menos en él. Terminó yéndose al pueblo a comprar provisiones y no volvió. Cuando fui a buscarle, me lo encontré tirado en la calle, completamente borracho. No había otra cosa que hacer que dejarlo; y adquiriendo unas provisiones, tomé las dos maletas y eché a andar carretera adelante. Las maletas eran demasiado pesadas para mí y tuve que examinar mi situación.

»Al lado de la carretera había una casa vieja con un anuncio de "Se vende". Tomé las señas; era el nombre de un abogado de Winchester. Salté la valla e inspeccioné el terreno. Encontré que en el extremo inferior del jardín había un pozo viejo y en desuso; y,

encima del pozo, unos cuantos tablones podridos. Podía, sin riesgo, echar la carga más ligera al pozo y cubrirla con la broza que abundaba. Pude haber enterrado las dos; en muchos sentidos, me hubiera ahorrado muchos disgustos. Pero no quería dejar todo lo que me había costado tanto cuidado y esfuerzo y me llevé la segunda caja, llegué a Winchester, compré una muda de ropa y pasé un día confortable entrevistándome con el abogado que era el propietario de la casa.

»De Winchester llegué a Londres sin soñar que estaba en peligro. Mi compañero me había dado el nombre de un profesional inglés, un conocido suyo, que, según él, era el mejor hombre para traficar con cajas de caudales en Europa; un tal Lyme y que, según descubrí muchos años después, era el mismo Harry Lyme. Me dijo que Lyme me ayudaría en cualquier emergencia.

»Y ella surgió pronto. El primer hombre que vi al poner el pie en el andén de Waterloo fue el contador del “Mantanía” y con él estaba el detective del barco. Me escurrí y, afortunadamente, del andén opuesto salía un tren de los suburbios; y me fui a Surbeton, llegando a Londres por otra ruta. Después supe que habían detenido a mi compañero y en estado de borrachera había contado todo lo que sabía. Lo que ahora había que hacer era esconder el resto del dinero; treinta y cinco millones de francos. Inmediatamente pensé en Harry Lyme. Nunca he sufrido la ilusión de que hay honor entre ladrones. Mi propia experiencia me dice que ése es uno de los proverbios más estúpidos. Pero pensé que al menos le recompensaría por ayudarme a salir del apuro.

»Me enteré por los periódicos de que me buscaba una fuerza de policía especial y que vigilaban las casas de los criminales más conocidos a quienes, pensaban ellos, me dirigiría. Creí al principio que era un “bluf”, pero descubrí que no era así. Llegué a casa de Lyme, en una calle miserable de Camden Town. Había mucha niebla y tuve dificultad en encontrar el camino. Era una casa pequeña de una calle mezquina y sórdida. Al principio, nadie contestó a mi llamada; luego se abrió la puerta con precaución.

»¿Es Lyme?» —pregunté. «No está en casa»— dijo un hombre, y hubiera cerrado la puerta, pero mi instinto me dijo que aquél era el hombre que yo buscaba y puse el pie impidiendo el cierre. «Adelante» —dijo por fin, y me condujo a un cuarto pequeño. La única luz era una linterna que había sobre la mesa. La habitación estaba llena de neblina, pues la ventana estaba abierta, como supe después, para permitir a Lyme escapar.

«¿Es usted el americano?» —me preguntó. «Está loco al venir aquí. La policía estuvo vigilando este sitio toda la tarde». Le expuse brevemente mi dificultad. «Aquí tengo treinta y cinco millones de francos, es decir, un millón trescientas mil libras»— le dije —«y hay bastante para los dos. ¿Puede guardar esto mientras escapo?». «Sí, lo guardaré»— dijo. —«¿Qué sacaré yo de ello?». «Le daré la mitad»— le prometí, y pareció satisfecho.

«Quedé sorprendido de que hablara con la voz y el tono de un nombre educado y supe después que había estudiado como yo, escogiendo luego el camino más fácil. Ahora ustedes no me creerán cuando les diga que no le vi la cara, y que no me llevé una impresión muy exacta de él. Esto fue debido a que concentré mi atención en la rana tatuada en su muñeca y que, a costa de mucho dinero, logró que se la extirpara un médico español de Valladolid, especialista, en esa clase de trabajo. Aquella rana estaba, tatuada un poco de lado y yo sabía, y él también, que recordase su cara o no, tenía una señal que me guiaría.

»El arreglo que hice fue que, cuando yo volviese a América, le mandaría un cable, a una dirección convenida, y que él entonces me enviaría, por correo certificado, al Grand Hotel, de Montreal, la mitad del dinero que él había de guardar. Para abreviar, llegué al Continente por Hook, de Holanda. Con el engorro del equipaje hubiera sido imposible. Oportunamente, salí de Bremen, Alemania, para los Estados Unidos, y a mi llegada mandé el cable a Lyme y me fui a Montreal a esperar la llegada del dinero. No llegó. Volví a cablegrafiar. Todo fue inútil.

»Meses después supe lo que había pasado.

»La noticia procedía de un recorte de periódico diciendo que Lyme había muerto ahogado camino de Quemsey. Cómo mandó el recorte no lo sé, no lo he preguntado nunca. En realidad, Lyme estaba muy vivo. Tenía seis millones de dólares en billetes franceses y pensaba negociarlos. Su primer paso fue mudarse a una capital de provincia, donde, durante seis meses, pasó por hombre de negocios, cambiando mientras tanto todo su aspecto, afeitándose el bigote y produciéndose una calvicie artificial mediante un producto químico.

»Mientras hacía esto, y resuelto a quedarse con el dinero que me había quitado, decidió asegurarse doblemente y empezó, en pequeña escala, la Banda de la Rana. El objeto era extender la señal de identificación, por la cual yo le reconocería, tanto como le fuera posible. Puede ser que no tuviera otra idea en su mente y probablemente no la tuvo que extender un duplicado exacto de esta señal de la rana. Evidentemente, ninguna clase estaría dispuesta a sufrir las torturas del tatuaje por nada. Así empezó ese curioso Fondo de Beneficencia suyo, dando origen a la gran organización de los Ranas. Casi uno de los primeros hombres con quienes entró en contacto fue un viejo criminal llamado Maitland, un hombre que no sabía leer ni escribir.

—¡Naturalmente! —dijo Elk, y se dio una palmada en la rodilla—. ¡Ésa es la explicación del niño!

—Nunca hubo tal niño —sonrió «Broad»—. El niño era el mismo Maitland, que aprendía a escribir. Las ropas del niño, que se colocaron para que usted las viera en la casa de la calle Eldor, las puso allí Johnson. Los juguetes del niño eran engaños para retenerlo a usted. No hubo nunca un niño. Una vez que tuvo a Maitland bien aleccionado, vino a Londres y se formó la compañía Maitland. Maitland no tenía que hacer más que estar sentado y aparecer pintoresco. Su supuesto dependiente, uno de los actores más listos que jamás he conocido, era el verdadero cabeza del negocio y quedó como escribiente de Maitland el tiempo que le vino en gana.

»Cuando pensó que se sospechaba de él, se hizo despedir; lo mismo que, cuando creyó que usted le había identificado con el

Rana, hizo que uno de sus hombres disparase contra él frente a Harley Terrace. Él era el verdadero Maitland.

»Mientras tanto, la organización de los Ranas crecía y se puso a pensar cómo utilizaría la sociedad en su beneficio. El dinero salía y naturalmente detestaba verlo irse. Aparecían nuevos reclutas todos los días y todos costaban dinero. Pero lo que obtuvo de esta multitud fueron uno o dos cerebros brillantes. Balder era uno, Hang otro, y había otros, que ahora quizá nunca serán conocidos.

»Como él dirigía la compañía Maitland, no tuvo la menor dificultad en disponer de sus francos. Luego puso a la casa Maitland a especular en otras direcciones y cuando le fallaban encontraba formas de reducir su pérdida.

»Una vez quedó sorprendido en una baja de algodones; el Rana mutiló al único hombre que podía haberle arruinado. Cuando hallaba conveniente para su beneficio el apalear a un hombre, fuese un agregado militar o un comerciante muy modesto que especulase con sus propios valores, Johnson nunca titubeaba. A la gente que le molestaba las privaba de las oportunidades de hacer daño. Cometió un gran error. Permitió que Maitland viviese como un cerdo en una casa que se había comprado. Fue una locura. Cuando supo que habían seguido, al viejo, lo mudó a Berkeley Square, le hizo vestirse y, eventualmente, le asesinó por atreverse a ir a Horsham. Vi escapar al asesino, pues me encontraba en el tejado cuando se dispararon los tiros. Incidentalmente, me escapé por milagro.

»Volviendo a mi relato. Hace cinco años estaba yo arruinado y decidí hacer otra tentativa para recuperar mi dinero. También existía el hecho de que una cantidad muy importante de dinero esperaba en Eastley, siempre con tal que no hubiese sido yo identificado como el hombre que compró la casa. Tardé mucho tiempo en asegurarme de que yo era desconocido y entonces, con los títulos de propiedad en mi bolsillo, me embarqué, como dijo usted, señor Elk, con unos cuantos dólares en el bolsillo, en Southampton.

»Fui directamente a la casa, que estaba en un estado ruinoso y me acomodé allí tan bien como pude mientras, noche tras noche,

trabajaba en el pozo para recuperar la caja de dinero, que ascendía a una cantidad muy considerable. Recobrado esto, salí para París y el resto, en cuanto a lo que atañe a mi vida pública, usted lo sabe.

»Entonces comencé la busca del Rana y pronto vi que si dependía de la identificación del tatuaje, mi búsqueda no ofrecía esperanza. Naturalmente, cuando descubrí, como pronto ocurrió, que Maitland era un Rana, circunscribí mi búsqueda a esa oficina. Descubrí que Maitland era un analfabeto por el simple recurso de haberle parado en la calle un día cerca de su casa, mostrando un sobre que yo había escrito "Es usted un truco", y preguntándole si conocía las señas. Me señaló una casa de más arriba de la calle y se metió dentro corriendo.

—Conocí que Maitland no sabía leer ni escribir cuando me enteré de que habían dejado las ropas del niño en la calle Eldor —dijo Ricardo— y desde ese momento supe que Johnson era el Rana.

«Josué Broad» asintió con la cabeza.

—Eso es, me parece, todo lo que tengo que decir. Johnson era un genio. La forma como manejaba aquella enorme organización, que dirigía en sus horas libres, cuando estaba ausente de la oficina, fue una revelación. Atraía a todo el mundo en la red y sin embargo nadie le conocía. Balder fue una suerte; era tal vez el agente mejor pagado de todos. ¡Su sueldo pasaba de seis cifras!



Cuando «Josué Broad» hubo regresado a Londres, Ricardo fue con Elk hasta la verja del jardín.

—No subiré hasta dentro de un rato —anunció.

—No esperaba que viniese ahora —dijo Elk—. Oiga, capitán Gordon: ¿qué fue de aquellas dos cajas de madera que estaban anoche en la casa de la cantera?

—No vi las cajas.

—Yo las vi —contestó Elk moviendo la cabeza afirmativamente—. Allí estaban cuando nos llevamos a la señorita Bennett, y cuando

volví con la policía habían desaparecido. Y «Josué Broad» estuvo allí todo el tiempo —añadió.

Se miraron el uno al otro.

—No creo que se debiera investigar demasiado a fondo ese asunto —dijo Ricardo—. Debo algo a «Broad».

—También le debo yo un poco —declaró Elk, con cierto entusiasmo—. ¿Sabe usted que anoche me enseñó una poesía? Consta de unos ciento cincuenta versos, pero sólo conozco cuatro. Empieza:

«Guillermo el Conquistador empezó sus trucos,
Batalla de Hastings, diez sesenta y seis».

—Ésa es una gran poesía, capitán Gordon. ¡Si hubiese sabido eso hace diez años, sería yo ahora Director General de Seguridad!

Bajó por la carretera en dirección a la estación, pues regresaría por tren. Brillaba el sol sobre los pétalos mojados de las palmas que llenaban los jardines de las casitas. De pronto, de un seto salió una pequeña figura verde, y Elk se quedó quieto observándola. El pequeño anfibio miró en torno suyo y contempló al detective con ojos negros y fijos.

—Rana. —Elk levantó un dedo de reproche—, ten corazón y vete a tu casa. Éste no es tu día.

Y como si comprendiese lo que el hombre había dicho, la rana saltó hacia atrás refugiándose en la yerba crecida.

Fin de la novela



RICHARD HORATIO EDGAR WALLACE, (Greenwich, Inglaterra, Reino Unido, 1 de abril de 1875 – Beverly Hills, Estados Unidos, 10 de febrero de 1932) fue un novelista, dramaturgo y periodista británico, padre del moderno estilo *thriller* y aclamado mundialmente como maestro de la narración de misterio, muchas de las cuales fueron llevadas al cine.

Edgar Wallace creó el «*thriller*» con su novela *Los Cuatro Hombres Justos* (1905), y consolidó este género narrativo con su obra posterior. La estructura de sus obras ha llamado a menudo a engaño a los críticos, que han creído ver en él más un autor de novelas de aventuras criminales que un cultivador de novelas detectivescas. En sus novelas, los elementos del enigma están diluidos en la acción; son sucesos aparentemente incongruentes, y es precisamente esta incongruencia la que actúa como acicate de la curiosidad del lector. Sólo al final encajan las piezas del rompecabezas, y una nueva

lectura de la narración pone de relieve que los indicios ya habían sido expuestos, y de manera tan evidente que resulta admirable cómo el lector no había caído en la cuenta de su significado.

Sus libros de misterio y policíacos se convirtieron en superventas —J. G. Reeder, personaje detective de su creación, le hizo enormemente popular—, y casi siempre lograba mantener dos o tres obras de teatro representándose simultáneamente. Murió en Hollywood mientras trabajaba en el guión de la película King Kong, convertido en un hombre rico e influyente.

Sus novelas más relevantes son: «El misterio de la vela doblada»; «La puerta de las siete cerraduras»; «La llave de plata» y «La pista del alfiler».

Notas

[1] «R. V.» era la clase de prisión. Desde el año 1783 hasta el 1899, se indicaba por medio de una letra mayúscula. Y desde esta última fecha, se usaban minúsculas. La «R.» significaba que Enrique J. Lyme había sido condenado en 1891 a un par de años de cárcel. La «V.» que había sufrido otra prisión en 1895. **<<**